

Samuel Vila

PÚLPITO CRISTIANO



EDITORIAL CLIE

Galvani, 113

08224 TERRASSA (Barcelona)

E-mail: libros@clie.es

<http://www.clie.es>

PÚLPITO CRISTIANO

© 2002, Editorial CLIE

Depósito Legal:

ISBN: 84-8267-338-6

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb,
E.R. nº 2.910 SE– Polígono Industrial Can Trias,
C/Ramon Llull, 20– 08232 VILADECALLS (Barcelona)

Printed in Spain

Clasifíquese: 332 HOMILÉTICA: Sermones-Generales
C.T.C. 01-04-0332-02

Referencia: 22.07.31

Índice

Introducción	7
I. La gran noticia	16
II. Pobre siendo rico	25
III. Cosas diarias	38
IV. La vida es un viaje	48
V. Las Siete Palabras	58
VI. ¿Qué, pues, haré de Jesús?	79
VII. La Resurrección del Señor	88
VIII. El camino de la Fe... ..	94
IX. Felicidad en el matrimonio	110
X. Significado del amor	121
XI. La esposa de Isaac, figura de la Iglesia ...	131
XII. El motor del ministerio cristiano	140
XIII. La verdadera grandeza	153
XIV. Discípulos de Cristo	165
XV. El señorío de Cristo	179
XVI. El reposo de los santos	194
XVII. Aspiraciones cumplidas	205
XVIII. El gran descubrimiento del apóstol Juan... ..	215

XIX. La victoria del cristiano... ..	223
XX. El cántico triunfal del luchador cristiano	237
XXI. Los dos paraísos	245
XXII. La existencia del alma	252
XXIII. La invitación sin igual... ..	263
XXIV. Cambio de filas	276
XXV. El Buen Pastor	283
XXVI. Los cinco «si» condicionales de Cristo	290
XXVII. Ciudades de refugio	303
XXVIII. Tarjeta de identidad celestial	312
XXIX. La parábola del arado	324
XXX. José, figura de Cristo	341
Índice de asuntos y textual	351

Introducción

Después de haberse agotado la 3ª edición del libro SERMONES ESCOGIDOS, del pastor Samuel Vila, nos complacemos en dar a luz este segundo volumen para ayudar, con más variedad de temas, a los obreros del Señor, profesionales y voluntarios, que han venido utilizándolos con gran provecho y complacencia de parte de sus auditorios, como algunos han tenido la franqueza de declarnos de palabra y por carta.

Cómo ha sido usado el primer volumen de esta serie

Muchos nos dicen que han hallado en SERMONES ESCOGIDOS el plan para un sermón cambiando mucho de su contenido; otros han utilizado párrafos, pensamientos y anécdotas para un sermón propio con otro plan; otros los han usado casi intactos después de leerlos detenidamente. Pero todos declaran lo muy útil que les ha sido aquel pequeño arsenal de ideas para el púlpito; y expresan su deseo de que el veterano predicador, doctor Vila, saque más material de su archivo de tantos años en el servicio del Señor y lo ponga a disposición de sus colegas en el ministerio a ambos lados del Océano.

PÚLPITO CRISTIANO es el cumplimiento de esta sugerencia; y lo es, creemos, de un modo superlativo. En SERMONES ESCOGIDOS hay mucho material: pero no tan bien trabajado como en el presente volumen.

Como explicábamos en el Prólogo, aquellos fueron sermones de tiempos difíciles en España, preparados apresuradamente para ser dados a los predicadores improvisados que se reunían por las casas. Lo que necesitaban aquéllos, entonces, eran ideas; muchas ideas, más que modelos de elocuencia, que les habría sido difícil adaptar o imitar, y que tampoco eran propios de semejante predicación casera.

Características de la presente colección

*Los presentes son más sermones de púlpito. Están mejor elaborados la mayoría de ellos; no sólo en ideas, sino en expresión. Al revisarlos para ser puestos en este libro, el autor ha tenido en cuenta el capítulo XII, recientemente añadido, a la sexta edición de su libro *Manual de Homilética*; y también las necesidades de este tiempo moderno, con el formidable avance de la cultura mediante los nuevos medios de comunicación y enseñanza. No solamente es necesario decir buenas cosas a los oyentes de nuestros días, sino que hay que decirlas bien.*

Esto ha inducido al autor a dar más extensión material a los presentes sermones, limitando un tanto la exhuberancia de ideas que aparece en el volumen anterior. Treinta sermones ocupan casi igual espacio que cincuenta en aquél; pero no significa que sean más largos, sino que

algunos se expresan con más detalle, palabra por palabra; sobre todo en su primera parte, dejando a la iniciativa e inspiración del predicador la aplicación de sus enseñanzas en la parte final, con breves indicaciones al respecto.

El autor ha sido siempre enemigo de la elocuencia rebuscada, consistente más en palabras que en ideas, y sabe que el mayor peligro para los predicadores noveles es que, procurando hacerse elocuentes, multiplican de tal modo las bellas frases, a veces sin mucho tino, al principio del sermón, que no les queda tiempo luego para sustanciosas enseñanzas y aplicaciones prácticas, especialmente cuando el bosquejo carece de un plan lógico y ordenado.

En los presentes sermones no sólo hay el plan para cada sermón, sino la expresión del mismo palabra por palabra en la parte más difícil del mensaje. Puede ser, pues, el presente volumen, un modelo útil para jóvenes que empiezan a lanzarse al difícil arte de la predicación, mostrándoles cómo pueden decirse las cosas de un modo claro y concreto. Cómo deben evitarse adjetivos inútiles; así como fastidiosas repeticiones de la misma palabra en un párrafo, cuando existen en nuestro riquísimo castellano infinidad de seudónimos que pueden expresar la misma idea con igual o mejor precisión. Sin caer en la petulancia de usar palabras que no son de uso común, y que serían un enigma para la mayoría de oyentes.

Por esto nos permitimos recomendar a los señores directores de institutos bíblicos y seminarios que han adoptado para sus clases de homilética el Manual de Homilética del Dr. Vila, no dejen de poner en manos de cada uno de sus alumnos un ejemplar del presente volu-

men de sermones como guía práctica y ejemplo de las reglas y consejos que en el Manual se encuentran, particularmente en los capítulos XII al XV.

Peculiaridades de algunos sermones

La forma, empero, nunca es lo más importante en los sermones evangélicos, sino el contenido, el mensaje espiritual, y en este terreno creemos que no quedarán defraudados nuestros lectores que han venido utilizando SERMONES ESCOGIDOS del pastor Vila, pues el contenido de los presentes es abundante y en algunos casos bastante original. Por ejemplo, en la parte que podríamos llamar «la Navidad vista desde arriba», del sermón «Pobre siendo rico»; la actitud de Pablo ante la vida y la muerte en «La victoria del cristiano», o las inferencias que se desprenden sin excesiva imaginación de la narración bíblica atentamente considerada, en mensajes como «Aspiraciones cumplidas», «El camino de la fe», «Las siete miradas de Jesús», «Euticho», «Rosita de Jerusalén», y «Espejo de espejos».

En aquellos sermones en que el autor roza con temas de diversa concepción entre predicadores de tendencia modernista o fundamentalista, presenta su punto de vista, de interpretación literal de la Biblia, con interesantes sugerencias en su apoyo; como las referentes al Edén en el sermón «Felicidad en el matrimonio» o la de una posible superior radioactividad bajo divino impulso durante las épocas creativas, en el sermón de vacaciones «El reposo de los santos».

Para mayor facilidad de los predicadores, esta colección aparece dividida por asuntos, como en SERMONES ESCOGIDOS, pero el presente volumen los contiene para ocasiones especiales que no aparecen en aquél, como bodas, cultos fúnebres, retiros, vacaciones, etc.

Cómo usar con eficacia un libro de sermones

Nuestra más encarecida recomendación a los usuarios de estos sermones es que no se limiten a leerlos. Predicar no es proceder a la lectura de un artículo literario, sino poner en contacto el corazón y el alma del que habla con el corazón de los que escuchan. Para predicar bien el sermón de otro predicador es necesario haberlo puesto primero en el propio corazón. El mejor método es leer el sermón varias veces buscando y releendo cada vez en la Biblia las citas que en el mismo se dan. Leerlo con suma atención, hasta que resulten claros en la propia mente todos sus argumentos, exhortaciones y ejemplos, de modo que sea fácil manejarlos y pasar de uno a otro variando las palabras, o sea, explicar lo mismo con palabras propias, sin perder el hilo de la exposición.

Nos permitimos aconsejar a los predicadores que vayan a usar alguno de estos sermones, poner un pequeño número tras de aquellas frases que despierten en ellos alguna nueva idea para aclarar o enfatizar la del autor. Luego, en papel aparte, escribir el mismo número y redactar a continuación aquellos pensamientos propios originados por la lectura del sermón. Los que disponen de mucho tiempo harían bien en copiar el texto entero, añá-

diéndole aquellos párrafos en los lugares respectivos. De este modo les sería más fácil ver si las ideas propias corresponden bien con el mensaje; si son una ayuda aclaratoria, o rompen el hilo del discurso; y tendrían menos dificultad al llegar a tales aportaciones personales cuando dieran el sermón desde el púlpito.

Procuren, empero, que estas nuevas frases no sean una mera repetición de lo que ya dice el texto impreso, sino una verdadera aclaración o ampliación, bien relacionada con el mensaje original. Y, sobre todo, que no sean tan largas que rompan el hilo del argumento hasta el punto que les sea luego difícil volver a encontrarlo.

Por otra parte, procuren leer los párrafos del sermón original con tal entonación y tal énfasis, que el público no se dé cuenta de que están leyendo. Para ello es necesario haber leído el texto un número de veces proporcional, en relación inversa, a la facilidad que tengan para la lectura. A los predicadores que tienen buena memoria y poca facilidad para leer, les recomendamos no llevar el libro al púlpito, sino sólo algunas notas con los puntos principales en letra bien grande y clara. En cambio, los que tienen gran facilidad en la lectura, pueden dar el mensaje de un modo más breve, completo y correcto, llevando el libro al púlpito para leerlo con el énfasis y el tono propio de la predicación.

Unos y otros, y sobre todo estos últimos, deben dar lugar, empero, a ideas e incluso a anécdotas improvisadas, que la exposición del mensaje les sugiera en el mismo púlpito. Aun aquellos que hayan tenido tiempo para escribir pensamientos propios puedan sentir la necesidad de añadir alguna frase que no llevan escrita. Tengan en cuenta

que han subido al púlpito a explicar un mensaje de la Palabra de Dios, no a leer un texto literario, y a poner en el corazón de otros lo que ha hecho bien a su propio corazón.

No existe el predicador absolutamente original

No tengan reparo alguno, los hermanos predicadores, ante la eventualidad de que alguien entre sus oyentes (desgraciadamente no muchos dada la poca afición que existe en estos tiempos por la lectura) descubra el origen de su mensaje por hallarse en posesión de un ejemplar de PÚLPITO CRISTIANO. Recuerden que no hay ningún predicador ni escritor que pueda vanagloriarse de ser enteramente original. El autor de este libro nunca se ha avergonzado de declarar, a veces desde el mismo púlpito, las fuentes de su predicación, citando los nombres de Spurgeon, Adolfo Monod, Godet, Vinet, Meyer, Campbell Morgan, Henry Matthews, etc., del mismo modo que estos autores eran, sin dada, deudores a otros de una buena parte de sus más excelentes ideas.

Si el predicador ha predicado de veras, y no meramente leído monótonamente desde el púlpito cualquiera de estos mensajes, el oyente a quien haya hecho bien antes su lectura apreciará y agradecerá, si es un cristiano fervoroso, que el predicador lo haya puesto al alcance de otros asistentes que lo desconocían; y el mismo se sentirá edificado de nuevo por la comunicación espiritual del orador. ¿Por ventura no venimos oyendo las mismas cosas, las mismas ideas y hasta las mismas frases en los cultos, desde que nos convertimos? Sin embargo, nos edifican de nuevo,

mediante la comunión espiritual con nuestros hermanos, cada vez que acudimos a la casa del Señor.

En muchas ocasiones el propio autor ha tomado consigo un ejemplar de SERMONES ESCOGIDOS que desde hace 23 años se está vendiendo en España, y ha ido a predicar uno de sus temas en algún púlpito, añadiendo, empero, aportaciones improvisadas, incluso nuevas anécdotas, y poniendo tal énfasis en su elocución, que algunos oyentes que habían ya leído el mismo sermón, han venido a decirle que les pareció un nuevo discurso, y el bien espiritual que les había hecho escucharlo de sus propios labios.

Para solitarios y enfermos

Púlpito cristiano es, no sólo un buen auxiliar para predicadores, sino un predicador real y efectivo para creyentes aislados y enfermos que necesitan como nadie alimento espiritual. Afortunadamente existe hoy día para los tales la predicación por la radio. Pero su carácter general, necesariamente adecuado a muy diferentes clases de público de la calle, y la brevedad impuesta por las emisoras, no permite que sean verdaderos sermones, exponiendo de un modo completo y extenso la consideración de un tema o pasaje bíblico. En cambio, la lectura atenta, en la presencia del Señor, de uno de estos sermones, acompañada de oración y de algún cántico, cuando es posible, puede significar un banquete espiritual para cualquier enfermo o creyente solitario imposibilitado de asistir a cultos públicos.

El obsequio a los tales de un ejemplar de este libro o bien de Meditaciones diarias, El ángel de la bondad, Cerca de Dios u otros volúmenes devocionales, puede serles un regalo más útil y más apreciado que cualquier otro objeto material. Es cierto que los mejores libros, incluyendo el presente, no pueden sustituir, de modo completo, la bendición del contacto espiritual con otros hermanos que provee el culto público; pero sí buena enseñanza e inspiración. Con la ventaja de poder elegir, el propio receptor, el tema y la hora del espiritual festín.

Futuros proyectos

La presente colección bajo el título de PÚLPITO CRISTIANO, se publica en dos volúmenes, conteniendo treinta sermones cada uno; pero no significa la supresión de la colección anterior, de cincuenta mensajes más resumidos, ya que suponemos que muchos predicadores, sobre todo los noveles, querrán estar en posesión de aquélla también. Por tal razón, la Editorial CLIE no ha quitado SERMONES ESCOGIDOS de su catálogo, sino que está reimprimiéndolo.

El autor tiene ya seleccionados, pero no redactados en toda su amplitud, una buena cantidad de bosquejos de su extenso archivo, de unos 3.000, que ha venido juntando desde el año 1917. Esperamos, pues, la publicación de otras colecciones en años sucesivos, si Dios tiene a bien prolongar su vida y sus fuerzas físicas e intelectuales como hasta el presente.

LOS EDITORES

SERMÓN I

LA GRAN NOTICIA

(Lucas 2:10, 11)

El hombre ha sido siempre un ser ávido de noticias. «Oír y decir una cosa nueva» (Hechos 17:21) era ya ocupación preferida de los atenienses en tiempos de san Pablo. Se da como principal razón de este hecho el que el hombre es un ser por naturaleza curioso y, por lo general, insatisfecho; siempre espera algo nuevo que venga a favorecerle o a mejorar su condición, aunque muchas veces ocurre lo contrario.

Hay nuevas buenas y malas, esperadas e inesperadas, y algunas, con ser muy esperadas, su llegada sorprende a quien más las anhela. Tal fue el caso del aviso que dio la joven Rode a los discípulos que estaban orando en favor de san Pedro, y del mismo carácter fue la que los ángeles dieron a los pastores en Belén. Aunque indudablemente la esperaban, si eran judíos piadosos (véase Lucas 2:25 y 38), les sorprendió de tal manera que no podían creer lo que veían. ¡Tan grande era la noticia!

Notemos siete motivos de grandeza en esta gran noticia:

1. Es grande por la forma como fue proclamada

Las grandes noticias suelen ser anunciadas de un modo adecuado a su importancia. Por radio, prensa, carteles, etcétera. Pero la noticia más trascendental para la raza humana hubiera quedado ignorada de no haberse abierto los cielos para proclamarla a los pastores de Belén. Si la tierra no hacía caso del magno suceso en los cielos tenía muchísima importancia. El Verbo de Dios vistiendo carne humana, hecho semejante a los hombres, era una maravilla del amor divino. Razón tenía san Pedro para declarar que los propósitos de Dios para con los creyentes causan la admiración de los mismos ángeles (1ª Pedro 1:12). Únicamente los que se hallan al otro lado de lo tangible y transitorio pueden apreciar las cosas en su verdadero valor, porque lo ven todo a la luz de la eternidad. ¿Apreciamos nosotros lo que aprecian los ángeles?

2. Por su carácter personal

La mayor parte de las noticias en que nos interesamos no nos afectan absolutamente y las olvidamos casi tan pronto como vemos satisfecha nuestra curiosidad. Pero ésta tiene un carácter personal, lo mismo para los pastores que la oyeron por primera vez como para cualquier otro que pueda oírla a través de los siglos: «Os ha nacido». De cualquier

otra persona se diría simplemente: «Ha nacido». La razón es que nadie ha nacido en favor de otros como Cristo nació. ¿Puedes decir que Cristo nació para ti? ¡Qué feliz el alma que al recordar en esta Navidad el glorioso natalicio pueda decir: En Belén de Judea *me nació* hace veinte siglos un Salvador! (Véase anécdota *El don de la Navidad*.)

3. Por ser cumplimiento de una gran promesa

A ella se refiere la frase «en la ciudad de David». Dios nunca olvida lo que promete. Había prometido un Rey a Israel del linaje de David (Isaías 11:1 quien había de ser al mismo tiempo Redentor (comp. Isaías 52:13 con el contexto que sigue cap. 53). ¡Y cuán admirablemente se cumplió en la venida, vida y muerte de Jesús! El cumplimiento de las palabras de Dios en el pasado y en el presente con respecto al pueblo elegido, Israel, es una garantía de que cumplirá todo lo que nos ha prometido en Jesucristo. La actual tragedia de los judíos (Zacarías 13:8, 9, y Lucas 21:24) es un gran motivo de confianza para el pueblo cristiano. (Véase anécdota *Una tajante demostración*.)

4. Por la persona a que se refiere

Los pastores esperaban un gran Mesías, pero no tan grande como les fue anunciado «Cristo el Señor» ungido y Rey, mas no de Israel, sino del mundo y del universo entero. ¡Cómo tenía que admirarles el

contraste entre la proclamación del ángel y la humilde realidad del pesebre. Cristo el Señor entre las pajas; no en una morada, la más humilde, de los seres humanos, sino en habitación de bestias. Bien había dicho el profeta: «Despreciado y desechado entre los hombres» (Isaías 53:3). Pero su grandeza era de derecho propio y no consistía en exterioridades. Sólo ésta es verdadera grandeza. (Véase anécdota *El brahman* y *Stanley Jones*.)

Su grandeza moral resalta más porque siendo Señor se hizo siervo por amor a nosotros; siendo grande se hizo humilde para elevarnos a su grandeza.

5. Por la razón de su venida

«Os ha nacido un Salvador»; no un Maestro o ejemplo como algunos pretenden. Este es el título mayor de sus blasones, el más alto de sus oficios, la más elevada de sus prerrogativas. La misión de Cristo habría sido muy pobre, al lado de lo que es, si sólo hubiese venido a darnos buenos consejos. El mundo había tenido ya grandes consejeros, pero nunca había tenido un Salvador. Buda, Confucio, Sócrates y Platón habían dicho todo lo mejor que los hombres pueden decir y oír; pero ninguno había afirmado: «Venid a mí todos los trabajados y cargados, que yo os haré descansar». «Yo les doy vida eterna», «El que cree en Mí, aunque esté muerto vivirá», y esto es precisamente lo que necesitaba el mundo: un Salvador dispuesto a redimir, a ponerse

en lugar de los pecadores; un Salvador para levantar al más caído infundiéndole una nueva vida. No un gran ideal, sino un gran poder. Ningún hombre ha sido librado de sus pecados invocando a los grandes maestros de la Humanidad, pero millones lo han sido invocando el sagrado nombre de Jesús; dirigiéndose a Dios por su mediación. Bien dijeron los apóstoles ante el enfurecido Sanedrín: «En ningún otro hay salvación porque no hay otro nombre debajo del cielo dado a los hombres en quien podamos ser salvos».

6. Por el sentimiento destinado a producir

«Nuevas de gran gozo.» Gozo causan ciertas noticias muy anheladas. Una amnistía, la terminación de una guerra, etc.; pero no hay gozo como el que produce en el alma la buena nueva del amor de Dios revelado en el pesebre de Belén. No existe noticia mejor. Por esto el gozo más alto y más sublime es la característica de todo cristianismo genuino (Filipenses 4:4). Una fe sin gozo es una fe muerta o enfermiza. Hay que buscar la causa de la falta de gozo en el alma cristiana y repararla sin tardanza, porque «el gozo del Señor es nuestra fortaleza», a la vez que una ocasión de testimonio y de honra para la fe que profesamos. La santidad no consiste en caras largas. No hay nada malo en el gozo de la Navidad, pero que sea por el verdadera motivo. Esdras y Pablo dicen: «gozaos» (Nehemías 8:10; Filipenses

4:4). (Véanse anécdotas *La razón de Haydn y Murió sonriendo.*)

7. Por su dilatado alcance

«Que será para todo el pueblo.» El gozo de la Navidad no era solamente para los privilegiados que recibieron la revelación directa de Dios, sino para todo el pueblo. Toda noticia que afecta de algún modo a muchos se hace importante tan sólo por este motivo, sobre todo cuando es gozo y alegría lo destinado a producir en esos muchos. La salvación de Dios es la mejor de las noticias y es para el mayor número de seres humanos.

Pero para que todos puedan alegrarse es necesario que todos la conozcan. Parece que la advertencia del ángel fue bien comprendida por los pastores, los cuales empezaron a divulgar la buena nueva (v. 20) atrayendo sin duda otros adoradores al pesebre y otros favorecedores de la sagrada familia, la que quizá por esta razón no hallamos ya en el miserable establo cuando la visita de los Magos.

Seguramente éstos no harían menos dentro de su medio en la lejana patria. Es bien posible que su testimonio coadyuvó al triunfo del Evangelio entre los partos y medos que se mencionan el día de Pentecostés (Hechos 2:9), y a que la extensión de la buena nueva en Oriente adquiriera tal importancia que reclamara en pocos años la presencia del propio apóstol San Pedro (1ª Pedro 5:13).

La gran nueva ha llegado también a nosotros por la misericordia de Dios. ¿Le hemos dado la importancia que se merece? ¿La hemos recibido para vida eterna y la estamos divulgando a otros? Hoy el hecho de la Navidad no es ninguna noticia, pero el significado sí. Seamos continuadores de la gloriosa misión que iniciaron los ángeles en Belén.

ANÉCDOTAS

EL DON DE LA NAVIDAD

Un amigo interesado en la salvación de otra persona, le envió por correo una Biblia, que le llegó precisamente el mismo día de Navidad.

El primer texto que sus ojos leyeron fue: «Llamarás su nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados».

Unas horas más tarde, llamaba por teléfono a su amigo y le comunicaba:

—Mi querido amigo, he recibido el don de la Navidad.

—¡Ah, me alegro de que no se haya perdido! Con tanta aglomeración de paquetes, tenía miedo —contestó el otro.

—No, mi querido amigo. Te he dicho que he recibido el don de la Navidad, es decir, a Jesús en mi corazón.

UNA DEMOSTRACIÓN TAJANTE

El satírico rey Federico I, amigo de Voltaire, preguntó en cierta ocasión al pastor que hacía las veces de capellán en su corte:

–Quisiera una demostración clara y contundente de que Dios es Dios y la Biblia es su Palabra, pero la quiero concisa y contundente; ya sabes que soy hombre de pocas palabras.

–Si Su Majestad lo permite, se la daré en una sola palabra.

–¡Bravo! –dijo el rey irónicamente–. Di esta palabra.

–Los judíos –fue la respuesta del pastor.

El rey, que conocía bien la historia de este pueblo, se alejó meditabundo.

EL BRAHMAN Y STANLEY JONES

Cuenta el doctor Stanley Jones:

«En cierta ocasión, mientras esperaba un tren en la India, pregunté a un caballero indio si tomaría el tren que estaba por llegar. Contestó que no, porque tan sólo había en el coches de tercera clase. Le dije que yo lo tomaría.

»Claro –replicó–. Usted puede hacerlo porque es cristiano. Si viaja en 1.^a clase eso no lo exalta, y si va en 3.^a no lo degrada. Usted está por encima de estas distinciones, pero yo he de respetarlas, pues soy un brahman.

»Si hubiera podido dar rienda suelta a mis impulsos –continúa el doctor Jones– habría danzado en el andén. La 1.^a clase no exalta, la 3.^a no humilla, la alegría no nos hace perder la cabeza, ni la pena nos destroza el corazón, cuando somos verdaderamente cristianos y no vivimos de apariencias».

LA RAZÓN DE *HADYN*

Alguien preguntó a Hadyn por qué era siempre tan alegre su música religiosa.

—Es que cuando me pongo a pensar —se explicó el célebre músico— en lo que Dios es, lo que ha hecho y lo que se propone hacer con sus redimidos, incluyéndome a mí mismo, no puedo menos que ponerme alegre, y la alegría del corazón salta a las notas.

MURIÓ SONRIENDO

Una agraciada niña de 16 años, que había sido convertida del mahometismo y vivía una magnífica vida cristiana ante sus padres, enfermó y murió. Algún tiempo después, la madre vino a la casa de los misioneros y les preguntó qué medicina extraña habían dado a su hija.

La misionera respondió un poco asustada de que la culparan de su muerte:

—No, no le dimos nada.

—¡Oh, sí! —insistió la madre—. Nuestra hija murió sonriendo. La gente de nuestra religión no muere de esta manera.

SERMÓN II

POBRE SIENDO RICO

(2ª Corintios 8:9)

Desde que la humanidad empezó a esparcirse sobre la tierra, quedó establecida la gran controversia entre pobres y ricos, los que tienen menos envidiando a los que tienen más; éstos despreciando muchas veces y explotando a los pobres con el fin de ser más ricos.

Y en el ir y venir de la vida y de las generaciones ha ocurrido, en el terreno social, alguna de estas tres cosas: pobres que se han hecho ricos por haberles favorecido rápidamente la fortuna; ricos que han caído en la pobreza por razones inversas, y también ricos que han ayudado a personas pobres a subir de nivel social. Pero nunca se ha dado, en el terreno humano, el suceso que se expresa en nuestro texto: *Un rico hacerse pobre voluntariamente para enriquecer con su pobreza a muchísimos desvalidos de la más pobre condición.*

Sin embargo, este es el significado de la Navidad y de todo el Evangelio. Se ha dicho que la Navidad es el Evangelio en miniatura, y es una maravilla. Suponed que encontrarais este texto en un libro

profano, con el nombre sustituido. No podríais creer la inverosímil historia; sin embargo, así fue en grado superlativo en el caso de la venida de Cristo al mundo. Consideremos reverentemente este portentoso suceso, usando un poco nuestra imaginación.

En el acontecimiento de la Navidad, se destacan tres maravillas:

1. La riqueza de Cristo

¿Quién es el que nació tan humildemente en el pesebre de Belén? (Juan 1:14 y Colosenses 1:15-17). «El Verbo»; «la imagen del Dios invisible; el primogénito de toda criatura». No porque fuera una criatura, puesto que existió desde toda la eternidad en el seno del Padre como parte integrante de la Divinidad, en potencia y en esencia, sino por ser el mismo la Vida; la causa y razón de la existencia de todas las criaturas.

Entre éstas se encuentran, en primer lugar, los ángeles. ¡Qué hermosos y poderosos son! Estos maravillosos seres pudieron darse cuenta de su existencia (facultad que también nosotros tenemos, pero no los animales) y sin duda empezaron a preguntarse la razón de su existir y a adorar a su Creador.

El Espíritu Divino hizo otra cosa maravillosa; creó y puso en movimiento el éter universal invisible (Hebreos 11:3); organizó la materia, los átomos, polvo del Universo; y de ellos los mundos. No sabemos cuántos millones de siglos transcurrieron,

pues no lo dice la Biblia. La ciencia trata de investigar la edad de la materia y asegura que puede saberse. La materia no es eterna, pues de la nada nada puede salir.

En este pequeño planeta llamado Tierra apareció la vida por el poder del Espíritu de Dios que se movía sobre la haz de las aguas. Vida vegetal; después vida animal, peces, aves, cuadrúpedos. ¿Qué se proponía el Creador? Crear un ser de materia estática, apto para servir de morada a un espíritu. El espíritu, ligado a la materia, la cual usaría como instrumento. Los animales, hacía millones de años que existían sin haber hecho nada de sí ni por sí mismos; pero aquel ser extraordinario, de materia y espíritu, colaboraría con Dios para hacer de todo este globo un gran paraíso. Dios le iría revelando las leyes de la materia y el hombre construiría cosas maravillosas: edificios, carreteras, máquinas, instrumentos adecuados para proporcionarse una vida más grata y más fácil. Por supuesto, este ser de materia y espíritu, conocedor de sí mismo y del paso del tiempo, no tendría que morir... Henchiría la tierra de seres felices que disfrutarían de todas las maravillas de la creación hasta límites insospechados.

Podemos imaginar que los seres celestiales deseaban conocer la causa de tantas maravillas hasta que ocurrió lo que describe Hebreos 1: «El Verbo de Dios, que existía con el Padre desde la Eternidad, el unigénito Hijo, fue dado a conocer a los ángeles, y fue adorado y ensalzado por todos los seres creados.

Todos reconocieron que era un Ser Único con el que no podían compararse. Por esto le ensalzaba toda la creación. Era *inmensamente rico*, pero no en el sentido humano, limitado y pasajero, sino en el sentido más real y *absoluto*.

Era rico en *poder*... Su voluntad era ley, y tenía millones de seres dispuestos a cumplirla.

Era rico en *posesiones*... En el gráfico lenguaje hebreo leemos: «Pídeme y te daré por posesión tuya los términos de la tierra» (más literalmente, del Cosmos, o sea, del Universo) (Salmo 2:8). Suyos eran todos los materiales preciosos... Suya cada estrella...

Era rico en *amor*..., pues era amado del Padre, del Espíritu Santo y de los ángeles...

Era rico en *gloria*... No cesaban de alabarle y adorarle todos los órdenes de criaturas, ángeles, arcángeles, querubines, serafines. Todos los habitantes del Universo le dirigían los cánticos de Apocalipsis 4:11 y 5:13.

2. Su humillación

a) El motivo.

Uno de los ángeles se rebeló contra Dios y su representante visible por el cual fueron creados los cielos y la tierra (Colosenses 1:18). No supo apreciar la diferencia entre él, un ser creado y el Unigénito del Padre, un Ser increado. Como era el más bello, elevado y luminoso de los ángeles, Lucifer creía que

debía ser el único representante del Creador y debía recibir adoración. Cuando fracasó en su impío intento, y fue desterrado, vino a este mundo, que acababa de llegar al estado propio para albergar seres vivos inteligentes, y en el cual Dios había hecho esta cosa nueva (poner un ser espiritual dentro de un envoltorio de materia) y... todos conocemos la historia: Engañó miserablemente a los primeros habitantes del mundo, persuadiéndoles a desobedecer a Dios. Les insinuó los primeros pensamientos de desconfianza. Entró en el mundo el pecado, la ruina, la muerte.

Entonces fue revelado el plan que el Omnipotente tenía previsto desde la eternidad: De la simiente de la mujer vendría Uno que tomaría carne humana... un Ser glorioso que desharía la obra del maligno, sufriendo por los pecadores... ¿Quién sería?

b) *La inmensidad de su humillación,
vista desde arriba*

Podemos imaginar a los ángeles intrigados ante el anuncio del plan divino; de la Redención. Figurémonos una conversación entre Miguel y Gabriel:

—Oye, tú, capitán de las huestes del Señor, ¿has oído el propósito del Eterno? ¿A quién enviará? ¿A ti o a mí?

—Hermano arcángel —respondería el interpelado—, yo nunca diré que no, si el Todopoderoso me lo ordenara. ¿Pero sabes tú lo que es estar atado a la materia..., que te sujete por los pies la fuerza mag-

nética del cosmos, y tengas que moverlos para trasladarte de un lado a otro? ¿Has visto cómo recorren distancias ridículas los seres de materia... y cómo se cansan y sufren? Además, el prometido Mesías tendrá que padecer, no sólo los inconvenientes de estar atado a un cuerpo material, sino mucho más. ¿Has oído lo que le ha dicho Dios al maligno engañador?: «Tú le herirás en el calcañar». Nosotros no sabemos lo que es sufrir..., ser heridos, morir...; pero he visto cuando un animal devora a otro. ¿Viste lo que sufrió Abel cuando Caín le hirió...? ¡Y cuando sean millones de hombres semejantes a Caín, tan ruines, tan egoístas, tan faltos de amor, será terrible para el pobre ser celestial que le toque ir a semejante mundo...!

Podemos imaginar que un día cundió en los cielos la gran noticia:

—¿Sabes quién va a la tierra a redimir a los hombres? ¡Nada menos que el Unigénito! ¡El Verbo de Dios!

—¿Es posible? ¿Y se hará hombre? ¿Será como uno de ellos? ¿No aparecerá sobre la tierra como una teofanía y desaparecerá cuando le plazca?

—¡No, no! Que ha de nacer, tomar verdadera carne humana; ser hombre y morir por los hombres. ¡Tal es el misterioso y sublime plan divino!

c) *Las razones de su profunda humillación*

Podemos continuar imaginando la conversación angélica:

—¿Y dónde irá a nacer el Mesías de Dios, el Redentor? Estaría muy bien sí naciera en uno de los palacios de la India, o bien en la corte de Roma. Hay allí un emperador muy grande, Octavio César, que ha dominado veinte naciones, y es bueno.

—¿Bueno? —interrumpiría otro ser angélico?— Pregúntalo al ángel de su guarda. ¿Y la emperatriz? Al fin y al cabo, debería ser hijo de ella, no de él. ¡Hay más suciedad en su corazón, orgullo, vanidad, despotismo... ¿Sabes cómo trata a las esclavas?

—Además, cuando ocurriera su muerte redentora, le atribuirían un carácter político; no parecería una ofrenda voluntaria de amor. Por otra parte, sabes que los reyes están rodeados de ricos orgullosos, y no se acercan al pueblo.

—En Atenas hay unos hombres muy sabios, los filósofos —irrupiría otro ángel—. ¿No sería allí el lugar más adecuado?

—De ningún modo. Se confundiría su enseñanza con la de aquellos maestros; se atribuiría a sabiduría humana. Y estos mismos hombres, ¿sabes cómo tratan a la gente del pueblo? ¿A sus prójimos? Les llaman plebe, rechazan a los ignorantes...

Podemos imaginar a otro ser angélico interrumpiendo:

—¡Habéis olvidado una cosa, hermanos! ¿Para qué sacó Dios a Israel de Egipto e hizo tantas maravillas? Aquí están las profecías! ¡El Espíritu Santo no se equivoca! El Mesías ha de ser un descendiente

de David y nacerá en Belén (Miqueas 5:1). Ya se va acercando el tiempo.

—¡Pero si en Israel no hay rey! ¡Si dominan los romanos! ¿Cuántos años tendrán que pasar antes de que los descendientes de David vuelvan a estar en el trono y puedan proveer un hogar digno al Mesías príncipe?

Podemos imaginar, finalmente, a Gabriel viniendo alborozado a la corte angélica para decirles:

—¡Ya sé dónde nacerá el Mesías! ¡El Eterno me ha comisionado para llevar el mensaje!

—¿A quién?, ¿a dónde?

—A María, una doncella hija de Joaquín y nieta de Elí. Es una jovencita excelente, que vive en Nazaret... ¡Si hubiéseis visto el espanto que le tomó al verme!

d) *La lección de su humildad*

Aun podríamos imaginar otra escena de alegría entre los seres celestiales en aquella noche memorable en que los ángeles cantaron «¡Gloria a Dios en las alturas!» Este es el lugar —dirían los seres celestiales admirados ante el pesebre— abierto a todo el mundo; no hay aquí lacayos ni soldados. ¡Cuán humilde y pobre, pero qué acertado! Aquí puede acudir toda clase de gente. ¡Y qué lección va a ser para los ricos orgullosos, a través de los siglos, que para celebrar el inefable acontecimiento tengan que preparar unas toscas ramas y unas pajas para que contrasten con su lujo y su orgullo! ¡Qué sabio es nuestro Dios!

Esta es la historia de la Navidad vista desde arriba. Pablo describe el gran misterio con estas sobrias palabras: «Dios, venido el cumplimiento del tiempo envió a su Hijo hecho de mujer...» Escogiendo una doncella humilde, pura, dócil, preparó al Verbo un cuerpo sin pecado. Así, el que era grande, se hizo pequeño; el que era rico, se hizo pobre; el que era glorioso, se mostró humilde.

Pobre en su nacimiento, en un mísero establo.

Pobre en su vida. El que era dueño absoluto de las riquezas celestiales, tuvo que decir a un presunto seguidor (Mateo 10:20 y Lucas 9:58).

¡Cuántas veces sufriría cansancio! (Juan 4:1).

Padeció hambre (Mateo 21:19; Marcos 11:13).

Supo lo que era tristeza (Juan 11:35).

Experimentó el dolor, hasta el punto de merecer el calificativo de «Varón de dolores»; se humilló (o se hizo pobre) hasta lo sumo.

3. Enriquecidos por su pobreza

La última parte de nuestro texto declara el motivo y el resultado de tan trascendental cambio: Enriquecer a muchos: *Para que con su pobreza fuésemos nosotros enriquecidos*. Enriquecer a otro con los bienes propios no tiene nada de particular, pero hacerlo con (o mediante) la pobreza es inverosímil. Pero así era necesario. Dios no podía enriquecer espiritualmente a seres pecadores; habría sido inmoral y perjudicial. Poned dinero y poder en manos de un hombre

perverso. ¿Cuál será el resultado? Era indispensable para enriquecer a su pueblo, que el Mesías divino quitara el pecado; cumpliera las exigencias de la justicia y transformara los sentimientos de los hombres mediante su amor. Esto lo realizó con su humillación, a causa de su pobreza. (Véase la anécdota *El sacrificio de la señorita millonaria*.)

De este modo somos enriquecidos:

1) Por el *perdón* de nuestras deudas morales; pues deudas son nuestros pecados, deudas a la santidad de Dios, así lo expresa Jesús en el Padrenuestro. No podéis enriquecer a una persona sin pagarle las deudas...

2) Adoptándonos como *hijos* (Efesios 1:3-5 y 11:12; Juan 1:12 y 1ª Juan 3:1-5). (Véase anécdota *Por amor de Carlos*.)

3) Haciéndonos *coherederos* con Cristo (Romanos 8:17 y 1ª Corintios 3:21).

Por eso nos sentimos tan unidos al niño de Belén; su gloria es la nuestra; su vida es la nuestra. ¿Cómo debemos corresponderle? ¿Has comprendido el sentido de la Navidad? ¿Vives en el espíritu de la Navidad? ¿No quieres corresponderle mejor?

ANÉCDOTAS

EL SACRIFICIO DE LA SEÑORITA MILLONARIA

Una señorita americana, cristiana, vino a hallarse por herencia en posesión de una cuantiosa fortuna que quiso administrar ella misma para fines caritativos.

Con tal objeto se propuso acercarse a los pobres para conocerles; pero sintiendo que sus riquezas le eran un impedimento, colocó toda su fortuna en el banco de tal modo que ella misma no pudiera sacar nada en el término de un año.

Alquiló una vivienda en uno de los barrios más humildes y trabajó para ganar su sustento. Así trabajó muchas relaciones y en ocasiones fue ayudada por sus propios vecinos que compadecían su aparente desamparo. De esta forma llegó a conocer experimentalmente los apuros de la pobreza y aprendió a distinguir entre los menesterosos dignos y los vagos de profesión.

Anhelosa esperaba el momento de poder manifestar su verdadera condición y así pudo levantar y ayudar a muchos cuando el tiempo se cumplió. Los mismos pobres sentían un respeto sagrado por aquella mujer que de tal modo se había sacrificado, y trataban de evitar que nadie abusara de su bondad para que ella pudiese cumplir sus propósitos del modo más eficaz.

Nuestro Señor se hizo pobre siendo rico por amor a nosotros. ¿No trataremos de ser sus servidores y cooperadores del modo más leal?

POR AMOR DE CARLOS

Un muchacho vagabundo que solía dormir en los tinglados del Támesis cuando no le venía a mano hacerlo en los refugios nocturnos del Ejército de Salvación, se enroló en el Ejército británico durante la Primera Guerra Mundial, donde se hizo íntimo amigo de otro joven de distinguida posición, llamado Carlos. Su amistad se hizo tan profunda, que parecían verdaderos hermanos.

En el fragor de una batalla, Carlos cayó mortalmente herido y su amigo se apresuró a atenderle, mientras esperaba la llegada de los camilleros del ejército.

Carlos, sintiendo que su fin se acercaba, dijo a su amigo:

—No temo morir porque Cristo me ha salvado, pero lo siento mucho por ti. ¡Tenía tan buenos planes para cuando nos licenciaran a ambos del ejército...!

De repente, dijo:

—Abre mi mochila y dame una de mis tarjetas. Aún tenemos tiempo para ello.

Tomando la tarjeta, escribió con mano temblorosa:

«Padres: un adiós de vuestro hijo. El portador es mi amigo Enrique. Mi último deseo es que le recibáis en casa como si fuera yo mismo. Hacedlo, por amor de Carlos».

Carlos, efectivamente, murió después de una corta estancia en el hospital. Su débil constitución no pudo resistir la pérdida de sangre. Pero Enrique logró regresar. Al ser licenciado se dirigió al hogar de su buen amigo y habló con los afligidos padres, que no se cansaban de preguntarle acerca de su amado hijo. Enrique no osaba empero dar la tarjeta, indeciso ante la reacción de los padres de su amigo, pero por fin lo hizo. Los padres

sollozaron ante esta nueva prueba del magnánimo corazón de su hijo, y de la mejor voluntad recibieron al joven vagabundo sin familia ni hogar, adoptándolo como hijo propio por amor a su hijo Carlos.

San Pablo dice: «Nos hizo aceptos en el Amado» (Efesios 1:6).

SERMÓN III

COSAS DIARIAS

Cada vez, a la entrada del nuevo año, suelen hacerse buenos propósitos, pero un año es muy largo para la inconstancia del carácter humano. Del mismo modo que una iglesia no será más fervorosa que lo que sean el conjunto de sus miembros, ni una nación será más rica que la suma de las riquezas de sus ciudadanos, el año no será ni más ni menos que el conjunto de los días que lo componen. De ahí que la Escritura hace tanto énfasis en las cosas diarias. Notemos nueve cosas diarias en las Sagradas Escrituras:

1. Oración diaria

«Hete llamado, oh Jehová, cada día» (Salmo 88:9).

Es imposible vivir una vida cristiana normal sin la práctica de la oración diaria. Aquel gran hombre de negocios, primer ministro del imperio persa, que se llamó Daniel, sentía la imperativa necesidad de subir cada día las escaleras de su palacio hasta su cámara de oración, y esto no una, sino tres veces al día. El olvido de este deber cristiano ha sido la causa de muchas caídas, y su práctica, el secreto de mu-

chas vidas poderosas. Conviene, empero, evitar la rutina en la realización de este deber cristiano. Por esto es bueno preparar el espíritu con alguna lectura piadosa que nos impulse a orar. Conviene que tengamos algo que decir a Dios que salga del fondo del corazón, antes de abrir nuestros labios delante de Él.

2. Lectura diaria de la Biblia

«Escudriñaban cada día las Escrituras si estas cosas eran así» (Hechos 17:11).

Tal es el noble ejemplo de los cristianos de Berea. Ellos lo hacían en el entusiasmo de su primer amor, al descubrir con emoción a Jesús como el Mesías Redentor. También nosotros leímos la Palabra de Dios, quizá más de una vez al día en los primeros tiempos de nuestra conversión, cuando ella era un tesoro recién descubierto. ¿Hemos abandonado esta práctica una vez asegurados de que ella es una mina de riquezas espirituales para la vida y para la eternidad? Y ahora que conocemos más su valor, ¿la usamos menos? (Véase la anécdota *Poseerla o leerla.*)

3. Perdón diario

«Perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a los que nos deben» (Lucas 11:4).

La conexión de este texto con el precedente: «El pan nuestro de cada día», muestra la necesidad tanto de recibir cada día de Dios el perdón de nuestros

pecados como de borrar y olvidar por nuestra parte las ofensas de que hayamos podido ser objeto durante el mismo espacio de tiempo. Una ofensa retenida se agranda, como ocurre con la más insignificante bola de nieve, a menos que sea liquidada y disuelta pronto. De ahí la exhortación apostólica (Efesios 4:26). (Véase anécdota *Se pone el sol*.)

Es una hermosa práctica el reflexionar diariamente delante de Dios acerca de los errores y omisiones cometidos durante el día, pidiendo vista espiritual para apercibirnos de ellos (Job 34:32). El examen de conciencia, si se deja por semanas y meses es mucho más difícil; ésta es una de las grandes enseñanzas del Padrenuestro.

4. Conversación cristiana diaria

Exhortándoos los unos a los otros cada día entre tanto que se dice hoy; porque ninguno de vosotros se endurezca con engaño de pecado (Hebreos 3:13).

Este pasaje, y especialmente el versículo 15, suele aplicarse a los inconversos y, aunque haya razón para ello, el pensamiento del apóstol no se dirigía en esta ocasión a los inconversos, sino a los creyentes, como puede verse en los versículos 6 y 12. «Para retener hasta el cabo la esperanza» sin «apartarse del Dios vivo», es indispensable no sólo haber depositado fe alguna vez, sino «exhortarnos los unos a los otros cada día». Recibir las amonestaciones edificantes de nuestros hermanos y prodigarlas

nosotros a ellos con espíritu sincero y fervoroso, y esto no sólo en el culto semanal de edificación, sino diariamente. ¿Sobre qué versan las conversaciones que entablamos con nuestros hermanos al vernos con ellos en la calle, en la plaza o en la oficina? ¿Son exactamente iguales a las de los mundanos?

5. Gratitude diaria

Cada día te bendeciré (Salmo 145:2).

Si las bendiciones de Dios son «nuevas cada día», natural es que lo sean también nuestras acciones de gracias. No deben limitarse a un Día de acción de gracias al año, ni a las alabanzas que suelen tributársele el domingo. Cada día debe haber un momento para elevar al trono divino una expresión de gratitud, como el incienso nuevo que era puesto cada mañana sobre el altar (Éxodo 30:5).

Lo hacen inconscientemente las aves del cielo, ¡cuánto más el alma creyente, capaz de reconocer en las profundidades de su espíritu la grandeza de la misericordia de Dios!

6. Abnegación diaria

Si alguno quisiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo y tome cada día su cruz y sígame (Lucas 9:25).

Los actos de servicio abnegado por amor de Cristo no deben ser un suceso extraordinario de ciertos días y ocasiones muy especiales en la vida del

cristiano. Ciertamente hay días diferentes de otros, pero la disposición para el proceder cristiano debe ser una cosa diaria. ¿Qué sacrificio útil podría hacer hoy por mi Señor? ¿Me permitirá Él, hoy, sufrir algún duro reproche o contradicción por causa de su nombre? ¿Cuál deberá ser mi actitud si la cruz apareciese hoy por este lado o por el otro? Si tales preguntas se hiciese cada cristiano al levantar la hoja del calendario, ningún mal nos sorprendería y las virtudes de nuestra fe brillarían con más fulgor sobre el fondo gris u oscuro de nuestra existencia cotidiana. (Véase la anécdota *La réplica de Pelletier*.)

7. Santificación diaria

Cada día muero (1ª Corintios 15:31).

¿A qué clase de muerte se refería el apóstol en este misterioso pasaje? Sin duda no solamente al peligro de muerte a que se hallaba expuesto por causa del Evangelio, sino a aquella muerte simbolizada por el bautismo a que se refiere Romanos 6. Ningún cristiano puede morir del todo al pecado en el día de su entrega al Señor; de otro modo fuera ya perfecto. Pero del mismo modo que nuestro cuerpo físico muere un poco cada día por el desgaste que en él se produce, así el «cuerpo de pecado», las tendencias al mal, deben ser amortiguadas un poco cada día, sin darles ocasión a levantarse de nuevo para ejercer el dominio en nuestro ser. ¡Ah!, que

pudiéramos decir como el apóstol: «Cada día mueren». Entonces seríamos cada día más vivos.

8. Divina ayuda diaria

Como tus días será tu fortaleza (Deuteronomio 33:25).

Imposible sería el cumplimiento de los consejos precedentes si no existiera la realidad de esta promesa: la fortaleza divina de acuerdo con la necesidad. ¡Cuántas veces la hemos experimentado en ocasiones de gran apuro cuando ha pasado. Nos vemos obligados gozosamente a exclamar: ¡Si me lo hubiesen dicho! ¡Cómo se reveló en la gloriosa experiencia de los mártires de la fe! Procurémosla diariamente.

9. Esfuerzo diario para la salvación de almas

El Señor añadía cada día a la Iglesia los que habían de ser salvados (Hechos 2:47).

La Iglesia de Jerusalén vivía en la expectación de conversiones diarias. Cuántos han sido convertidos en tal casa y cuántos en tal otra era, sin duda, el tema de la conversión de aquellos cristianos. Aun cuando no podamos presenciar conversiones con tanta frecuencia, debemos interesarnos cada día en la salvación de almas. Algunos han llegado a formular el voto o promesa de no entregarse al descanso sin haber hablado a alguna alma del amor de Dios. (Véase la anécdota *No fue sin fruto*.)

¿Cuántos días del año fenecido hemos pasado sin hablar del Señor a nuestros semejantes? ¿De cuántos de los cuales no queda nada registrado a nuestro favor en el Reino de los Cielos?

Al realizar el balance moral, al principio de este año, propongámonos firmemente hacerlo mucho más útil llenándolo cada día de más abundantes frutos de santidad y servicio.

ANÉCDOTAS

POSEERLA O LEERLA

Cierto colportor entró a ofrecer la Biblia a una casa cuya dueña se preciaba de ser gran cristiana, la cual exclamó:

—¿Cree usted, por ventura, que somos paganos, para tratar de evangelizarnos? Sepa usted que hace muchos años que poseemos la Biblia en esta casa.

—¿Y la leen? —insistió el colportor.

—Ya lo creo —replicó la dama, y para disipar la duda que había traslucido en la pregunta de éste, mandó a la criada—: Chica, trae la Biblia, para que este señor se convenza de que no somos paganos.

Obedeció la muchacha y, al abrirla, la señora exclamó gozosa:

—He aquí los anteojos que hace dos años perdí y que tantas veces había buscado en vano.

¿Es así como apreciamos la Palabra de Dios?

SE PONE EL SOL

Juan, obispo de Alejandría, había tenido una disputa con Nicetas, hombre principal en la ciudad. Juan defendía la causa de los pobres y Nicetas sus propios intereses. Se dijeron palabras duras y ambos se separaron más enemistados que antes. Cuando Nicetas hubo partido, Juan empezó a reflexionar:

—Aunque la causa es buena, ¿puede el Señor haberse agradado del modo como la he defendido?

Por lo tanto, envió un amigo a Nicetas con este mensaje: «Hermano, el sol está poniéndose».

Nicetas quedó conmovido; sus ojos se llenaron de lágrimas; corrió a la casa del obispo y, abrazándolo, sellaron la disputa con amor.

La réplica de Pelletier

Incluso los hombres más opuestos al cristianismo, admiran el ejemplo del verdadero cristiano.

Viajando por Orleans, Diderot oyó contar a un peluquero lo ocurrido a uno de sus parroquianos con un servidor de Dios que no vivía para otra cosa que para el bien del prójimo.

—Pues, señores —contaba el peluquero—, me hallaba en casa del comerciante Aubertot, cuando llegó Pelletier y acosó a mi cliente pidiéndole algo para los pobres.

—Hoy no, señor —dijo secamente Aubertot—.

Pero Pelletier, sin hacer caso, empezó a contar trisísimas historias de miseria.

—Le digo que no puedo darle nada —insistía el comerciante.

—Pues usted sería movido a compasión si supiera este otro caso —y empezaba una nueva historia.

Exasperado Aubertot, se levantó y trasladóse a otra habitación, pero allí le siguió Pelletier, insistiendo en sus demandas. Enojado mi cliente por tanta impertinencia, levantó su fuerte mano y pegó un tremendo golpe a Pelletier, quien exclamó:

—Bien, esto es para mí, pero ¿y para mis pobres? ¿Qué hay para mis pobres?

Esta actitud conmovió a Aubertot, quien prorrumpió en llanto, y cayendo a los pies del ofendido, le ofreció su ayuda y pidió perdón.

—Si yo hubiera estado allí —exclamó un oficial que oía el relato— no le hubiera dado al miserable Aubertot lugar para el arrepentimiento con la punta de mi espada.

—A esto —dice Diderot— no pude menos que contestar: Vos, caballero, sois un soldado, pero Pelletier es un cristiano. Él hizo lo que debía hacer.

NO FUE SIN FRUTO

El célebre Moody había hecho la promesa de no dejar pasar un solo día sin predicar el Evangelio a un alma. Acordándose cierta noche de que aún no había cumplido su promesa, se acercó a un hombre que encontró en la calle solitaria e inició la conversación preguntándole si estaba preparado para morir. El interpelado tuvo, al pronto, un gran susto, pero se serenó cuando comprendió el significado, y Moody tuvo el gozo de llevarle a Cristo.

Otro cristiano que había hecho la misma promesa salió una noche muy tarde, acompañado de otro creyente, y recordando su deber, pidió a éste que aguardara

unos momentos mientras él iba a dirigir algunas palabras acerca de la vida eterna a un empleado de un hotel delante del cual pasaban. No fue poca la risa del compañero cuando se dio cuenta de que el supuesto empleado no era otra cosa que un maniquí puesto como propaganda del hotel, y así lo manifestó al avergonzado creyente. Pero cuál sería el gozo de ambos cuando, en cierta reunión, un recién convertido declaró que había sido inducido a buscar a Cristo por las palabras que oyó pronunciar a un desconocido a la puerta del hotel en cuyo interior se encontraba.

SERMÓN IV

LA VIDA ES UN VIAJE

(Hebreos 11:1-19 y 12:1 4)

Así dice el refrán, y así debe ser considerada. Sobre todo por los cristianos que no creemos que la muerte sea el fin de todo. Veamos sus semejanzas con un viaje material:

a) *Cuando viajamos, cambiamos constantemente de situación, de ambiente y de panoramas.* Aunque de modo más lento, así ocurre en la vida. Cada día es algo diferente de ayer; un día es bueno; otro malo, etc.

b) *Cada día dejamos atrás lo que tuvimos y no podemos volver a tenerlo.* Así es en nuestra vida: Hay experiencias gratas que pasaron y no volverán; también pasan las incomodidades. (Días de enfermedad, de preocupación, disgustos, dan lugar a otras situaciones diferentes.)

c) *Se renuevan amistades.* Dejamos atrás las antiguas y hallamos otras nuevas. Así es en la vida; hace diez años teníamos relación con personas que murieron, se ausentaron, etc.

d) *Nos encaminamos al hogar donde están las mejores amistades.* Cualquier anciano cristiano tiene más amigos en el cielo que en la tierra.

Este pensamiento se halla muy bien expresado en el texto leído. Encontramos aquí una larga serie de héroes que pasaron, que tuvieron sus luchas, vencieron y triunfaron; cuyo ejemplo se nos pone como estímulo, en el capítulo 12:1. Según dicha metáfora, ellos terminaron la carrera y sentados en la gradería del infinito nos contemplan.

El principal peregrino de la lista, que lo fue en sentido material y espiritual a la vez, es Abraham. Aquí se nos descubre el secreto de que si salió, si peregrinó, si vivió en cabañas fue, no sólo por la promesa dada a favor de su descendencia, sino porque el mismo esperaba ciudad permanente para su alma (vv. del 13 al 19.) Notemos en este hermoso pasaje:

1) *La actitud de los peregrinos para con Dios y sus cosas.*

2) *La actitud de Dios para con ellos.*

1. Una actitud decidida

«Siendo llamado, obedeció.» Nuestros viajes tienen casi siempre este motivo. Alguien nos invita a su casa, o a una excursión; calculamos nuestra conveniencia o deber, y nos decidimos.

Dios nos ha llamado a nosotros, seres humanos, a ser habitantes de su palacio celestial. La oferta es para todo el que sufre, que necesita, que se siente herido por el pecado y hambriento de justicia. ¿Nos decidiremos? ¡Cuántas veces los hombres, como los

judíos del tiempo de Cristo (Mateo 16:3), saben notar bien sus necesidades físicas, pero no las espirituales! ¿No sientes tú pobreza moral? ¿Tu falta de patria para el alma? ¿No puedes vivir siempre aquí? ¿Sabes a dónde irás después? «Busca primeramente el Reino de Dios y su justicia» –te dice Cristo. No te preocupes de nada secundario. Oye la invitación de Dios.

2. Esta decisión está basada en la fe

«Por fe Abraham salió» (v. 8). Así es en los viajes humanos:

a) Creemos en lo que se nos dice acerca del lugar, su belleza, sus ventajas, etc.

b) Creemos en la sinceridad y buena voluntad de la persona que nos invita.

Muchos hombres se burlan de la fe y, sin embargo, todo en la vida está basado sobre ella. Fe es la persuasión del alma acerca de cosas a las cuales no podemos aplicar la prueba de los sentidos. Veamos unos pocos ejemplos:

- Algunas cosas las creemos por el testimonio de tres sentidos. (Por ejemplo, un reloj que tenemos en la mano el cual podemos tocar, ver y oír.)

- Otras cosas las creemos por el testimonio de dos sentidos. (El paso de un avión, el cual podemos quizá ver y oír, pero no tocar.)

- Otras veces creemos por el testimonio de un solo sentido. (Por ejemplo, si el avión pasa detrás de una nube.)

Pero a veces aceptamos cosas sin aplicar a ellas la prueba de ningún sentido; cuando las creemos por el testimonio de otra persona.

El creer por testimonio ajeno no es irracional, con tal que nos aseguremos de su veracidad. Este es el caso en cuanto al Evangelio. Creemos el testimonio de los que vieron y oyeron a Cristo y sabemos que su testimonio es verdadero. Como recordamos el día de Pascua, millares de personas no podían volverse locos de una vez. Tampoco podían ponerse de acuerdo para establecer un fraude.

Ni ellos ni los contemporáneos que creyeron en su palabra consentirían en dar su vida sin garantías. Todos los apóstoles y millares de creyentes del siglo I murieron de muertes violentas, tan sólo por la esperanza de una patria más allá de la muerte. ¿No merecen ser creídos?

La fe es la base de toda ciencia y de todo adelanto (cítense los ejemplos de Colón y de otros inventores, como el caso de Palissy). ¿Quién era el más sabio? ¿El que creía contra toda oposición y burla, o bien los que no creían sino que veían, y se negaban a admitir lo que todavía no tenían comprobado por sus sentidos?

3. Actitud de esperanza activa

Esto expresa la hermosa frase «*Creyéndolas y saludándolas*». Creer no se simplemente asentir a una proposición o esperanza, sino obrar y vivir para ella.

Abraham, Isaac y Jacob, vivieron toda su vida sin ver las promesas; ni la material, ni la del más allá; pero aunque parecían tan lejanas las miraban, las creían, las saludaban y confesaban.

He aquí nuestra situación. Parecen lejanas las preciosas promesas de Cristo, pero si las creemos y dirigimos nuestra vida en tal sentido allá llegaremos. (Véanse las anécdotas *El buque en alta mar* y *El relevo de la guardia*.)

El asistir a los cultos, cantar y orar, es saludar lo que no vemos, pero alguien recibe el saludo (Véase la anécdota *El canto en el Titanic*.)

Y confesando. Si saludar es dirigirse a Dios, confesar es dirigirse a los hombres. Podemos imaginarnos una conversación de Abraham con Abimelec o Faraón, que le invitaban a dejar su vida de peregrino para establecerse en su tierra, en la que se vieron obligados a transitar temporalmente.

Así nosotros debemos estar apercebidos para confesar nuestra esperanza. No digas: «Voy de visita», si encuentras a un amigo mundano en tu camino a la iglesia, sino «Voy a adorar a Dios porque creo en Él».

4. Actitud de perseverancia

El verdadero peregrino es el que persevera. En la alegoría de Juan Bunyan muchos empezaron el peregrinaje, pero quedaron por el camino. Jesús dijo: «Si alguno pone la mano en el arado y mira atrás, no es

apto para el Reino de Dios». Es muy interesante la expresión «Tenían tiempo de volverse». No fueron llevados por la fuerza. Dios les dio tiempo hasta para volver atrás. Abraham tuvo más de 100 años para ello. En el sentido espiritual, conocemos a muchos que empezaron a andar por los caminos del Señor y se quedaron atrás. El tiempo de vida cristiana que Dios nos concede es un gran privilegio para enriquecernos espiritualmente, pero también una oportunidad para volver atrás. Recordad la pregunta de Jesús y la respuesta de Pedro (Juan 6:67, 68). ¡Dios nos libre de usar la oportunidad en este último sentido!

¿Por qué no se volvieron? «Deseaban la mejor, la celestial.» Algo mejor que sus tiendas de campaña y su condición errante eran las ciudades de Ur, Babilonia o Menfis; pero muchísimo mejor era la celestial. ¿No tenemos nosotros motivos para desear una patria mejor?

5. La actitud de Dios

«Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos» (v. 16). Notemos aquí una doble recompensa, de carácter honorífico y de carácter efectivo. Primero les da su nombre, luego su casa. «Yo soy el Dios de Abraham», declara el Señor. A nosotros se nos dice: «Mirad cuál amor... que seamos llamados hijos de Dios».

Pero después de lo honorífico, viene lo real: «Les había aparejado ciudad». Así fue, en efecto. Jesús

habla de los patriarcas como seres vivos, que se sentarán en la mesa.... ¿Dónde? En la ciudad celestial. Los apóstoles Pablo y Juan la vieron con sus propios ojos.

¿No queréis juntaros al grupo de los peregrinos? Es indispensable para llegar a semejante patria. Notad la expresión «no os conozco» en Mateo 7. Ninguno que no sea conocido de Cristo aquí, podrá estar con Él allá. Hay que creer, saludar, confesar; vivir con Dios aquí. ¿Por qué?

a) Porque somos pecadores y necesitamos la redención. Nada sucio entrará por las puertas de la ciudad celestial (Apocalipsis 21:2).

b) Debemos honrar a Dios aquí, donde Él es deshonrado. Notad en este pasaje cómo Dios se complace en los que creen. «Por lo cual no se avergüenza de llamarse su Dios.» Dios se siente honrado con nuestra fe, pues Él sabe que es difícil mantenerla en el imperio de Satanás. Cuanto más dicha fe es contra esperanza y mantenida en circunstancias difíciles, tanto más sirve para confundir al adversario. (Véase la anécdota *Él ejemplo de Job*.)

No es imposible creer; pero una fe fácil no tendría ningún mérito. Dios sabe que las pruebas son nuestro honor y el suyo. Andemos, pues, los cristianos, como anduvo Abraham: Creyendo, saludando, confesando y viviendo en la tierra, con la vista fija en el cielo.

Quieran reconocerlo los incrédulos o no, somos viajeros a la Eternidad andando por uno u otro

camino: El de la fe o el de la negación. No podemos quedarnos parados en el curso de la vida. ¿Por qué no escoger el camino bueno? Puesto que hemos de ser peregrinos, seámoslo con y por Dios, en vez de viajeros a una eternidad de perdición.

ANÉCDOTAS

EJEMPLO DE PALISSY

Conocido es el caso del inventor de la cerámica, el hugonote francés Palissy, quien después de muchas pruebas infructuosas para lograr el grado de temperatura necesario para disolver los productos químicos que debían cubrir como capa de cristal los objetos que tenía puestos en el horno, en un momento crucial de su máxima prueba empezó a echar en el fuego los muebles de su casa, ante la alarma de los suyos, que le creían preso de un ataque de locura. Pero pocos momentos después se había producido el milagro, y el inventor podía señalar con triunfo los hermosos objetos decorados con el brillante barniz de su invención.

Más tarde, Palissy fue considerado como loco cuando eligió la muerte en la hoguera antes que los favores de su amigo el rey Enrique IV de Francia, a causa de su fe evangélica; pero también en este caso tenía un gran secreto: el de 1ª Juan 3:1-3.

EL BUQUE EN ALTA MAR

Atravesando el Canal de la Mancha, nos encontramos con otro buque que venía en dirección opuesta, pero a tanta distancia que yo no podía distinguir ninguna persona a bordo. Otros pasajeros de vista más aguda, y algunos con sus lentes ópticos podían verlos. A pesar de mi incapacidad visual, imité alegremente a los demás pasajeros y saludé a los compañeros del otro buque, creyendo que ellos podrían verme aun cuando yo no los viera, y no quería que me consideraran un pasajero descortés.

EL RELEVO DE LA GUARDIA

Hallándome en Londres fui a presenciar el relevo de la guardia del palacio real de Buckingham. Entre los movimientos del brillante espectáculo había un momento en que todos los soldados, vueltos de cara al edificio, hacían el saludo militar. Pregunté a quién saludaban y me respondieron que a la reina, a pesar de que la soberana no apareció por ninguna parte, como yo esperaba. Luego me enteré de que aquel saludo lo daban solamente los días que la reina se hallaba en palacio, suprimiéndolo cuando estaba ausente.

EL CANTO EN EL «TITANIC»

Conocido es que cuando se hundió el famoso buque «Titanic» por haber chocado con un iceberg en el Mar del Norte, pereciendo más de un millar de pasajeros que no

cupieron en los botes de salvamento, los que se alejaban del buque pudieron oír el impresionante cántico «Más cerca, oh Dios, de ti», entonado con acompañamiento de la orquesta, por un numeroso grupo de náufragos que sabían que pocos momentos después se hallarían en la eternidad.

SERMÓN V

LAS SIETE PALABRAS

En casi todas las iglesias católicas, y en muchas iglesias evangélicas, suele predicarse, en la semana del año en que se conmemora la muerte de Cristo —comúnmente llamada Semana Santa—, un comentario sobre las siete palabras o frases pronunciadas por Cristo en la cruz.

Parece imposible que esto pueda hacerse sin caer en continuas repeticiones, pero la experiencia nos ha demostrado que son tan ricas en significado las expresiones que salieron de labios del Salvador en aquellos momentos supremos, que puede predicarse muchas veces sobre ellas, expresando cada vez nuevos pensamientos de profunda enseñanza y edificación espiritual.

En el presente comentario nos proponemos considerar las «siete palabras» como una expresión sintética del plan de la salvación. Tratando de caracterizar tales frases en una sola palabra, llamaremos a la

Primera: La palabra *misericordiosa*.

Segunda: La palabra *alentadora*.

Tercera: La palabra *cuidadosa*.

- Cuarta: La palabra *patética*.
Quinta: La palabra *expresiva*.
Sexta: La palabra *garantizadora*.
Séptima: La palabra *reveladora*.

1. La palabra misericordiosa

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen
(Lucas 23:34)

Podemos decir que todo el plan de nuestra salvación radica en la misericordia de Dios. El secreto de tal maravilla, en la cual desean mirar los ángeles, se basa en la soberana misericordia de Dios. «De tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito...» (Juan 3:16). «La gracia de Dios que trae salvación... se manifestó» (Tito 2:11).

El corazón de Cristo estuvo lleno de misericordia, de compasión, a través de todo su ministerio público. Se compadecía de los enfermos y los sanaba, de las gentes hambrientas y les daba de comer, de los inocentes niños que estaban por entrar en los azares y vicisitudes de la vida, y los bendecía. Estos rasgos de compasión son comprensibles hacia tales personas, pero lo extraordinario, lo inverosímil, desde el punto de vista humano, es compadecerse de los enemigos, de los que nos hieren, de los que nos afrentan; sin embargo, hasta este punto llega el amor de Jesucristo, hasta amar y bendecir a los que eran material y moralmente culpables de los terribles dolores que en aquellos momentos le afligían.

Séneca nos dice que los crucificados maldecían el día en que nacieron, a los verdugos, a sus madres, a todo y a todos, incluso terminaban escupiendo a los que les miraban.

Cicerón nos cuenta que en ocasiones era necesario cortar las lenguas a los que iban a ser crucificados para impedir que blasfemaran de una manera terrible en contra de los dioses.

Es seguro que los verdugos de Cristo esperaban oír voces y maldiciones de aquel que, por las órdenes recibidas de poner su cruz en medio, consideraban, sin duda, como un jefe de malhechores; los fariseos y escribas, que conocían mejor al Maestro de Galilea, esperaban oír por lo menos quejidos de dolor, pero ¡cuán sorprendente fue lo que oyeron! De los labios de Cristo salió no un grito, sino una plegaria, una dulce y suave oración de perdón. El verbo griego no está en pasado, sino en gerundio; *legein* no es «dijo», sino «iba diciendo». Lo que nos hace suponer que esta admirable frase fue repetida varias veces, durante el cruel proceso, cuando los clavos entraban en la carne, cuando la cruz fue levantada y el dolor se hacía más agudo. Jesús iba repitiendo la plegaria de perdón.

¿Por qué tal maravilla? ¿Por qué Jesús es todo amor? Sí, lo hemos dicho al principio: «Dios es amor»; y esta es la base de la Redención. Pero también porque es sabiduría infinita. Se ha dicho con razón que comprender es perdonar, y comprendía, conocía la ignorancia de todos los culpables del

horrendo crimen. «No saben lo que hacen.» ¿Quiénes? ¿Los soldados? Nosotros, a lo sumo, tratando de ser imitadores de nuestro sublime Maestro, habríamos dicho: «Perdona a los soldados», a los ejecutores materiales de esta atrocidad, porque son irresponsables, obedecen órdenes; pero castiga a Pilatos, a Caifás, a los sacerdotes, a todos los miembros del Sanedrín. Pero la súplica de Jesús incluía a unos y a otros; pues sabía que también éstos eran ignorantes del gran misterio de su persona. Y que su súplica obtuvo respuesta, lo vemos en Hechos 6:7, donde leemos que un gran número de sacerdotes obedecían a la fe.

Pero la misma súplica misericordiosa es una advertencia, pues nos muestra una razón para la misericordia que tiene sus límites; límites que dejan al que los traspasa fuera del alcance del perdón. Hasta aquel momento, todos los más directamente culpables de la muerte de Cristo, se hallaban incluidos en la misericordiosa súplica, pues no habían sabido comprender el significado de la persona de Cristo. Lo tomaron por uno de tantos falsos Mesías, pero después que el Evangelio fue predicado con tanta claridad y fue del dominio público en la ciudad de Jerusalén. Después que Pedro aplicó tan claramente las profecías del Mesías Redentor a la persona de Cristo, y demostró por qué era necesario que el Cristo padeciese; después que puso en evidencia la prueba irrefutable de su resurrección (que los príncipes de los sacerdotes sabían mejor que nadie que

era un hecho real, porque se lo dijeron los soldados que guardaban el sepulcro), los que se empeñaron en ver en Él, no el anunciado descendiente de David, el Mesías de Dios, sino un mago resucitado por el poder de Belcebú, porque así convenía a su orgullo y a sus intereses; los que tal hicieron, quedaron fuera del perdón como antes lo había quedado Judas. Tuvieron bastante evidencia y la rechazaron. No tendrían ya excusa delante del tribunal de Dios.

¿La tendrás tú, que has oído una y otra vez el Evangelio? ¿Puede decirse que no sabes lo que haces cuando endureces tu corazón a los llamamientos de la gracia de Dios? ¡Oh, que ninguno de los presentes quede en la terrible situación de Faraón, de Judas, de Caifás, de Pilato o de Herodes, sino en la de los ciudadanos y sacerdotes judíos que obedecieron a la fe.

2. La palabra alentadora

De cierto te digo: *Hoy estarás conmigo en el Paraíso* (Lucas 23:43).

La segunda palabra es fruto de la primera. El compañero de martirio, un ladrón a quien la tradición da el nombre de Dimas, pero que en los evangelios es anónimo, ha oído algo tan sorprendente que, de repente, su corazón da un vuelco y se le abren los ojos de la fe. Ha oído de labios de Jesús la palabra Padre. ¿Quién es este ajusticiado que

puede llamar a Dios Padre, y al mismo tiempo interceder por sus verdugos? ¡Oh, si él pudiera dirigirse a Dios con esa paz y tranquilidad de espíritu! Pero no, no puede. El ladrón cree en Dios, pero, como tanta gente en el mundo, conoce al Creador muy superficialmente; se lo imagina como un juez terrible, pues dice a su compañero: «¿Ni tú temes a Dios...?» «Nosotros justamente padecemos...» Recuerda sus maldades con pena y se culpa de ellas; no trata de excusarse pensando o diciendo: Nuestra pobreza nos obligó a robar...; los malditos invasores de nuestro país que nos han empobrecido con impuestos tienen la culpa; nuestras circunstancias nos llevaron a ser lo que somos... No, no; se siente culpable, está de acuerdo con la justicia de los hombres, y aunque la teme, no se queja de la justicia de Dios. ¡Qué buena disposición para dirigirse al Salvador de los pecadores! Siente dolor por sus pecados... «y el dolor que es según Dios obra arrepentimiento». Esto es ha sido y será siempre el primer paso de la genuina conversión.

El segundo paso es la fe, y el ladrón crucificado la tuvo también. Es una profunda fe judía, pues no podía tener ninguna otra... Ata cabos sueltos y se dice: «Este ajusticiado a mi lado ha sido sentenciado por Pilato como rey de los judíos por llamarse Mesías, y su actitud ante sus enemigos y ante Dios demuestra que lo es; ningún otro hombre sería capaz de hablar como éste ha hablado: Si lo es, hay esperanza para mí el día de la resurrección...» Las gentes

religiosas de Judea, enseñados por los rabinos, no creían en la supervivencia del alma –a pesar de que hay claros vislumbres de ello en ciertos pasajes del Antiguo Testamento: Salmos 17:15; Eclesiastés 11:9 y 12:7; Salmos 23:8; Job 19:25–. Su única esperanza era la resurrección, el día final como dijo Marta, un día probablemente muy lejano; pero Jesús le responde con un «hoy» muy significativo. No será en aquel día lejano del establecimiento de mi reinado sobre la tierra, sino hoy mismo. Mi reinado no es una esperanza futura, sino presente, porque abarca mucho más que este mundo. Tus sufrimientos cesarán hoy; no dentro de tres o cuatro días; tu gozo empezará hoy mismo, en el Paraíso de Dios, no dentro de centenares de años.

¡Qué preciosa seguridad! ¿La tienes tú, lector u oyente? Haz lo que hizo el ladrón: acudir a Cristo que ha dicho: «Al que a Mí viene no le echo fuera». Acude a Él con arrepentimiento y con fe, ya que tú tienes suficientes evidencias para creer en Él y puedes creer en Él no sólo como Mesías, sino como Salvador.

3. La palabra cuidadosa

Mujer, he aquí tu hijo; Juan he ahí tu madre (Juan 19:26, 27).

La vida cristiana no es sólo un continuo pensar y hablar del cielo. Allá están, sí, nuestros principales intereses; pero porque es así y allá nos dirigimos, de-

bemos, en tanto, atender bien nuestros deberes de la tierra. Jesús, como hijo humano de una dolorida mujer que estaba al pie de la cruz, tenía deberes humanos y los atendió cuidadosamente encomendando a aquella buena y amante madre al discípulo amado.

Su resignada pero dolorida madre lo necesitaba. La más favorecida de todas las mujeres fue también la más afligida. «Una espada traspasará tu alma», le dijo Simeón, y en estos momentos, la espada estaba clavada en su alma. Hasta qué punto era atenuado su dolor por la esperanza, no lo sabemos. Él, que procuró poner la esperanza de la resurrección en los corazones de sus discípulos siempre que hablaba de su muerte, ¿no lo habría hecho también con su amante madre? Es muy probable. Y la bendita virgen creía. Una manifestación de esta fe era hallarse casi sola junto a la cruz, mirando con ojos compungidos y agradecidos los sufrimientos de su amado Hijo. ¡Habría tantas miradas de odio, de incomprensión, de venganza, que bien oportunas y consoladoras eran aquella miradas de simpatía y de amor de algunas fieles mujeres y del apóstol Juan!

Sin embargo, su fe estaba pasando una severa prueba. La cruz, que es para nosotros un hecho tan claro después de las explicaciones de San Pablo, era un misterio para los primeros discípulos. Recordemos que el más creyente de todos, el apóstol Pedro dijo: «Señor, ten compasión de Ti». ¿Era muy difícil explicarse por qué el que había venido para reinar

sobre el trono de David, como le dijo el ángel, tenía que sufrir de aquella manera?

Recordemos que algún tiempo antes, la misma virgen había estado buscando a Jesucristo porque decían sus parientes: «está fuera de sí». No, la bendita virgen no creía que estuviera fuera de sí en el sentido literal, como quizá creían los otros, sino fuera de sí de generosidad, de amor, de celo; como la madre de un misionero que ve su hijo partir al Congo y se pregunta si no se excede en su celo y amor al prójimo. Y ahora, el exceso ha llegado a la cumbre, dejarse crucificar... Aquel que tenía tanto poder, ¿no sería un exceso de bondad?

¿Quién podría consolar a la bendita virgen en aquellas circunstancias? ¿Quién podría mostrarle y recordarle el admirable plan de salvación de Dios? ¿Quién podría gozarse con ella cuando la mañana de la resurrección viniera a iluminar sus vidas? ¿Quién podría consolarla otra vez cuando el misterio de la ascensión lo arrebatará de nuevo de sus manos?

Había un discípulo que había calado más hondo que ninguno en la doctrina del Evangelio. Lo prueba el Evangelio que escribió muchos años más tarde. Ningún otro refiere la conversación con Nicodemo. A este discípulo confía Jesús su madre. Había parientes más cercanos... Jacobo, por ejemplo (autor de la epístola que lleva su nombre), pero parece que todavía no creía (Juan 7:5) y aun después de la aparición del Señor, que sin duda le convenció (1^a Corintios 15:7), no tendría la experiencia espiritual

de Juan. Por esto Jesús une a aquellas dos almas piadosas en un lazo de obligación filial.

Con ello Jesús nos enseña a pensar en la tierra a la vez que en el cielo, en los deberes para con nuestros prójimos, empezando con nuestros familiares con quienes la Providencia nos ha unido de un modo más íntimo, y en nuestros deberes para con todos los seres humanos, pues a todos ellos nos debemos. Las necesidades de los demás deben preocuparnos en todos los momentos de nuestra vida, mientras Dios nos tiene sobre la tierra, ya que nuestra vida como redimidos es un tiempo de prueba y como dice el mismo Señor: «El que en lo poco es fiel, también en lo demás es fiel» (Lucas 16:11, 12).

No debemos, pues, desentendernos de este mundo, sino ser fieles en las cosas de este siglo, en los deberes y oportunidades que Él nos da aquí abajo para hacer el bien, a fin de que podamos ser hallados dignos de cumplir mayores responsabilidades allá arriba.

4. La palabra patética

¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado? (Mateo 27:47).

Esta es la más misteriosa de las siete palabras, y podríamos decir, de todas las que Cristo pronunció en el curso de su ministerio. ¿No es Jesús mismo Dios? ¿No dijo Él «mi Padre y yo una cosa somos»; y a Felipe: «El que me ha visto ha visto al Padre»?

¿Cómo puede expresarse en tales términos el que, como dice Pablo, es Dios bendito por todos los siglos? El mismo apóstol Pablo nos aclara el misterio en Filipenses 2: «Aquel que no tuvo por usurpación ser igual a Dios se anonadó a sí mismo». La palabra griega *kenoseiv* significa «se vació»; vino a ser temporalmente siervo el que era Señor de todo. Sus milagros los realizaba orando a Dios como nosotros... Obró como Dios, el Cristo-hombre, por la íntima comunión en que vivió siempre con el Padre celestial. «La voluntad de mi Padre hago siempre», dijo. Ello llenó, por su suprema consagración y obediencia, el misterio de su «kenosis» por amor de nosotros. Podríamos decir que no sintió tanto su anonadamiento por la íntima relación que vivió con Dios; por esto, cuando sus discípulos dormían, Él oraba, consultaba con el Padre celestial y se henchía de poder.

Pero este privilegio no era posible cuando se hallaba en la cruz, cargado con nuestro pecado como sustituto nuestro... Dios no puede consentir con el pecado. La presencia divina le abandonó. Y para que nosotros pudiésemos enterarnos de esta tragedia espiritual (como nos hacemos cargo de su dolor físico) es que abrió su boca exclamando: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?»

Los mártires que han sufrido por su Señor tormentos y muertes horribles, no han experimentado semejante dolor moral; al contrario, han estado en mayor comunión y felicidad. Podríamos citar cente-

nares de ejemplos,¹ pero Cristo no era un mártir, sino nuestro Redentor; llevaba todo el peso de nuestro pecado, y el Padre celestial no podía tratarle sino como pecador.

La exclamación no era una queja, ni una duda, pero era una situación interna que no la conoceríamos si no la hubiese expresado.

Es una pregunta al Padre, de la cual no espera contestación del mismo Padre. ¿De quién la espera, pues? De mí y de ti. Él quiere que nosotros reconozcamos lo inmenso de su sacrificio y le digamos:

¿Por qué te ha abandonado el Padre? Por mí, Señor; Tú lo sabes, pues Tú sabes todas las cosas, pero quieres que yo lo reconozca, que yo lo sienta, que lo agradezca. Pues, sí, Señor, lo reconozco: fue por mí. Tú fuiste desamparado temporalmente, para que yo pudiera ser amado definitivamente y para siempre. Tú nos viste desamparados; y viniste a ampararnos; aunque ello te costara el dolor y el desamparo temporal del Padre. ¡Ampárame, pues, Señor, aplícame los medios de tu sacrificio; hazme un hijo de Dios de tal modo y de tal carácter que esa dulce comunión que tuviste con el Padre todos los días de tu existencia terrenal yo la pueda tener también! Que yo pueda vivir bajo el amparo de Dios a causa de tu desamparo sufrido por mí. Amén.

5. La palabra expresiva

Sed tengo (Juan 19:28).

Podemos darle el título de «expresiva» a esta breve frase (que es una sola palabra en el original) porque expresa, según todos los comentaristas, dos grandes sentimientos de Cristo: Uno físico y otro moral.

En primer lugar, es una expresión de la necesidad física que sentían todos los crucificados a causa de la pérdida de sangre y la fiebre producida por las heridas, y Jesús la pronunció para dar cumplimiento a la profecía que había previsto esta circunstancia en el Salmo 22:15, donde leemos: «Mi lengua se pegó a mi paladar», y en el 69:21: «Y en mi agonía diéronme a beber vinagre», y el Evangelio añade otra burla cruel: la de que sus verdugos mezclaron con el vinagre hiel amarga y pestilente.

Jesús había renunciado a la bebida soporífera que por disposición legal se daba a los ajusticiados en cruz: vino mezclado con mirra. Jesús rehusó tal bebida para que su naturaleza física reaccionara con todo lo horrible del dolor de los crucificados, sin mitigación de ninguna clase. ¿Para qué? ¿Para que se cumpla en su cuerpo el máximo dolor, ya que sufre por tantísimos pecados? Sí, pero también para que tú y yo podamos sentir más hondamente lo mucho que nos ama. Si hubiese aceptado la mirra, diríamos: «Cuando se está somnoliento no se sufre mucho»; pero Jesús sufrió hasta el máximo los padecimientos físicos para hacernos comprender y apreciar su gran amor por nosotros; para maravillar más a los hombres y a los ángeles.

Pero hay un texto en Isaías 53 que nos muestra el sentido moral de semejante expresión, de ese grito, de ese anhelo, que se dejó oír en la cruz: «Del fruto de su alma verá y será saciado». ¿Se ha cumplido? ¿Se está cumpliendo, o se cumplirá semejante profecía?

¿Creéis que Jesús está satisfecho de ver nueve décimas partes de la humanidad en la más completa ignorancia acerca del Evangelio de la redención que tanto le costó? ¿Creéis que está satisfecho de la vida de sus discípulos, de la respuesta de nuestros corazones, de nuestras vidas cristianas, de nuestra conducta, de nuestros esfuerzos por su causa? ¡Cuánto mejor podría ser!

Aun hoy día nuestro Salvador, en lugar de vino, recibe vinagre; en vez de mirra, recibe hiel, pues el mundo no aprecia su sacrificio, su amor por las almas, y ni siquiera aquellos que hemos confiado en Él de todo corazón y podemos decirle como Pedro: «Señor, tú sabes todas las cosas; tú sabes que te amo». ¿No podríamos hacer más, mucho más, para mostrarle nuestro amor, para calmar la sed de su alma?

Sin embargo, un día será satisfecho su anhelo... Cuando se habrá sacado todo el jugo –diría yo, usando una comparación vulgar y sencilla– al glorioso misterio de la redención; todo el fruto posible de su gracia; cuando millones estén reunidos ante su trono, una multitud incontable, según Apocalipsis 7, nuestro Salvador verá que no fue en vano el sacri-

ficio de la cruz. Entonces «verá del fruto de su dolor y será saciado».

6. La palabra garantizadora

Consumado es (Juan 19:30).

Esta palabra es la más corta pero también la más grande, la más alentadora, la más significativa para nosotros. Es «nuestra palabra» que recibimos como prenda de seguridad y de esperanza de labios del Señor. Jesús había dicho ya:

- Una palabra para sus verdugos.
- Una palabra para el ladrón arrepentido.
- Una palabra para su madre.
- Dos palabras para sí mismo, aunque con referencia simbólica y moral a nosotros.

Ahora pronuncia una directa y exprofesa para nosotros, para alentar y afirmar nuestra fe.

Es tan corta que en el original griego es literalmente una sola palabra: *tetelestai*; sin embargo, abarca un mundo de significado. Es la misma palabra que ponían los griegos en los recibos cuando eran cancelados. ¿Comprendéis así la importancia de tal palabra?

Jesús se esmeraba en explicar su significado, después de su resurrección, según vemos en Lucas 24:26, 46, 47. El asombro entonces para sus discípulos no era tanto de verle resucitado, pues tenían ya muchas pruebas de su poder milagroso, sino de que hubiese querido padecer. Él leía en sus asombrados ojos esta

pregunta: «Si tenías tanto poder, ¿por qué sufriste? ¿Por qué clamaste “Sed tengo” y “Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has desamparado?”?». La respuesta es: Para que pudiese predicarse en su nombre el arrepentimiento y la remisión de pecados; he aquí el secreto. No se podía predicar tal mensaje sin un sustituto. Si tienes una deuda, no te basta con decir estoy arrepentido ¿Cómo podrías pagar la deuda de tus pecados al justo Dios? Pero Él sí podía pagarla por ti. De este modo, quedaban aunados justicia y amor. Al ver a Cristo padecer por tus pecados, no solamente tendrás que decir estoy arrepentido, sino estoy agradecido.

«Consumado es» garantiza una salvación perfecta, a la que no puedes añadir nada como mérito expiatorio, ni lo necesitas. El acreedor insolvente que recibía el recibo cancelado *tetelestai* por un acto de benevolencia, no trataría de pagarlo de nuevo, pero quedaría obligado con una dependencia moral de gratitud hacia algún generoso bienhechor. (Véase la anécdota *Confianza en la justicia de Dios*.)

Hay dos extremos en relación con la obra perfecta de Cristo: uno por defecto, y otro por abuso. No considerarla suficiente y tratar de añadir mérito; éste es el defecto de muchas almas ansiosas dentro del cristianismo nominal; pero puede existir, y existe, entre los creyentes evangélicos, otro defecto por exceso. No exceso de confianza, nunca se puede tener demasiada confianza o fe en el Señor; pero sí de insolencia, de pereza, de ingratitud; el defecto de decir: Porque Él lo hizo todo y «no hay ninguna

condenación para los que están en Cristo Jesús», puedo ser un cristiano frío...; hacerme la religión a la medida de mi gusto, leer o no leer la Biblia, asistir al culto cada semana o cada tres meses, dar o no dar para la obra de Dios, testificar o cerrar la boca... Es un grave error. La obra es perfecta, completa, no le falta nada y nada puedes añadir, pero la fe se muestra por las obras.

Amigo oyente, ¿quieres ser salvo? Por grandes que sean tus pecados, hay una salvación completa y perfecta para ti, una salvación tan grande que ha servido para perdonar y regenerar a los más grandes criminales, pero estos grandes pecadores podrían ser salvos, y tú no serlo; si no aceptas, si no recibes el Evangelio como un don de Dios, o si confías con un arrepentimiento de labios. Quiera dar Dios a cada uno un arrepentimiento y fe sincera para recibir y agradecer de un modo debido la obra de Cristo.

7. La palabra reveladora

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Lucas 23:45).

La entrada en el mundo espiritual es siempre un misterio que sobrecoge el ánimo. Por esto, todos miramos con prevención, si no con horror, el momento inevitable de la muerte. Estamos tan acostumbrados a un mundo de leyes tangibles que conocemos, al cual nos hemos acostumbrado, que a casi todo el mundo causa un sentimiento de espanto entrar en

las regiones de lo desconocido, de la muerte.

Esta prevención y temor no podía existir en el divino Hijo, en el Verbo encarnado; sin embargo, le oímos exclamar: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». ¿Por qué?

Podemos imaginar el Calvario como un lugar trágico, no sólo por la multitud insolente pronunciando gritos, blasfemias y burlas; esta situación ya había terminado. Las tinieblas habían hecho desfilar a los burladores, y hay silencio en el Calvario por espacio de tres horas; sin embargo, continúa siendo aquel un lugar terrible, pues permitidme contestar la pregunta con otras preguntas: ¿Quién había movido aquellos labios escarnecedores? ¿Quién había levantado aquel enojo insolente? ¿Quién había inspirado las blasfemias? El enemigo de Dios y de los hombres había puesto en juego todos sus recursos espirituales para dar lugar a aquella victoria contra el Hijo de Dios encarnado; aquella victoria que fue su mayor derrota. El diablo y sus huestes, que parecen haberse manifestado de un modo especial en Palestina durante el ministerio público de Cristo, habían llegado al colmo de su actividad y al pináculo de su culpa en la tragedia del Calvario.

Ahora bien, el Redentor, hecho hombre, reducido a la condición de hombre, por su voluntaria *kenosis*, va a entrar en el mundo espiritual; va a subir al cielo pasando a través del Infierno, en el mismo Calvario y probablemente un poco más tarde, de un

modo literal, si hemos de interpretar textualmente 1ª Pedro 3:19.

Cristo no teme aquella parte espiritual de su tragedia, no teme más que una cosa: estar separado de Dios. Ahora se muestra tranquilo y confiado.

«Aunque andare en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno» (Salmo 23:4.) Si esto podía decir un pobre pecador, el salmista David, mucho más el Salvador perfecto; por esto le oímos exclamar: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Aquel que nos habló del mendigo Lázaro como llevado por los ángeles cuando dio su último suspiro, no dejaría de tener una cohorte de seres celestiales cuando, cumplida su misión y su obra redentora, sobre la tierra, se disponía a entrar por las puertas eternas (aquellas puertas de las cuales leemos en el salmo 24, y en Apocalipsis 21:12, 13). No quiso tenerla en Getsemaní (Mateo 26:54), pero ahora la protección del Padre no sería ningún impedimento a su obra redentora ya consumada.

¡Cuán alentados deberían quedar sus fieles amigos que no le abandonaron ni aun en aquellas horas de creciente oscuridad física! Sabían que si ellos no podían ya apenas verle, y mucho menos ayudarle, los cielos estaban espiritualmente abiertos para protegerle y llevarle en triunfo a la región celestial.

La experiencia del Salvador como hombre ha de ser la nuestra también de un modo inevitable; todos hemos de pasar por este sombrío valle. ¿Cuándo?,

¿cómo? No lo sabemos, pero ha de venir dentro de pocos años. ¿Podremos dirigirnos entonces a Dios del mismo modo que nuestro Salvador lo hizo? Si Él es nuestro Padre, ¡podremos! La gran cuestión para nosotros es: ¿Qué debo hacer para que lo sea? Tenemos la respuesta en Juan 1:12 y Efesios 1:5. La muerte redentora de Cristo es la garantía de que podremos terminar nuestros días con la misma confianza que Él, si le hemos aceptado como nuestro Salvador y Señor. Solamente entonces podremos decir con gozo: «¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu! Llévalo como quieras y donde quieras, por este universo misterioso, insondable, invisible, donde hay enemigos poderosos no sujetos aún; pero en el cual Tú reinas porque eres el Creador y Señor Todopoderoso». ¿Podremos decir esto cuando la hora llegue? ¿Podremos enfrentarnos con una realidad tan misteriosa y desconocida sin temor alguno?

Podremos, ¡sí!, aunque no seamos, como Él era, su Unigénito, podremos como hijos adoptivos. Ved cómo Esteban, que no era más que un creyente como nosotros, pudo imitarle en dos de sus palabras de la cruz. Sigamos su ejemplo y se cumplirá en nosotros, como se cumplió en Esteban, la promesa de Cristo: «No se turbe vuestro corazón...» «voy a preparar lugar para vosotros». Y a aquel lugar iremos por su gracia, para verle y estar con Él «muchísimo mejor» (Filipenses 1:23) por siglos de siglos.

ANÉCDOTAS

CONFIANDO EN LA JUSTICIA DE DIOS

Cierta madre, que tenía a su hija víctima de una enfermedad incurable, deseando estar segura de que ésta había comprendido y aceptado bien el Evangelio, le preguntó, poco antes de morir, si se sentía salva.

—Sí, mamá —respondió la niña.

—¿Y en qué confías para ello? —insistió la madre.

—En la justicia de Dios —respondió candorosa, pero firmemente, la jovencita.

—¡Querrás decir en su amor y misericordia, hija mía! —se apresuró a corregir la madre.

—No, mamá; confío en su justicia. Porque Dios es justo no puede exigir dos pagas para mis pecados: la de Cristo y la mía. Si Cristo murió por mis culpas, no puede volver a hacérmelas pagar a mí.

SERMÓN VI

¿QUÉ, PUES, HARÉ DE JESÚS?

(Mateo 27:22)

Jamás una pregunta más importante ha sido formulada por labios humanos.

1. El gran dilema de Pilato

El que la hizo era un hombre inteligente, escéptico, conocedor de muchas religiones, que había llegado a dudar de todas y de todo. Por esto, cuando aquel extraño acusado llamado Jesús le fue presentado y oye de sus labios palabras jamás oídas antes de boca de ningún reo —«Yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad; todo aquel que es de la verdad, oye mi voz»—, responde burlonamente: «¿Qué cosa es verdad?» Para él no hay otra verdad que la de las conveniencias humanas; subir en la estimación del César; tener más y más poder y más dinero, esto es lo que vale. ¿No hay muchos así hoy día?

Pero en este caso se encuentra en una posición embarazosa; la más embarazosa de su vida. Con su perspicaz vista de juez y de político comprende que

aquel acusado es justo. Su esposa se lo ha advertido (Mateo 27:19). De momento, quizá se dice: «Supersticiones de mujeres» ... Pero queda un ¡quién sabe! Por esto trata de librarle, primero apelando a la compasión popular; después a la costumbre establecida de soltar un preso por la Pascua. Ambas estrategias le salen mal y se queda con Jesús delante; aquel Jesús con quien su esposa y su conciencia le han advertido no tener que ver nada... La sombra de aquel preso le persigue; ha intentado echarlo sobre Herodes, y allí está otra vez...

Entonces se da la paradoja de que el juez pregunta a los acusadores: ¿Qué, pues, haré? ¿Dónde está, Pilato, la justicia y la conciencia? ¿Dónde queda tu honor de juez? ¿Para qué has estudiado jurisprudencia? ¿Para descender a preguntar a un populacho: ¿Qué haré?

El temeroso Pilato se halla entre dos aguas, teniendo por un lado el acicate de la conciencia y por el otro los fariseos con sus amenazas... Y aquel justo le estorba... ¡Ojalá pudiera quitárselo de delante sin poner sus manos sobre Él! ¡Que lo tomara el pueblo y lo apedreara! ¡Que lo hiciera ejecutar Herodes...! ¡Que él no tuviera nada que ver con este extraño caso! ¡Ojalá que nunca se lo hubiesen puesto delante...; que hubiese estado ausente...!

¡Así se dice Pilato, inquieto y perturbado! Pero no, allí está, y no puede evadir la responsabilidad de juzgarle. Por esto maldice Pilato aquel aciago día, maldice a los fariseos, al pueblo y a su mala suerte,

porque allí está Jesús, no desaparece de su vista. Allí está con toda su majestad, su bondad, su ternura, su justicia... Y Pilato tiene que hacer algo: o condenarle o soltarle. Y, ¡desgraciado!, opta por el camino de la conveniencia, ahogando la voz de la conciencia y de la justicia.

2. Nuestro propio dilema

La pregunta de Pilato se repite como un eco a través de los siglos... Se presenta a cada generación y a cada ser humano:

¿Qué haré de Jesús?

Cuando tú y yo llegamos a la vida nos encontramos con un mundo más o menos bueno o malo, con instintos propios, buenos y malos a la vez, y con un medio ambiente en el cual hemos encontrado a Jesús. El hecho histórico de Jesús, la doctrina de Jesús, que ya estaba en el mundo al nacer nosotros, se nos ha aparecido más o menos confusa o claramente...; más claramente desde aquel día cuando empezamos a escuchar la predicación del Evangelio. Sabíamos desde niños que existió en Judea un hombre maravilloso llamado Jesús que vivió haciendo bienes, que lo crucificaron y que resucitó, como lo declaran testigos fieles que llegaron a dar su vida por su causa. Comprendemos que tales hombres no podían ser locos todos, ni engañadores. Sabemos también que donde se predica este Evangelio de Jesús, se regeneran las almas, los hombres cambian de modo de

ser... Y el dilema que éste presentó a otras mentes y corazones en siglos pasados se presenta de nuevo en nuestra mente: ¿Qué haré de Jesús?, ¿qué actitud tomaré? Nuestra conciencia personal nos dice: Es justo; el Justo por excelencia, debe ser el Hijo de Dios... Sus hermosas doctrinas; sus ofertas de paz, perdón y vida eterna, responden a las necesidades de mi alma... Pero en algunas cosas este Jesús y sus doctrinas se oponen a mis conveniencias..., a los bajos deseos de mi carne..., a mis intereses... ¿Qué voy a hacer con este Jesús y su Evangelio? ¿Qué harás? No puedes decir: «No haré nada». Veamos cómo reaccionan a esta pregunta ciertos hombres. Algunos han dicho:

1) *Negaré su existencia...; diré que es un mito*

Este es el camino que tomó Emilio Bossi y, como él, algunos otros pocos filósofos y escritores; pero esta actitud es absurda. Si existió, el negarlo no cambiará los hechos. Y que existió es evidentísimo. Su lugar en la historia está bien definido (Lucas 3:1, 2). Estos son personajes históricos. Asimismo lo son Tácito y Suetonio, que en sus narraciones históricas, ajenas a todo interés religioso, mencionan la existencia de Jesús y el martirio de los cristianos. Nadie hubiera dado la vida por un Cristo inexistente... Cuadrato nos habla de los enfermos que Jesús curó como vivientes en sus días... Ireneo y Papías nos refieren sus relaciones con el apóstol Juan...

2) *Existió, pero era un mero hombre*

Era un hombre notable, pero no divino, alegan algunos. La fama de su divinidad se fraguó a través de los siglos. Pero esta suposición es puramente gratuita. La divinidad de Jesús es aceptada y preconizada por sus discípulos desde los primeros días del cristianismo. En el capítulo anterior hallamos la respuesta de Jesús a Caifás (Mateo 36:64-66). Si Cristo hubiese sido un mero hombre, ¿cómo hubiera levantado fe en su divinidad en sus mismos días? ¿Cómo demostraría su resurrección? ¿Cómo habría logrado justificar su profecía de que el Evangelio sería predicado por todas partes del mundo? (Véase la anécdota *El consejo de Tallegrand*.) Ciertamente tienes tú más motivos para creer que Pilato y que el centurión que le crucificó, a pesar de no haber visto a Cristo con tus ojos materiales... ¿Qué harás de Jesús?

3) *No haré caso de Él*

Algunas personas no quieren discutir un tema que dicen ser tan complicado... No quieren afirmar ni negar.

—No sé—exclaman—. Quizá si, quizá no. Hombres más sabios lo discuten. ¿Qué diré yo? Ni afirmo ni niego...

Pero, amigo, no puedes evadir así la cuestión. Si el Hijo de Dios, el Creador, dejó su gloria, padeció y murió por ti, no puedes dejar de hacer caso de semejante hecho. Es la más terrible ofensa que pue-

des inferirle. Es ingratitud, desdén, desprecio, del amor más grande inmerecido y sublime que ha visto el Universo. No hacer caso es declararte su enemigo... Es lo que quería hacer Pilato, evadir la cuestión; pero no lo consiguió.

4) *Le relegaré a un Salvador de reserva*

Esta es la actitud, aparentemente un poco más plausible, que tratan de tomar algunos frente al gran dilema. No se atreven a negar, tampoco a rechazar, pero temen las consecuencias de tomar una actitud decidida. Llegan a estar persuadidos de que Jesús es real y divino; de que es su Salvador y de que lo necesitan. Pero no les conviene dilucidar el asunto demasiado pronto

–Lo aceptaré –dicen– en el momento que me interese. Sus doctrinas son demasiado puras, demasiado justas para comprometerme con ellas ahora. Prefiero el mundo a Cristo. Cuando no tenga recurso alguno para continuar «viviendo» «mi vida», entonces me acordaré de Él y lo aceptaré.

¿Es esto lo que piensas hacer con Cristo? (Véase la anécdota *Moody y el incendio de Chicago* u otras apropiadas.)

5) *Lo aceptaré, lo amaré y lo serviré*

Esta es la mejor actitud; la que han tomado muchos, y están tomando aquellos que tienen en verdadero aprecio el porvenir eterno de sus almas. Mirando de frente y sin excusas el gloriosísimo hecho de la venida de Cristo a este mundo dicen:

Si tú eres Jesús, el Mesías prometido...

Si eres el Redentor indispensable para una humanidad pecadora, de tal modo que no fue posible al Padre celestial librarte de la muerte...

Si eres el Hijo de Dios que has de venir a juzgar a los hombres...

Si eres el hombre-Dios, perfecto, el único y supremo modelo...

No puedo, ni quiero hacer otra cosa, con tu Divina persona, que fue entregada por mis delitos y resucitada para mi justificación, que aceptarte y amarte como Tú me has amado.

3. La pregunta invertida

Algún día, el que fue humilde y despreciado Redentor de los hombres será el Juez de vivos y muertos. Y la misma pregunta será repetida a la inversa, siendo tú el reo ante su majestad. Algún día. Él tendrá que decir acerca de ti lo que tú, indispensablemente, tienes que preguntarte hoy acerca de Él. ¿Qué haré de esta alma pecadora? ¿Cómo he de sellar su destino? Pero la respuesta no está en su arbitrio, sino al tuyo. Su decisión depende enteramente de la tuya.

(Palabras de llamamiento según la inspiración personal de cada predicador, sin olvidar que el sermón ha terminado y se halla en el período de Conclusión y no debe alargarse mucho más.)

ANÉCDOTAS

EL CONSEJO DE TALLEYRAND

Un racionalista francés, inventor de la llamada «Religión Natural», quejábase al conocido ministro Talleyrand del poco éxito que había tenido su religión, a pesar de haber escogido para la misma la mejor ética contenida en el cristianismo y en otras religiones, y le pidió consejo sobre el mejor modo de acreditarla.

—Es muy sencillo —replicó Talleyrand—. Haga usted unos cuantos milagros aquí en París y en otras ciudades de Francia; después, déjese crucificar, resucite al cabo de tres días, y verá usted cómo muchas personas creerán en su religión.

MOODY Y EL INCENDIO DE CHICAGO

En 1871 prediqué en Chicago una serie de sermones sobre la vida de Cristo, durante cinco noches. El último sermón era sobre el tema: «¿Qué haré con Jesús?», y creo que cometí uno de los mayores errores de mi vida. Era una noche de octubre, y escuché que pasaban las máquinas del cuerpo de bomberos, pero no hice mucho caso, ya que a menudo oíamos las campanas que anunciaban la existencia de un incendio. Cuando terminé de predicar dije al auditorio:

—Quiero que llevéis la pregunta a vuestras casas, que penséis sobre ella y que el domingo que viene me digáis qué vais a hacer con Cristo.

¡Qué error! Nunca más he dicho una cosa así.

En aquellos momentos se estaba iniciando el gran

incendio de Chicago, en el que perecieron centenares de víctimas.

Recuerdo que Sankey cantaba:

«Hoy llama el Salvador.

Acude a Él.

Cae la tormenta

Y está cerca la muerte».

Y así fue de un modo particular en aquella ocasión. Después del culto me fui a casa. A la una de la mañana se quemó el local donde habíamos estado reunidos y no hubo oportunidad de volver a predicar a los supervivientes de la catástrofe. Muchas almas pasaron sin Cristo a la eternidad.

SERMÓN VII

LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

(1ª Corintios 15:1-22)

¡Qué glorioso es para el creyente que tras la consideración de la muerte de Cristo que se hace en estos días, podamos hablar de su resurrección! Supongamos que no hubiese resucitado. Por siglos, la humanidad habría venido preguntándose:

¿Será verdad que era Él el Mesías? ¿Es cierto o no lo es el mensaje del cristianismo. (Véase la anécdota *El nombre cambiado*.)

1. La certeza de la resurrección

El apóstol Pablo, después de una exposición por el argumento que se llama de reducción al absurdo, acerca de lo inútil e ineficaz de nuestra fe si Cristo no hubiese resucitado, exclama triunfalmente: «Mas ahora, Cristo ha resucitado de los muertos». No hay incertidumbre alguna. Ese testigo, antes enemigo y perseguidor de la fe cristiana, tenía motivos para saberlo. (Véase la anécdota *Un nuevo epitafio*.)

Tras él, debían tener también buenas razones para afirmarlo los que durante los tres primeros

siglos se dejaron atormentar y quitar la vida para sostener semejante afirmación. Pablo nombra por orden en este capítulo a los que le vieron en diez ocasiones distintas, individualmente o en grupos hasta de quinientos. Otros testigos refieren las palabras y hasta los hechos del Salvador resucitado. Aquí no caben más que tres suposiciones:

a) O centenares de personas se dejaron matar por lo que ellos sabían era falso.

b) O se volvieron todas dementes de una vez.

c) O Cristo resucitó «verdaderamente» (Lucas 24:34).

¿Qué es preferible creer? Indudablemente, que resucitó.

2. Significado de la resurrección

«Primicias de los que durmieron», dice el apóstol. Mas ¿no hubo otros resucitados por los profetas y por Cristo mismo? Sí, pero todos eran diferidos de la muerte, no librados de ella. Todos volvieron a morir.

Sólo Cristo fue triunfador definitivo, y esto por sí mismo, sin ayuda ajena. Su resurrección para la inmortalidad era una cosa totalmente nueva en la historia humana; de ahí su gran importancia. En efecto, si Él no hubiera resucitado:

a) No habría para nosotros garantía de que fuera el Hijo de Dios, el Redentor prometido. La señal de los milagros no bastaba. Otros profetas los hicieron también.

b) No habría garantía de que Dios aceptó el rescate. Ninguna evidencia de salvación existiría para nosotros.

c) Tampoco podríamos confiar en el cumplimiento de sus grandes promesas (Juan 14:2 y 23; 16:24-27; 17:24 y tantas otras serían bellas palabras sin seguridad).

¡Ojalá fuera verdad! –exclamaríamos– que este buen hombre de Dios, que murió hace tantos años, esté en la gloria y pueda cumplir todo lo que dijo. Mas ahora «Cristo ha resucitado!» Ha cumplido la gran señal que dio a los judíos (Juan 2:18-22). Cumplirá todo lo demás. (Véase la anécdota *Un epitafio original*.)

3. Consecuencias de la resurrección

«Todos en Cristo serán vivificados» (v. 22). La más grande de las afirmaciones de Cristo es la de que Él fuera la Vida. Que fuera Pastor, Amigo y, hasta en sentido figurado, la Puerta, el Camino, la Verdad, es comprensible; pero la Vida, ¿quién puede atreverse a decir tal? Si aún desconocemos el secreto de este misterioso elemento que tantas maravillas ha producido y está produciendo a nuestro alrededor. Mas si el hombre Cristo Jesús controla la vida, si la domina no es increíble su afirmación. El que es y posee la vida, puede darla a quien le plazca. El que fue poderoso para cumplir su declaración «tengo poder para ponerla y tengo poder para volverla a

tomar» (Juan 10:18) puede también llevar a efecto: «El que cree en Mí, aunque esté muerto, vivirá, y el que vive y cree en Mí no morirá eternamente». Puede dar felicidad eterna al alma y dotar a ésta de un nuevo cuerpo glorificado cuando aparezca en su gloriosa venida. ¿No da un nuevo cuerpo todos los años a las semillas secas e inertes en apariencia? Nada es imposible para Él. (Véase la anécdota *Lo mejor ha partido*.)

Ha sido comparada nuestra situación como seres mortales a la de pobres náufragos en medio del mar embravecido. A duras penas sostenemos la frágil barquilla de nuestra vida con toda clase de esfuerzos y precauciones por un tiempo limitado que no puede prolongarse mucho. Pero en medio de la oscuridad ha surgido un faro de esperanza: la resurrección de Cristo que ilumina sus gloriosas promesas. (Véase la anécdota *No tan triste para ellos*.) En ellas puede anclar el alma, seguros de que no hemos de vernos defraudados. Acudamos a Él sin tardanza y tendremos la lumbré de la vida (Juan 8:12).

ANÉCDOTAS

EL NOMBRE CAMBIADO

El doctor A. T. Pierson, predicando en el entierro del pastor Gordon, hizo notar que desde la resurrección de Jesús, los apóstoles raramente usaron la palabra «muer-

te» para expresar el fin de la vida de un creyente, sino «dormir» o «partir para estar con el Señor». Esto es, en realidad, la muerte del cristiano.

UN NUEVO EPITAFIO

El pastor Gould nos hace notar que en todos los epitafios se leen frases como éstas: «Aquí están los restos», «Aquí reposa», etc., pero ¡Cuán diferente es el epitafio sobre la tumba de Jesús! No está escrito en oro ni grabado en piedra, sino que es expresado por boca de un ángel, siendo exactamente lo opuesto de las otras tumbas: «Aquí no está».

UN EPITAFIO ORIGINAL

Tomás Spurgeon nos cuenta haber visto un epitafio que llevaba estas simples palabras: «Federico», y debajo, «Sí, Padre, voy», refiriéndose a la llamada de Dios al joven cuyos restos allí yacían.

LO MEJOR HA PARTIDO

Un muchachito estaba entusiasmado con un nido de pájaros que se formó en el jardín de su casa. Se gozaba en acariciar los huevos tan finos y hermosos. Después de algunas semanas de ausencia en casa de unos parientes, volvió a visitar el nido acompañado de su hermano mayor, hallando los hermosos huevos rotos a pedazos.

—¡Qué lástima! —exclamó sollozando—. Se han echado a perder.

—No digas tal cosa —repuso su hermano—. No se han echado a perder. Lo mejor de ellos ha salido; tiene alas y vuela.

Así es con la muerte. El cuerpo estropeado es la cáscara del huevo. Lo mejor no está allí.

NO TAN TRISTE PARA ELLOS

Al pasar el entierro de un niño, hijo de un misionero, dos mujeres coreanas comentaban:

—¡Qué triste, qué triste para estos padres! ¡Tan hermoso como era!

—Sí —replicó la otra mujer—. Es en verdad muy triste; pero no tanto para ellos como para nosotras, pues ellos, los cristianos, tienen un secreto que les da la seguridad de que recobrarán a sus hijos algún día, mientras que nosotras no sabemos que podamos nunca más volver a ver a los nuestros cuando mueren.

SERMÓN VIII

EL CAMINO DE LA FE

(Lucas 24:13-40)

Diez veces se apareció Jesús resucitado a sus discípulos; pero algunas apariciones nos son referidas con un solo y breve texto; por ejemplo, la aparición a Pedro en 1ª Corintios 15:5; y a Santiago en el versículo 7. La narración más detallada, extensa y patética que tenemos de las apariciones de Cristo resucitado, es a los discípulos de Emaús.

1. El suceso histórico

Dos hombres habían salido del aposento alto después de tres días de temor. La tempestad había pasado; pero el vacío y el desengaño habían calado hondo en sus corazones. Eran discípulos entusiastas, de los más allegados a Cristo. El uno se llama Cleofás –podía ser cuñado de la madre de Jesús, si aquella María que estaba al pie de la cruz y la hermana de su madre son la misma persona, como algunos entienden Juan 19:25; depende de una coma, de las que carece el texto griego–. El otro es un discípulo anónimo, con el que Cleofás iba discu-

tiendo sobre las insólitas noticias recibidas aquella mañana. Cleofás pensaba ser lógico: Si Jesús hubiese resucitado, ¿no habría ido al aposento alto a ver a todos los discípulos allá reunidos? ¿Por qué esconderse. ¿Por qué aparecerse sólo a mujeres? Pensaba comprender lo ocurrido... ¡La mente de mujeres exaltadas...! Su compañero compartía sus ideas. ¿No dice la profecía que el Cristo permanece para siempre? Si hubiese sido el Cristo no le habrían matado. ¿Quién sería, pues? ¡Sin duda, un gran profeta! ¡Tan bueno, tan poderoso; tanto bien como hacía...! ¡Que lástima todo lo ocurrido en aquellos días!

Otro viajero detrás va escuchando y pregunta:
—¿Qué pláticas son éstas?

—¿Serás el único que no lo sepas? —le interrogan a su vez—. ¿No sabes lo ocurrido con Jesús, el profeta de Nazaret? ¡Nosotros esperábamos que él redimiría a Israel...! ¡Teníamos tanta ilusión...! ¡Creíamos ya llegado el tiempo, y ahora todo está perdido...! Si bien unas mujeres, esta mañana (no se atrevió a decir: entre ellas, mi esposa), declararon haber visto visión de ángeles...; pero a Él no le vieron.

El desconocido se convierte entonces en maestro:
—¿No era necesario que el Cristo padeciese...?

Les demuestra que aquello que les extraña es, precisamente, lo que tenía que ser. Empezando por Abel, les explica que las víctimas del antiguo pacto representan, todas, al gran Sustituto... ¿No había dicho Daniel: «Después de las 70 semanas se quitará

la vida al Mesías y no por sí»? ¿No está escrito en Isaías 53: «Cuando hubiere puesto su vida por expiación del pecado, verá linaje»? ¿No dice el salmo 16: «No permitirás que tu santo vea corrupción»? ¿Cómo leen los escribas las sagradas Escrituras? ¿De qué les sirve tenerlas, si no han de enseñar lo que dicen...?

Los viajeros se quedan admirados. ¿Quién será este forastero que se atreve a refutar y contradecir a todos los maestros religiosos...? ¡Y parece que tiene razón! ¡Pero qué sabe él...! —piensan en algunos momentos—. Los rabinos han estudiado bien estas cosas. Sin embargo, lo ocurrido en estos días parece coincidir bien con los textos que cita de la Sagrada Escritura. ¡Y con qué seguridad habla! ¡Se parece tanto al Maestro desaparecido...! ¡El corazón, oyéndolo, siente el mismo gozo, la misma fe y esperanza! ¿Será cierto lo que dice? ¡Si Jesús de Nazaret era el Mesías, entonces volverá a venir...; le veremos de nuevo, no lo hemos perdido para siempre!

El corazón se entusiasma y alborota, y el camino se hace corto. Llegan a la aldea; el sol se ha puesto y están frente a la casa. El forastero hace ademán de despedirse: «Shalom Adonai» (El Dios de paz sea con vosotros), les dice. «Su paz sea contigo, y te acompañe», están tentados de responderle. Pero no; no pueden decirlo...; separarse, alejarse de él, parece como alejarse del sol, o del calor del hogar, en un día de frío invierno. ¡Se sienten tan bien, tan reconfortados a su lado, ante el frío de la duda, del temor y la ignorancia...!

¡No, no hay que dejarle marchar...!

–¡Quédate con nosotros! –le dicen.

Tratan de interesarse por su bienestar, pues ya le aman; pero más que todo buscan su propio bien. La paz y el gozo que su compañía irradia. El forastero no se hace rogar. ¡Qué bien! ¡Cuántas preguntas le harán! Ya no es un forastero, es su huésped. Tendrán ocasión, franqueza y autoridad, para preguntarle muchas más cosas acerca del Mesías profetizado; y sobre la alarma de las mujeres, pues se han quedado a medio saber por la brevedad del camino.

Hay que proveer a lo material, obsequiarle. Y preparan la cena... Al dueño de la casa tocaba dar las gracias, pero ante un rabí tan sabio...: le invitan a que lo haga él. El desconocido toma el pan, lo parte, y al abrir la boca para dirigirse a Dios se descubre su identidad.

«¿Que ha dicho?»

Podemos suponerlo. Ha llamado a Dios Padre, lo que ningún rabino haría. Sus corazones palpitan emocionados! ¡Es Él, debe ser Él! Levantan los ojos, aunque sea irreverencia, el desconocido se esfuma cuando tratan de abrazarle, de arrojarse a sus pies... Aquel hombre de carne y hueso, que han visto y hasta tocado involuntariamente, por el camino, se ha vuelto inmaterial. ¡Era Él, sí que lo era...! Su misteriosa desaparición es la mejor prueba de que lo es... ¡Aquel que anduvo sobre la mar, el que mandaba a los elementos, el que se transfiguró!

¡No podía ser otro...! Es cierto, pues, lo que han dicho las mujeres; resucitó y vive. No piensan en comer, sino en dar la buena nueva a sus compañeros; desvanecer sus dudas, contagiarles su gozo... A ellos les creerán más que a las mujeres...; tienen más pruebas. Empiezan a correr; si antes les pareció corto el camino, andando despacio con el Maestro, ahora les parece largo corriendo. Al llegar se encuentran que no son los únicos privilegiados. Allí está Simón, refiriendo una experiencia similar. Empiezan ellos a contar la historia con todos los detalles del camino: cómo lo invitaron, y su emoción indescriptible al reconocerle...

El Señor que invisible está presente, les deja llegar a este punto y en un instante aquellos elementos de su cuerpo material, pero glorificado, que están allí en forma de electrones y protones, al impulso de su voluntad soberana se juntan alrededor de su centro, y aquella energía invisible se convierte en carne, huesos y sangre... ¿Os parece difícil creerlo? ¡Pensadlo por un instante! Al que dio a la energía universal el poder y el acierto de juntarse y constituirse en cuerpos maravillosos según las leyes de la materia de la vida y de la generación, al que sacó por la potencia de su Palabra lo que se ve de lo que no se veía (Hebreos 11:3 y Colosenses 1:13); no le era imposible hacer en pequeña escala, para manifestarse a sus asombrados discípulos lo que hizo en grande escala desde el principio de la creación. Negarlo o dudarlo sería como pretender que el ingeniero que

hizo la máquina de un tren de verdad no puede hacer una de juguete para sus hijos. Cristo comprende, empero, la dificultad por parte de sus discípulos de aceptar como material lo que un instante antes no se veía (lo es para nosotros, que conocemos las leyes de la materia, cuánto más para ellos, que no conocían nada de la constitución de los átomos).

—¡Tocad, palpad...! —les dice.

Como nadie se atreve, les da otra prueba, la de comer entre ellos.

Entonces sigue una explicación semejante a la dada en el camino (v. 47). Esto significa: «Está abierta la puerta de la redención por la fe y el arrepentimiento, vosotros sois testigos de ello, proclamadlo. Id, después que seáis llenos del Espíritu Santo»... Así terminó el glorioso día de la resurrección.

2. Aplicación del caso

Este relato, por su sencillez y encantadora naturalidad, no sólo es una admirable confirmación del hecho histórico de la resurrección de Jesús, sino que podemos tomarlo como una ilustración de nuestra experiencia espiritual. Muchos hombres y mujeres en los países nominalmente cristianos, católicos o protestantes, son como los discípulos de Emaús. La vida es grata y bella en la infancia, porque la fe es ingenua...; no hay ningún niño de 3 a 10 años, en los hogares cristianos, que no crea sinceramente en los misterios de la fe, la inmortalidad, el cielo, el

infierno, los ángeles que protegen y vienen a buscar a los niños cuando mueren para llevarlos a los jardines del Paraíso; son cosas reales para su mente infantil. No hay ningún niño para quien la muerte sea muerte, como lo es para los mayores, porque el instinto del alma acoge ávidamente las enseñanzas de la religión, y el niño es feliz. No tiene preocupaciones para la vida, pues por lo general los padres proveen a todo, y en el más allá está Dios, los ángeles (la bendita Virgen, si han sido educados en el Romanismo). El infante tiene a Cristo por el instinto de su propia alma; nunca le ha rechazado, nunca se ha negado a Él. Por esto decía Jesús: «De los tales es el Reino de los cielos».

1) *El Cristo perdido*

Como en el caso de los discípulos de Emaús, las almas suelen perder a Cristo. Hay quien lo pierde más temprano, hay quien más tarde. Aquel Cristo que aclamaron con el entusiasmo de su inocencia; a quien oraron las primeras oraciones o rezos..., se pierde en la adolescencia, en el bullicio del mundo y del pecado. Y en gran parte, también, debido a erróneas doctrinas.

¿Por qué estaban tan desalentados y tristes los discípulos de Emaús? Porque deslumbrados por las falsas enseñanzas de sus rabinos no habían entendido la doctrina de Cristo. Sus maestros religiosos les habían enseñado la Biblia al revés, o parcialmente, y el resultado es que cuando llegó el Mesías divino

y les habló de un modo tan diferente a lo que ellos esperaban, no pudieron entenderle. Y cuando ocurrió lo imprevisible e inimaginable, el juicio y crucifixión del gran Maestro de Galilea, el más poderoso de todos los profetas, perdieron su fe en Él, perdieron a Cristo y vieron desvanecidas sus más brillantes esperanzas. Así ocurre con las almas hoy día. Las tradiciones humanas han oscurecido la verdad. «Invalidáis el mandamiento de Dios con vuestras tradiciones» —había dicho Cristo—. Además, las cosas que la Providencia hace o permite, son también hoy día extrañas y contradictorias, como lo era para esos discípulos la muerte del Mesías. No pueden entender a Dios, y las almas pierden la fe, la ilusión y la esperanza. ¡Dios, Cristo, cielo, vida eterna, felicidad, justicia! ¡Bello sueño de los días infantiles!

El famoso escéptico Renan declara que el día que perdió la fe de su infancia fue el día más oscuro de su vida. Y así es con todos aquellos que un día creyeron pero han dejado de creer; marchando por el camino de la vida tratan de distraerse con placeres de aquella triste realidad que se cierne ante todos los hombres: la muerte, la oscura incógnita del más allá. Menos mal de los que, marchando desilusionados van pensando, sin embargo, en Él, hablando de Él, preocupándose más o menos de las cosas eternas. Había millares de discípulos tan desengañados como los de Emaús; pero que no querían acordarse ni hablar de su pasada fe en el profeta nazareno que había terminado como todos los supuestos Mesías.

Más bien se avergonzaban de su candidez y de sus ilusiones. ¿No hay así muchos hoy día? Para quienes van llorando con sinceridad su fe perdida, es mucho más fácil reencontrarla.

2) *Cristo sale al paso de los desilusionados*

¿Cómo? No se aparece hoy día físicamente; pero se aparece por su Palabra. Uno de los testigos de Cristo en el mundo da el Evangelio a una de estas almas desengañadas; le habla de Cristo como verdadero Salvador. Muestra una fe confiada y segura. La primera reacción suele ser: «¿Qué sabe éste? ¿Quién puede saber estas cosas? ¡La religión evangélica es un negocio, como todas!», pero pronto empiezan a descubrir palabras maravillosas del Cristo verdadero. No «del Cristo de la tierra, que es tierra..., tierra..., tierra.... como decía Unamuno, sino del Cristo de los cielos; del Cristo de la historia, del Cristo divino...

«De gracia recibisteis; dad de gracia» ..., leen en el Nuevo Testamento. No es, pues, la cuestión de negocio que ellos atribuyeron a la religión.

«De cierto os digo que el que cree en Mí, tiene vida.» Aquí hay seguridad, se dicen, admirados.

«Yo soy la resurrección y la vida.» ¡Esto es sublime!

«Voy a preparar lugar para vosotros»... Y tantas otras frases que reaniman el rescoldo de la fe casi apagado. ¿Será verdad? ¡Estas palabras no son de hombre; no pueden encontrarse en otros libros!

Dios mismo ilumina su reflexión: «*Dios es Espíritu...*», dice la Biblia. «No aquel anciano con barba que me imaginé en mi infancia.» La fe no es incompatible con la ciencia; hay de ello innumerables pruebas...

La Redención es una necesidad absoluta en un Universo de seres pecadores que han de ser atraídos a Dios por el arrepentimiento, la fe y el amor.

La existencia de Cristo sobre la tierra no es un mito, sino un hecho histórico... La resurrección de Cristo es un suceso real. ¿Cómo se explica de otro modo el cristianismo? ¡No pudo ser una ilusión! ¿Cómo un puñado de discípulos pudieron hacer triunfar esta fe ante tantos y tan poderosos enemigos interesados en destruirla? ¡Nadie se deja matar por un engaño!

Y el corazón, antes desilusionado, va adquiriendo confianza. Y cuanto más lee las palabras de Cristo, más se enamora de Él; de la verdad que presentía, pero que temía haber perdido. Desea oír más y más... Las semanas se le hacen largas para ir a escuchar la iluminadora palabra de Dios expuesta, quizá, por un sencillo pero sincero creyente en una iglesia evangélica. ¿No es así como ha sido recobrada la fe por alguno de los presentes?

3) *Cristo pasa, se ofrece, pero no obliga*

Como en el caso de los discípulos de Emaús, al lado del descubrimiento de la fe, están los quehaceres prácticos de la vida, las ocupaciones. Podéis

«entrar en la casa», regresar a vuestros hogares y olvidar las verdades del Evangelio. Podéis deciros: «Es interesante y bonito, pero no quiero aceptar a Cristo todavía ni voy a fanatizarme en estas cosas. Comprendo que si era el Hijo de Dios, y murió por mí, debería unirme a Él; pero no voy a preocuparme ahora de esto. Si hay algo de verdad en la fe, ya lo veremos allá arriba, ahora tengo trabajo». ¿Es así como tratáis a Cristo? ¡Cuántos que estuvieron sentados en estos bancos han tratado a Cristo de ese modo, y le han dejado pasar sin invitarle!

Un día su corazón ardía, como el de los discípulos de Emaús por el camino, pero lo han despedido. ¿Será esta vuestra experiencia? (Véase la anécdota *El Dr. Adolfo Lorenz.*)

—Quédate con nosotros porque se hace tarde —es lo que dijeron los de Emaús.

¿No declina así el día de tu vida? Sobre todo, si tienes más de 50 años? ¿No tienes miedo de llegar sin Cristo a la noche de la muerte? Pero aun cuando estuvieras tan solo en la mañana de la vida, puede tu existencia cubrirse de nubarrones, hacerse tarde... ¡demasiado tarde!

Para el Cristo glorificado de Emaús, no se hacía tarde; lo mismo le era la noche que el día, pero para ellos sí. Para ti también se hace de noche, podría hacerse tarde definitivamente...

Si los discípulos de Emaús hubiesen cerrado la puerta y dejado marchar a Cristo, no habrían estado en Jerusalén cuando se apareció de nuevo en el apo-

sento alto aquella noche; quizá no le habrían visto de nuevo hasta el día que le verían en la otra vida, asombrados, y Él les diría: ¿Por qué no me reconocisteis? ¡Insensatos y tardos de corazón! Ciegos e incrédulos para creer lo que los profetas han dicho; lo que la Palabra ya revelada y vosotros os negasteis a aceptar. ¿Querrás que el Señor tenga que decirte esto un día? –Quédate con nosotros –le dijeron.

–Quédate conmigo –debemos decirle–. Toma posesión de mi casa, de mi ser, de mi vida; tengo miedo de mí mismo, de mi propio corazón, si no me decido hoy. Si no te confieso, tengo miedo de que olvide pronto lo que ahora siento...; que el corazón se enfríe...; tengo miedo de que tú te alejes y te pierda para siempre. (Véase la anécdota *El dueño del cabaret que rompió el letrero*.)

¡Ojalá que así lo hagan muchos! Es quizá recordando esta escena de Emaús que Cristo dijo las palabras de Apocalipsis 2:20.

4) *Necesidad de dar a Cristo el primer lugar*

Los discípulos de Emaús no sólo le invitaron a entrar, sino que le pusieron a la cabecera de la mesa, le rogaron partir el pan. Hay quienes declaran haber recibido a Cristo en alguna ocasión pasada, pero continúan su vida; no haciendo mucho caso de su Señor. Le dirigen pocas palabras de domingo a domingo. Oyen los mensajes de la Palabra de Dios con el pensamiento y el corazón en otra parte; temen confesarle por el bautismo, ser víctimas

de excesivo fanatismo... y siempre viven en la duda...

Suponed que así hubiesen hecho los discípulos de Emaús; posiblemente Cristo no se les hubiera revelado. Siempre habrían estado dudando. ¿No quieres ponerle hoy en la cabecera de tu mesa? Si no lo has hecho, ve y dile: «Señor, yo te admití en mi vida, pero no te di el primer lugar; te he tratado fríamente. Desde hoy oraré y leeré más tu Palabra, escucharé lo que tenías que decirme, tendré más comunión contigo y así Tú te darás a conocer a mi alma».

5) *Correr a dar las nuevas*

Si ya has reencontrado a Cristo y vives con Él, todavía te falta una cosa: Correr a dar las nuevas. Trabajar por Él. Hay muchos que están como tú estabas antes: perdido en la indiferencia y en la duda, recordando que un día creyeron, lamentándolo o tratando de olvidarlo. Corre a decirles: He hallado a Cristo, el Señor resucitado. El cristianismo no es un mito, hay motivos para creer. Háblales de las evidencias de la fe, de la realidad de aquel Cristo vivo que está en los cielos y vive en tu corazón.

Si lo haces, te ocurrirá como a los discípulos de Emaús: hablando de Él, testificando de Él, le encontrarás de nuevo. ¿No nos ha ocurrido muchas veces que hablando u oyendo el Evangelio, el gozo de su presencia ha invadido nuestros corazones de un modo muy semejante al día de nuestra conversión? A Cristo volverás a encontrarle donde le gusta ir...

No sé si ellos calcularon así, pero así fue. Él ha dicho: «Donde dos o tres se hallan congregados en mi nombre...»

Quiera Dios que muchos hallen a Cristo hoy mismo; le inviten, le den el primer lugar en sus vidas, y empiecen a testificar de Él desde hoy.

ANÉCDOTAS

EL DOCTOR ADOLFO LORENZ

El doctor Adolfo Lorenz, de Viena, fue en la mitad del siglo pasado uno de los más famosos cirujanos del mundo. De todas partes venían a él llamamientos por carta y por teléfono pidiendo su intervención para salvar preciosas vidas. Incapaz de acudir personalmente a todas partes, el doctor Lorenz procuró instruir a otros médicos en el arte de la cirugía y finalmente fue a América para dar lecciones acerca de la extirpación del apéndice y la hernia.

Un día, tratando de encontrar un poco de distracción en su pesada labor, salió para tomar el fresco al anochecer. En tanto, se acumularon negros nubarrones y empezó a llover. El doctor Lorenz llamó a la puerta de una casa de hermoso aspecto pidiendo cobijo, pero una mujer nerviosa abrió y dijo apresuradamente:

—Estamos atribulados en esta casa hoy. Busque cobijo en algún otro vecino —y cerró la puerta. El doctor Lorenz salió a la calle y la tempestad le caló hasta los huesos, antes de que la persona que salió del hotel en su busca con un carruaje lograra encontrarle.

Aquella misma noche la señora que le había rechazado abrió el periódico y vio en la primera página una fotografía del famoso doctor. Al reconocerle exclamó:

—¡Dios mío! ¿Qué he hecho? He negado la entrada a mi casa a la única persona que podía salvar la vida de nuestra hija ¡Quizá si le cuento el caso, aún tendrá compasión de nosotros!

Corrió hacia el hotel y le dijeron que el famoso doctor estaba dando una conferencia a los médicos y no podía ser interrumpido. La señora esperó ansiosamente, pero en vano. Al terminar la conferencia el doctor salió por otra puerta para ir a tomar el tren que le conduciría a una ciudad muy distante.

«Hay un solo nombre dado a los hombres en quien podamos ser salvos. ¿Cómo escaparemos nosotros si tuviéramos en poco una salvación tan grande?» (Hebreos 12:2).

EL DUEÑO DEL CABARET QUE ROMPIÓ EL LETRERO

El Dr. Truett cuenta de una miembro de su iglesia cuyo esposo simpatizaba con el Evangelio, pero se veía impedido a aceptarlo a causa de su oficio como dueño de un cabaret. La esposa estaba muy afligida por tal motivo, e instaba al pastor a ayudarla en oración para que su esposo rindiera su corazón a Cristo.

Cierto día que el pastor se encontraba en la casa visitando a la esposa enferma, ésta le pidió que orasen. El marido estaba presente en la habitación y escuchó atentamente la fervorosa oración que el pastor elevó a Dios.

De repente se oyeron unos fuertes martillazos en la puerta y ruido de cristales rotos. Cuando el pastor terminó la oración vio entrar al marido con un martillo en la mano. Este explicó que durante la oración se había sentido constreñido a entregarse a Cristo, renunciando a su oficio, pero temiendo que tal decisión se desvaneciera cuando el pastor hubiese marchado y le ocurriera como tantas veces que había estado muy cerca de hacer la decisión por Cristo y se había vuelto atrás, decidió romper, en el acto, con lo que era un impedimento para recibir a Cristo y empezar una nueva vida.

SERMÓN IX

FELICIDAD EN EL MATRIMONIO

(Génesis 2:15-24; Efesios 5:21-33)

Introducción

Es costumbre de los evangélicos considerar, en ocasiones como la presente, el matrimonio a la luz de la Palabra de Dios. Según la Biblia, el matrimonio constituye la unión indisoluble de dos seres que se asocian para ayudarse mutuamente y promover la felicidad del uno y del otro en todos los aspectos.

Puede que alguien sonría al oír tal definición, diciendo: «Esto es muy bonito en teoría, en este día de fiesta..., pero que entren los novios a la vida real y verán que no es tanta la felicidad como hoy se imaginan. ¡Cuando no se convierte tal unión en un infierno! ¡Es muy corto el trecho entre la «Luna de miel» y la «Luna de hiel!». ¿Por qué ha de ser así?

Dios instituyó el matrimonio como una «cosa buena», agradable, beneficiosa, sobre todo para el hombre...; no tanto para la mujer, para la cual es mejor, en algunos casos, no casarse... Tampoco le es tan indispensable como al hombre; pero en los matrimonios afortunados, es bueno para ambos.

Creemos sinceramente, como cristianos, las afirmaciones de aquel himno optimista, que dice:

*¡Oh Señor, Tú que al hombre creaste
Y un jardín de delicias le hiciste,
Sobre todas tus gracias le diste
La mujer, como ayuda ideal!
Tú no cambias, Señor; para el hombre
Que ferviente te busca y proclama;
Para el alma que humilde te ama,
Este mundo se vuelve un Edén.*

¿Qué debemos hacer para que sea así? Echemos una mirada al Edén: ¿Cuáles eran las condiciones que hacían felices a nuestros primeros padres?

Se han dicho muchas cosas acerca del mito del Edén, desde que la teoría de la evolución se abrió paso en los círculos científicos. Pero lo que no puede negar la ciencia es que hay un salto tremendo entre el mono más evolucionado y el hombre consciente de sí mismo, creador de ideas, dotado de habla; espíritu en estuche de barro –como alguien lo ha llamado–. Y esto justifica, y reclama, una intervención directa y especial del Creador en el inicio de la raza humana...

Es un hecho notorio que la tradición del Edén se halla en el fondo histórico de todos los pueblos y religiones de la tierra. ¿Por qué no podemos creer que el Invisible que se manifiesta en sus obras (Romanos 1:20), se hizo visible por teofanía y realizó,

por una intervención directa, en el Paraíso terrenal, el gran salto que la antropología no puede explicar? Es bien lógico y plausible que ese ser, el hombre, de categoría tan superior a los animales, fuera puesto en una especie de museo natural donde pudiera aprender a conocer el mundo que había de serle dado señorear con su superior inteligencia.

Y este hecho histórico, acreditado por las Sagradas Escrituras y por las tradiciones o recuerdos más o menos vagos de la humanidad entera, nos lleva a preguntarnos: ¿Cuáles eran las condiciones que hacían felices allá a nuestros primeros padres? Les faltaban, entonces, sin duda, muchas cosas buenas que el arte y la industria nos han proporcionado en el orden material. Aprovechando tales ventajas que nos ofrece la experiencia de la humanidad, podríamos ser nosotros mucho más felices que ellos, y lo seríamos si supiéramos cumplir las de orden moral y espiritual que ellos poseían y practicaban. ¿Cuáles son éstas?

1. Las características del Edén

1) Identidad mutua.

«Ayuda idónea», dice el texto bíblico. Adán observó que todos los animales tenían su pareja, pero él se hallaba solo... Dios dejó al hombre, destinado a ser corona de la creación, solitario por un poco de tiempo para que se diera cuenta de su necesidad. Una hembra del mundo animal, la mejor de la raza

de los simios, no podía satisfacerle... No habría habido identificación ni comunión posible con un ser de naturaleza tan diferente, sin espiritualidad; sin habla, sin gusto ni capacidad para el arte, y la belleza; sin inteligencia superior. Por eso el Creador intervino de nuevo formando la verdadera corona de la creación, que lo es a la vez del hombre: la mujer. Un ser que completaba al varón y suplía sus necesidades físicas y morales. Con ella el hombre se sintió feliz y agradecido; vio que Dios le había dado exactamente lo que le convenía.

2) *Un amor sincero y único.*

Para Adán no había literal y efectivamente otra mujer en la tierra que Eva; por esto la amaba con toda la pasión de su alma. Según el poeta Milton, era tan grande su amor, que arrojó el peligro de desobedecer a Dios cuando ella hubo desobedecido, para no verse separado de ella. ¡Quiso correr su suerte! ¡Muy poético, pero muy posible!

3) *Ausencia de pecado.*

Hay quienes se burlan del pecado (Proverbios 14:9). La Biblia los llama necios. Esos dicen que es una idea inventada por los autores de las religiones, usada por curas y pastores para asustar a la gente. «Haz lo que quieras, con tal de que no topes con la justicia humana –afirman–; de lo demás no tengas temor, pues ¿quién puede fijar los límites del pecado?». Pero el pecado es una realidad, porque el

Autor del Universo es un ser moral, no puede ser un ser sin inteligencia ni voluntad. «El que hizo el ojo, ¿no verá?», dice el Salmo 139. Por esto, algunas cosas le parecen bien y otras mal. El pecado es desobediencia a la voluntad de Dios, es anteponer nuestra voluntad a nuestra conciencia y a sus mandatos. En el Edén no había pecado, Dios instruía a la primera pareja, y ambos decían «sí» y «amén»; no sentían nada malo, no veían nada malo a su alrededor, no podían dudar el uno del otro, ni de Dios, tenían la perfecta caridad que no piensa el mal. En último lugar:

4) *Disfrutaban de plena comunión con Dios.*

Nuestros primeros padres no estaban enteramente solos; tenían un compañero audible, y visible, por Teofanía... Una manifestación del Infinito se les aparecía diariamente para instruirles. Si era feliz el hombre, en su soledad, mediante la comunión con Dios, lo fue mil veces más cuando tan extraordinario privilegio pudo gozarlo en compañía de Eva. «¿Has oído, amadísima –le diría– cómo Él preparó todas las cosas para nuestro bienestar? Hizo que creciese la hierba y los frutos jugosos de los árboles para nuestro refrigerio, y este río que se reparte en cuatro ramales, y las aves que nos alegran con sus cantos... Dice que nos ama, y es cierto; cada flor, cada pájaro, cada fruta sabrosa que descubro, nos lo demuestran. Y mañana volveremos a oír su voz, nos dará nuevas instrucciones. Si alguna cosa no la recuerdas, te la

recordaré yo. ¡Cómo quisiera llegar ya a mañana por la tarde!»

Así vivían y eran felices nuestros primeros padres, porque:

- a) Se comprendían.
- b) Se amaban.
- c) No tenían pecado.
- d) Disfrutaban juntos de comunión con Dios.

Pero el Paraíso se perdió. El enemigo introdujo la duda, la desobediencia, y tuvieron que salir desterrados. Desapareció la felicidad, pero no el deseo. Todos queremos ser felices. De ahí la bella frase poética de que «ya que por la mujer se perdió el Paraíso, cada mujer debe esmerarse para convertir en paraíso su hogar».

2. Las características del Edén en el mundo moderno

Pero para que así sea, deben cumplirse las condiciones morales del Paraíso. No ya las materiales, porque el mundo es diferente; pero si logramos practicar las virtudes morales que en aquel feliz lugar se dieron, podemos hacer que nuestra vida se parezca al Paraíso.

1) Conseguir ayuda idónea.

Que la compañera con la que uno se junte se parezca a uno mismo. Decimos a los jóvenes: No

vayas a buscar una mujer muy culta si eres un sencillo peón; ni de alta posición, si eres pobre; pues aunque la encontraras, no habría idoneidad, sino una barrera entre ambos. Necesitas una compañera que entienda en las cosas que tú entiendes y pueda ayudarte con su consejo. No es necesario que tenga exactamente el mismo nivel intelectual que tú tienes, pero por lo menos que pueda comprenderte e identificarse contigo y con tus cosas.

2) *Amor único y verdadero.*

La adaptación razonada, fría que comprende los derechos del otro, no proporcionaría, empero, verdadera felicidad sin el adherente del amor. El amor facilita la adaptación, la asegura. No me refiero a la atracción sexual... esto no es amor (todo hombre puede sentir atracción sexual a mujeres a las que no ama), sino a la ternura, la simpatía, la admiración y gratitud que inspira el compañero o la compañera con su afecto, su cariño, sus atenciones, sus actos abnegados. Por esto se dice del amor: «Más que ayer, pero menos que mañana». Esto, empero, no es realizable de un modo absoluto sin la tercera condición.

3) *Ausencia de pecado.*

Alguien dirá: ¿Es posible esta condición? Si todos tenemos la tendencia natural al pecado: somos egoístas, voluntariosos, recelosos, y estamos en un mundo malo. Cierto, pero hay una clase de personas, los verdaderos cristianos, de los cuales Jesús dijo: «No son del mundo como tampoco yo soy del mundo».

Son los que han roto con el pecado y cuentan con la gracia de Dios para ayudarles a vencer. No estamos en el Paraíso, es cierto; pero Jesús dijo: «El Reino de Dios entre vosotros está». Cristo vino a establecer el Reino de Dios, el nuevo Paraíso en los corazones por la conversión (*explicarlo a los nuevos oyentes en breves palabras*). Tenemos millones de ejemplos de hogares quebrantados y desechos por el pecado que fueron transformados por este fenómeno espiritual.

¿Habéis roto con el pecado? ¿Habéis nacido de nuevo? Hay millones de pseudocristianos, no sólo en el mundo católico, sino también en el protestante, totalmente engañados, pensando que la regeneración fue obrada por el bautismo. ¿Sois, amigos asistentes, cristianos de nombre?

4) *Comunión con Dios.*

Este es el principal secreto de la felicidad en los hogares y en la comunidad. Hay quienes piensan que es cuestión sólo de frailes y monjas, pero no es así. Dios es una realidad viva, un Ser inmanente en el Universo que quiere tener comunión espiritual con los humanos hechos a su imagen. No se nos aparece en Teofanía, como en el Edén, pero nos ha dado su Palabra, podemos hablar con Él, darle gracias, consultarle las cosas y vivir en su presencia. No podemos quitar las cosas malas del mundo, ni la tendencia pecaminosa de nuestros corazones, pero, creedlo, por la conversión, podemos poner a Dios en

nuestras vidas... Cristo quiere unirse a los seres humanos que ha redimido, de un modo tan íntimo, que los llama «su esposa», y ha prometido llevarnos a un hogar nupcial que está preparando allá arriba (Apocalipsis 3:20 y Juan 14:1). Algunos nos llaman fanáticas a los que queremos tener esta comunión con Dios..., piensan que se puede ser cristiano, católico o evangélico, sin tomar las cosas con tanto fanatismo; yendo a la iglesia tres o cuatro veces al año, y tales personas pretenden ir al cielo. Si hay un cielo, dicen, no quieren que Dios les deje fuera... Esto es tan insensato como si esta esposa pretendiera ser esposa del joven que tiene frente a sí, viviendo separada de él con sólo verle un ratito dos o tres veces al año. Sin embargo, esto es lo que pretenden muchos llamados cristianos con su celestial Esposo. ¿Cómo pueden esperar ser felices aquí y allá; en esta vida y en la venidera?

La felicidad, pues, no consiste en cosas externas... El Paraíso de nuestros primeros padres no fue paraíso; cuando, a causa del pecado, comenzó a faltar la comunión con Dios, y el hogar más suntuoso, lleno de ricos tapices y alfombras, es a veces un infierno para quienes no tienen el amor de Dios en sus corazones. Un infierno de celos y recelos, de envidias y rencores... Y en tales casos, sin ninguna esperanza para el más allá de la muerte que sabemos ha de venir a romper y arrebatarlos todos los bienes y privilegios de la vida.

5) *Amor eterno.*

Por esto quisiera llamar vuestra atención a una frase que se repite profusamente en todo noviazgo, pero que raramente se cumple: *Eterna luna de miel*. La idea es atinada, pues bien cierto que no hay felicidad verdadera si no es eterna. Solamente el pensar que termina una cosa buena es una contrariedad y un tormento (ejemplo de unas vacaciones, un viaje agradable, una fiesta, etc.). En el matrimonio usamos esta frase sabiendo de antemano que es una hipérbole, que no puede cumplirse. Esta condición suprema de la felicidad era un hecho en nuestros primeros padres antes del pecado. Sabían que su suerte era diferente a la de los animales, puesto que habían recibido con su superior inteligencia una promesa de inmortalidad. «El día que pecareis, moriréis.» Entonces os ocurrió –vino a decirles Dios– que siendo de una raza superior, semejantes a los ángeles que no pueden morir, seréis semejantes a las bestias; dejaréis de ser inmortales.

Y esta suprema, felicísima condición, es cumplida también en nosotros, los cristianos. No de modo corporal; de ahí que tenemos en nuestras liturgias la consabida frase: «Hasta que Dios os separe con la muerte», que suena como una campanada fúnebre, como una gota de ajeno en el almíbar de nuestra felicidad en este día. Pero aun cuando no podemos evitar la realidad de la muerte, hay esperanza para los verdaderos cristianos. Jesús dijo: «Yo soy la resurrección y la vida»... Él vino «a quitar la muerte, y

a sacar a luz la vida y la inmortalidad, por el Evangelio». Por esta podemos hacer nuestra la frase «Eterna luna de miel», pues aun cuando se termine la pequeña cantidad de miel del vaso en nuestras vidas, tenemos el torrente inagotable de felicidad que Cristo nos ha prometido en la vida superior. Allá os encontraréis y uniréis a nuestras amadas esposas y esposos (pues el amor nunca deja de ser). Los encontraremos, no para una unión física (que tampoco necesitaremos), pero sí para una unión moral y espiritual, recordando la vida que pasamos juntos y mirando a la mucho más feliz que tendremos delante.

Esto es lo que auguramos y deseamos, no solamente a nuestros amados hermanos X y X, sino también a todos los que habéis venido a presenciar su unión ante Dios, compartiendo su gozo en este memorable día. ¡Ojalá sea un día memorable, no sólo para ellos, sino para quienes hoy pudieran comprender la felicidad de la vida cristiana, dando a Cristo sus corazones empezarán a vivirla y experimentarla de verdad.

SERMÓN X
SIGNIFICADO DEL AMOR
(Efesios 5:25-28;
1º Corintios 13:4-8)

La boda de nuestros queridos «X» y «X» nos da una excelente oportunidad de hablar del viejo tema del amor.¹

Se ha dicho que el amor es arte, poesía, música del alma. Es el medio escogido por el Creador para la institución básica de la sociedad humana: la familia, y para la preservación de las razas. El amor es, ciertamente, el vehículo de la vida.

Por ser algo tan grande, tan sublime, el amor es también la virtud más falsificada. Sabéis bien que en el terreno material no son objeto de falsificación las cosas vulgares, sino siempre las más preciosas, las de más valor, las obras de arte, las joyas...

En el terreno moral, el amor es el divino tesoro que más se ha procurado falsificar.

El amor se falsifica y envilece en los lupanares; se finge en noviazgos de conveniencia; se imita y desvaloriza en matrimonios mal avenidos...

Por esto, amados míos, en este momento solemne y sagrado de vuestras vidas, cuando venís a

juntarlas delante de Dios por el santo lazo del matrimonio, considero oportuno daros, a la luz de la Divina palabra, una idea concisa y exacta del verdadero amor, para que os preguntéis en lo íntimo de vuestras conciencias si es y si será de esa legítima calidad, el amor que os profesáis y que os ha traído a este lugar.

1. Análisis del amor

Como la luz se descompone en siete colores al pasar a través de un prisma y todos juntos forman el maravilloso don de Dios que nos permite disfrutar del privilegio de la visión, así el amor, analizado por el poderoso e inspirado intelecto del apóstol Pablo, es descompuesto, para mostrarnos algunas de sus características de un modo bien definido.

1) El verdadero amor es desinteresado.

Con dos grandes frases el apóstol Pablo define esta característica. Dice: el amor «es sufrido», «no busca lo suyo». Mientras el falso amor es egoísta y busca tan sólo el propio bien, la propia satisfacción, aparentando amar al otro, el verdadero amor es altruista, procura el bien del otro, es compasivo. Se dice: «No importa que yo sufra un poco más, con tal de que el otro ser a quien amo sufra un poco menos, tenga menos molestias, se beneficie o se recree. Yo me recreo, viendo como él –o ella– se goza. Tengo en ello mi compensación».

Cuando ese amor es mutuo, se establece una especie de rivalidad en su práctica. Cuántas veces los mayores recordamos haber tenido que decir a nuestras fieles compañeras: «Si tú no comes esto, yo no lo como», «si tú no vas, yo no voy...» De ahí la expresión refranera: «Partirse un piñón», que significa compartir hasta las cosas más pequeñas; todas las cosas buenas, del mismo modo que las eventualidades de la vida nos obligan a compartir las cosas malas.

2) *Es paciente.*

«Todo lo espera, todo lo soporta...» El lazo del matrimonio significa la unión de dos voluntades diferentes, diversas. ¿Cómo aunarlas? ¿Cómo ponerlas en concierto?

¿De qué modo ensambláis dos maderas? Cortando la mitad del grueso de un cabo de la una y otra mitad de la otra. Así, una vez ensambladas, parecen una sola pieza lisa. Del mismo modo debes sacrificar, esposa, una parte de tu voluntad para dar lugar a la de tu cónyuge. Otro día, si él es comprensivo, sacrificará una parte de su voluntad para complacerte a ti.

Debéis tener en cuenta que ninguno de los dos es un ser perfecto. Esposa, tu marido tendrá sus errores, sus obcecaciones, sus gustos. No intentes hacérselos comprender o hacerle cambiar de parecer a base de terquedades tuyas. Sé paciente, espera; vendrá el momento de hacerles reflexionar cuando haya pasado la contrariedad.

Marido, tu esposa no es un ángel, aunque tal vez se lo hayas dicho más de una vez. No es un ser perfecto, tendrá fallos, errores, retrasos, que quizá contrariarán tus planes; tiene, además, una voluntad propia que debes respetar, no es una máquina ni una esclava. Cuando ella haya fallado, es tu deber reparar el fallo, no con reprensiones duras, que serían como gotas de ajeno en la miel del amor que os profesáis, sino con tu actividad, con tu ejemplo. Si se ha retrasado en alguna cosa, ayúdala. El mismo hecho de verte dispuesto a ayudarla, le será a ella de más estímulo que las palabras más duras, pues la mujer española tiene un cierto orgullo de la profesión «sus labores». Y hazlo con un rostro sonriente, incluso bromeando, para que no tome a mal tu entrada en sus quehaceres.

Mantener el idilio del noviazgo es el verdadero secreto de vuestra felicidad. ¿La romperíais por alguna tontería?, ¿por algún retraso?, ¿por un descuido? El verdadero amor es paciente, no se irrita, no guarda rencor.

3) *Es confiado.*

«El amor todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta».

—Pero esto es ser cándido —dirán algunos—. El amor es receloso, siempre desconfía, tiene celos; los celos son prueba de amor.

No, esto es una gran equivocación; los celos no son prueba de amor, sino de egoísmo. ¿Querrás para

ti solo todas las sonrisas de tu ángel? Si así fuera, sería que no la amas tanto como pretendes. Deja que otros admiren lo que tú posees, que envidien tu felicidad, que te feliciten en su corazón... Y para que así sea, debes permitir que tu esposa alterne con otros hombres, honradamente, dentro de los términos de la pureza y el amor de Dios, que tú sabes son de tu amada, su mayor tesoro espiritual. Los celos no caben entre creyentes de alta calidad porque en sus vidas no cabe el pecado.

Y tú, esposa, ¿has de recelar de lo que pueda hacer tu marido fuera de tu vista?

Los celos, en lugar de ser una de las cualidades del amor, son una enfermedad del amor, un tormento del alma. Permíteme darte dos consejos, dos remedios eficaces contra el mal de la posible infidelidad que trae revuelto al mundo entero y es origen de toda clase de malquerencias, altercados y hasta de crímenes.

a) El primer remedio es tratar a tu marido de tal manera cuando esté contigo, en casa o fuera de ella, que no halle otra felicidad ausente de ti; trátalo como un novio toda la vida...

b) El segundo remedio es fomentar en su alma la verdadera piedad, el temor de Dios, una fe más y más profunda. Si tu marido vive cerca de Dios, si se siente a cada momento ante su santa presencia, si no ha descuidado la lectura de la Palabra divina y de otros libros profundamente cristianos que elevan sus pensamientos y sus ensalcen ideales, difícil-

mente podrá ser arrastrado por las tentaciones del pecado. El pensamiento cristiano de «Tú, Señor, me ves», le guardará de toda tentación, pues sabe que aunque a ti pudiera engañarte, no puede engañar a Dios.

Amados míos, tenéis el privilegio de que vuestro amor esté cimentado sobre la roca de vuestra fe. Si ambos creéis de todo corazón, si sabéis que no sois vuestros, sino que ambos pertenecéis a Cristo, vuestro divino Redentor y Señor, no os sentiréis libres para hacer lo que os dé la gana, para seguir los impulsos del viejo hombre; ni en los pequeños detalles de la vida, ni tampoco para faltar a la solemne promesa de fidelidad mutua que en este momento vais a haceros...

4) *Es permanente.*

Entonces vuestro amor tendrá por encima, y como corolario de todas las otras virtudes que el apóstol destaca, la virtud final, la más decisiva, la absoluta, la virtud de la *permanencia*. «El amor nunca deja de ser...»

2. El más alto ejemplo del verdadero amor

De ahí que el mismo apóstol que en 1ª Corintios 13 nos da una descripción y análisis tan completo del amor en general, en el segundo pasaje pone, como ejemplo del amor conyugal, el más alto y perfecto de los amores: el amor de Cristo a la Iglesia.

Ved la semejanza: El amor de Cristo fue y es *desinteresado*, pues nada necesitaba ni necesita de nosotros; es *sufrido y benigno*, pues le costó los sufrimientos de la cruz, el poder redimirnos; no buscó *su propio bien*, sino el nuestro, hacernos felices con Él por la eternidad. Su amor es también *paciente*, pues nos soporta cuando no somos para Él lo que debiéramos ser, su amor es *firme y eterno*. Nunca deja de ser.

Por esto el amor de Cristo es el amor que merece ser tenido como lema y enseña de nuestras vidas, como modelo de nuestro propio amor humano, si queremos disfrutar de la relativa felicidad que nos es dable alcanzar sobre la tierra. Y sobre todo, amigos, y esto es lo más importante, el amor a Cristo, la fe en Cristo, el pertenecer a Cristo, es guía y garantía de aquella otra felicidad absoluta y perfecta a que aspiran nuestras almas: la felicidad que no ha de tener fin.

Muchos se han preguntado: ¿Por qué en un pasaje tan humano, que empieza con «Maridos, amad a vuestras mujeres», mezcla el apóstol Pablo un tema tan diferente, tan espiritual, como el del amor de Cristo para con la Iglesia?

¿Sabéis por qué? Porque además de las curiosas semejanzas que hemos señalado, el amor de Cristo es lo más importante, lo definitivo, lo eterno; todo lo demás, lo bueno y lo malo, es transitorio, pasajero, deleznable y no llena de un modo perfecto las necesidades de nuestra alma que, por ser hecha a

imagen y semejanza de Dios disfruta, sí, de lo pasajero, pero con nostalgia de lo eterno; sintiendo que no es esto, lo de aquí, lo definitivo.

Cuando os vemos en este lugar, amados míos, en este día de fiesta, de regocijo, en «vuestro día», sin duda el más feliz de vuestra vida, recordamos nuestro propio día. Parece ayer que estábamos llenos de ilusiones, de planes, de proyectos, delante de otro servidor de Dios que nos hablaba en los mismos términos; sentados como vosotros a la puerta de la vida, prometiéndonos una felicidad de la que hemos disfrutado por casi medio siglo ante la presencia de Dios en medio de las vicisitudes de la vida. Pero han pasado los años y estamos ya en el ocaso. Si todo terminara aquí, ¡qué poca cosa sería, nos decimos, la humana existencia!

Pero con esta referencia al amor de Cristo a la Iglesia, a los creyentes a los que han aceptado su amor, y a Él se han unido por los lazos de la fe, Dios nos dice: *Sursum corda* (arriba los corazones); hay otra felicidad permanente, eterna para los cristianos. Para los que tenemos un esposo celestial que ascendió a los cielos, hay una esperanza mejor, por encima y más allá de todas las felicidades pasajeras de la vida.

Sí, amigos, la Palabra de Dios nos asegura que hay una boda espiritual para nuestros seres glorificados, un día de fiesta gloriosa que Él nos ha prometido; una boda en la cual todos, amigos queridos, estáis invitados. Y bien quisiéramos que la invita-

ción que os ha llevado a presenciar la boda de nuestros amados «X» y «X» os llevara también a aquella boda celestial. Que os indujera a pensar en lo bueno y necesario que es ser cristiano de veras. Que os trajera a recibir a Cristo en el corazón, y a vivir al amparo de su gracia, libres de muchos peligros que destruyen la felicidad de tantas familias, libres del pecado, libres del temor a la muerte, caminando con esperanza, hasta que, apoyados en vuestros compañeros o compañeras de la vida, tenga Dios a bien llamaros a disfrutar de aquella otra existencia definitiva y eterna, salvos por Cristo.

Quiera Dios bendecir a nuestros amados hermanos en su nuevo estado, haciéndoles un matrimonio cristiano ejemplar.

Quiera Dios que sea su hogar un remanso de paz, de amor, de amor verdadero y perdurable.

Quiera Dios bendecir a sus hijos si tiene a bien concedérselos, que les otorgue el Señor prosperidad y salud.

Y que cuando dentro de muchos años miréis atrás recordando este día, podáis dar gracias a Dios por haberos hecho encontrar el uno al otro. Por haberos permitido apoyaros y ayudaros mutuamente; unidos ambos al Señor, tanto en los momentos fáciles y placenteros como en los momentos difíciles de vuestra vida. Y que sin haberse entibiado un ápice vuestro amor, antes al contrario, amándoos más y mejor por los favores y servicios que habréis tenido ocasión de dispensaros el uno al otro en

múltiples circunstancias de vuestra carrera terrestre, os dispongáis a entrar en la felicidad definitiva del Reino de los Cielos, donde, sin existir el amor físico, permanece empero la unión del amor con aquellos que hemos amado sobre la tierra, pues «el amor nunca deja de ser».

SERMÓN XI
LA ESPOSA DE ISAAC,
FIGURA DE LA IGLESIA
(Génesis 24:34-38;
Efesios 5:22)

Abraham era el hombre escogido para ser padre del pueblo judío, elegido por Dios para traer su revelación al mundo. Por esto le sacó de su parentela idólatra. Para que se cumpliese la promesa divina, necesitaba casar a Isaac, y tenía que hacerlo con una muchacha idólatra de la tierra, una forastera que alejara a su hijo de los ideales del clan patriarcal, fundado en las promesas de Dios. Por esto toma juramento a Eliezer, porque había peligro de que sin esta formalidad descuidara su encargo dadas las dificultades de la empresa. Son de notar los siguientes detalles:

a) El peligro de ir con una caravana pequeña por el desierto.

b) La dificultad de encontrar y persuadir a la muchacha.

c) El riesgo de que una vez encontrada y traída al campamento patriarcal no fuera agradable al hijo, o quizás al padre.

No sólo Abraham era piadoso en aquella gran casa. Sus servidores conocían a Dios como el Omnipresente, Omnisciente y Omnipotente. Habían tenido pruebas de ello en el caso de Agar y en la destrucción de Sodoma. Por esto Eliezer sabe recurrir oportunamente a la ocasión, y se muestra un hábil emisario del gran patriarca.

Contar la historia brevemente, haciendo notar lo que sigue:

a) Lo bien que presenta al heredero. Enfatiza que es rico y único.

b) La urgencia del caso, que le hace renunciar a un bien merecido descanso y espera en casa de Labán.

c) La intrépida decisión de la muchacha en su aventura de fe.

d) La piedad de Isaac. ¿Qué iría a pedir en el pozo del «Viviente que me ve», o sea, la fuente milagrosa de Agar? Seguramente, el buen éxito del mensajero que iba para un asunto tan importante de su vida.

e) La humildad de la muchacha, mostrada en una curiosa costumbre oriental (v. 65). Toda la historia es un hermoso ejemplo para los jóvenes. Podemos creer que no sólo en el casamiento de Isaac intervino Dios, sino que si «los ojos del Señor están sobre los justos», y es cierto lo que nos asegura el Señor en Mateo 6:26-34, no ha de pasar desapercibido un asunto tan importante como el matrimonio de cada uno de sus hijos. Casamiento que se principia, se

concierta y se efectúa en oración, no puede menos que resultar un éxito.

Notemos que Isaac no se apresuró. Tenía 40 años; no miró la belleza física de la novia, puesto que ni la conocía. Pensaba sólo en su responsabilidad como «hijo de la promesa». Todo matrimonio es una cosa muy seria, porque implica la formación de un hogar para pasar la vida; que es a la vez una prueba o examen para la eternidad.

Esta historia no ha de ser considerada solamente como un aleccionador ejemplo de matrimonio humano, pues ciertos detalles que en ella concurren nos lo hacen aparecer como parábola o figura de un propósito divino mucho más grande y sublime.

1. La Iglesia es la esposa mística de Cristo

Esta no es una idea exclusiva de san Pablo. San Juan Bautista lo previno en Juan 3:29 y Jesús mismo parece confirmarlo en la parábola de las bodas y de las diez vírgenes.

La conversión a Cristo es, efectivamente, un idilio espiritual y tiene similitud con un matrimonio porque:

a) Está fundada sobre el amor. «Nosotros le amamos a Él porque Él nos amó primero», afirma Juan, y Pablo exclama: «El amor de Cristo nos constriñe». El amor redentor de Cristo nos ha ganado el corazón. No hay ninguna otra religión fundada sobre tal base. Amor con amor se paga. (Véase la anécdota *El*

toque de queda.) No somos fanáticos, sino corazones agradecidos, y no tanto como debiéramos.

b) Se basa en un propósito inmutable de Dios. ¿Por qué nos ha querido a nosotros y no a otros seres del Universo más dignos? Misterios del amor divino. Cristo estaba rodeado de criaturas celestiales perfectas desde la eternidad, a las cuales podía asociarse. Ángeles, arcángeles y serafines se hubieran sentido privilegiados de ocupar el lugar prometido a la Iglesia, pero ha escogido un pueblo humilde y lejano, moralmente, de la perfección celestial. ¿Por qué? La gratitud aumenta el amor. Nunca ángeles o arcángeles podían amarle como podemos y debemos amarle nosotros.

¿Le amamos como se merece? Nos parece a veces que le amaremos mucho y le serviremos muy bien allí, pero no será si no hemos empezado a servirle y amarle acá en la tierra. (Véase la anécdota *Cosas que no podremos hacer en el Cielo*.)

2. Eliezer, emblema del Espíritu Santo

De acuerdo con la promesa de Cristo en Juan 16:13-15, la tercera persona de la santísima Trinidad está en el mundo desde el día de Pentecostés con una misión especial, llamando a las almas al amor y la fe en Cristo. Como en el caso de Eliezer, e infinitamente más, las dificultades de la empresa han sido grandes en un mundo perdido como el nuestro.

1) Por la oposición de Satanás. ¿Por qué han existido tantas persecuciones en contra del cristianismo? Esta es la inquietante pregunta desde aquí abajo, pero existe otra mejor: ¿Por qué ha habido tantos fieles campeones de la fe en todos los siglos dispuestos a dar para Cristo todo lo más precioso y tangible y aun la propia vida? Imposible habría sido sin el Espíritu Santo. Aún está aquí este gran ayudador divino. ¿No lo veis? ¿No oís su voz en el corazón? ¿En el mensaje del predicador? El gozo y entusiasmo que sentimos cada vez que nos ocupamos en las cosas espirituales, ¿quién lo produce?

2) Como Eliezer, el divino Mensajero nos habla de un invisible lejano. Esto es otra gran dificultad, pero no pretende hacernos creer sin pruebas. El criado de Abraham presentó muestras de lo que contaba acerca de las riquezas de su señor, las joyas de su obsequio. También nosotros tenemos pruebas que corroboran el empeño del mensajero divino.

a) Que Dios nos ama, ¿no lo vemos en mil muestras de la Naturaleza?

b) Que debe haber un cielo, ¿no lo sentimos en nuestro vacío de felicidad y en nuestro anhelo de vida eterna?

c) ¿No está el Evangelio acreditado desde hace veinte siglos con dones del Espíritu Santo? (Hebreos 2:3, 4). Ni siquiera los enemigos de los primeros siglos niegan los milagros de Cristo. Cuadrato habló con enfermos curados por Cristo, sus milagros fueron públicos y realizados ante unos enemigos sa-

gaces. Recordemos, empero, la bienaventuranza de Jesús a Tomás: No pidamos más pruebas que las que necesitamos. Obremos con la fe de Rebeca, o quedaríamos sin herencia.

3. El Espíritu Santo reclama una decisión inmediata

Eliezer estaba ansioso por servir a su Señor. Todo servidor de Dios, inspirado por el Espíritu Santo, está deseoso de producir una decisión en las almas. Cristo se lo merece. Hace cerca de veinte siglos que murió y aún no está completo el número de los redimidos. Podía haberse completado mucho antes si los cristianos hubiesen sido más celosos y fieles, menos carnales y mundanos, más llenos del Espíritu Santo.

a) Por esto rehúsa el descanso en Harán. En diez días podían salir amigos que disuadiesen a Rebeca. ¡A cuántos que hicieron una decisión por Cristo ha sucedido! Ahora no nos quita del mundo; pero nos guarda del mal.

b) Porque Eliezer tenía interés en el bienestar de la muchacha. Ella se había mostrado servicial y simpática en el pozo y la apreciaba. Hay doble motivo para el Espíritu Santo al procurar la salvación de las almas. Si somos humanamente buenos como Cornelio, porque sabe que nuestra bondad no es suficiente; si somos malos, para librarnos de una mayor condenación.

c) Conocía mejor que ella y que sus pariente de Harán los privilegios a que estaba llamada (vv. 35, 36). Asimismo el Espíritu Santo nos ha revelado, por las epístolas inspiradas, que Cristo es el unigénito de Dios. El único Ser en el universo que es uno con el Padre. Los ángeles y arcángeles no son más que criaturas, pero Cristo «es el heredero de todo, por el cual asimismo hizo el universo» (Colosenses 1:15-17). Es maravilloso pensar que semejante Ser nos amó, y vino a sufrir por ti y por mí, y nos prepara un hogar a su lado (Juan 14:2 y 17:24).

¿Titubeas aún en aceptar la invitación del Espíritu Santo? ¡Qué locura ha de parecerle a Aquel que conoce toda la realidad y profundidad de este bien. ¿Y no queréis venir a Mí para que tengáis vida?, decía Cristo. Lo que equivalía a declarar: ¡Pobres, desgraciados, condenados a morir!, ¿no queréis uniros a la fuente de la vida? ¿No queréis ser herederos de glorias eternas?

¿Qué responderás? Dile: Sí; iré enseguida. Espíritu de Dios que hablas a mi corazón, iré contigo al cielo. Sostenme en los días del viaje, durante la peregrinación, enséñame a amarle, hablándome de él, y preséntame un día al divino esposo limpio de pecado, santo y sin mancha.

ANÉCDOTAS

EL TOQUE DE QUEDA

Se cuenta que un joven había sido sentenciado a muerte por delito político en días de Cromwell. Su novia fue a pedir el indulto, recibiendo la fría respuesta de que el joven debía morir el día fijado, según era costumbre en aquellos tiempos, al toque de oración de la tarde.

Cuando el sol iba poniéndose y se aproximaba la hora fatal, la amante joven subió muy sigilosamente al campanario de la ciudad y se asió al badajo de la gran campana.

El campanero, viejo y algo sordo, vino a la hora fijada y tiró de la cuerda volteando el débil cuerpo de la muchacha en todas direcciones. Pero ella resistió el dolor de los repetidos golpes y torceduras sin soltarse.

En el cuartel, en tanto, el pelotón formaba en el patio aguardando el sonido fatal para ejecutar la sentencia, pero iba oscureciendo y la campana permanecía silenciosa. Cuando iba a investigarse el motivo de la tardanza apareció la joven ensangrentada, y arrodillándose a los pies del general pidió una vez más, con lágrimas, la vida de su amado.

El Protector, Cromwell, que era un hombre duro pero tenía rasgos de generosidad basados en su profunda fe cristiana, al verla en aquel estado, y tras oírle contar entre sollozos lo que había hecho, exclamó conmovido:

—Id, amantes de la vida. El toque de queda no sonará esta noche.

El joven en cuestión, antes de comprometerse con aquella joven era libre para escoger a ella o a cualquier

otra. Aun después de comprometido (aunque ello no es recomendable, y los creyentes deben evitarlo en todo lo posible), podía arrepentirse de su elección y buscar a otra joven por esposa. Pero después de aquel dramático suceso, ¿podía romper de tal modo el corazón de la que tanto amor le había demostrado?

¿Cuál sería nuestro juicio para tal proceder? Sin embargo, esta es la conducta de aquellos que, conociendo a qué precio han sido salvados, rechazan a Cristo y se niegan a entregarle su corazón.

SERMÓN XII
EL MOTOR
DEL MINISTERIO CRISTIANO
(2ª Corintios 5:14)

*Sermón devocional predicado en el Congreso
de Comunicaciones Evangélicas de Huampani
(Perú), domingo 17 de septiembre de 1967.*

Hemos estado aquí exhortándonos, edificándonos, recibiendo enseñanzas mediante ponencias, cursillos y coloquios. Yo diría que hemos estado pulimentando y engrasando la maquinaria de nuestro testimonio evangélico. Pero ¿cuál es el motor que ha puesto en marcha e impulsa todos estos engranajes que envían la palabra hablada por los aires en la cadenciosa lengua de Cervantes, y multiplica la palabra escrita para que el mensaje de salvación entre por los ojos de los niños, y hable a los corazones de jóvenes y adultos? ¿Qué es lo que mantiene en acción a todo este instrumental de predicadores, locutores, instructores de escuela dominical, vendedores de libros y visitantes? Algunos se apresurarán a decir: La oración; otros: el Espíritu Santo. Yo

llamaría al Espíritu Santo la energía que desciende del Dios Trino, y a la oración el contactar de ella; pero, ¿cuál es, en realidad, el motor de semejante actividad?

Creo que el pasaje leído de 2ª Corintios nos da la respuesta. Allí encontramos a un hombre que es un portento de actividad envagelística. Pudiera ser un rabino cómodamente situado en Jerusalén, ocupando una cátedra en el colegio de su maestro Gamaliel; o un patricio romano en su confortable hogar de Tarso de Cilicia; pero es un incansable trotamundos, corriendo de nación en nación y de continente en continente por las orillas del Mediterráneo. Un predicador espontáneo insultado en las sinagogas, perseguido en las ciudades, apedreado, puesto en la cárcel, abucheado por horas enteras, que anuncia el Evangelio de día y trabaja de noche; escribe largas cartas, recibe visitas y atiende con solicitud las consultas de numerosas iglesias.

Su actividad es tan extraordinaria y su consagración tan apasionada, que algunos llegan a decir que está loco (v. 13). El apóstol defiende su sensatez y su prudencia aludiendo a la esperanza de otra vida; (vv. 1, 9 y 10); y termina sometiéndose a un examen imparcial ante la conciencia de su detractores (v. 11). Después de esto, abriendo de par en par las puertas de su alma, declara a todos el secreto de su asombrosa vida. Siguiendo la anterior metáfora, diría que nos lleva a la sala de máquinas de su propio ser moral, y nos muestra en el centro de su asombrosa

personalidad una poderosa dinamo, conectada con todas las actividades de su vida apostólica: «He aquí —exclama— el secreto de lo que os extraña y admira. He aquí el poder que mueve la vida, las manos, los pies de este hombre para vosotros incomprensible; de este aparente loco». Es:

1) *El secreto del amor* (vv. 14, 15).

Se trata de un loco de amor. Ganado, y estrechamente unido a Aquel que con su vida, su muerte, y su sacrificio imponderable, conquistó su corazón y lo encendió en esta llama viva, se mueve al impulso de este poder sublime. «El amor de Cristo me constriñe»; me impulsa, me lanza, me empuja a todas las actividades que admiráis; pues, como dice en otro lugar, «¡Ay de mí si no anunciare el Evangelio...!»

¿Es así nuestro caso, hermanos? Examinemos esta mañana nuestros corazones ante Dios. ¿Cuál es el verdadero impulso que mueve nuestras actividades y nuestras empresas para la comunicación del Evangelio?

¿Es el *dinero*? ¿Somos meros profesionales de la obra de Dios?

¿Es el *orgullo*? ¿Que pueda ser admirada nuestra labor y nuestras iniciativas por propios y extraños? (Véase la anécdota *El sueño de un pastor*.) ¿Cuál sería el resultado de un análisis de nuestro celo? ¿Para qué vivimos?

¿Por quién vivimos? ¿Es el amor de Cristo la única y verdadera fuerza impulsora de nuestras vidas?

Se ha dicho que el cristianismo es un idilio espiritual... Así lo declara Juan: «*Nosotros le amamos a Él porque Él nos ama primero.*» Nuestra conversión y nuestra consagración a su servicio, no son sino una respuesta lógica, natural, al amor de que fuimos objeto.

Varias veces he predicado sobre el tema «El amor que ató a Cristo a la cruz» y lo he ilustrado con la anécdota *El mártir y las cadenas* (véase).

¿De qué forma respondemos nosotros? ¿Es verdad que servimos a Cristo por amor; con un amor tan puro, tan leal, tan verdadero como el que Él tuvo por nosotros?

2) *El amor debe ser correspondido.*

Cuando niño, solía visitar un laboratorio pedagógico de Física, situado en la cumbre del Tibidabo, donde, entre muchos otros experimentos curiosos, se nos mostraba el de la correspondencia del sonido. Una cuerda afinada a cierto tono, al ser golpeada, producía una onda sonora que ponía en vibración, y hasta en movimiento, otra cuerda afinada al mismo tono situada a algunos metros de distancia. Para nosotros era una maravilla ver cómo la cuerda simpática respondía con el mismo tono a la vibración de su homogénea, sin que nadie la tocara. He aquí una

ilustración de cómo el amor de Cristo halla eco en los corazones sintonizados por el Espíritu Santo.

¿No os habéis fijado cómo parece ser ésta la gran preocupación de Cristo, en el famoso pasaje de Mateo 16? Cuando Jesús anuncia por primera vez su muerte redentora a sus discípulos, después de reprender a Pedro que trataba de desviarle del camino del sacrificio, exclama a renglón seguido: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo... porque el que quisiere salvar su vida la perderá...» Uniendo este versículo al 26: «¿De qué aprovechará el hombre si ganare todo el mundo y perdiere su alma?».

Hemos aplicado muchas veces este pasaje a los inconversos. Pero el versículo 26 es para los inconversos, y el 27 es para nosotros. Sabemos que la salvación no es por obras, pero la recompensa sí. Podría darse el caso de salvar el alma y perder la vida, es decir, la gran oportunidad que representa nuestra vida en el plan de Dios, por no haber sabido o querido dedicarla a lo único que tiene repercusión y premio en la eternidad. (Véase la anécdota *Ingenua oración infantil*.)

¿Hallará el Señor en nosotros obras de amor, de legítimo afecto y gratitud que le permitan la satisfacción de poner un gran crédito a nuestra cuenta? ¿Haremos de nuestra breve y deleznable vida un éxito rotundo para la eternidad?

3) *El amor debe ser tenaz.*

Esta es la condición del verdadero amor. ¿Habéis visto lo que hacen dos que se quieren de veras cuando chocan con la oposición de padres, parientes o amigos? ¡Cuántos dramas de amor humano tienen en tensión los corazones de millares de lectores de novelas o de espectadores de la grande y pequeña pantalla! Sin embargo, muchos que se emocionan por algún amor ficticio han oído hablar de un amor sublime, no de un ser humano, sino divino, que se sacrificó por ellos sin tener ninguna necesidad de amarles, ni sufrir hasta tal punto y, sin embargo, permanecen indiferentes, o se amilanan fácilmente ante la oposición o persecución a que el amor a Cristo les expondría (Mateo 13:21). Gracias a Dios, empero, que su amor ha hallado eco en algunos corazones acá y allende el océano en personas que pueden declarar como Pedro: «Señor, tú sabes todas las cosas; tú sabes que te amamos».

4) *El amor es ingenioso.*

Me he gozado en estos días al visitar la exposición del Congreso examinando, además de interesantes libros, ingeniosos métodos audiovisuales que en ella se exhiben. Lo que alegraba mi corazón era pensar que los cerebros y las manos que habían ingeniado todos aquellos sistemas curiosos de presentar el mensaje de Cristo a niños y adultos, lo habían hecho más que por dinero por el ardiente deseo que sienten de hacer claro y asequible el

mensaje de Cristo. El amor es siempre ingenioso y a veces la dificultad aguza el ingenio y la iniciativa. (Véase la anécdota *Recursos ingeniosos en tiempos de intolerancia*.)

Algunos hermanos extranjeros han mostrado admiración por tales incidentes, pero yo no veo en ello nada de extraordinario. Estoy seguro que muchos cristianos sinceros, en los países que representáis, harían exactamente lo mismo, o quizá mucho más, de haberse encontrado en las mismas circunstancias que nos hallamos en aquellos tiempos, porque ellos también aman a Cristo.

5) *El amor es permanente.*

«Nunca deja de ser» —afirma el apóstol Pablo. ¿Es así en nosotros? ¡Cuántas veces parece más bien intermitente! Se enciende fácilmente y se apaga como fuego de bengala o de virutas! Han pasado pocos años desde el tiempo de nuestras dificultades en España, y a veces nos sentimos tentados a decir que necesitaríamos otra época de intolerancia. Tenemos celos e incomprensiones, egoísmos y contenciones, como en todas partes. ¿No será porque no era todo oro puro lo que brillaba en los días difíciles? Eran, sí, pepitas de oro, de verdadero amor a nuestro Salvador; pero entremazclados con mucho orgullo personal, de iglesia, de denominación o de empresa. Dios tiene que aquilatar nuestro celo por medio de pruebas. ¿Cómo podemos hacerlo para que sea sólo oro puro nuestro servicio? Porque, hermanos, «el

sueño del pastor» ha de ser realidad para cada uno de nosotros antes de x años; quizá muchos menos de los que pensamos. ¿Qué motivos encontrará entonces en nuestro servicio? Salgamos de esta asamblea con el sincero propósito de poner más fuego en nuestra vida; más poder en la acción.

Recordemos la cruz. La fuerza divina que Cristo manifestó cuando «fortaleció su rostro para ir a Jerusalén»; el valor y la tenacidad que mostró al andar de Getsemaní al Pretorio, para llevar la cruz y para mantenerse en ella a pesar de todas las incitaciones a declinar su salvadora empresa... Nosotros, salvados por su gracia y servidores suyos, pidamos la misma fuerza, el mismo poder, la misma decisión para corresponderle dignamente en nuestro servicio.

ANÉCDOTAS

EL SUEÑO DE UN PASTOR

Se cuenta de cierto pastor que después de un domingo fatigoso y triunfal en el que había pronunciado un elocuente sermón que despertó entusiasmo, felicitaciones y decisiones, se sentó, cansado, en el gran sillón del púlpito y quedando dormido tuvo el siguiente sueño:

Vio entrar por la puerta del templo la majestuosa figura del Salvador que avanzaba por el pasillo central hacia él. El pastor cayó de rodillas y mediante aquel fenómeno psíquico que nos permite razonar durante el sueño sin percibirnos de la imposibilidad de aquello que estamos

soñando, exclamó: ¿Hasta aquí me honras, Señor? ¡Cuánto me consideras, que te dignas visitarme! Pero la majestuosa figura del Salvador se limita a decir: «¿Cómo está tu celo?».

El predicador siente su celo como algo tangible dentro de su pecho, lo saca y lo entrega a su augusto visitante. Este lo pone en una balanza y el pastor oye con satisfacción decir: «100 libras». A continuación ve que a golpes de martillo la piedra se parte como débil ganga y el Señor va separando las diferentes partículas de metal precioso de otros conglomerados. Observa el pastor con ansiosa zozobra cómo va escribiendo el resultado. Por fin extiende la mano para recoger el esperado análisis y lee lo siguiente:

Orgullo de denominación	20 %	Madera
Orgullo de iglesia	35 %	Heno
Orgullo personal	40 %	Hojarasca
Amor a las almas	2 %	Oro
Amor a Dios	3 %	Puro
Total	100 %	

Ante el choque que le produce tan pésimo resultado, despierta el pastor y cae de rodillas físicamente esta vez, pidiendo ahora que cuando venga la realidad de lo que ha anticipado su subconsciente pueda su balance ser mucho mejor.

¿Cuál sería el resultado del análisis de este nuestro celo para la obra que estamos llevando a cabo y que nos hemos gozado en exhibir en estos días?

EL MÁRTIR Y LAS CADENAS

En días de persecución, al ser llevado cierto mártir a la hoguera, elevó una oración expresando el gozo que sentía por el privilegio de sellar el testimonio de su fe con su propia vida.

—Te doy gracias, Señor —decía el noble mártir—, porque hoy es el día de mi victoria; hoy mismo te veré y estaré contigo por todos los siglos.

El verdugo, conmovido y atento a las palabras del noble testigo de Cristo, dejaba flojas las cadenas que ataban a éste al poste de la ejecución. Entonces el mártir, bajando la cabeza, exclamó:

—Sin embargo, amigo mío, sujeta bien las cadenas.

¿Por qué hizo tal advertencia el noble mártir? Porque aun cuando el espíritu estaba presto, sabía que la carne era débil, y temía que no pudiendo aguantar el dolor del fuego, el instinto de conservación le hiciera saltar de las llamas y realizar, en tal hora de prueba, lo que tantas veces había rehusado: apostatar de su fe.

¿Pero qué cadenas ataban a Jesucristo a la cruz? Cuando los siervos de Caifás fueron a prenderle en el huerto de Getsemaní, tres veces cayeron en tierra, con lo cual Cristo dio una prueba de su poder sobrenatural. Con la misma facilidad habría podido librarse de sus enemigos en los angustiosos momentos del Calvario.

—Baja de la cruz —le decían con tono burlón sus enemigos.

—Baja y sálvanos también a nosotros, si eres el Hijo de Dios —clamaban sus compañeros de suplicio.

—Baja de la cruz —le aconsejaba e incluso exigía su naturaleza humana ante un dolor que parecía insufrible.

Sin embargo, Él no ejerció su omnipotencia para librarse. Podemos, pues, decir que lo que sujetaba a Cristo en la cruz del Calvario no era sino las cadenas de su profundo amor a cada uno de los pecadores necesitados. Podemos imaginarnos al Salvador como oyendo, en su sapiencia, las voces de millares de pecadores decirle: «Sufre por nosotros, bendito Mesías, cumple la redención, y te amaremos, te glorificaremos y seremos fieles testigos de tu amor, en nuestra vida terrestre y por los siglos eternos». Este amor y esperanza fue, sin duda, lo que mantuvo a Cristo sufriendo por nosotros en la cruz, hasta que pudo exclamar: «Consumado es».

INGENUA ORACIÓN JUVENIL

El autor recuerda que en los días de su juventud, cuando estaba preparándose para predicar el Evangelio, leyó el libro *Jesús viene*, de James H. Conkey, y recibió tal impacto de la próxima venida del Señor, que cayó sobre sus rodillas y oró dándole gracias al Señor por su venida, añadiendo: «Señor, si es posible, retárdala algunos años, para que yo tenga oportunidad de servirte, y ganar algunas almas para Ti».

RECURSOS INGENIOSOS EN TIEMPOS DE INTOLERANCIA

En los difíciles días de la postguerra en España, los creyentes evangélicos tuvimos que apelar a ingeniosas maneras para llevar adelante nuestro testimonio. Los cultos se celebraban por las casas, ya que casi todos los templos se hallaban clausurados. En algunas poblaciones

esto se realizaba con cierta tolerancia de parte de las autoridades locales, pero en determinados lugares la vigilancia era muy estrecha y las sanciones frecuentes.

En Medina del Campo (Valladolid), donde la policía rondaba con frecuencia alrededor de la casa en que se celebraban los cultos, y más de una vez había entrado para esperar y castigar con una multa a todos los que iban llegando, y con cárcel a los dueños de la casa, los creyentes eran advertidos de si había o no peligro en entrar, mediante un cántaro puesto en el balcón de la calle (como es costumbre allí, y más en aquellos tiempos, para mantener el agua fresca). De este modo, con una simple mirada al balcón sabían los asistentes si podían entrar con fiadamente o si tenían que pasar de largo aquel día, y evitar así el encuentro con la policía. Una invitación a los mismos policías a beber agua fresca, o un trago de agua bebido sin necesidad por alguno de los habitantes de la casa, era la excusa para colocar el cántaro en la posición convenida con los demás creyentes.

En la ciudad de Tarrasa, tras dos años de celebrar los cultos por las casas, había unas 16 personas que debían ser bautizadas. A tal efecto, invitamos a todos los miembros a acudir cierto domingo a la casa pastoral, contigua a la iglesia. Durante la semana habíamos quitado con cuidado el sello gubernativo fijado en una puerta interior que daba acceso al templo. El bautisterio fue limpiado y preparado. Se advirtió a los creyentes mantenerse de pie alrededor del púlpito. Después de realizado el acto, y cuando nos disponíamos a poner de nuevo el sello de clausura, nos dimos cuenta de que aun cuando el polvo sobre los bancos estaba intacto, la presencia de la congregación quedaba delatada por las pisadas sobre el pol-

voriento suelo. ¿Cómo evitar la evidencia en caso de inspección?

Fuimos a comprar un saco de cemento color terroso y empezamos a lanzar sendos puñados al aire, hasta que se hizo una nube de polvo que, posándose suavemente sobre todo el local, cubrió enteramente las pisadas dejándolo con la apariencia de que nadie había entrado en el recinto prohibido.

SERMÓN XIII

LA VERDADERA GRANDEZA

(Lucas 1:13-17; Mateo 11:7-11)

En Lucas 1:15 leemos de un hombre que fue llamado «gran hombre» antes de nacer. Algunos vienen a serlo después de su muerte, y muchos lo procuran durante toda su vida sin lograrlo. Está la humanidad tan baja, que se llama grandes hombres a muchos que no lo son en realidad.

¿Fueron grandes hombres César, Napoleón, Hitler? ¿Merecen realmente tan honroso calificativo? Aun entre los que adquieren su renombre por medios más honrados (estadistas, escritores, cantantes, artistas o inventores), sus biógrafos no pueden ocultar sus defectos. Saber manejar bien un pincel o un violín, poseer una buena voz, dar una buena estocada a un toro o una diestra patada a un balón, no es ser un gran hombre. Pero aquí encontramos a uno —nadie lo diría por su aspecto— que lo era realmente, pues lo era para Dios y esto es lo que importa. Se le da el título antes de nacer y después de terminada su carrera, por el único juez justo, que no hace acepción de personas (Mateo 11:11). ¿En qué consistía su grandeza? ¿En su cargo de precursor del Mesías? No

meramente por esto. No es el cargo, sino las cualidades. Generalmente el cargo se recibe por razón de éstas. A Juan no le hubiera sido confiado el honroso cargo de precursor del Mesías, si Dios, en su omnisciencia, no hubiese previsto antes su grandeza moral. ¿En qué consistía?

1. En su completa consagración a su obra

Comprendió la importancia de su misión. Cuando su madre le contaría los maravillosos sucesos acaecidos con motivo de su nacimiento, podía tomar dos actitudes:

a) La de no creer nada. Podía llamar a la visión de Zacarías «una ilusión del viejo»; sobre todo al llegar a su edad juvenil, podía despreciar la historia, juzgarlo como un fenómeno psíquico de su padre, Zacarías, debido a su deseo de tener un hijo.

b) La de creer toda la historia, pero someterse a sus exigencias de mala gana, haciendo lo menos posible en relación con la misión impuesta a su persona antes de su nacimiento. ¿No es éste el caso con muchos hijos de creyentes? ¿Cómo tomáis el hecho de haber nacido en hogares cristianos? ¿Os sentís atados o privilegiados?

Dios nos ha llamado, habiéndonos elegido antes de nuestro nacimiento a ser, si no precursores, sí seguidores del Hijo de Dios. No tenemos que anunciar al que vendrá, sino al que vino. ¿Qué actitud tomaremos? ¿Seremos incrédulos o cristianos fríos?

Juan añadió mucho más a lo que se exigía. Muchos buenos profetas de la antigüedad no vivieron tan ascéticamente como él vivió; pero él quiso hacer su obra bien. Quizá debido al estado caído de su pueblo comprendía que era necesario algo dramático, un hombre de aspecto singular, en su persona, y se sometió voluntariamente a una vida poco grata. Dios nos exige muy poco a nosotros para ser salvos, sólo creer; pero ¿no nos consagraremos a Él y le daremos mucho más del mínimo que nos pide? ¿No lo exige en nuestro caso el estado de nuestra generación?

2. En su irresistible fervor

El fuego acumulado en los años de meditación salió como un volcán el día que empezó a predicar. No era monótono y frío, como los escribas, porque conocía la verdad de Dios y lo solemne del momento en que su pueblo vivía. La llegada del Mesías. Es ardiente por la salvación de sus oyentes, teme que las gentes se engañen en su mismo arrepentimiento; por esto exclama: «Haced frutos dignos». Esta es una de las cualidades que más agradan a Dios. (Véase la anécdota *El pastor y el comediante*.) Pensad en lo que Cristo ha amado a las almas, nada le place más que vernos participar de la misma pasión que a él le consumía. «Dame Escocia o me muero» –decía Knox. (Véase la anécdota *El discurso del Dr. Duff*.) Jesús llama grandes únicamente a esta clase de hombres, que se elevan sobre lo transitorio y viven para la eternidad.

3. En su humildad

Conocía la grandeza de Cristo y le aceptó anticipadamente como Señor. Antes de que Dios revelara a Pedro el misterio de su divinidad, ya Juan no se creía digno de desatar la correa de su zapato. Viene Cristo, bien diferente de lo que él pensaba. ¡Con qué entusiasmo le dice: «Yo necesito ser bautizado de ti, y tú vienes a mí»! (Mateo 3:14). Pero Cristo no se pone a su lado a predicar, ni promete hacerle su ministro en el reinado mesiánico, sino que pasa de largo y empieza a hacerle la competencia. Entonces dice: «A Él conviene crecer, a mí menguar». Por eso Cristo le ensalzó, cumpliendo su misma promesa «El que se ensalza, será humillado...» Si se hubiese ensalzado habría tenido que humillarle, como a Pedro. (Véase la anécdota *Una lección de humildad*.) Nos conviene decir como uno de nuestros grandes místicos:

*Sólo es grande en tu presencia
El que tiene la excelencia
De conocerse inferior.
Pues sea yo, dulce Dueño,
Cada día más pequeño,
Para ser siempre mayor.*

Así se ha cumplido infinidad de veces (Véase la anécdota *Mildney y Morrison*.)

4. En su inquebrantable justicia

Esta se manifiesta en forma gradatoria:

a) *Ante los fariseos*. No les adula porque son jefes del pueblo, teme por la salvación de sus almas a causa de sus errados conceptos religiosos. «*No digáis, somos hijos de Abraham.*» Aunque el lenguaje es duro, era la verdad.

b) *Ante los soldados*. Actitud no menos difícil. Eran los conquistadores; pero para Juan sólo son almas pecadoras. «*No hagáis extorsión y revueltas cuando podáis hacerlo*», habría sido el consejo de un patriota judío o de un revolucionario de nuestros días; pero Juan, con su mirada puesta en el Reino de Dios, les dice: «*Contentaos con vuestros salarios y dad de ellos limosna*». Este es el verdadero comunismo. Puede decirse que era fácil para Juan dar este consejo, puesto que no tenía nada. Cierto, pero poseía aún un valor: su propia vida. ¿Estaría dispuesto a sacrificarla?

c) *Ante el rey*. Esta fue la prueba suprema (explicar el caso de Herodías). Dios le va llevando de grado en grado en la prueba de sus virtudes, y sobre todo de su valentía. Véase la anécdota *El pastor y el rey*.) San Juan Bautista era hombre de este temple. No temía sino a Dios.

5. En su noble actitud ante la tentación

Hay un momento en que Juan parece flaquear; pero flaquear un instante no es perder la fe. ¿Quién

no ha sido tentado? Hizo lo mejor que podía con sus dudas: llevarlas a Jesús. Este es aún el mejor método. Hay tres cosas que solemos hacer con las dudas.

a) *Decirlas a los hermanos.* Es el procedimiento peor, ya que con ello podemos perjudicarles gravemente. La duda resuelta para nosotros puede continuar molestando y perjudicando al hermano, menos inteligente, a quien tuvimos la debilidad de confesarla.

b) *Decirlas al pastor.* Esto es mucho mejor. Es un servidor de Dios para ayudarnos y tiene mejores posibilidades. Los curas quieren, por lo general, que la feligresía crea a ciegas. Parecen escandalizarse ante las preguntas de la juventud y muchas veces no tienen mejor argumento que el de la autoridad de la Iglesia. Esta ha sido también, en ocasiones, la actitud de algunos pastores. Jesús no lo hizo así con Juan, sino que le dio pruebas. Se alegró de poder ayudarle, aunque no como Juan deseaba. Así debe hacerlo el buen servidor de Dios. Millares de cristianos se han perdido por falsa vergüenza, por no declarar sus dudas; y millares se han salvado por poner remedio a tiempo, mediante un buen consejero.

c) *Decirlas a Jesús.* Confesarle toda la verdad, diciéndole como Pedro: «A pesar de todo, Tú sabes que te amo», y escuchar su respuesta en su Palabra. Observemos que Jesús no le hizo ninguna nueva revelación a Juan, pues estaba reservado a Pablo y a otros conocer los profundos misterios de su humillación y redención; a Juan le recordó simplemente

los escritos que ya conocía y que se estaban cumpliendo. Así nos responde el Señor por su Palabra. Cuando nos sentimos desalentados y apurados por las circunstancias que atraviesa el mundo y que a veces nos afectan cruelmente, ¿no es el cumplimiento de lo que está escrito? ¿No tenemos que sentirnos alentados de ver que la Palabra de Dios es fiel, por duro que resulte en nuestra vida presente? Vayamos siempre a Jesús a confesarle todo. Judas se perdió porque se confesó con sacerdotes ciegos y «guías de ciegos». Juan se hizo grande porque fue a Jesús.

6. Una gran promesa para nosotros

«El más pequeño en el Reino de los Cielos, mayor es que Juan.» ¿Quién no quiere ser grande? A duras penas nos conformamos con nuestra condición, pues todos quisieran subir. Aquí hay una promesa para el más pequeño y aun para el peor. En el período de la Iglesia, todos los redimidos hasta el más pequeño somos mayores que Juan, porque el precursor inauguró la nueva dispensación de la Iglesia, esposa del Verbo, pero Él se llamaba a sí mismo «amigo del esposo». Por esto Jesús declaró: «El Reino está a vuestra mano desde los días de Juan». Antes estaba lejos, porque la muerte no significaba ir al Reino, pero desde la inauguración del ministerio de Cristo el Reino está cerca, porque el mismo Rey se nos acercó. Puede ser obtenido en el acto, como Zaqueo, y gozado en el mismo día, como el ladrón de la cruz. Los

que en él entran por la fe son más bienaventurados que los que creyeron porque vieron (Juan 20:29).

¿Queremos ser grandes en el Reino de los cielos? Podemos serlo. No importa que nuestro nombre sea desconocido en la tierra. ¿De qué vale hacerse un nombre aquí? (Véase la anécdota *Francisco de Borja en la muerte de Isabel La Católica*.) ¿Qué importan grandezas que pasan? Como decía otro de nuestros místicos:

*Pues a cuanto el mundo alaba
Pone fin la sepultura;
No quieras bien que no duda,
Ni temas mal que se acaba.*

¡Pero cuántos héroes ignorados aquí brillarán esplendorosamente allá! ¡El menor, más grande que Juan! Cada uno tendremos cuanto menos en el Reino, la misma consagración a Dios, la misma humildad, la misma justicia y la misma fe que Juan el Bautista tenía cuando estaba en el mundo. Lo mejor del cielo no serán sus calles de oro o su mar de cristal, sino el cambio moral y espiritual que hemos de experimentar personalmente. Nos sentiremos como cuando uno se ha recobrado de una enfermedad. ¿Soy yo aquel hombre o aquella pobre mujer que se llamó Antonio, Pedro, Lola o Josefa en el mundo?, diremos.

Esta es la grandeza que vale, pedidla al Señor con humildad y con verdadero arrepentimiento. Pedidle el perdón de vuestros pecados y que os

ayude a vencer, a ser pequeños aquí para poder ser grandes allá.

ANÉCDOTAS

EL PASTOR Y EL COMEDIANTE

Cierto pastor decía a un actor cómico:

—Parece raro que yo predico cosas que son verdad, y usted finge ser verdad lo que todo el mundo sabe que es mentira; y sin embargo, se llena el teatro y está medio vacía la iglesia.

El comediante, que conocía lo monótono de las largas peroraciones del pastor, le dijo:

—Es que yo presento la mentira como si fuese verdad, y usted habla de la verdad como si fuera mentira.

EL DISCURSO DEL DOCTOR DUFF

Este gran misionero en la India predicó cierta noche en Escocia acerca de la necesidad espiritual de aquel vasto país con tanta vehemencia, que cayó desmayado en el púlpito de la iglesia invitante. Al volver en sí, en el despacho del pastor, preguntó:

—¿Había terminado mi discurso?

Cuando le dijeron que no, que el desvanecimiento había venido repentinamente, dijo:

—Pues tengo que volver enseguida al púlpito.

Y así fue: volvió a predicar de nuevo con tanto fuego que centenares de jóvenes se levantaron aquella noche

para manifestar su deseo de servir a Dios predicando el Evangelio a los paganos, aunque ello les costase la vida.

UNA LECCIÓN DE HUMILDAD

Se cuenta que en un magnífico desfile de gala al que asistía la reina Victoria con su familia, una hija de ésta, de 15 años de edad, admirando a los vistosos jinetes que sentados en sus caballos con sus espadas en alto saludaban a la carroza real, tuvo un malicioso pensamiento: Lo interesante que sería que alguno de aquellos elegantes oficiales viniera a inclinarse ante ella particularmente. Sacó su pañuelo bordado, y con disimulo lo dejó caer al suelo. Al instante media docena de gallardos mozos estaban pie en tierra dispuestos a ser cada uno el primero en prestar un servicio a la princesa.

Pero habiendo advertido la reina Victoria la maniobra de su hija, se levantó severa y dirigiéndose a los oficiales les dijo:

—Señores, cada uno a su puesto. Es una orden —y dirigiéndose a la avergonzada niña, le ordenó—: Baja tú misma a recoger el pañuelo. La princesa obedeció, roja como una amapola; y al volver a su asiento, la comitiva reanudó la marcha.

MILNEY Y MORRISON

Cuando el célebre misionero Morrison ofreció sus servicios a la Misión de China, fue rechazado por no poseer un título académico. En lugar de sentirse desairado, el consagrado joven respondió:

—He dado mi vida al Señor para servirle en China. Si no puedo ir como misionero, ¿no podría la Misión tomarme como criado de uno de los misioneros?

A la Junta Misionera le pareció acertada la idea, pues habría trabajos domésticos que un chino no sabría realizar en esos tiempos. Así que Morrison fue designado como doméstico del misionero Milney. El joven, que poseía una fantástica memoria, aprendió tan rápidamente el idioma chino que pronto pudo vestirse al estilo del país y mezclarse con el pueblo chino sin que su habla le delatase. Poco después empezó la traducción de la primera biblia china al idioma tamil, con lo que hizo su nombre famoso entre los misioneros y en el mundo entero. Todo ello lo consiguió por el camino de la humildad.

EL PASTOR Y EL REY

Advirtieron a un predicador de la corte de Francia que sus predicaciones estaban molestando al rey de tal manera que peligraba su vida.

En lugar de amedrentarse, el predicador contestó:

—Temo demasiado a Dios, para poder temer la ira del rey.

FRANCISCO DE BORJA Y LA MUERTE DE ISABEL LA CATÓLICA

Cuenta la historia que el capitán Francisco de Borja fue designado para acompañar a Sevilla el cadáver de la reina de España Isabel la Católica. Ese caballero militar, que era un gran admirador de la reina, tuvo a gran honor

la designación. Pero cuando llegó el cadáver a su destino, después de tantos días de traqueteo por los polvorientos caminos de aquel tiempo, y fue abierto el ataúd para identificar el cadáver, éste tenía un aspecto tan horroroso y despedía un hedor tan nauseabundo, que el joven militar tuvo aquel choque tremendo que le llevó a escribir los famosos versos:

*«No más abrasar el alma
En sol que apagarse puede;
No más servir a señores
Que en gusanos se convierten».*

Desde aquel momento, Francisco abandonó la carrera militar y se dedicó a la religión, convirtiéndose en el renombrado misionero jesuita de fama mundial.

SERMÓN XIV
DISCÍPULOS DE CRISTO
(Lucas 14:26-35;
Juan 8:31; 13:3 y 15:8)

Son diversos y muy hermosos los títulos que el Nuevo Testamento da a los cristianos: Redimidos, creyentes, hijos de Dios, hijos de Luz, santos, pueblo de Dios. Casi todos estos nombres los usamos hoy. Pero hay uno que sobresale en los Evangelios y en los Hechos de los Apóstoles, y que, sin embargo, apenas lo aplicamos hoy día a los creyentes: el título de Discípulos. Parece que nos gustan más los otros, pero esto es lo que es y debe ser un cristiano: uno que aprende, que recibe lecciones, que adelanta en conocimientos y habilidad.

Notemos quiénes eran los discípulos del Nuevo Testamento. No eran sólo los doce, como a veces nos imaginamos por razón de que también este nombre es dado a los apóstoles, pero en muchos lugares lo vemos aplicado a todo el pueblo cristiano (Hechos 6:1, 9, 10, 25, etc.) Nosotros habríamos dicho «creyentes» o «convertidos», pero en aquellos tiempos todos se consideraban discípulos y este era el título más apropiado. Creyentes o convertidos lo eran

también, pero esto era un hecho del pasado, después de su conversión se consideraban perpetuamente discípulos de la escuela del Señor.

¿Eres un discípulo de Cristo? ¿Tienes más práctica, más capacidad espiritual, más habilidad para cumplir la voluntad de Dios, a pesar de todas las tendencias de tu vieja naturaleza, este año que el año pasado, o que hace tres años, diez o veinte?

1. Un título honroso

Los discípulos de los grandes maestros reciben una parte de la honra de aquéllos. Si un médico puede decir que ha sido discípulo del doctor Ramón y Cajal, del doctor Marañón o del doctor Barraquer, inspira confianza a sus clientes. Se supone que aquellos hombres tan sabios no habrían tolerado un zoquete a su lado, y que éstos recibieron secretos profesionales muy valiosos de parte de tan grandes maestros. Cada cristiano es un discípulo del más sabio, el más insigne de los maestros. No sólo son discípulos los estudiantes de seminarios o institutos bíblicos. Su discipulado allí es cultural, literario, histórico; pero todos los cristianos lo somos en el sentido en que lo eran todos los creyentes del Nuevo Testamento; en el terreno moral y espiritual. Y este es nuestro mayor título de gloria.

2. Una posibilidad de progreso

Me temo que muchos cristianos nunca se han dado cuenta de que son discípulos del Señor. Se consideran redimidos, hijos de Dios, herederos del cielo, pero no discípulos. Les parece que habiendo aprendido que ellos son pecadores y que Jesús es su Salvador, ya lo saben todo; y todo está ya cumplido. Pero debemos decir que esto es tan sólo la primera lección del discipulado cristiano; lección importantísima, indispensable, que cada persona debe aprender, pues es la primordial.¹ Pero después de esta primera lección hay muchas otras a aprender: lecciones de fe, de amor, de humildad, de obediencia, de abnegación, de santidad, de parte de Aquel que fue el más fiel, amoroso, humilde, abnegado y santo de los maestros. Por esto es un privilegio ser su discípulo, pues

- Un discípulo de la facultad de Medicina llegará a ser médico.
- Un discípulo de la Escuela Industrial será périto o ingeniero algún día.
- Un discípulo de la Polifónica será músico o cantor.
- Un discípulo de Cristo será un santo, por lejos que esté ahora de serlo.

Desgraciadamente, muchos están muy lejos de semejante realización, pero tienen el deseo, el propósito, la aspiración que los mundanos no tienen, no sienten.

En ocasiones he tratado con cristianos sencillos, plagados de defectos, pero llenos de buenos deseos, de fervor y de visión espiritual. Me he dicho: aquí hay la vida de Dios; estos defectos son tremendos lunares que afean a estos discípulos y que debieran ser quitados; pero esta alma se encuentra en camino de progresar.

En cambio he tenido relación con personas educadas, morales, honestas, pero indiferentes a las cosas de Dios, muertos espiritualmente. Y me he dicho: Estos son hoy como hace veinte años, y de aquí a veinte años serán igual; no han entrado en la Escuela de la fe, del amor a Dios y al prójimo, de la santidad, de la piedad.

¡Qué progreso se nota en algunos discípulos del Nuevo Testamento!

San Pedro, el impetuoso, escribe 1ª Pedro 3:15 y 5:8.

San Juan, el «Boanerges», «Hijo del Trueno», se expresa en los términos de 1ª Juan 4:7, 8 y 20, 21.

Se ha observado progreso teológico y de carácter en las epístolas de san Pablo, aunque es el mismo Espíritu quien las inspiró. Pero el instrumento humano muestra otro carácter cuando escribió 1ª y 2ª Tesalonicenses distinto al de cuando escribió Romanos y Efesios. Excelentes epístolas las primeras, llenas de entusiasmo juvenil, pero había aprendido mucho más el gran apóstol cuando escribió las segundas, mucho más profundas.

¿Estamos aprendiendo nosotros en la Escuela

del Señor? Las mismas caídas pueden ser beneficiosas y aleccionadoras, como ocurre con los niños. Muchos cristianos han aprendido y mejorado mucho con una caída. Asimismo son aleccionadores los contratiempos, las dificultades, los desengaños...

Ser discípulo es una tarea ingrata, significa ser reprendido, amonestado y corregido; pero ¡qué delicioso cuando empezamos a hacerlo bien!... Lo que ayer era difícil, ahora no lo es tanto, y mañana lo será menos (presentar ejemplos de andar en bicicleta, tocar piano, matemáticas, dibujo, etc.).

Así es en la vida espiritual. Lo que ayer era imposible, hoy no lo es tanto. Mañana menos, y un día ¡glorioso día!, todos seremos maestros... ¡Todos semejantes a Él!

Refiriéndose a creyentes que se peleaban y acusaban ante los tribunales del mundo, Pablo les amonesta con 1ª Corintios 6. Esto significa: Los que sois santos en posición, vendrá un día que lo seréis en realidad, y entonces os avergonzaréis de haber sido tan ruines, tan estrechos de mente, tan miserables e insensatos cuando estábais sobre la tierra.

3. Condiciones del discipulado

Hay cuatro que podemos observar en el Nuevo Testamento y que el Señor nos exige de un modo indispensable.

1) *Abnegación.*

Para ser discípulo en cualquier carrera, se requiere sacrificio, abnegación. Muchos jóvenes tienen que abandonar la familia, los mimos y las comodidades del hogar, pensando en su porvenir. Vale más sacrificarse por un poco de tiempo y asegurar el futuro, se dicen. Así es con el discípulo de Cristo. «El que no aborrece..., no puede ser mi discípulo.» Esto es un hebraísmo que podría ser mal interpretado. Dios nos manda amar a los padres y Cristo dio ejemplo de ello con su madre en la cruz. El N.T. nos ordena amar a nuestras esposas (Efesios 5:25-33), pero la figura, traducida a nuestro lenguaje, quiere decir que Cristo debe ser amado más y mejor que lo que nos es más querido. (Véase la anécdota *La prueba de Jorge Wagner*.) Hoy no se nos exige tan severa prueba; pero ¿hasta qué punto amamos al Señor? ¿Qué estamos dispuestos a sacrificar por Él?

2) *Perseverancia* (Juan 8:31).

Hay muchos que empiezan a estudiar cosas en las cuales no perseveran. Discípulos fugaces. (Véase la anécdota *Clases de inglés en Terrassa*.) ¡Ay, que el error es más terrible, pero mucho más frecuente en la ciencia espiritual! ¡Si todos los que han empezado a interesarse en el Evangelio hubiesen permanecido...! Jesús no quiere dar el honroso título de discípulos a todos los que dicen «creo», sino a los que perseveran. Hablando de los tiempos de persecución que tendrían que soportar sus seguidores, Jesús

declara: «El que perseverare hasta el fin, éste será salvo» (Mateo 10:22). Y refiriéndose a los últimos tiempos de apostasía, inmediatos a su Segunda Venida, exclama lo mismo (Mateo 24:13; Marcos 13:13 y Lucas 21). A estos tiempos estamos llegando. ¿Seremos perseverantes? El haber escuchado, y hasta el haber seguido por una temporada el Evangelio, no será ninguna ventaja en el juicio, antes al contrario (2ª Pedro 2:21). Pero mil veces más favorable que la suerte de los paganos que ignoran el Evangelio será la de los que han oído y han perseverado en la escuela del Señor.

3) *Amor.*

Hay otra marca del verdadero discípulo, que no es *sine quan non*, como las dos primeras; si así fuera, muchísimos creyentes no serían salvos; pero es una condición muy deseable, muy recomendada por el divino Maestro, y nos da de ello la razón: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuvierais amor los unos por los otros» (Juan 13:35). Hay escuelas que adoptan un uniforme por el cual sus alumnos son conocidos en todas partes. El uniforme de la Escuela cristiana es «amor». El mundo sabe que Cristo es el Maestro del Amor; que enseñó y practicó el amor al prójimo, que murió intercediendo por sus verdugos, y juzgan a los creyentes del siguiente modo: «Aquí hay unos hombres y mujeres que se dicen discípulos de Cristo porque cantan, leen la Biblia, comulgan, etc.». Ahora bien, si ven que éstos

que toman juntos el pan y el vino no se aman, se critican, muestran un espíritu hostil, ¿cómo van a creer que somos verdaderos discípulos del Maestro del Amor? Un cristiano rencoroso es como un discípulo de una academia uniformada, en mangas de camisa. El amor no consiste en estrecharnos la mano, sino en procurar el bien de otros, prefiriéndolo al propio. (Véanse las anécdotas *El minero de Gales* y *Las dos viudas*.)

El verdadero amor es gozarse en el bien de otros, aun cuando nosotros no participemos de ello. La tendencia de la carne en tales casos es envidiar; pero el Espíritu de Dios nos invita a que hagamos lo contrario. Dice Spurgeon: «Si eres un cristiano pobre en bienes materiales, debes alegrarte de que otros cristianos tengan más. ¿Lo malgastan? Son siervos como tú y al Señor tendrán que dar cuenta. Si estás enfermo, da gracias a Dios de que otros cristianos gocen de buena salud y puedan hacer lo que tú no puedes. Ora por ellos. Si otro predica mejor que tú, da gracias a Dios de que su obra cuente con un servidor tan bien dotado» (Véase la anécdota *El candidato griego*.) Esta actitud del corazón es ciertamente uno de los aspectos más difíciles de la santidad, pero es la que más honra nuestro discipulado.

4) *Actividad fructífera.*

Otra última condición que honra nuestro discipulado y al Maestro que nos enseña es la que hallamos recomendada en Juan 15:8. Supongamos a un

alumno pintor o escultor que asiste a las clases, oye, ve, pero nunca toma el instrumento para crear algo propio. ¿Podrá progresar? Es necesario que produzca algo con sus manos, más o menos, mejor o peor...

Sin embargo, muchos discípulos de la Escuela de Cristo son discípulos pasivos, por no decir indolentes. Asisten a los cultos, oyen la Palabra de Dios y se limitan a decir: «Me ha gustado el predicador, ha tenido párrafos excelentes». Pero nunca se deciden a poner en práctica lo que oyen. Los frutos del Espíritu brillan por su ausencia; no adelantan en fe, en amor, en paciencia, y ninguna alma es traída a Cristo por su testimonio. Alegan que no saben o no tienen oportunidad; pero Cristo dice: «En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto». Es bueno que glorifiquéis a Dios con vuestros labios, con vuestros cantos y oraciones, pero lo que más le glorifica son los frutos prácticos, en ejemplo, en trabajo, en testimonio y en ofrendas. Esto honra al que os ha llamado a ser discípulos.

4. Habilitación para la eternidad

Todo discípulo en las artes humanas lo hace con un ideal, el de capacitarse para un servicio de muchos años sobre la tierra, a pesar de que muchas veces la muerte viene a truncar tales esfuerzos y aspiraciones. El cristiano se está habilitando para un glorioso servicio futuro. Lo hemos notado ya en la advertencia de Pablo a los cristianos de Corinto, y

está ratificado en Apocalipsis 22:3 y en Efesios 3:10. Hay un servicio glorioso para los cristianos en las regiones celestiales, para el cual estamos capacitándonos. El Dr. Zoller, en su libro *El Cielo*, supone que llevaremos con nosotros todo lo aprendido sobre la tierra. Algunas cosas no nos serán útiles porque las condiciones de vida serán cambiadas; pero la gran mayoría de cosas lo serán. No habrá –como algunos piensan– «borrón y cuenta nueva» en la vida superior. Cada vez que la Sagrada Escritura nos habla de aquellas condiciones de vida nos presenta a los fallecidos como recordando las cosas de la tierra (Lucas 16:28, Apocalipsis 6:10). La altura moral y espiritual a que lleguemos aquí, nos será muy útil allá. Sin duda que habrá desarrollo (Juan 17:26), pero la medida alcanzada sobre la tierra, sobre todo en el aspecto moral, será la gran base para nuestro superior servicio en la eternidad. ¡Vale la pena, pues, aplicarse y progresar en nuestro discipulado con miras a la alta posición a que hemos sido llamados!

ANÉCDOTAS

LA PRUEBA DE JORGE WAGNER

La historia de los anabaptistas europeos del siglo XVI contiene este conmovedor incidente. El predicador Wagner condenado a muerte por la Inquisición de Viena, fue objeto de toda clase de esfuerzos para hacerle apos-

tatar de su fe evangélica. La prueba final consistió en hacer salir a su paso, cuando se dirigía a la hoguera, a su esposa y sus siete hijos, quienes echándose sobre su cuello y abrazándose a sus brazos y a sus rodillas le rogaron de todas las maneras que negase sus convicciones religiosas y salvase su vida por amor a ellos. El heroico mártir les respondió: «Dios sabe que os amo más que todo lo más querido que para mí existe sobre la tierra; pero no os amo más que a mi Salvador, y por amor a Él no puedo volver atrás de sus enseñanzas. Que Él os bendiga hasta que podamos reunirnos en el cielo».

CLASES DE INGLÉS EN TERRASSA

Después de la Guerra Civil éramos visitados con tanta frecuencia por hermanos de habla inglesa, que hacia el año 1952 los jóvenes de la iglesia nos rogaron insistentemente que estableciéramos para ellos clases de inglés. Accediendo a su deseo, unos treinta jóvenes se enrolaron con gran entusiasmo, pensando que la empresa era relativamente fácil; pero a medida que pasaban las semanas y los meses, fue disminuyendo lentamente el grupo de estudiantes hasta no quedar más que cuatro alumnos, un joven y tres señoritas. Aquel joven es hoy pastor en Cataluña y tiene constante correspondencia con hermanos de Estados Unidos e Inglaterra. Una de las señoritas se casó con un joven marino de la VII Flota del Mediterráneo, que vino a Terrassa, en visita colectiva, durante una estancia del portaviones «Midway» en Barcelona. Hoy es una feliz madre de familia en Nordfolk, Virginia. Otra es enfermera en Toronto, y la tercera, después de estudiar en Inglaterra y sacar el título de

enfermera en dicho país, ocupa un cargo de responsabilidad en un programa evangélico de Radio. Al escribir estas líneas se halla en U.S.A. visitando iglesias interesadas en el programa. Todos los que perseveraron obtuvieron beneficios útiles, en premio de su aplicación; pero solamente fueron cuatro, entre treinta que tuvieron la misma oportunidad.

EL MINERO DE GALES

En el país de Gales, famoso por sus despertamientos religiosos, vivía un minero cristiano conocido por su piedad, virtud de la que hacían burla algunos compañeros; pero su laboriosidad e inteligencia en el trabajo fue observada por el director de la mina, quien le ofreció el cargo de capataz de una nueva sección que se proyectaba establecer.

El director quedó estupefacto al oír la respuesta del experto minero:

—Agradezco mucho su decisión, señor director, y pido perdón por mi atrevimiento, pero vengo observando al compañero Juan (otro cristiano) que lleva muchos años en la mina; él es tanto o más experto que yo, y por tener más edad le está resultando muy penoso el trabajo de peón. ¿No podría darle el cargo a él? Además, por sus condiciones familiares, necesita más que yo una mejora en el sueldo. Él tiene una nuera viuda y nietos, mientras que yo vivo solo con mi esposa.

El director, conmovido por este ejemplo de altruismo, accedió a la petición; pero no sin antes reunir al personal y darles cuenta de lo ocurrido como ejemplo de compañerismo obrero, a la vez que nombraba para otra

sección al obrero modelo en capacidad profesional y en corazón.

LAS DOS VIUDAS

En tiempos en que no existían las leyes sociales que hacen hoy menos dura la condición de las familias obreras numerosas, fue a residir temporalmente en un pueblo de la antes citada reglón de Gales un ingeniero llamado a dirigir la construcción de una nueva mina. Durante su estancia dio trabajo doméstico a dos viudas de mineros fallecidos, una de las cuales tenía 3 hijos menores de edad, en tanto que la otra tenía 9. Terminada su estancia, la esposa del ingeniero convino con éste en hacer a ambas un obsequio de despedida. Con objeto de probarlas, invirtió los términos de su generosidad y dio a la que tenía tres hijos 30 libras esterlinas y a la que tenía nueve, solamente 10 libras. Poco después supo que la sirvienta más beneficiada había dado 20 libras a su compañera. Inmediatamente llamó a las dos, y después de explicarles su propósito de prueba, elogió en altos términos a la más beneficiada, por su altruismo, y a la otra por su ausencia de queja y murmuración ante la prueba, después de lo cual premió a ambas con donativos suplementarios que éstas no querían aceptar, pero que les hizo tomar de todas maneras.

EL CANDIDATO ATENIENSE

Un candidato a la magistratura de la ciudad de Atenas, al conocer que había sido derrotado en una elec-

ción popular, respondió:

—Me alegro de que la Patria tenga mejores hombres que yo mismo y los sepa elegir.

SERMÓN XV

EL SEÑORÍO DE CRISTO

(Juan 21; Lucas 6:46)

Quisiera llamar vuestra atención hacia la palabra «Señor» que se encuentra innumerables veces en la Sagrada Escritura, y siete en el capítulo 21 de Juan. Hay dos palabras griegas para expresar esta idea, la palabras *Kurios*, que indica dominio y autoridad con amor –la que usa Pedro cuando pone a la mujeres el ejemplo de Sara (1ª Pedro 3:6)–, y la palabra *Despotys*, que indica señorío absoluto; soberanía y algunas veces se aplica a Dios.

Los apóstoles solían emplear la palabra *Kurios* con extraordinaria frecuencia: «Señor, manda que vaya sobre las aguas», «Señor, ¿a quién iremos?», etc. En cambio, no usaban esta expresión cuando estaban de mal talante. Tenemos varios ejemplos: en el caso de la tempestad dicen: «Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?» En el cenáculo, el traidor Judas le dice: «¿Soy yo Maestro?» Y en el saludo en Getsemaní: «¡Salve, Maestro!» Las gentes extrañas le llamaban generalmente «Maestro» (Mateo 19:16; Marcos 9:17; 10:51; 12:14; 12:19, etc.); los fariseos le daban siempre el título de Maestro, nunca el de

Señor (Mateo 12:38; 22:16; Lucas 19:39; 20:21; 28 y 39; Juan 3:2; 8:4, etc.)

Los apóstoles reconocían el señorío de Cristo; no eran escépticos, ni enemigos, como los fariseos; pero a veces lo olvidaban en el terreno práctico, o no se atrevían a darle este respetuoso título (Marcos 9:38; 10:35; Lucas 9:49). ¿Y qué nos pasa a nosotros? Por lo general, los cristianos evangélicos usamos con frecuencia esta expresión como prueba de nuestro reconocimiento y lealtad a Cristo.

Cuando en España no teníamos la costumbre de que los nuevos creyentes dieran testimonio de su conversión levantándose en la iglesia, el cambio de vocabulario con referencia a Cristo era la señal con que reconocíamos su conversión. Pero no es una señal infalible. Hay pseudocristianos que tienen el instinto de imitación y usan la palabra indebidamente. Por esto Jesús dice: «No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos». Sin embargo, esta expresión es buena en labios de los creyentes, pues, cuando es sincera, demuestra un afectuoso reconocimiento y una especial relación con Dios. Hay cristianos que parecen tener vergüenza de usarla y dicen más bien Dios o Jesucristo, omitiendo la palabra Señor, especialmente cuando están fríos.

En el caso de la tempestad, habría sido mucho más propio para los apóstoles decir: «Señor, ¡ten misericordia, que perecemos!» ¿Por qué usaron la palabra Maestro? Porque, sin atreverse a decirlo,

instintivamente parecen trocados los papeles...; ellos se muestran señores. La expresión «¡Maestro, ¿no, tienes cuidado?» era como decirle: «Somos tus discípulos en un mundo que te desprecia, tienes, pues, el deber de cuidar de nosotros... Eres Señor de los elementos, esto va sin decir, pero nuestro criado. ¡A ver, pues, si te levantas a servirnos!»

¿No sentimos así en el fondo, algunas veces, en las contrariedades y conflictos de la vida? Pero Él es Señor en los buenos y en los malos momentos, tanto si lo sentimos con gratitud y afecto, como cuando no lo sentimos.

1. La razón del señorío de Cristo

Tenemos motivos para reconocer a Cristo como Señor. Es el Verbo encarnado, por el cual fueron hechas todas las cosas; y es doblemente Señor nuestro por habernos comprado con su sacrificio cruento en el Calvario. «Vuélvete a Mí, porque yo te redimí y te puse nombre; mío eres tú», decía Dios a Israel (Isaías 43:1). Mucho más puede decirlo al pueblo cristiano. «No sois vuestros, comprados habéis sido por precio..., glorificad, pues, a Dios, en vuestro cuerpo y vuestro espíritu, los cuales son de Dios» (1ª Corintios 6: 20). No sólo somos criaturas de Dios, sino criaturas redimidas desde que comprendimos nuestra necesidad y aceptamos a Cristo como Señor. (Véase la anécdota *El barquito construido y comprado*.) Así es nuestro caso. No sólo el Creador empleó miles

de años creando maravillas de este mundo y preparándolo para la entrada en escena del ser humano, hecho a su imagen, sino que, previendo que los hombres, al ser dejados libres, no se sustraerían de la gran rebelión de Satanás, preparó, antes de la creación del mundo, un Salvador, y a su tiempo vino el Verbo hecho carne, vivió, sufrió, murió y pudo decir: «¡Consumado es! Realizada está la obra de redención». Por esto pudo escribir años más tarde el protagonista de esta escena, Simón Pedro: «Habéis sido rescatados, no con cosas corruptibles, sino con la sangre preciosa de Cristo».

Amigo, ¿no quieres que Él te aplique tan glorioso precio? ¿Que Él te compre, a fin de que puedas ser suyo? (Véase la anécdota *El esclavo rescatado con sangre.*)

Si ya has aceptado a Cristo como tu Salvador y Señor, ¿no crees que debes tratarlo como tal? ¿Por qué dar lugar a la amarga queja de Lucas 6:46? Así ocurría en el caso de los discípulos que venimos considerando.

2. La pérdida de la visión de su señorío

Recordad las circunstancias de este relato. Los discípulos se hallaban en Galilea, no en Jerusalén, donde habían tenido el privilegio de ser visitados por el Señor tantas veces. Habían ido a Galilea por orden del mismo Señor, que les convocó en uno de sus montes (Mateo 28:10 y 1ª Corintios 15:6), pero la

orden fue que se fueran de nuevo a Jerusalén (Hechos 1:4). Sin embargo, en lugar de esto, se entretuvieron en Galilea.

Hasta cierto punto era natural, estando en la región donde tenían a sus parientes y amistades; pero ello les llevó a la tentación de volver a su antiguo oficio, entreteniéndose más de lo debido. «A pescar voy»; no era nada malo...; pero ahora estaban en otro empleo, como les había dicho el Señor (Lucas 24:47 y Juan 20:21).

Así es con nosotros muchas veces. No son malas las ocupaciones seculares y aun las diversiones, los «hobbys», los deportes, pero debemos tener en cuenta que los cristianos somos llamados a un deber superior: «Servir a Cristo». «Trabajad, no por la comida, que perece» (Juan 6:27.) ¿Qué hacemos por lo que no perece? ¿Cómo tratamos nuestra alma y los intereses del Reino de Dios?

3. Jesús sale al encuentro de los que han perdido la visión

Era necesario hacer que reconocieran, aquel puñado de discípulos, que habían olvidado su señorío, sus órdenes, sus ocupaciones superiores..., a Él, en una palabra, y se dirige a su encuentro. ¿Cómo?

a) *Va por las circunstancias adversas.* No fue casual que no pescaran nada. La voluntad omnipotente del Señor ahuyentaba los peces en aquella triste y larga

noche. Del mismo modo, nuestras adversidades nos preparan para la instrucción que Él quiere darnos. Como el labrador remueve la tierra antes de sembrarla, Cristo zarandea a veces a los suyos con adversidades y contrariedades para llevarnos por su camino. (Véase la anécdota *Hans Egede, el primer misionero danés a los lapones*.) De semejante manera, en el presente caso el Señor reencaminó a sus discípulos a su deber, quitándoles la pesca. No en vano les había dicho: «Sin Mí, nada podéis hacer». Y esto es una realidad aún en el orden material para los que somos hijos de Dios. Cuando no eran discípulos, los apóstoles podían pescar sin el Señor, después no. Hoy día la gente del mundo hace lo que le da gana: mienten, trampean, trabajan en domingo y prosperan. No debe extrañarnos ni queremos envidiarlos, no son del Señor. El pescador Pedro nunca había pasado una noche como aquella en el productivo mar de Galilea. ¿No sentiría la voz del Señor en su conciencia con motivo de tal adversidad?

b) *Se aparece en persona y no le conocen*. Allí está a la orilla, al despuntar el alba. Es natural que María no le conociera después de su resurrección, pues habría una notable diferencia entre su aspecto físico al final de su ministerio (sobre todo después de ser desfigurado por todos los sufrimientos de la pasión) y su cuerpo glorificado, rebosante de vida y de belleza. Además, estaba llorosa y quizá de espaldas; pero los discípulos le habían visto resucitado muchas veces; sin embargo, el día va clareando, la fi-

gura aparece más y más nítida, y nadie le conoce, excepto uno.

c) *El ojo de la fe distingue al Señor.* Fue Juan, el discípulo del amor, el primero en distinguirlo, y Pedro, el más decidido, quien se lanza al agua. Quiere volver a disfrutar de su compañía porque le ama, a pesar de su negación. No dice: ¿qué me importa a mí?

Del mismo modo ocurre con los verdaderos cristianos. Un mundano dirá: ¿qué me importa el culto? No tiene ojos espirituales para distinguir al Señor en su Palabra y en los ejercicios piadosos, en el partimiento del pan (por ejemplo). El mundano no tiene apetito espiritual para disfrutar de la comunión con Dios por el Espíritu Santo, pero tú sí. ¡Has disfrutado tanto algunas veces! Pero, ¿por qué te vas a pescar... si eres de Cristo... si Él es tu *Kurios*? No es posible tener a Cristo como Salvador sin tenerle como Señor. No basta con tenerle en tal concepto para las grandes cosas, olvidando que Él lo es en todo, y que es Omnisciente y Omnipresente. Sólo entonces te sentirás gozoso.

Todos tenemos a Cristo como Señor en un sentido general y lejano; pero no con aquella actitud que expresa David en el Salmo 123:2. Aquellos siervos hebreos no esperaban la orden verbal, trataban de adivinarla en los ojos de sus señores para así demostrar su profunda atención y obediencia. ¿Es de este modo como mantenemos nosotros la comunión con Dios?

Pero ¡ay, que esta actitud de David no fue constante en su vida! Miraba los ojos de su Señor muchas veces cuando se encontraba en conflicto, o en una euforia espiritual, como cuando trajo el arca a Jerusalén; pero no el día que ocioso se subió al terrado para curiosear en las casas de los vecinos y vio a Bethseba. Así es en ocasiones en las vidas de los cristianos. Es fácil ver al Señor en el culto y escuchar su voz en la lectura de su Palabra o en algún libro piadoso, pero el secreto de la vida cristiana es vivir en la presencia del Señor. Esta actitud de creyentes no consagrados tiene dos malos resultados:

1) Disfrutar poco de la comunión espiritual, que causa el más profundo gozo en el alma cristiana, mayor que todos los goces mundanos.

2) Llegar al final de la vida, a las playas de la eternidad, como llegaron los discípulos en esta ocasión, con la barca vacía.

4. El señorío reanudado

Aun estando los discípulos lejos, en la mar, el Señor les esperaba. Su presencia les atrajo de un modo inconsciente, y cuando llegan cerca les habla con una familiaridad que les descubre su persona: «*Paidos*, les dice, ¿tenéis algo que comer?» Los antiguos traductores de nuestra Biblia usaron la expresión que juzgaron más a propósito para no causar extrañeza a los lectores del N.T., poniendo la palabra

«mozos»; pero la revisada traduce con más propiedad «hijitos», aunque, literalmente, es «niños». Palabra cariñosa, pero también de reproche. ¿No estaban obrando como niños? En lugar de ocuparse de la alta misión de «enviados» a perdonar pecados (Juan 20:22, 23) –o a hacer que pecados fuesen perdonados–, de que almas inmortales pudieran encontrar el secreto de la vida eterna, como ocurrió en Pentecostés... ¡entretenerse a pescar peces!

¡Cuántas veces los cristianos debemos parecer niños a los ángeles cuando nos ocupamos con excesivo e impropio interés de lo que no tiene valor! El apóstol nos exhorta: «Sed niños en la *malicia*, mas hombres en el *sentido*».

Pero muchas veces somos totalmente al revés: «Hombres en la *malicia* y niños en el *sentido*».

Y peor todavía, niños mal criados; obedientes sólo cuando se sigue su gusto. Así actuamos muchas veces los actuales discípulos del Señor.

¡Cuántos dicen que no pueden ir al templo porque están cansados; pero el lunes van a la fábrica cansados o no. ¡Reconocen un señorío en la persona que les da el pan material, que no reconocen al Señor. ¡Cuántas veces abusamos de Él reconociéndole como Salvador, como amigo, teóricamente como Dios, pero no como «Señor»!

a) *El descubrimiento seguido por la acción.* Cuando el ojo del amor descubre al Señor, sigue la acción. Pedro se echa a la mar, los otros se acercan, obedecen como a un desconocido, automáticamente. Pero en

Pedro y Juan había un sentido superior. Juan, hablando a su compañero del Señor, Pedro, lanzándose a su encuentro. Es así cómo obra la fe y el amor, con actos. Si le amas, hablarás de Él a tu vecino, le mencionarás instintivamente; acudirás al templo, harás las cosas que a Él le agradan. No querrás mantenerte separado de su comunión.

b) *La tragedia de la frialdad.* Pero los demás discípulos se encuentran anonadados, cohibidos; «sin osar preguntarle, sabiendo que era el Señor». ¡Qué cuadro tan exacto de la situación de muchos cristianos! En el fondo, le amamos, le reconocemos; quizás haríamos algo grande si viniera una persecución o alguien nos provocara insultando a Cristo; porque le amamos..., pero sentimos vergüenza de abrir la boca por Él en circunstancias normales; tenemos pereza de orar.

El autor de este apéndice al Evangelio de Juan, hace notar este detalle, que alguien le contaría, con extrañeza: «Nadie osaba...» ¿El hecho de verle resucitado les sobrecogía de miedo? Es posible, pero en otras ocasiones no fue así. Cuando les llevó al monte de la ascensión, le hicieron preguntas; las mujeres se echaron a sus pies el día que le vieron resucitado. ¿Por qué no ahora...? Porque les había cogido *in fraganti*, pescando, cuando debían estar en Jerusalén orando y esperando la Promesa. Por esto se hallaban mudos, rota la íntima comunión; sin poder hablar al Señor como a un amigo. En Marcos 6:30 se nos dice que los apóstoles se juntaron con Jesús y le contaron

todo lo que habían hecho; pero entonces tenían algo que contarle, ahora no había nada. Por esto estaban mudos, obedeciendo, trayendo la red comiendo, pero sin intimidad, franqueza, ni libertad.

5. El señorío confirmado

Jesús rompe el silencio con las tres preguntas a Pedro, culpable de esa escena, pues fue él quien propuso ir a pescar. «Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?» Seguramente ya se lo había dicho la primera tarde de su resurrección (Lucas 24:34) y lo había demostrado con su actitud impulsiva ahora mismo; pero por tres veces quiere oírlo de su boca ante sus compañeros; y delante de ellos ratificarle en su ministerio apostólico, con una frase que es al mismo tiempo una reprensión: «Apacienta mis ovejas». Lo que implica: «No es este tu lugar, cumple tu ministerio; no de pescar peces, sino de pescar hombres para mi reino». Jesús lo había dicho hacía pocas semanas en el cenáculo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos.»

¿Cuál es nuestra actitud? ¿La de niños mal criados, desobedientes y tercos, o la de siervos fieles, agradecidos a su preciosa redención y amigos del Señor? (Véase la anécdota *Domini Sumas*.)

Que Él nos ayude a sentir siempre, como sin duda sentimos en estos momentos, que Él es de veras nuestro Señor y que merece nuestro más abnegado y fiel servicio.

ANÉCDOTAS

EL BARQUITO CONSTRUIDO Y COMPRADO

Un niño muy mañoso construyó con gran paciencia y trabajo un hermoso barquito con su vela, timón y aparejos, de tal modo que parecía un barco de verdad. Pero un día, tratando de hacerlo navegar por el río, la corriente se lo llevó y lo puso fuera de su alcance, sin que pudiera recobrarlo. Con gran desconsuelo regresó a su casa, no pudiendo apartar de su mente el juguete perdido.

Un par de semanas después, al pasar por delante de un establecimiento de objetos de lance, vio expuesto su barco. ¡Sí, efectivamente, era el suyo. ¡Lo conocía en tantos detalles...! Entró a reclamarlo, pero el dueño del establecimiento no se atuvo a razones. Le dijo que sería suyo si lo comprara, y nada más. El muchacho fue a su casa, abrió la hucha y pagó el precio de lo que había sido suyo. Cuando lo llevaba, acariciando su pequeño tesoro, decía:

—Barquito, ahora te quiero más, pues eres mío dos veces. Primeramente porque te construí y luego porque te compré.

EL ESCLAVO RESCATADO CON SANGRE

Un negro esclavo corría desesperadamente por la selva de Africa en dirección a cierta Casa-Misión en busca de refugio. Había hecho enojar a su iracundo amo, quien había jurado matarle, y corría tras él con el arco tensado, esperando tenerle a tiro para clavar la flecha en sus entrañas.

A la puerta de la Misión salió el director y viendo la peligrosa escena empezó a dar voces al perseguidor, rogándole que se abstuviera de disparar; pero el hombre, haciendo caso omiso, seguía corriendo detrás de su víctima sin darle respiro. En el momento en que el fugitivo iba a arrojarle a los pies del misionero implorando protección, el perseguidor disparó su arco. Rápidamente el misionero extendió su brazo y recibió en él la flecha que iba a clavarse en el cuello del perseguido. Del brazo comenzó a chorrear sangre, que salpicó al pobre negro arrodillado a sus pies.

—Has derramado sangre inglesa —exclamó el misionero dirigiéndose al agresor con severidad—. ¿Por qué no hiciste caso cuando te gritaba que te detuvieras? ¿Sabes lo que esto puede costarte? —en aquellos tiempos la bandera británica era muy respetada por los súbditos de su vasto imperio colonial—. Sólo con una condición —continuó el misionero— no daré parte a las autoridades de lo que has hecho: Que me cedas a tu esclavo, renunciando a matarle.

El esclavo, que además de salvar su vida recobró su libertad, no sabía cómo ponderar la generosa acción del misionero. Cada vez que contaba la historia se sentía no sólo favorecido, sino altamente honrado de poder decir: «Me compró con su sangre».

HANS EGEDE,

PRIMER MISIONERO DANÉS A LOS LAPONES

Cuando Dios llamó al primer misionero Hans Egede a Groenlandia, era éste un pastor danés muy estimado de su congregación.

Comunicó a su esposa el deseo que Dios había puesto en su corazón de llevar el conocimiento del Evangelio a los habitantes del helado Norte; pero ésta se le opuso tenazmente. ¿Deberían dejar su confortable hogar y su amada congregación, que habían pastoreado por muchos años, para ir a vivir entre habitantes de casas de hielo, paganos, supersticiosos y atrasados, compartiendo su miserable vida?

En vano, Hans Egede mostraba a su compañera la orden de Cristo: «Id por todo el mundo».

—¡Sí! ¿Pero por qué nosotros precisamente? —argüía la esposa—. ¿No ha habido lapones durante siglos en las heladas costas del Norte? ¿Por qué a ningún cristiano se le había ocurrido hasta entonces tal idea?

Pero vino un día en que Dios removió el nido confortable de los esposos Egede, y empezaron a surgir espinas. Se levantaron querellas en la congregación danesa; uno y otro bando querían que el pastor les diera la razón. Cada día llegaban noticias de quejas y murmuraciones en contra del pastor. Entonces la esposa fue la primera en reconocer y confesar:

—¿Por qué habrá ocurrido algo tan triste en nuestra iglesia, Hans? ¿No será que Dios nos llama a la obra misionera en Groenlandia y nosotros estamos fuera del camino de su voluntad?

De este modo se inició la labor cristiana que transformó y trajo el gozo y la esperanza de Cristo a los tristes habitantes del Polo Norte. Y gozo también en el corazón de los pastores Egede, al ver que no había sido en vano su obediencia al llamamiento de Dios.

«DOMINI SUMUS»

Martín Lutero viajaba a pie muy a menudo. En cierta ocasión pidió alojamiento en una casa de campesinos que le trataron tan bien como pudieron.

Al saber que era el famoso reformador, rehusaron toda paga, pero le pidieron que se acordara de ellos en sus oraciones y que escribiera en tinta encarnada en su pared alguna inscripción de recuerdo.

Lutero escribió “*Domini sumus*”. El campesino le preguntó qué significaban aquellas palabras, y Lutero explicó que en correcto latín pueden tener un doble sentido, según el contexto de la frase.

—Significan —dijo— «somos del Señor», pero pueden significar también «Somos señores», que es precisamente lo contrario, aplicándolas en sentido opuesto.

Pero Lutero les dio una provechosa lección espiritual juntando ambos sentidos:

—Somos del Señor —les dijo— porque Él nos compró con su sangre; pero esto mismo hace que seamos libres por su gracia, y no seamos más esclavos de Satanás, ni de hombre alguno, sino señores, verdaderamente libres para no servir más al pecado y para honrarle y glorificarle voluntariamente a Él.

¡Buen lema! Escribámoslo en las paredes de nuestro corazón.

SERMÓN XVI

EL REPOSO DE LOS SANTOS

(Hebreos 3:12-14)

Introducción

Estamos en época de vacaciones. Muchos habéis pasado unos días de solaz, apartados del trabajo rutinario de cada día; gozando del verdor, encanto y magnificencia de las alturas, o de las caricias del mar. Y tendréis que empezar (o habéis empezado) dentro de x días la labor diaria, con su fatiga, sus preocupaciones, sus dificultades y sinsabores.

Por esto me parece oportuno hablaros del trabajo y del descanso desde el punto de vista humano y espiritual.

1. Trabajo y reposo divino

El trabajo es ley universal. Dios mismo trabaja en su alta esfera, y también reposa, o diríamos, aumenta y disminuye su actividad creadora y organizadora en ciertos lugares del Universo.

¿Qué significa, sino Génesis 2:1-3? Por esto, cuando oigo decir que este mundo tiene tantos cen-

tenares de millones de años, o que la roca o el fósil hallado en tal o cual lugar de la costra terrestre los debe tener también, no digo que no; pero me quedo algo dudoso.

¿Sabéis por qué? Porque me parece que los científicos juzgan las cosas por el ritmo actual de la naturaleza, de acuerdo tan sólo con su actual experiencia. Es decir, juzgan y calculan basándose en lo que saben, pero ¿y lo que no saben? Sabemos hoy, por ejemplo, lo que se desconocía hace treinta años, que por medio de radiaciones isotópicas pueden hacerse aparentes milagros. Que vegetales expuestos en condiciones adecuadas a la radioactividad pueden crecer en días y hacerse gigantescos. ¡Quizás esto explica la existencia de los imponentes animales antidiluvianos que precedieron a la creación del hombre! Tal vez algún día la ciencia tendrá que reconocer, no solamente lo que ya se ve obligada a admitir ahora, que hubo seis épocas diversas, días de la creación, y su ordenada sucesión, en la forma exacta que lo describe la Biblia, sino también que en aquellas seis épocas creativas las cosas se hicieron más aprisa. En otras palabras: que Dios obró con una actividad extraordinaria durante aquellas susodichas seis épocas geológicas, y reposó —mejor dicho, está reposando todavía— en la séptima, la actual; en la cual la materia está perdiendo lentamente radioactividad, sin recibir nueva potencia creadora y organizadora.

Quizás esto explique el hecho notablemente extraño, dados los incontables recursos de la Natu-

raleza, tal como los vemos manifestados en este mundo, de que nos hallemos rodeados de mundos compañeros de la tierra en el mismo sistema planetario del Sol, tan atrasados, al lado del que nosotros habitamos. Entonces será quizá reconocido que si nuestro planeta es tan diferente de la luna y de otros planetas de la misma edad geológica, es no sólo por las causas físicas a las cuales ellos atribuyen tal diferencia, por lo que encontramos expuesto en Génesis 1:2, o sea, que Dios obró con una actividad extraordinaria, y especialmente intencionada sobre la tierra durante las seis épocas de la creación, y ahora nos hallamos en la séptima, cuando el Creador reposa, o sea, no interviene sino muy raramente en el aspecto físico, en este maravilloso mundo en que vivimos, mientras que no ha tenido a bien intervenir de un modo particular en dichos planetas.

2. Trabajo y reposo humano

Cuando el gran Artífice invisible cesó de actuar directamente sobre los elementos físicos, o sea, reposó, dio al hombre, creado a su imagen y semejanza, la ley del trabajo, para que completara su magnífica obra aprovechándose del maravilloso orden por Él establecido, y de los recursos naturales puestos por su sabia providencia en nuestro planeta.

a) *El trabajo no es un castigo.* No le dio el trabajo como castigo, sino como un privilegio; el privilegio de cooperar con su Padre celestial en el perfecciona-

miento de este mundo A tal objeto le puso en una especie de museo o jardín botánico preparado en el Asia Menor, el paraíso del Edén. Observad que había allí oro, el metal más manejable, piedras preciosas, fuentes de aguas, árboles, plantas y animales de todas clases (Génesis 2:10-15). «Aquí está todo, por lo menos los tipos originales que después se han desarrollado en razas –parece decirle–; úsalo. Nada te será contrario, sino todo favorable; trabaja, no en los términos de una labor, sino de una distracción y satisfacción.» Sin cardos ni espinas, sin plagas con las que luchar, el primer labrador humano no tenía una tarea pesada, y mucho menos lo habría sido de haber podido utilizar los instrumentos que los conocimientos científicos (más rápidamente alcanzados de no ocurrir la tragedia del pecado) le hubieran proporcionado poco después. El trabajo que Dios dio a Adán no era sino un privilegio de colaboración; como el padre que permite al niño poner su manita en el asa de la cesta, para que parezca que hace algo... «Para que puedas escoger las plantas y frutos que te apetezcan –parece decirle Dios–; pon la semilla y cúbrela de tierra. Esto es todo. Del resto me encargo yo, pues tú, pobre criatura, nada más puedes hacer.»

b) *El pecado, maldición del trabajo.* Pero sobrevino el pecado, el virus criminal de la desconfianza a Dios, con su secuela de sentimientos malévolos; la ambición, el egoísmo, la envidia, el odio. El simple acto de tomar y coger del árbol prohibido fue sólo la

primera manifestación, el primer fruto de la terrible semilla del mal, del contagio, de la peste del pecado que surgió del averno en la persona del Tentador.

Entonces apareció el trabajo como castigo, como labor penosa, como una lucha con fuerzas hostiles de la Naturaleza; y aun peor que todo, con fuerzas hostiles dentro de la propia humanidad. Si el pecado hubiese sido un mero acto y no una infección; un hecho erróneo que tuviera que recibir como castigo la expulsión del Edén, no habría sido nada grave. Un día u otro tenían que esparcirse los hombres sobre la tierra, saliendo de la «Escuela Museo Didáctico de Dios», para colonizar el mundo. Pero no fue esto sólo, sino que el pecado corrompió el corazón del hombre, haciéndole capaz de actos criminales; le transformó de un hijo de Dios en un criminal en potencia. Cuando vieron los hombres que matando a sus prójimos se obtenía la ventaja de apoderarse de sus bienes y de sus mujeres, utilizando la extraordinaria inteligencia con que Dios les había dotado, empezaron a moldear las piedras y a fraguar los metales, no sólo para defenderse de las bestias, sino para guerrear entre sí. De Lamec, el biznieto de Caín, leemos que cuando alguien le ofendió y golpeó, él lo asesinó a mansalva, y advirtió a sus dos mujeres Ada y Zilla: «Al que me toca, yo le líquido» (Génesis 4:23, 24). Pero, como dice el refrán, que «donde las dan las toman», otros hombres hicieron lo mismo, y la tierra empezó a llenarse de violencia hasta llegar a la depravación que trajo el diluvio.

Por esto, antes y después del diluvio, los hombres se dedicaron a formar agrupaciones, nombrando un jefe, para protegerse mejor de sus enemigos; edificaron ciudades amuralladas; surgieron guerras entre tribus y entre grupos de tribus; se hicieron prisioneros y se inició la tragedia humana de la esclavitud, que ha durado siglos, y ha hecho penosa y miserable la vida de millones de seres humanos, en lugar de cumplirse el plan ideal del Creador, de independencia familiar, mayormente agrícola, en un mundo abundante para todos y bien distribuido. En Hebreos 2:15 se nos describe la triste condición de la raza caída al decir: «Por el temor de la muerte estuvieron sujetos toda la vida a servidumbre». En efecto, en siglos pasados, a causa de las guerras y de una organización social maleada por el pecado, millones de hombres trabajaron de sol a sol, nada más que por una miserable pitanza que les permitiera seguir viviendo. Los millones de esclavos que edificaron las pirámides de Egipto, las murallas de Tarragona, la gran muralla de China, etc., etc., no tenían otro descanso, día tras día y año tras año, más que las breves horas de la noche. No existía para ellos ni el reposo semanal, exclusivo de la nación hebrea por mandato de Dios, ni tampoco tiempos de vacación como los que hoy tenemos. ¡Cuán agradecidos debemos estar de vivir, hoy día, en una sociedad que, aunque dista mucho de ser perfecta, es, indefectiblemente, mejor que la de aquellos oscuros tiempos.

c) *El trabajo en el Reino de Dios*. Porque Él es quien tiene en su mano el porvenir del mundo, el cuadro que nos dan las profecías del reino de Dios sobre la tierra es diferente del que nos presentaba cierto programa de televisión, hablando de los problemas de la vivienda y de la contaminación en el año 2000. Porque creemos que el Señor ha de intervenir antes de que la humanidad llegue al estado que tienen previsto los pensadores humanos, sabemos que en aquella época feliz del futuro, «cada cual se sentará debajo de su parra y de su higuera» (Miqueas 4:4). Esto significa que la humanidad, bajo el gobierno divino, volverá a la tierra, distribuida equitativa-mente, y gozará de los beneficios de una civilización extraordinariamente desarrollada por el contacto con el cielo... Vivirán los hombres repartidos por el mundo, no concentrados en grandes capitales, redimidos totalmente del trabajo duro por máquinas a las que solamente se tendrá que hablar para que sus computadores electromagnéticos las lleven a hacer toda clase de labores penosas.

3. Una vocación eterna

Pero la perspectiva del futuro todavía es mucho más halagüeña para los redimidos de Dios; los que durante esta época de prueba pusieron su confianza en Cristo y vivieron de cara al porvenir: «Queda un reposo para el pueblo de Dios», leemos en la carta

a los Hebreos. Prácticamente, y a la luz de las enseñanzas proféticas, queda una vacación eterna.

En efecto, ¿qué hacemos durante las vacaciones? Abandonando los trabajos pesados, procuramos cambiar de ambiente, nos dirigimos a otros lugares para disfrutar más y mejor de las buenas cosas que Dios ha puesto en este mundo. Y esto es lo que nos aguarda en el Reino de los Cielos.

a) *Seguridad de la vacación celestial.* Los judíos tenían poco conocimiento de la vida futura. Para la mayoría de ellos las bendiciones de Dios se cifraban en la presente. Por esto, el apóstol trata de demostrarles que el reposo prometido por Dios a los padres no era sólo la Canaán terrenal, como algunos pensaban. El rey David ya había entrado y vivía en Canaán cuando exhorta a la fidelidad a Dios a fin de no perder el reposo prometido. Si Josué les hubiera dado el reposo –dice el texto– no hablaría después de otro día.

Este reposo existe y no es la muerte, como algunos piensan. La muerte, como fin de la existencia, no es reposo. Los esqueletos no puede decirse que reposan, porque reposo es lo opuesto a cansancio, y lo que no está cansado, no puede descansar. Implica el *disfrute* del descanso. Descansa el labrador tumbado sobre la hierba, descansa el caballo en el pesebre, o en el prado, pero no descansa literalmente el carro o la azada, porque son instrumentos inertes que ni se cansan ni pueden descansar. El descanso

no significa, pues, cesar de existir, o dejar de ser, sino disfrutar de una existencia mejor, exenta de labores penosas, y esto es cabalmente el cielo: no un estado de inactividad, sino de servicio deleitoso y glorioso (Apocalipsis 22:4 y Efesios 3:10). (Véase como ampliación de esta idea los libros *Cuando Él venga*, págs. 220 y 221; *La Nada o las Estrellas*, págs. 313-324; y *El Cielo*, págs. 189 a 209.)

b) *Trabajando para el verdadero reposo*. Hemos dicho que Dios actúa en dos esferas, la física y la espiritual. Cuando cesó su actividad en la esfera física, empezó la gran labor moral y espiritual de reparar la obra nefasta de Satanás y «redimir para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras». Jesús se consideraba un obrero de Dios en este terreno, y dice «Mi Padre hasta ahora obra, y yo obro» (Juan 5:17).

«Conviéneme obrar las obras del que me envió» (Juan 9:4).

«Yo te he glorificado en la tierra, he acabado la obra que me diste que hiciese, ahora glorifícame tú acerca de Ti mismo» (Juan 17:4, 5).

He aquí la misma ley del trabajo y el descanso, aun en esta esfera tan elevada, la del Hijo de Dios obrando en favor de un mundo perdido. Nosotros somos los beneficiados por la obra redentora de Cristo. Pero, ¿para qué?

c) *Nuestro trabajo para el Reino*. Efesios 2 nos expone el plan divino de un modo muy claro: A los que «estábamos muertos nos dio vida». «Somos salvos por gracia», pero «para que andemos en las

buenas obras preparadas por Dios». Un muerto no puede trabajar. Los que están muertos en delitos y pecados pueden hacer muchas buenas obras según el mundo, pero no pueden tomar parte en la obra más importante, la de comunicar la buena nueva de salvación a las almas perdidas, pues ellos mismos no entienden nada en este terreno; pero el más sencillo creyente puede hacerlo, sobre todo entre los de su esfera. Un resucitado con Cristo ha sido salvo para servir, para vivir una vida cristiana eficaz y activa. Por esto lo decía Jesús (Juan 6:27). Lo peor es cuando los afanes de esta vida nos impiden cumplir los deberes cristianos. Cuando estamos fríos espiritualmente, no tenemos ganas de glorificar a Dios; ni con nuestro tiempo ni con nuestro dinero.

Nuestro texto presenta el caso de los israelitas que salieron de Egipto y anduvieron por el desierto; pero no llegaron a Canaán porque su corazón se llenó de incredulidad, se sintieron cansados de seguir la nube... A algunos les ha ocurrido esto mismo, en el terreno espiritual. Les hemos visto activos y celosos, pero solamente por un tiempo. Se cansaron, no en el servicio de Dios, sino de servir a Dios. Pero si hemos sido fieles, si hemos vivido para Cristo, si le hemos glorificado en la tierra como Cristo glorificó al Padre, nuestras obras nos seguirán (Apocalipsis 14:13). Quizá nada quede aquí, o se borre en pocos años, pero quedará allá. Por esto podemos decir que es hermoso cansarse sirviendo a Dios... A los tales está prometido el descanso feliz y verdade-

ro. Pero es catastrófico cansarse de servir a Dios. Recordemos que aun cuando la salvación es por gracia, Dios dará a cada uno según sus obras.

En el mundo existe la injusticia social (quienes disfrutan cada día de descanso sin trabajar) pero esta injusticia no existe en el terreno espiritual. ¿Queremos que Él pueda decirnos «ven, buen siervo fiel, entra en el gozo», el descanso, la vacación eterna de tu Señor? Procuremos ser sus fieles siervos aquí, busquemos cómo podemos servirle en nuestras circunstancias, y continuaremos siendo sus siervos, sus felices siervos, en la Canaán celestial.

Posiblemente, haya allí también períodos de más o menos actividad y de actividades variadas; pero todo nuestro servicio será, comparado con las penalidades del presente, como una feliz vacación, pues podrá sernos dicho, como se dijo de aquellos siervos de Salomón, de quienes declaró la reina de Saba: «Bienaventurados tus varones, dichosos tus siervos que están continuamente delante de ti y oyen tu sabiduría». Porque estaremos con Aquel que aun durante su humillación era mucho mayor que Salomón. Oiremos su sabiduría y compartiremos sus glorias en una vacación eterna, por siglos de siglos.

SERMÓN XVII
ASPIRACIONES CUMPLIDAS
(Jeremías 29:11;
Romanos 8:28-32)

Introducción

Una de las pruebas del origen y fin superior del hombre es que es un ser capaz de anticipar el futuro..., tiene ideales y aspiraciones. Los animales son lo que la filosofía moderna llama existenciales: ellos sí viven solo y exclusivamente en el momento presente, no se preocupan del futuro ni tienen capacidad para anticipar el porvenir; pero el hombre piensa en lo que fue y en lo que será, y dirige sus esfuerzos de acuerdo con sus previsiones. El pajarito no se preocupa por si mañana no habrá comida; llena su buche y se pone a cantar satisfecho. Pero el hombre se preocupa y dirige sus afanes al mañana con exceso, sin dar lugar a Dios.

No es malo ser previsor, pero lo es afanarse por el porvenir como si todo dependiera de nosotros. De ahí la advertencia de Cristo en Mateo 6:25-34. Alguien dijo: «Lo que más me ha hecho sufrir en la vida es lo que nunca ha ocurrido». Esto es por falta

de confianza en Dios. No sentimos como debiéramos que Alguien arriba piensa en nosotros.

Sin embargo, Dios mismo nos lo asegura en muchísimos pasajes de la Sagrada Escritura, y con muchos ejemplos de la historia.

Uno de los casos más concretos es éste, relacionado con el pueblo de Israel durante el destierro babilónico.

1. El motivo histórico de la promesa divina

Sabemos que después de la toma de Jerusalén por los asirios, lo mejor del pueblo hebreo fue llevado cautivo a Babilonia. La añoranza era muy viva entre el pueblo alejado de su patria, como nos lo demuestra el salmo 137. Parece probable que, con motivo de la locura del rey Nabucodonosor (Daniel 4) y el consiguiente desgobierno a que daría lugar, cundió entre los desterrados la idea de huir y regresar a Jerusalén. El rey Joachin se había rebelado, aprovechándose quizá de la misma coyuntura. Vamos a ayudar al patriota monarca, se dirían los emigrados forzosos de Babilonia. Era una empresa arriesgada y temeraria que, lógicamente, tenía que terminar en desastre, dada la distancia y los escasos recursos de un pueblo recién sometido a la esclavitud; pero tres profetas falsos, Achab y Sedechias (que no hay que confundir con los reyes de dicho nombre que vivieron anteriormente), así como un falso profeta llamado Semaías, les animaban a la fuga. Con tal motivo, el

verdadero profeta de Dios, Jeremías, les envió desde Jerusalén una carta secreta, que no tenía nada de pesimista, pero sí de realista, aconsejándoles no moverse de Babilonia. Les previene que dos de los falsos profetas morirían ajusticiados por el gobierno asirio, y Semaías salvaría su vida por la fuga, pero moriría tristemente en el destierro, sin sucesión. Al mismo tiempo les da la promesa de parte de Dios de que, setenta años después de la fecha del destierro, el pueblo israelita volvería a su patria.

Así se cumplió circunstancialmente en los días de Esdras y Nehemías, y de un modo mucho más amplio y completo al cabo de 2.500 años, en el tiempo presente. Obsérvese la curiosa expresión: «De todas las gentes y de todos los lugares donde os arrojé», en el versículo 14; y la frase: «Los juntaré de los fines de la tierra» en 31:8-10; ya que el esparcimiento en aquel entonces no fue a todos los lugares de la tierra, sino tan sólo a Babilonia. Así que la profecía de Jeremías está teniendo su último y más exacto cumplimiento, precisamente en nuestros propios días.

En este versículo encontramos tres grandes y significativas afirmaciones que merecen ser consideradas con atención:

1.^a *Dios piensa en nosotros*: «Yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros».

2.^a *Los pensamientos de Dios difieren de las apariencias*: «Pensamientos de paz y no de mal».

3.^a *Coinciden con nuestras mejores aspiraciones:*
«Para daros el fin que esperáis».

2. Dios piensa en nosotros

¿Es posible? –exclaman algunos. ¿Qué somos nosotros para Él? Un industrial me decía: ¿No seremos nosotros para el Creador como las hormigas son para nosotros? ¡Hay tantos millones de seres humanos...! ¡Si Dios tuviera que pensar en todos!... Pero la Biblia nos afirma que sí que piensa. Nosotros no pensamos en Él como debiéramos, pero Él piensa porque es infinito y omnisciente. «Vuestro Padre sabe»... –afirma nuestro Señor Jesucristo.

a) *Dios nos conoce personalmente.* No sólo se acuerda, sino que tiene planes acerca de todos nosotros. Nosotros pensamos en nuestros amigos, pero tenemos planes para nuestros hijos. ¡Qué feliz seguridad! No somos huérfanos del destino. Al ver cómo van sucediéndose las generaciones sobre la tierra, los hombres se preguntan: ¿Estamos solos y huérfanos en el infinito universo? ¡A ver si tenemos hermanos en algún planeta próximo o lejano...!

Hace 2.000 años, Alguien que probó ser más que un hombre, habló con gran seguridad de un Padre celestial y nos enseñó a orar: «Padrenuestro que está en el Cielo...» Y este Padre tiene planes *personales* acerca de nosotros. Los potentados de la tierra tienen planes generales, pero no pueden tenerlos personales para cada uno de sus súbditos. Sin embargo,

en la parábola del buen pastor hay una frase magnífica: «A sus ovejas llama *por sus nombres*», «Conoce el Señor los que son suyos» (Juan 10:3 y 14 y 2ª Timoteo 2:19).

b) Los planes de Dios son *benéficos*. «De paz y no de mal.» Había una duda en el corazón de los desterrados. ¿Será el propósito de Dios dejarnos para siempre en el destierro? No nos libró, cuando rogábamos que Nabucodonosor no pudiera entrar en Jerusalén; que le ocurriera como a Rabsaces, y ocurrió todo al revés. ¿Es que está contra nosotros? ¿No nos perdonará?

c) Los planes de Dios son *lentos*. Así parece a nuestra impaciencia. Nosotros construimos máquinas que hacen las cosas cada vez más aprisa. Ponemos un molde, y plástico, y sale una flor a los tres segundos. Pero las flores de Dios tardan meses en desarrollarse; sin embargo, ¡cuánto más perfectas! Así es con las obras de su Providencia: se desarrollan lentamente a nuestro parecer.

3. Los planes de Dios no tienen parecido con las apariencias

Los moldes de nuestras máquinas tienen un parecido con el resultado que nos proponemos; pero de una semilla pequeña y redonda de Dios, sale un roble. El molde es imperceptible; sin embargo; allí está fijado, en sus células invisibles a simple vista, el propósito divino en cuanto al ser, vegetal o ani-

mal. Las obras de Dios no se dejan adivinar por su apariencia.

Todos hemos oído hablar de las edades geológicas. Hace centenares de miles de años este mundo tenía una vegetación exhuberante, pero convulsiones tremendas de la costra terrestre enterraron aquellos árboles gigantescos, y cuando la vida reapareció, fue con una vegetación y una fauna más adecuada al ser inteligente, «corona de la creación», que Dios se había propuesto colocar sobre la tierra.

¿Qué hace el Creador?, podrían preguntarse los seres angélicos. ¿Por qué destruye tan rápidamente lo que ha costado siglos en formarse? Pero Dios estaba almacenando en las entrañas de la tierra las reservas de carbón, de petróleo, y de gas natural, que tan útiles han resultado para el hombre, creado a su imagen. Así, en el terreno moral, Dios saca bien del mal. Hace que todas las cosas ayuden a bien.

Lázaro muere, con desespero de sus hermanas que esperaban la presencia de Cristo y el milagro. ¡Pero cuánto bien resultó de su muerte! El texto más consolador e iluminador para todos los mortales lo tenemos en este precioso relato (Juan 11:25).

«¡Contra mí son todas estas cosas!», exclamaba Jacob.

«Espera unos meses, Jacob, y lo verás todo convertido en bien», podía respondersele.

¿De dónde sacaremos pan para que coman éstos?, dicen los discípulos apurados. Pero Jesús sabía lo que tenía que hacer.

Dios siempre sabe lo que tiene que hacer. Tal es la experiencia de nuestras vidas, mirando al pasado, y lo será más plenamente cuando las miremos desde la eternidad.

4. Los pensamientos de Dios coinciden con nuestras mejores aspiraciones

Nuestro texto tiene una palabra clave: *El fin*. «Hasta el fin nadie es dichoso», dice el adagio. Y es muy cierto. Pero el fin no se encuentra aquí. ¿Cuáles son las *aspiraciones finales* del ser humano? ¿Cuáles son las nuestras?

1. Conocimiento.

El sabio muere consciente de que no sabe una ínfima parte de lo que podría y quisiera saber. Lo descubrirán otros mañana, pero esto no satisface al individuo. Quisiéramos conocerlo nosotros... Poder formar parte de esta humanidad del futuro que prevemos más adelantada que la nuestra. Con la promesa de inmortalidad va implícita la de conocimiento. ¡Qué privilegio! Ahora conozco en parte –decía Pablo–, pero entonces conoceré como soy conocido. Esto no es una mera suposición del rabino-filósofo Saulo, sino que corresponde a una promesa hecha por Cristo. «Les he dado a conocer Tu nombre y se lo daré a conocer todavía» (Juan 17:26). «Conoceremos y proseguiremos en conocer al Señor», exclama el profeta (Oseas 6:3). Nuestros deseos de conoci-

miento de Dios, de los secretos de su universo, de su providencia y de su gracia han de ser satisfechos en la eternidad.

2. Felicidad.

Vamos siempre detrás de este ideal. Siempre ilusionados de que lo alcanzaremos un poco más adelante. Como dice el poeta:

*Y el hombre esperando vive,
Y el hombre esperando muere;
Nunca tiene lo que espera
Y tiene lo que está odiando.*

Pero el salmista declara: «Yo en justicia veré tu rostro; seré saciado cuando despertare a Tu semejanza» (Salmo 17:15). Esto significa: Tendré mis aspiraciones cumplidas cuando pueda contemplarte en el mundo superior. Aquí sólo en parte vemos cumplidas nuestras aspiraciones. Yo diría que no debemos ser tan pesimistas como Espronceda; no tenemos siempre lo que estamos odiando. Hay cosas buenas también en esta vida, por la misericordia de Dios; pero no a la perfección, y siempre con la amargura de ver que son transitorias, cuando nuestro ser aspira a lo eterno.

3. La gloria de Dios.

¿Tienes esta aspiración? ¿Te gustan las cosas de Dios? Para las almas regeneradas, ya aun en esta

vida, lo que nos causa satisfacción más profunda es aquello que tiene que ver con la gloria de Dios. Es una satisfacción íntima, sublime, espiritual, que no se puede hallar en las cosas del mundo; ni aun en las mejores; son de otra esfera, de inferior calidad, por buenas que sean. Y esto nos lleva a la aspiración final.

4. El servicio de Dios.

El que ama a Dios muy intensamente no se contenta con una actitud pasiva de adoración. Nos gozamos en alabarle y oír que otros le alaben; pero la aspiración suprema es de servicio. ¿Qué puedo hacer yo para Dios. ¿Qué puedo darle que le agrade?

Y esta aspiración ha de ser cumplida.

No me gustaría leer en el Apocalipsis que en la eternidad los salvados estaremos siempre sentados escuchando cantos de ángeles, aunque ello será, sin duda, una parte deleitosa de nuestra vida futura; pero me gusta leer el texto: «Sus siervos le servirán» (Apocalipsis 22:3). Y según Efesios 3:10, le serviremos glorificándole. Tendremos algo que hacer en el inmenso cielo de Dios..., algo que le glorificará y nos hará eternamente felices. Este es el fin que esperamos, el final supremo, apoteósico, eterno.

Dios conoce nuestras aspiraciones. ¿Cuáles son para esta vida? ¿Cuáles son para la eternidad? Dios las hará cumplimiento en su día, aunque nos haga esperar; del mismo modo que cumplirá las aspiraciones finales de nuestro ser.

«Buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia –nos dice– y todas las demás cosas os serán añadidas.»

SERMÓN XVIII
EL GRAN DESCUBRIMIENTO
DEL APOSTOL JUAN
(1º Juan 3:1-4)

PARA LA FIESTA DE LA RAZA

Hace 480 años, el 12 de octubre de 1942, un marinero llamado Rodrigo de Triana se hallaba en la proa del velero Santa María, uno de los tres famosos buques que habían partido del puerto de Palos (Cádiz) el 4 de agosto. Habían pasado 34 días sin ver tierra y la duda estaba en el ánimo de todos.

¿Y si no hubiera nada más que agua delante de nosotros? ¿Pereceremos de hambre por el empeño de este iluso aventurero llamado Cristóbal Colón que se empeña en lo imposible? Al clarear la mañana de aquel día histórico le pareció a Rodrigo percibir en lontananza una silueta de algo que no era agua, y después de otear una y otra vez el horizonte para cerciorarse de que sus ojos no le engañan, exclama alborozado: «¡Mirad...! ¡Tierra..., tierra!»

Hace 1.900 años, aproximadamente, un pescador, hijo de Zebedeo, hizo otro descubrimiento

mucho más importante que el de un nuevo mundo sobre la tierra: descubrió un nuevo mundo de amor, de paz y felicidad, en el reino de los Cielos.

1. Oscuridad espiritual

El joven de Cafarnaúm había sin duda reflexionado, como muchos otros seres humanos, acerca del gran misterio de la vida y de la muerte. ¿Por qué existimos sobre la tierra? ¿Hay alguien que se propuso que existiéramos? ¿Para qué? ¿Con qué motivo? ¿Qué ocurre cuando nos morimos? El joven Juan había oído a los rabinos de lengua barba comentar el A.T. hablando de la resurrección. La vida está en la sangre y queda en el sepulcro —decían aquellos maestros judíos—; pero un día Dios hará un milagro, levantará a todos los muertos de los sepulcros... Pero había muchos peros a esta doctrina. ¿Se acordará el terrible Jehová de darnos esta vida de la que se encuentran tan escasas referencias en los profetas? «¿Qué es el hombre para que tengas de Él memoria?...», había dicho el rey David. Y en el caso de que llegara a acordarse, ¿cómo pasar por su juicio? «Muy puro de ojos eres para ver el mal y no puedes tolerar el engaño...» «Notó necedad en sus ángeles, ¡cuánto más en el hambre que es polvo y ceniza!» —había dicho Eliú—. «¿Cómo se justificará el hombre con Dios? Ni las estrellas son limpias delante de sus ojos.» Es natural que Juan se sintiese aterrado, como todos los judíos piadosos, que incluso hoy sienten

este terror de Dios. Id a la sinagoga el día de Yom Kippur, en el mes de octubre, y veréis hombres ricos, dueños de los más grandes establecimientos de nuestras grandes ciudades, de pie, desde las 6 del viernes hasta las 6 del sábado, gritando, pegándose golpes. Algunos ya no lo hacen más que de rutina, pero otros conservan el temor de Dios recibido de sus antepasados. Y el joven Juan lo conservaba...

En aquel tiempo, la piedad era acendrada y la familia de Zebedeo era de las más piadosas. Juan estaba sin duda aterrado oyendo cómo Jehová había enviado un diluvio sobre la tierra...; había hecho descender fuego sobre Sodoma y Gomorra, y no es extraño que un escalofrío recorriera su cuerpo cuando oía leer en el profeta Amós 4:12, 13: «Puesto que te tengo que hacer esto, aparéjate para venir al encuentro de tu Dios».

2. El clarear de la fe

Fue sin duda debido a esta desazón de su alma, unido a la curiosidad juvenil, lo que llevó a los dos hijos de Zebedeo al corro de aterrados oyentes de Juan el Bautista. ¡Y qué sorpresa cuando cierto día oyó declarar al adusto profeta acerca de un hombre joven que con paso majestuoso se acercaba a la orilla del Jordán: «He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo». Él mismo nos refiere cómo corrió, con su hermano, tras del indicado, y admirados por su palabra y enseñanza se quedaron con Él

aquel día. Vemos más tarde cómo el Nuevo Maestro les llamó...; cómo anduvieron con Él por tres años, en los cuales le oyeron decir cosas tan gloriosas, tan diferentes de las que explicaban los rabinos de la sinagoga de Cafarnaún, dichas con tal seguridad y autoridad...; luego le habían visto morir crucificado; regresar de nuevo, pletórico de vida y de poder; y ascender majestuosamente a las alturas.

Pasaron muchos años desde entonces. Juan, ya anciano, había tomado la pluma para escribir una carta de general importancia a ciertos jóvenes y adultos que habían sido sus oyentes. De repente, le parece como si hubiese hecho un descubrimiento que le hace palpar de gozo... Está de cara al mar, en la isla de Patmos antes o después de la visión del Apocalipsis, no lo sabemos, pero ahora no es una visión, sobrenatural y profética, sino una visión de los ojos del alma, de la conciencia iluminada por el Espíritu Santo, que le hace exclamar: «¡Mirad, mirad, cuál amor nos ha dado el Padre!»

Era como decir: «Fijaos, atended a una cosa maravillosa, asombrosa, inconcebible; mirad, no paséis de largo; poned vuestra atención en el amor de Dios, el Padre celestial, en la maravilla que representa el que podamos ser llamados hijos de Dios».

Ha descubierto, por su íntima relación con Jesús, que Dios no es solamente un juez severo, dispuesto a analizar los hechos de los hombres para inflingirles castigos, sino un Padre amante que busca entre los seres pecadores de este mundo hijos para su Reino.

¿Puede haber nada más admirable ni mejor? ¡Mirad, considerad, analizad y apreciad el amor que Dios nos ha revelado por aquel Ser que yo conocí, que parecía un hombre, pero que era tan diferente de todos los hombres, quien nos ha dicho lo que ningún otro profeta había antes declarado, de un modo tan evidente, Juan 3:16.

3. La maravilla del amor de Dios

¿Qué clase de amor es éste? Podemos distinguir tres clases de amor.

1. Amor granjeado.

El amor conyugal siempre tiene como base el merecimiento. (Ejemplo de un noviazgo.) Siempre hay algo que te hizo gracia, que te impresionó favorablemente...: una sonrisa, unas palabras, un porte hacendoso. Dijiste: «¡Me gusta, me conviene!». No es un amor espontáneo, sino granjeado, conseguido por el otro, consciente o inconscientemente.

2.^a Amor natural.

Hay otra clase de amor que no es granjeado, sino que brota de sí mismo y, como hemos dicho muchas veces, es más parecido al amor de Dios: El amor de madre, que ama al hijo feo, contrahecho o inválido, porque es su hijo; está en su naturaleza, es su instinto... el instinto que Dios le dio.

3.^a *Amor sobrenatural.*

El mismo amor natural tiene una fuente sobrenatural, el amor de Dios. Dios ama a todas sus criaturas, ama a los ángeles, ama al divino Verbo, el unigénito. Y ahora se ha propuesto extender su amor a la familia del Hijo, a los que agradecidos a su sacrificio empiezan a amarle, y le aman de veras sin verle. El amor sobrenatural de Dios nos viene a través de Cristo (Juan 1:12).

a) *Un amor ignorado.* «Por eso el mundo no nos conoce» (1^a Juan 3:1). La isla descubierta por Colón estaba desde siglos en aquel lugar del Caribe, hasta que sus buques la descubrieron y empezó la relación entre ambos mundos. El amor de Dios es un mundo nuevo, un tesoro ignorado para millones de personas que lo ignoran o lo pasan de largo porque les parece un mito. Era una utopía para los catedráticos de Salamanca el nuevo mundo que les anunciaba Colón. Así es para el mundo la esperanza de los cristianos. Por esto Juan la ratifica una y otra vez. «Pero lo somos», recalca el texto de algunos manuscritos antiguos del Nuevo Testamento.

b) *Un amor ratificado.* ¿Fue escrita esta epístola poco después de la visión del Apocalipsis? Quizás esto explicaría la admiración del apóstol Juan por el contraste. Tras de las glorias que acaba de ver allí, se encuentra de nuevo el pobre anciano, rodeado por algunos soldados, quizá de otros presos... ¡Parece imposible que sea verdad la prodigiosa visión...! ¡Pero lo es! ¿No te ha ocurrido esta experiencia más

de una vez? Vienes al culto, oyes la palabra de Dios anunciada por el predicador y tu corazón palpita de gozo...! ¡Es tan hermoso el Evangelio! ¡Tan esperanzador y consolador! Sales a la calle y te encuentras con multitudes indiferentes y ajenas a lo que acaba de regocijarte. «No le conocen a Él.» En su caso, tenía un sentido literal, pues Juan archivaba en su memoria recuerdos de Cristo que los otros no tenían. En el nuestro es espiritual. No le conocen por la fe. No le han visto con los ojos del alma. Por suerte, no estás solo en una isla; y puedes hallar en el mundo una minoría, de todas las razas y lenguas, que le conocen, que han tenido la misma experiencia espiritual que tú, y con ellos puedes entenderte y gozarte...

4. El descubrimiento reconocido y celebrado

Hay una pinura magnífica en el salón central del Palacio de la Diputación de Cataluña, que representa la recepción de Colón por los reyes Fernando e Isabel en Barcelona. Allí están, con el descubridor, los indígenas del Nuevo Mundo, que le acompañaron, aves y frutos que prueban la realidad de su gran hallazgo. ¡Y Colón, sentado en una silla, en el mismo trono de los reyes! ¡Cuánto honor para el que un día parecía un iluso demente!

Malaquías nos pinta un magnífico cuadro profético del tiempo del fin que complementa 1ª Juan 3:1-3. El mundo no sólo ignora, sino que desprecia y hace burla de la esperanza cristiana. «¿De qué apro-

vecha servir a Jehová y restringir el placer del pecado? ¡Los más atrevidos en el mal son los más aprovechados; los más sensatos, los más listos...! Pero los que temen al Señor comparten mutuamente su esperanza, que para muchos es locura... Y Aquel que ahora calla, toma nota, para el día en que va a actuar, y se verá la diferencia» (Malaquías 3:13-18).

¿Qué pasa en la lotería? En la lotería humana es uno el afortunado entre cien mil. En la lotería de la fe Dios nos asegura que serán afortunados y premiados todos los que en Él confían. «Para que todo aquel que Él crea...» «De cierto, de cierto os digo... el que cree.... tiene vida eterna...» ¿Y no queréis venir a Mí para que tengáis vida?

¿No quieres ser descubridor y heredero de un Nuevo Mundo? Colón sufrió ingratitudes de los hombres, pero tú no las sufrirás de parte de Dios... «El que en Él creyere, no se verá avergonzado...» Si le aceptas podrás un día decir como los israelitas después de su entrada en el reposo simbólico de Canaán: «No cayó en tierra ninguna de las buenas palabras que Dios habló; todo se ha cumplido».

SERMÓN XIX

LA VICTORIA DEL CRISTIANO

(1ª Corintios 15:50-57)

Con razón se considera la vida como una lucha. Desde que nacemos, empieza la lucha para subsistir. Al principio no somos nosotros solos quienes luchamos, pues el hombre es el más indefenso de los animales; si se nos abandonara a nuestra suerte, probablemente pereceríamos, pero la inteligencia y el amor que Dios ha dado a nuestros progenitores provee a todas nuestras necesidades; no sólo presentes, sino futuras. Se hace objeto al recién nacido de toda clase de atenciones y cuidados, y se le vacuna contra invisibles enemigos del futuro.

Apenas puede el infante valerse, empieza su lucha propia por la vida: lucha el niño en la escuela para adquirir los conocimientos que necesita; lucha el joven con sus pasiones y sus desengaños; lucha el hombre en sus negocios, para mantener su familia; lucha el anciano con sus achaques, y en medio de toda esta lucha, no existe otra perspectiva que la derrota final: Una enfermedad más fuerte que nosotros, contra la cual, después de pelear en vano la ciencia se declarará impotente para ayudarnos...

¡Ciertamente la vida es una lucha que no tiene otra perspectiva que la derrota!

El hombre no se conforma con ser un derrotado, y, generación tras generación, prosigue sus esfuerzos para conocer los secretos de la Naturaleza, para vivir mejor y prolongar lo más posible la humana existencia. Nuestra lucha es más fácil hoy día que en la Edad de Piedra o que en la Edad Media, cuando las gentes perecían impotentes por decenas de millares ante una peste... Sin embargo, a pesar de todos los avances de la ciencia, la muerte parece reírse de nosotros.

No tenemos aún medios eficaces de lucha contra el cáncer y la leucemia; y si llegara el día en que tuviéramos remedio para todas las enfermedades, sólo sería una prolongación de la batalla por la vida durante algunos años más, pues el desgaste natural nos rendiría. El hombre sin fe es un derrotado, quiera o no confesarlo.

1. Un derrotado victorioso

Pero aquí nos encontramos con un derrotado victorioso que nos abre la perspectiva y la esperanza de una verdadera victoria.

El autor de este escrito era un derrotado..., un hombre cuya vida había sido truncada, cuyos planes fueron desbaratados en su juventud y se encontraba siendo lo que nunca había pensado ser. En efecto, Saulo de Tarso fue un joven consagrado a luchar por

la religión de sus padres, cuando apareció en sus días lo que él juzgaba como una peste religiosa; unos fanáticos que decían que un hombre que había sido crucificado por Poncio Pilato era el Mesías. Sin duda, Saulo pensaba que entre las muchas sentencias malas e injustas del procurador romano de que se dolían los judíos, aquella había sido buena. Por lo menos no habría quien llevara multitudes excitadas al santo templo y clamara desde sus atrios: «Escribas y fariseos hipócritas...».

Pero pasan siete semanas y el alboroto se hace mucho mayor, pues han salido unos partidarios del ejecutado diciendo: «Aquel a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo». Y citan misteriosos pasajes de los profetas y los aplican a Él. Aquel inexplicable pasaje de los Salmos: «No dejarás mi alma en el Sheol, ni permitirás que tu santo vea corrupción», dicen que se refiere a Él, a Jesús de Nazaret, que levantado de la tumba por la potencia de Dios, está obrando nuevos prodigios...

Saulo se enfurece ante tamaña insolencia y lucha, entrando por las casas para aprehender a los cristianos y obligarles a blasfemar de Cristo. Hasta aquel día que en el camino hacia Damasco oye las palabras: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?», y tiene que terminar exclamando: «Señor, ¿qué quieres que haga?». He aquí el derrotado, entregando las llaves de su fortaleza... Como él mismo confesaba años más tarde: «Yo pensaba hacer muchas cosas contra los santos de Jerusalén...».

Pero aquella derrota es su mayor victoria, porque se alía con el «Victorioso»; hace causa común con Él y así, escribiendo a los corintios, después de narrar las evidencias de la resurrección de Jesús, y de explicar cómo se apareció a Cefas, a los doce, a más de quinientos discípulos, a Jacobo y, últimamente, a él, su mayor enemigo, exclama: «Mas a Dios gracias que nos da la victoria por el Señor nuestro Jesucristo». ¡Y qué victoria! Oídle (vv. 53-57).

2. Victoria del pecado

Notad, empero, un hecho curioso, remarcable (vv. 55, 56). La principal victoria no es sobre la muerte, sino sobre el pecado.

La muerte sin pecado no es nada en el mundo espiritual. ¿Habéis visto una abeja después de haber clavado su aguijón a alguien? Es una mosca ofensiva y cansada. ¿Habéis tenido en vuestra mano una víbora sin aguijón? Es una graciosa criatura que se enrosca y desenrosca y puede darse a un niño para jugar sin peligro alguno.

Pablo, el único hombre después de Cristo, que conoce bien los secretos del más allá, dice que la muerte, esta terrible víbora que nos ataca y se apodera de nosotros, que nos separa de nuestros amados, que transforma nuestro cuerpo, este precioso cuerpo que cuidamos con tanto esmero, es un puñado de polvo y huesos secos, no es de temer... Es

una víbora sin aguijón, podemor reírnos de ella, desafiarla impunemente.

3. Victoria del temor a la muerte

Por esto, mientras espera ser juzgado por el loco Nerón, el incendiario de Roma, el asesino de sus propios cortesanos y familiares, escribe Pablo acerca de la vida y de la muerte como de dos personajes imaginarios que vinieran a su cárcel de Roma haciéndole proposiciones y él no sabe qué escoger. Esta es, literalmente, la asombrosa palabra que utiliza: «escoger».

La vida le dice: Si vienes conmigo podrás volver a Macedonia; verás a aquellos hermanos e hijos espirituales que te quieren tanto haciendo fiestas y recepciones en tu honor; les predicarás de nuevo y te gozarás viendo el gozo en sus rostros y nuevas almas salvadas. Después harás tu deseado viaje a España. ¿No quieres venir conmigo? ¿No quieres la vida? Pide a Dios que Nerón tenga un momento lúcido el día de tu juicio y diga como Galión, el sensato gobernador español (Hechos 18:14, 15).

Pero la muerte le dice: Será sólo un momento, Pablo, no seas cobarde. Un golpe un poco fuerte en la nuca, y ya te encontrarás rodeado de ángeles que te llevarán a la Jerusalén celestial... y pisarás sus calles de oro...; tu espíritu oirá melodías finísimas, de redimidos y de ángeles... Esteban y Jacobo te esperan, y muchos te darán la bienvenida. Te lleva-

rán ante el amado Rey Jesús, el que viste por un momento en el camino de Damasco. Y no tendrás más cansancios, ni sed, ni hambre; ni verás más injusticias, de pobres esclavos maltratados, de gente llorando sin que tú puedas remediarles su dolor... Pide a Dios que Nerón se levante de mal talante el día de tu juicio y diga: «Este Pablo, para que no cause más alborotos ni dé más preocupaciones a mis procónsules y prefectos, que le corten la cabeza».

Y Pablo parece indeciso...

«No sé qué hacer –dice– . Esto último del golpecito en la nuca, y volar al cielo, es muchísimo mejor que el viaje a Macedonia y a España. Pero por amor a vosotros... sé que permaneceré, que me quedaré acá» (Filipenses 1:20-25).

4. Victoria sobre la misma muerte

¿Por qué Pablo podía tratar con tal desenfado a un enemigo tan temido por todos los humanos como lo es la muerte? Porque la muerte era para él sin aguijón. Él sabía que existen dos muertes: la primera inevitable; la segunda, optativa. La primera no es más que un cambio fisiológico para quien ve la vida humana desde arriba; una etapa en el desarrollo de nuestro ser. Primero el hombre es un bebé que manotea, ríe, parlotea sin saber por qué; luego, un niño que juega inocentemente; un poco después, un joven lleno de ilusiones; más tarde, un adulto ocupado y resuelto... y pronto, siempre demasiado pronto,

un anciano decrepito... Luego, cuando menos lo piensa, se halla convertido en un ser espiritual, sin cuerpo físico; pero con todas las facultades de su yo consciente. Recuerda su pasado, sus amigos, sus hechos, goza o sufre, puede ser consolado o atormentado, tiene deseos de justicia, alaba a Dios... Por las enseñanzas de la Sagrada Escritura, sabemos que el ser humano sin cuerpo, puede sentir exactamente las mismas cosas que cuando tenía un cuerpo mortal, pero sin acceso al universo físico. Por esto desea ser sobrevivido. Sin embargo, este deseo no le hace sufrir. Se halla «muchísimo mejor», como afirma Pablo.

La primera muerte es sólo un cambio de vida, un desarrollo del ser, no una pérdida; como lo es la mariposa con respecto al gusano. La primera muerte, por sí sola, no es más temible que el cambio de niño a hombre; pues como el hombre es más inteligente que el niño, el alma no atada al cuerpo, no sujeta a un sistema nervioso que limite sus posibilidades, posee capacidades insospechadas...

Una lucha ineficaz. Pero la vida humana tiene un terrible peligro: el contacto del pecado. Venimos a un mundo extraño, malo, donde no se cumple la voluntad de Dios, y llevamos dentro de nosotros mismos un virus malévolo: la tendencia natural al pecado. Tus abuelos, bisabuelos o tatarabuelos, pudieron ser cleptómanos, borrachos, iracundos, sexuales, sodomitas, mentirosos, avaros. No tan sólo la Palabra de Dios, sino la misma ciencia, nos confirma que llevamos en nosotros el germen del pecado. «Tiene un

genio como su padre, como su abuelo», decían los antiguos sin saber por qué. Hoy, la embriología nos habla de los misterios del óvulo materno; de los cromosomas y genes que determinan nuestras características, no sólo físicas, sino incluso de carácter. ¡Cuán semejante a lo que la teología había venido diciendo con su propio lenguaje acerca del pecado original...!

Pero hay, además, una Ley Divina a la que Pablo llama «la potencia del pecado», que hace al pecado «sumamente pecante»: La revelación de la voluntad de Dios. Sus mandamientos. Y tú puedes libremente oponerte a esta voluntad revelada; puedes decir sí o no a las tendencias de tu yo interno; estás en el campo de batalla de tu propio ser. Gozas de albedrío para inclinarte a un lado u otro, venciendo o cediendo a las circunstancias que te rodean y se confabulan a veces con tus tendencias naturales para hacer lo que no quisieras.

Algunos hombres aterrados por su condición, emprenden una lucha con el pecado, aguijoneados por su conciencia. A veces incluso sin conocer la ley revelada. Fakires y monjes han herido su cuerpo como si fuera el culpable de sus tendencias naturales; pero ello es tan inútil e insensato como el ladrón que castigara su guante. No es el guante el culpable, ni siquiera la mano, sino el «yo» interno que mueve la mano; el alma, que se ha dejado llevar por los instintos del cuerpo, o de la herencia, y no ha sido valiente para decir no...

En la lucha contra el pecado, el hombre que la emprende solo, es siempre un derrotado, como lo es en la lucha contra la muerte...

5. Victoria sobre la segunda muerte

Hemos dicho que Pablo podía tratar con indiferencia a la muerte porque sabía que ésta era sin aguijón para él; había visto el aguijón de la muerte clavado en Cristo, y por su gracia redentora se sentía libre de la consecuencia del pecado, que es «la segunda muerte». Ya no pretendía ganar la victoria por sí mismo; pues sabe que el hombre que lucha solo contra el pecado, por temor a la muerte, es un derrotado en este terreno moral, como lo es en el físico.

Quizá diréis que esta segunda lucha apenas existe hoy; los hombres han dejado de preocuparse por el problema del pecado, más bien se burlan de tal idea. La Biblia los llama necios (Proverbios 14:9). Sin embargo, el verdadero aguijón de la muerte es el pecado, que causa la segunda muerte, la separación de Dios en las tinieblas de afuera (Apocalipsis 21:8 y 27.) No queremos hacer descripciones espe-luznantes e imaginativas de la condenación, pero debe ser algo bastante trágico para que Dios hiciera lo que hizo para librar a los hombres de tal peligro.

El precio de la victoria. La Biblia dice que «Cristo padeció una vez por los pecados, el justo por los injustos para llevarnos a Dios» (1ª Pedro 3:18; 1 Corintios 15:3; 1ª Pedro 2:24; 1ª Juan 1:9).

Esta es la buena nueva del Evangelio. El remedio infalible a tu necesidad espiritual, a la enfermedad del pecado, que es fatal para tu verdadero yo, tu ser espiritual. Mucho más eficaz que los mejores remedios que la ciencia ha descubierto para el cuerpo, es el remedio divino que Dios ha provisto para tu enfermedad moral, que te llevaría a la muerte segunda, mucho más terrible que la primera. ¿No quieres este remedio? ¿Rehúsas aplicarlo a tu alma? ¿No quieres pedir a Cristo que te salve por los méritos de su sacrificio? ¡Qué triste sería que despreciaras el único remedio eficaz! (Véase la anécdota *El joven ruso y su madre*.) Cristo hizo un sacrificio mucho mayor que este joven. Si lo desprecias, perecerás sin remedio (Hebreos 2:3.)

6. Victoria en la carrera cristiana

Cuando hayas ingerido por la fe el remedio infalible contra el pecado, cuando seas un hijo de Dios, no habrá cesado la lucha: al contrario, se habrá intensificado, pero ¡qué diferencia! Porque no lucharás solo, sino aliado con el vencedor del pecado y de Satanás; estrechamente unido a Él.

Pablo vivía tan íntimamente unido a Cristo que podía decir: «El cual hace que siempre triunfemos en Cristo Jesús» (2ª Corintios 13:12).

En Filipenses 3:14 se compara a un corredor deportivo avanzando por un camino equivocado; pero Cristo, su enemigo, le ha salido al encuentro; lo ha

parado a las puertas de Damasco y le ha hecho dar media vuelta.

7. El premio supremo

Ahora Pablo corre con su mirada puesta en el premio de esta soberana vocación o llamamiento. Es también una lucha, una competición, pero una lucha fructuosa en la que sabe que no va a salir derrotado, sino premiado. Y cuando se refiere al premio, ni se atreve a describirlo; deja a Juan hacerlo en el Apocalipsis y declara (1ª Corintios 2:9). Por su parte, sólo dice que «estar con Cristo es mucho mejor». Ciertamente la obra y la vida de Cristo levanta tales sentimientos en el alma cristiana que ya no es el cielo, sino Cristo mismo lo que llena nuestras aspiraciones. Un cielo sin Cristo sería un desengaño... Filósofos cristianos han dicho: «Habría sido bastante condescendiente para el Hijo de Dios hacerse hombre, venir a redimirnos, salvarnos y dejarnos en alguno de sus mejores mundos, volviendo Él a su condición de Verbo eterno, invisible sin más trato ni relación con nosotros que con cualquiera de las órdenes de criaturas celestiales». Pero descubrimos con admiración que no es este el propósito de nuestro amante Salvador. Él retiene su cuerpo glorificado y dice (Juan 14:1-3 y 17:24-26).

Por tal razón, Pablo habla de Cristo como cabeza de la Iglesia, el esposo celestial, y exclama: «Todo es vuestro».

8. La gloriosa indumentaria del vencedor

Asimismo leemos en Apocalipsis 21:7: «El que venciere, poseerá todas las cosas». Y en 22:4: «Verán su rostro y su nombre estará en sus frentes», ratificando la promesa de Cristo en Mateo 13:43. ¿No significará esto que cada habitante de la Jerusalén celestial tendrá algo que le distinga, como un redimido, miembro del pueblo privilegiado adoptado por Cristo, y hecho coheredero de su reino eterno?

Conclusión

¡Te interesa en grado sumo ponerte al lado del triunfador! Piensa en la inmensa diferencia que hay entre ser un derrotado sin remedio, sujeto a la muerte, o un vencedor por la eternidad... Derrotado ya lo estás, hagas lo que hagas, pero en Cristo puedes ser un triunfador y burlarte de la muerte como lo hace Pablo en este brillante pasaje (1ª Corintios 15:55-57).

Los paganos se sentían admirados y extrañados de la actitud de los cristianos frente a la muerte. (Véase la anécdota *Justino mártir y el procónsul*, en el siguiente sermón.)

Su seguridad es una garantía para la nuestra, ya que estaban tan cerca de los días de Cristo. Si ellos estaban seguros, también podemos estarlo nosotros, poniendo nuestra fe en el Hijo de Dios, el Divino triunfador, uniéndonos a Él por la vida y por la eternidad.

ANÉCDOTAS

EL JOVEN RUSO Y SU MADRE

Un joven campesino que había estudiado en la Universidad de Moscú, se hallaba en su hogar cuando su madre fue mordida por un perro rabioso. El joven, que conocía la eficacia de la vacuna antirrábica —recién descubierta—, tomó un trineo y corrió, durante tres días, a la ciudad más próxima para conseguir el precioso remedio. Lo obtuvo a un precio elevado, y sin concederse descanso emprendió el camino de vuelta para llegar a tiempo de aplicar el remedio y salvar la vida de su amada madre, evitándole graves sufrimientos.

Pero la ignorante campesina, no creyendo lo que le decían acerca de los efectos terribles de aquello que parecía una insignificante herida que ya se había curado, se resistió a recibir la punción, y en medio de una discusión sobre el asunto, consiguió apoderarse de la frágil ampolla que contenía el líquido salvador, la arrojó al suelo y la pisoteó.

Cuando sobrevinieron los inevitables ataques de hidrofobia, la infeliz mujer se desesperaba reconociendo que, por su ignorancia y terquedad, había hecho vano el sacrificio de su hijo y se había condenado a sí misma a una muerte horrible.

SERMÓN XX
EL CÁNTICO TRIUNFAL
DEL LUCHADOR CRISTIANO
(1º Timoteo 4:6 al 8)

*Predicado con motivo del sepelio del notable
predicador español, pastor de la Iglesia Bautista
de Barcelona, don Ambrosio Celma,
el 8 de enero de 1944.*

Se dice del cisne, que canta cuando siente llegar la muerte. Este fenómeno tuvo lugar en el apóstol Pablo. Pero sus palabras de despedida no suenan a *requiem*, sino a gloria. Es porque el anciano apóstol podía mirar a su pasado con tanta satisfacción como a su futuro, mientras se ocupaba con perfecta calma de su incierto y mísero presente. Observemos lo que dice acerca de:

1. Su pasado

a) *He peleado la buena batalla.* La vida de todo cristiano es una batalla desde el mismo instante de su conversión. Así lo predice Cristo mismo (Mateo 10:34) y lo declara la experiencia del gran apóstol

(Efesios 6:12). Lo es en grado máximo la vida de un ministro del Evangelio. ¡Cuántos conflictos tuvo que afrontar el denodado apóstol! Pero ¿se arrepiente de haber emprendido la noble carrera? Todo lo contrario; se hubiera arrepentido en aquellos solemnes momentos de haber escogido cualquier otro camino. Tras de sí contemplaba una serie ininterrumpida de victorias: Derbe, Corinto, Filipos, Tesalónica, Atenas, eran otros tantos jalones de su marcha triunfal. En cada sitio almas esclavas del pecado y del enemigo habían sido libertadas por el gran conquistador en nombre de su Rey. Algunos estarían esperándole al otro lado del río de la muerte para darle a conocer como el instrumento de su eterna dicha, y agradecer sus esfuerzos en su favor. ¿Hay en nuestro pasado victorias de tal género? ¿Tratamos de ganar almas para Cristo? No será porque nos falte oportunidad. ¿Qué nos falta, pues?

Cristo nos ha llamado a un conflicto feroz con los poderes del mal; pero es una lucha que no deja luto, ruinas ni remordimiento como el que algunos guerreros han sentido a la hora de la muerte, sino todo lo contrario. Por esto la llama «la buena batalla». Algunas causas buenas han tenido que ser defendidas con batallas malas, pero es una gran satisfacción pelear por Cristo, como lo hizo Pablo, sacrificando sólo a uno mismo en favor de otros (2ª Timoteo 2:10).

Como escribió Guillermo Booth en la célebre frase que dio origen a su institución admirable, «la Iglesia es un ejército de salvación». No es necesario

vestir uniforme para ser soldado del mismo. Pablo nunca lo vistió, pero fue quizás el más notable estratega en la lucha de siglos que ha de terminar con la derrota efectiva contra el pecado y mal que existe en el mundo.

¿Qué lugar ocupamos en esta titánica empresa? ¿Somos soldados del bien, activos, decididos, conquistadores? Hay cristianos que confunden su iglesia con un hospital. Eternos enfermos espirituales quieren ser mimados y atendidos, en lugar de hallarse dispuestos a luchar por Cristo y a cuidar de otros. Éstos no podrán entonar un cántico de triunfo al final de sus días.

b) *He terminado la carrera.* Cualquier carrera no terminada es un gran fracaso y pérdida. Mucho más lo es la carrera espiritual. «Si se retirare, no agraderá a mi alma», dice el Señor. (Hebreos 10:38.) Por esto era el anhelo del gran apóstol: «Solamente que acabe mi carrera con gozo» (Hechos 20:24.) Sólo pueden terminar con gozo su carrera los que han vivido en el gozo de la comunión diaria con Dios (Génesis 5: 24). Así la terminó el hermano cuya partida recordamos, trabajando en glorificar a su Maestro hasta el último momento.

¿Cómo la terminaremos nosotros? Si somos fieles, habrá un doble motivo de gozo: por una lado, la satisfacción por los hechos nobles realizados durante la vida y, por otro, la esperanza de un glorioso porvenir. ¿Por qué cantaban los mártires en los circos y en las hogueras?

c) *He guardado la fe.* ¿Cuál? La recibida de Jesucristo (1ª Corintios 11:23). «La fe dada una vez a los santos» (Judas 3). No una fe variable, modelada según la moda o capricho humano. Tal fe debe ser guardada como un tesoro. Así la guardó Pablo, a pesar de un Himeneo y Fileto, proclamadores de doctrinas «más razonables» (?) (2ª Timoteo 2:18), pero no recibidas de la única fuente de Verdad: Cristo Jesús. Así la guardó nuestro amado hermano; nunca se desvió de los fundamentos. Y así debemos guardarla nosotros.

2. Su presente

El final de una vida es siempre miserable y triste, ora tenga lugar en una cárcel, ora en el lecho de muerte de una mansión suntuosa. Lo que hace la mayor diferencia para el que se encuentra en tal estado, no es lo exterior, sino lo interior. Compárese el estado de ánimo del gran apóstol con el de ciertos impíos, tales como Voltaire, Payne y otros que han fallecido en medio de cruel desespero. Notemos que San Pablo habla de:

a) *Ser ofrecido.* ¡Qué privilegio! ¡Ser puesto como víctima sobre el altar para glorificar a Dios!

b) *Mi partida.* Como si se tratara de un viaje de placer. No «mi fin», término de todo.

c). *Trae el capote y los libros.* Procura cuidar el cuerpo y el espíritu hasta en las mismas puertas de la eternidad. Un cuerpo resfriado y enfermo no po-

día ser empleado fácilmente en el servicio de Cristo, escribiendo o hablando a los guardianes. Nuestro cuerpo es el maravilloso instrumento de trabajo que Dios nos ha dado. Cuidémoslo con esmero; usémoslo bien hasta el último momento y dejémoslo sin pesar cuando Dios nos llame.

3. Su futuro

Me está guardada la corona de justicia. ¡Qué hermosa seguridad! ¿De dónde la recibió? No podía ser una ilusión inculcada por maestros religiosos, puesto que él siguió un nuevo camino en religión, precisamente aquel que llamaban «herejía». Sólo por verdadera revelación podía haber obtenido tan segura esperanza aquel antiguo enemigo de la fe cristiana.

Había visto la corona, había recibido la promesa de labios del mismo Cristo. Notad cuán hermosa-mente lo expresa en Filipenses 3:12: «Me esfuerzo para ver si alcanzo aquello para lo cual fui alcanzado por Cristo Jesús».

Hay que distinguir que no se trata aquí de salvación, la entrada en el Cielo, ganada por Cristo y obtenida mediante la fe en Él (Filipenses 3:9), sino de «la corona», el premio, los honores preparados por el Padre para quien servirá al Hijo con fidelidad y lealtad (Juan 12:26).

No puede haber corona sin entrada en palacio. El apóstol tenía ambas cosas. Había vivido de tal modo que estaba seguro de que el juicio de sus

obras, hecho por el «Juez justo», no podía menos que serle muy favorable. ¿Podemos nosotros afirmar lo mismo?

4. Su generosa advertencia

El noble y amante apóstol no se contentaba con ser coronado él. Se solazaba con la esperanza de que muchos más compartirían su privilegio. Desea que sea así. Por esto formula su fiel advertencia: «y no sólo a mí...» Hay corona «para todos los que aman su venida», pues es razonable esperar que quien ama su venida:

a) *Es salvo por Cristo*. No teme su encuentro. Sabe que sus pecados han sido perdonados. (Véase la anécdota *La muerte de Voltaire*.)

b) *Será un cristiano activo* que trabajará para apresurarla, completando el número de los redimidos (2ª Pedro 3:12).

c) *Vivirá de un modo irrepreensible* (Judas 24). Para ser hallado sin ofensa en el día de Cristo (Filipenses 1:10).

d) *No temerá tampoco la muerte*, que es otro modo de unirse al Salvador que espera (Véase la anécdota *La muerte de Moody*.)

¡Cuán dulce es la voz del amor fraternal en estos momentos solemnes de despedida! Con los pies en los umbrales de la eternidad, piensa cariñosamente en todos aquellos a quienes ama, que vienen siguiéndole en la carrera. «No sólo a mí...»

De la misma manera que lo dijo el gran apóstol, nos diría nuestro amado hermano que ya ha entrado en su descanso: Vosotros que aún estáis en la lid, en la carrera, «procurad de hacer firme vuestra vocación y elección...», trabajad y luchad superando las dificultades. Vosotros podéis hacer algo más para brillantar vuestra corona; hacedlo, en tanto que tenéis tiempo. Pronto nos encontraremos para disfrutar juntos del mismo bien que la gracia abundante del Señor otorgará «a todos los que aman su venida». Amén.

ANÉCDOTAS

JUSTINO MÁRTIR, Y EL PROCÓNSUL

Cuando Justino Mártir fue presentado, con otros seis cristianos, ante Rusticus, el procónsul de Roma, éste les preguntó:

—¿Suponéis que si fueseis azotados y vuestras cabezas cortadas, subiríais al cielo para ser recompensados?

A lo que, adelantándose Justino, le contestó:

—No lo supongo, sino que lo sé, y estoy plenamente convencido de ello.

El mismo día, después de ser azotados, fueron conducidos al suplicio donde murieron glorificando a Dios.

LA MUERTE DE VOLTAIRE

Voltaire fue, sin duda, el ateo de más talento que el mundo ha conocido. Escribió 250 publicaciones, la mayor parte de ellas contra el cristianismo. Es lógico pensar que un hombre tan inteligente debería permanecer fiel a sus convicciones a la hora de la muerte. Pero no fue así. Se sabe que dejó una declaración firmada en la que pedía a Dios perdón por sus pecados. Decía que había sido abandonado por Dios y por los hombres. Durante los días que precedieron a su muerte gritaba: «¡Oh Cristo! ¡Oh Jesucristo!» para romper casi inmediatamente en blasfemias. Su médico y la enfermera Marchal de Richelieu salieron del cuarto porque dijeron que no podían ver una muerte tan horrible. Con razón se ha dicho que la hora de la muerte es la hora de la verdad.

LA MUERTE DE MOODY

Mr. Moody murió como había vivido. Solía decir este gran siervo del Señor:

—Algún día leeréis en los periódicos que D. L. Moody ha muerto; no lo creáis. Cuando digan que estoy muerto estaré más vivo que nunca.

En verdad es muy fácil decir esto cuando se goza de buena salud, pero es un hecho que Mr. Moody, en los últimos momentos de su vida, miraba a la muerte cara a cara sin temor alguno.

En su último día en la tierra, por la mañana, muy temprano, su hijo Bill que le velaba, le oyó susurrar algo e inclinándose pudo captar estas palabras:

—La tierra retrocede, el cielo se abre, Dios me está llamando.

Inquieto, Bill llamó a los demás miembros de la familia

—No, no, papá; no estás tan mal —le dijo su hijo.

Él abrió los ojos y al verse rodeado de su familia, dijo:

—He estado ya dentro de las puertas. He visto los rostros de los niños. (Se refería a dos nietos que hacía poco habían muerto.)

Poco después perdió de nuevo el sentido; pero de nuevo, volviendo en sí, abrió los ojos y dijo:

—¿Es esto la muerte? ¡Esto no es malo! No hay tal valle sombrío. Esto es la bienaventuranza; esto es dulce, esto es la gloria.

Con el corazón quebrantado, su hija le dijo:

—¡Papá, no nos dejes!

—¡Oh, Emilia —respondió el moribundo—, yo no rehúso el vivir. Si Dios quiere que viva, viviré; pero si Dios me llama, es preciso que me levante y vaya.

Un poco más tarde, alguien procuró despertarle, pero él respondió en voz baja:

—Dios me está llamando. No me importunéis para que vuelva. Este es el día de mi coronación. Hace tiempo que lo esperaba.

Y así voló su espíritu a la presencia de Dios, para recibir la corona de su gloria.

SERMÓN XXI
LOS DOS PARAÍDOS
(Génesis 2:8-18
Apocalipsis 21:1-22:6)

La Biblia empieza con un paraíso y acaba con otro. Ambos son lugares de felicidad. El primero fue preparado para el hombre natural; el segundo, para el hombre redimido.

Los escépticos se burlan del relato del Edén, ya que dicen que es un mito. Pensémoslo serenamente. Hay un Ser en gran manera inteligente, según se observa en la naturaleza, el cual estuvo durante siglos preparando las condiciones de la tierra para poner en ella toda clase de seres vivos, y por fin el hombre, el único que puede comprender, admirar y agradecer las obras de su Creador. Si el hombre era la obra cumbre de la Creación, si el mundo había sido preparado para él, ¿no es natural que fuera introducido en alguna especie de museo, donde pudiera aprender más pronto y fácilmente lo que le convenía acerca del hogar que iba a habitar? (Génesis 2:9). Un hijo de Dios, por su inteligencia y espíritu, no podía ser tratado como un irracional. Las pinturas rupestres

prueban que el hombre troglodita era mucho más que un bruto. Por otra parte, la historia antigua está llena de tradiciones del Paraíso: la «Edad de Oro» de los poetas clásicos, el «Jardín de las Hespérides», etc. Todas coinciden en que se perdió.

Pero la Biblia termina con otro paraíso recobrado para el hombre, muy superior en todos sus aspectos. Es muy interesante considerar sus contrastes:

1. El primer paraíso era terrenal

Se detalla su emplazamiento en el Asia Occidental. Estaba, por lo tanto, expuesto a las vicisitudes de la tierra, y fue destruido, según parece, por el Diluvio.

El segundo paraíso es celestial. Se detalla también su situación, nada menos que en «el Cielo de Dios»; el lugar más elevado del universo (Apocalipsis 21:2).

De allí desciende hacia la tierra. Posiblemente la eleva, arrancándola de la órbita solar, para llevarla, una vez renovada por el fuego (2ª Pedro 3:12, 13), por el inmenso universo de Dios que es la herencia de los redimidos, como dice el apóstol: «Todo es vuestro». Sin embargo, hay en el Universo un lugar específico que es la patria de los santos, del cual Jesús habla en Juan 14:1-3 y 17:24: «La ciudad de Dios», «la Jerusalén celestial», el verdadero y definitivo Paraíso.

2. Había noche

Esta es necesaria a causa de la fragilidad de nuestros cuerpos, que requieren descanso; pero significa casi media vida perdida.

En el segundo *no hay noche*, porque no hay sol; Dios mismo es su lumbrera (Apocalipsis 22:5). La actividad es sin descanso y sin cansancio. El gozo, las alabanzas y las recepciones de los que traen a este bendito lugar «la gloria y honor de todas las naciones» del universo, es incesante (Apocalipsis 21:26).

3. Entró Satanás

(Génesis 3:1). El gran enemigo de Dios, envidioso de la felicidad de nuestros padres, introdujo en su alma pura la desconfianza y la ambición, los dos grandes males del mundo. ¿Por qué se pelean los hombres? Satanás ha manejado siempre la humanidad tirando a placer de estas dos riendas.

En el segundo, *Satanás es excluido* (Apocalipsis 20:10). Ello significa que no habrá más pensamientos de desconfianza hacia Dios y hacia el prójimo, ni más ambición, pues no habrá pecado. (Véase la anécdota *Los dos ángeles*.)

4. Entró el dolor

(Génesis 3:17). La condición del mundo parece que fue variada después de la caída y a causa de ella (Romanos 8:20-22). «Espinass y cardos» en la tierra,

instintos feroces en los animales, bacterias que producen enfermedades de las que parece se van produciendo nuevas formas. El dolor aumenta a medida que progresa el pecado. No somos más felices que los patriarcas, a pesar de que les aventajamos en tantas cosas.

En el segundo, *el dolor será quitado*. Todos los motivos de dolor moral y físico desaparecerán: A la muerte la enfermedad, la pobreza y el pecado, se les llamará «las primeras cosas», considerándolas únicamente como un triste recuerdo del pasado (Apocalipsis 21:4).

5. Entró la maldición

El único que tiene poder para convertir su palabra en realidad, tuvo que pronunciar sentencia de mal. Nadie más que Él puede hacerlo (Salmo 109:28). Es una osadía para simples humanos el pretender lanzar maldiciones y más en la Era cristiana (Mateo 6:44 y Romanos 12:14). En muchos aspectos permanecen todavía los resultados de la maldición divina en el mundo.

En el segundo *no habrá maldición*, pues no existirá ningún motivo para ella entre seres perfectos. La última maldición habrá sido pronunciada contra los réprobos, y será la final en el Universo.

6. Hubo vergüenza

(Génesis 3:10). El hombre no puede sufrir a Dios ni a su palabra cuando hace el mal. (Cítense los ejemplos de Caín huyendo de la presencia de Jehová y de Joacim quemando el libro de la Ley.) Por esto el cristiano debe evitar el pecado, por ser templo de Dios mediante el Espíritu Santo.

En el segundo paraíso *habrá confianza* (Apocalipsis 22:4). A pesar de vivir en la presencia de Dios no tendrá temor de su omnisciencia, porque nada podrá ser hallado reprochable en sus felices habitantes. Debemos empezar aquí a vivir esta clase de vida.

7. Se cerró la entrada

Dios no quitó inmediatamente el paraíso de la tierra, pero lo cerró (Génesis 3:22-24). Era para los primeros pecadores un testimonio de la felicidad perdida.

El segundo paraíso está *siempre abierto* (Apocalipsis 21:25). Esto maravilló a Juan, acostumbrado a ver ciudades antiguas cuidadosamente amuralladas y cerradas. Pero no hay peligro de que entren enemigos en la ciudad celestial. Sus puertas abiertas son símbolo de la libertad.

8. Tuvo fin

(Génesis 3:24). No sabemos cuánto duró la felicidad del primer paraíso, pero es de suponer que fue muy breve, ya que el primer hijo de Adán nació ya fuera del Edén.

El segundo *no tendrá fin* (Apocalipsis 22:5). Se ha dicho que sólo lo eterno de la felicidad es felicidad. Cuanto más preciosa y grata es una cosa, peor resulta el perderla. Lo mejor del cielo es que será nuestro hogar para siempre.

¿Tenemos lugar en el segundo paraíso? Está allí nuestro tesoro y nuestra esperanza. Cualquier clase de bien fuera de éste es un engaño y ha de venir a ser pronto una desilusión.

El Cielo, que algunos consideran una ilusión mística, es la única realidad verdaderamente objetiva. Cristo afirmó su existencia con su autoridad sin igual (Juan 14:2). Pensándolo racionalmente, no hay imperio sin capital, como no hay cuerpo sin cabeza. El universo no puede estar sin un centro. Cristo nos asegura que tan elevado y bendito lugar será nuestra habitación eterna si nos unimos a Él por la fe. Vino a abrirnos las puertas del Paraíso superior con su muerte expiatoria; es el segundo Adán (Romanos 5:18, 19). Su mayor satisfacción en la misma cruz fue ofrecer al ladrón moribundo inmediata entrada al nuevo Edén. ¿Está el Cielo abierto para ti?

ANÉCDOTAS

LOS DOS ÁNGELES

Queriendo demostrar un predicador la condición moral de los seres celestiales, dijo que si Dios destinara a dos ángeles para ir, el uno a gobernar una ciudad y el otro para barrer sus calles, los dos se sentirían satisfechos de cumplir la voluntad de Dios. ¿Pero qué ocurriría si el mandato fuese dado a dos hombres de igual condición? Se levantaría inmediatamente en el corazón del menos favorecido una tempestad de envidia y de rencor. He aquí el pecado.

SERMÓN XXII
EXISTENCIA DEL ALMA
(Salmo 8;
Mateo 10:28 y 16:26)

Introducción

(Véase anécdota *Nietzsche y el guarda del parque*.)
Ciertamente las preguntas: ¿Qué soy en el mundo? ¿Qué papel ocupamos los seres humanos en el inmenso Universo? ¿Por qué existimos? ¿En virtud de qué podemos darnos cuenta de nuestra existencia?, son preguntas que no puede menos que hacerse todo hombre pensador.

David no sabía nada de lo que la ciencia nos ha revelado acerca de la grandeza del Universo; sin embargo, comparando la pequeñez del hombre con las cosas que él conocía y veía, y en un arrebato de inspiración, exclama: «¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que lo visites?» Ciertamente, considerado como materia, el hombre más apuesto y robusto es bien poca cosa en un mundo de cuarenta millones de metros de circunferencia y de billones de quintales de peso.

Pero David ve en él mucho más que un compuesto de materia: un ángel en estuche carnal (v. 5) y Jesús, que conocía las cosas mejor que David, lo pone en más alta estima (Mateo 16:26). ¿Por qué? El hombre es un ser espiritual que siente, medita, sabe, ama, vive ahora y vivirá por la eternidad, y Dios, que es también espíritu pero infinito, se preocupa del hombre más que de cualquier otro ser material. No mira su pequeñez, sino sus facultades.

Suponed un padre rico que ve incendiado su palacio, en el cual se halla un hijito de pocos años. No apreciará la muerte de su hijo como la pérdida de 30 o 35 kilos de materia que se carboniza. Su hijo ha venido de él, lleva su imagen, algo de su carácter, y facultades capaces de desarrollarse; todo lo cual, no poseen su palacio, ni sus muebles, ni sus máquinas. Por esto se lanzará a las llamas clamando: «Salvad a mi hijo».

1. El hombre lleva la imagen de Dios

Todos los hombres llevamos la imagen del Dios invisible. Poseemos facultades que sólo Dios puede tener y que no se hallan en otros seres. Estudiando la naturaleza descubrimos las huellas de un Ser Inteligente dotado de voluntad, de iniciativa, de sabiduría y poder inmensos, el cual ha organizado con designio y previsión admirables el Universo que nos rodea. Estas cualidades innegables que reconocemos en el Creador, las encontramos en nosotros mismos.

No se podría decir de un animal que es «imagen de Dios». Éste tiene cuerpo y cerebro maravillosos, pero sus facultades no corresponden a las que debe haber en la Divinidad.

Se ha observado que los animales lo hacen todo atraídos por sensaciones físicas: hambre, sed, deseo sexual, etcétera, o bien por un impulso interior que viene de Dios como ley general y se llama instinto. No hay en ellos iniciativa intelectual, ni tampoco progreso. El pájaro nunca ha sabido inventar una cubierta para preservar su nido de la lluvia. El conejo nunca ha ideado formar habitaciones en su madriguera. La abeja construye un panal que deja admirado al más sabio geómetra, pero es obra de la especie —es decir, de Dios, por la ley del instinto—, no suya propia.

Por maravilloso que sea el instinto, no revela personalidad. Golondrinas con cabezas más grandes o más pequeñas, con más o menos materia gris, construyen sus niños igual. Pero un hombre no hace lo que otro hombre. Las pinturas de Velázquez o la música de Bach no los pueden idear otros hombres. El espíritu humano no sólo tiene facilidades para aprender, sino que puede crear. El más sencillo obrero es un creador de modelos en su mente, a los que da muy pronto forma si tiene materiales a su disposición. ¿A quién se parece este pequeño creador de la tierra, sino a su Padre, el Creador supremo de los cielos?

2. El hombre posee virtudes morales

Hemos descubierto que Dios es bueno al examinar las obras de la Naturaleza. Lo que parecen males no son sino accidentes inevitables, algunos encaminados a mayor bien. En infinidad de detalles el Creador ha procurado poner elementos de felicidad para todas sus criaturas que revelan su carácter bondadoso. La Biblia nos habla del amor de Dios en otro terreno más elevado, el de la Redención (Juan 3:16). En ello concuerdan perfectamente el libro de la Revelación y el de la Naturaleza.

El hombre creado a imagen de Dios conserva, aunque medio borrados por el pecado, estos distintivos de su origen. Posee sentimientos de compasión, de bondad, de ternura –no sólo hacia su prole, como los animales por instinto, sino hacia todos los otros seres. ¿Por qué? Porque Dios es amor.

Por la misma razón poseemos conciencia moral. ¿Quién es, en efecto, este yo que se levanta contra el otro yo para juzgarle y condenarle en nuestro fuero interno, aun cuando el motivo de la reprensión sea algo sumamente favorable a nosotros mismos? ¿Es un nervio que reprende a otros nervios de nuestro cuerpo? ¿Es un músculo que reacciona contra otros músculos? ¿Es, en una palabra, la materia condenando a la materia?

El animal se encuentra perfectamente satisfecho con saciar sus instintos, pero el hombre se siente atormentado por su conciencia si aquella satisfac-

ción es en perjuicio de un prójimo. ¿Por qué? Porque Dios es justicia, y llevamos algo dentro de nosotros de ese atributo divino. Aun los hombres más relajados, más degenerados y crueles, tienen a veces algún rasgo de nobleza. Estos vestigios que nos quedan de la «imagen de Dios» prueban nuestro origen superior, y, como consecuencia lógica, un destino superior que el que nos presentan los filósofos de la «Nada».

3. El alma no es el cerebro

Nuestro yo no es ese pobre cuerpo que nos sirve de habitación. Muchos confunden el ser con el instrumento, pero el instrumento material no puede ser causa eficiente del pensamiento. ¿Cómo una vibración del tímpano puede convertirse en sentimiento de odio o de amor, de placer o de tristeza? ¿Quién se alegra o entristece? ¿Las neuronas, o sea, las células cerebrales? No, éstas son meros agentes transmisivos; pues, como dicen los psicólogos, no podemos imaginar el cerebro como un productor y receptor de imágenes que nadie recibe, que nadie recoge e interpreta. «Yo estoy triste con la noticia» no puede traducirse «una serie de imágenes dentro de mi cerebro se han puesto tristes». Sin el «yo», las más admirables operaciones de la perfectísima computadora del cerebro nada son, ni nada significan.

El cerebro es, ciertamente, la oficina del alma; y es maravillosa en su configuración y organización.

Allí el alma archiva sus recuerdos. Pero debe haber algo más que un archivo. Por ejemplo, cuando olvidamos una cosa y la tenemos, como vulgarmente se dice, «en la punta de la lengua», alguien recuerda que otros detalles están ahí, y no dispone de ellos. Quizás el nombre de una ciudad, o de una persona.

¿Quién es el que posee el recuerdo del hecho, o de la cosa, pero carece del detalle perdido y lo manda buscar dentro de su archivo físico de neuronas? ¿Quién es el que «sabe» que lo «debe saber»? Es sin duda el «yo» extrafísico que llamamos «alma».

Tenemos muchos motivos para creer que el cuerpo es tan sólo el instrumento del alma, y sin duda alguna es el más adecuado para ella. Un cuerpo de ave o de pez, dotados de espíritu, habrían tenido grandes dificultades para poner en práctica sus pensamientos. Otros seres, muy semejantes a nosotros en cuerpo físico, pero no en inteligencia (los monos), parecen haber sido puestos para probarnos que la inmensa diferencia no consiste en formas o estructuras corporales, sino en algo extrafísico superior a la materia

4. El alma es inmortal

a) *Nos lo dice la lógica.* No es material; y si la materia no se pierde, sino que se transforma, algo debe ocurrir con el alma. Si es hecha a imagen de Dios, y Dios es eterno, propio es que ella lo sea también.

b) *Nos lo demuestra la gradación en la Naturaleza.* Observamos en ella tres reinos: el mineral, vegetal y animal, en cuya cumbre se encuentra el hombre. Pero si la muerte nos destruyese por entero sería el retorno brusco de lo superior a lo inferior, del espíritu inteligente al polvo de la tierra. ¿Qué objeto tendría en tal caso la Creación entera? Pero si el mundo y el universo son habitaciones para educar seres morales y eternos, se explica la solicitud del Creador en beneficio de sus hijos.

c) *Nos lo dice nuestra conciencia.* ¿De dónde le vino al hombre la idea de inmortalidad si Dios no la reveló? Sería una burla demasiado cruel darnos el deseo y no satisfacerlo. El hecho de que el hombre haya pensado si tiene alma inmortal, es la mejor prueba de que la tiene, ya que a ningún animal se le ha ocurrido semejante duda.

d) *Nos lo dice Cristo.* El gran revelador de Dios a la humanidad afirma: «No temáis a los que matan el cuerpo» (Mateo 10:26). «Dios no es Dios de muertos... porque todos viven a él» (Lucas 20:38).

La inmortalidad es la clave por la que el N.T. resuelve todos los enigmas morales. La solución de todas las injusticias que padecemos, y la más gloriosa de las esperanzas. ¿Qué importa ya en tal caso la enfermedad y la vejez? (2 Corintios 5:1). ¿Qué importa la misma muerte? Filipenses 1:21).

5. El alma puede perderse

Ningún espíritu manchado por el pecado puede entrar en la Vida donde reina la armonía de la perfección de los hijos de Dios. Este es el gran peligro acerca del cual Cristo nos vino a advertir (Juan 3:15 y Lucas 13:28).

Es la pérdida más terrible por ser irreparable. Todas las pérdidas humanas, de intereses o de salud pueden remediarse. Pero no poseemos más que un alma: si la perdemos, cuando Dios la pone a prueba, queda perdida para siempre. (Véase la anécdota *Pérdida irreparable*.)

No estamos capacitados para definir en detalle lo que significa la perdición, pero debe ser algo bastante terrible, cuando decidió el Verbo de Dios a encarnarse y sufrir tanto con objeto de librarnos de semejante tragedia. Para evitarla es indispensable, empero, no sólo su sacrificio, sino nuestra aceptación del mismo. De ahí tantas exhortaciones del Hijo de Dios al arrepentimiento y a la fe (Marcos 1:15 y Juan 5:40).

6. El alma puede salvarse

En otra frase más moderna, menos teológico-escolástica, «puede cumplir su destino». Según Hebreos 2:10, el Creador tuvo un gran propósito desde el principio de la raza: «llevar a la gloria a muchos hijos» (ver anécdota *Dos modos de imaginar-*

nos a Dios). Podemos malograr el propósito de Dios y perdernos, o ajustarnos a él y salvarnos. ¿Cómo? Aceptando el medio de salvación por Él dispuesto. Dios envió a Cristo a morir por nuestros pecados para poder perdonarnos con justicia, y al propio tiempo mover nuestro corazón retrotrayéndonos a una obediencia voluntaria y gozosa, la obediencia por amor, por gratitud por el afecto que su sacrificio ha levantado en nuestros corazones. ¿Lo haremos? ¿Corresponderemos al sublime propósito que Dios ha tenido de salvar nuestras almas?

7. ¿Que significa la salvación del alma?

El alma humana, por ser espiritual y por ende inmortal, tiene posibilidades insospechadas, inimaginables desde este encierro de carne mortal en que nos hallamos. Puede observarse la grandeza de tal propósito en Juan 17:24; Juan 14:1-3 y Efesios 1:11-12. (Breve glosario de tales textos según el tiempo y las circunstancias.)

Aún estamos a tiempo de salvar nuestra alma inmortal. Hagamos caso de las palabras de Cristo. Tomemos en serio el asunto. Démosle el valor que tiene. Lo peor de la condenación será esto: «Podía ser feliz y no lo fui, podía salvarme y me condené». Quiera Dios que ninguno de los presentes tenga que decirlo.

ANÉCDOTAS

NIETZSCHE Y EL GUARDA DEL PARQUE

Se cuenta del gran filósofo ateo Nietzsche –quien después de haber escrito enjundiosos libros terminó su vida en un manicomio– que cierto día, hallándose sentado en un parque de Berlín, le pasó desapercibida la hora del cierre. Un guarda, tomándole por un viajero vagabundo que intentaba pasar la noche en el parque, se le acercó y le dijo:

–¿No ha oído usted la sirena de cierre? Dígame: ¿Quién es usted? ¿De dónde viene? ¿A dónde va?

A lo que Nietzsche replicó:

–Esto es precisamente lo que me he estado preguntando desde hace 40 años, y aún no he llegado a saberlo. ¿Podría decírmelo usted?

PÉRDIDA IRREPARABLE

Un hombre, deseoso de adquirir fortuna, vendió todo lo que tenía para trasladarse a California. Allí trabajó durante 16 años sin conocer descanso buscando el codiciado polvo de oro, logrando con el tiempo reunir una gran fortuna, la cual (en aquel tiempo cuando no existían las actuales facilidades bancarias) convirtió en un valioso diamante que se proponía vender en Europa por una cantidad que le haría rico durante el resto de sus vidas. Pero un día en que estaba mostrando la preciosa joya a unos amigos de viaje, un movimiento del buque le hizo perder el equilibrio, con tan mala suerte que el

diamante resbaló de sus manos yendo a parar al mar.
¡Qué terrible momento!

Pero es peor la pérdida del alma.

DOS MODOS DE IMAGINARNOS A DIOS

Alguien ha dicho que considerando las maravillosísimas disposiciones de la Naturaleza y el fracaso que representa la muerte para la vida, sobre todo en lo que al ser humano se refiere, o bien debemos imaginarnos a Dios como un niño que hace burbujas de jabón por el gusto de ver cómo se deshacen, o tenemos que considerar a Dios como a un padre que está educando a una familia para la Eternidad.

¿Cuál de los dos conceptos es más digno del Creador, y sobre todo, de un Creador sapientísimo como el que nos revelan las obras de la Naturaleza?

SERMÓN XXIII

LA INVITACIÓN SIN IGUAL

(Mateo 11:28-30)

Cierto día que Jesús se hallaba enseñando al pueblo, vinieron unos alguaciles enviados por los sacerdotes para prenderlo. Deseando justificar su acción, estuvieron esperando oírle pronunciar alguna palabra comprometedora; pero en vez de echarle mano, volvieron a sus jefes con la respuesta: «Nunca habló hombre así como este hombre» (Juan 7:46).

Ciertamente tenían razón aquellos ministriles. ¿Qué hombre se ha atrevido jamás a pronunciar palabras como las de nuestro texto? (v. 28). Sin embargo, ¿era necesario que fueran pronunciadas? ¿Responden a una necesidad del género humano?

Se ha dicho que el hombre es un eterno buscador de felicidad, la cual se va alejando de él a medida que crece su capacidad para gozar. El niño de pocas semanas se siente feliz con muy poca cosa, pero sus dificultades crecen en la misma medida que sus facultades se desarrollan. Al entrar en la pubertad, se amplía su capacidad de gozar; una sonrisa del ser amado le hace feliz; pero, ¡cuántos desengaños también! Llega al matrimonio con la esperanza de que

la posesión absoluta de lo que ama le hará feliz, y ni en los mejores casos es así. Y muere el hombre con la esperanza de ser más feliz un poco más adelante, pues cuando parece haber casi alcanzado su ideal, un quebranto de salud o fortuna o la pérdida de un ser amado derrumba su castillo de felicidad. De ahí la necesidad que la Humanidad ha tenido y tendrá siempre de consuelo. Tanto es así que en Grecia y Roma existían consoladores de oficio, los cuales acudían a prestar sus servicios a los hogares afligidos, leyendo pasajes de los clásicos y presentando luego su factura, como nuestros médicos o abogados.

Pero el gran Consolador se ofrece en este texto a realizar gratuitamente lo que nadie ha podido llevar a cabo de un modo eficaz.

Se ha dicho que hay tres grandes motivos de infelicidad para los hombres:

- Los dolores físicos.
- Las penas morales.
- El temor de la muerte.

Que el dolor físico turba la felicidad no es difícil probarlo.

Que hay dolores iguales o peores que los físicos en los dominios del alma es cosa bien evidente: el remordimiento, la ansiedad, la vergüenza, el temor, nos hieren más profundamente que los dolores del cuerpo. Tanto es así que el alma puede sobreponerse a los dolores físicos, como ha ocurrido con los grandes santos y mártires, pero no hay remedio para los dolores del alma. Hoy podemos más fácilmente que

nunca librarnos del dolor físico; pero no hay narcótico para el remordimiento, para el pesar; no hay remedio para la muerte. Sin embargo, aparece el humilde carpintero de Nazaret y exclama: El remedio del mal, del dolor, del quebranto de corazón, del temor y de la incertidumbre del más allá, soy yo. «Venid a Mí los trabajados y cargados, y os haré descansar.»

Notad que no ofrece un consejo, sino su persona. Esto no puede decirlo un simple mortal. Porque nadie puede atender a todos sus semejantes, ni siquiera en el alivio de dolores físicos, y mayormente porque nadie es capaz de quitar ciertos dolores del alma. Nunca la Humanidad había oído pretensión semejante. Estas palabras serían la más insigne locura si no fueran pronunciadas por quien las dijo. Pero ¿no es Cristo el más sabio, el más prudente, el más perfecto de los hombres?

1. Cristo, Consolador de los dolores físicos

Este hombre singular empezó por aliviar los dolores corporales. No hubo enfermo o dolorido que no hallara en Él consuelo. Sus milagros son públicos e innegables. Sus propios enemigos los atribuyen a cualquier cosa: magia, pacto con el demonio, etc., pero no los niegan. (Véase la anécdota *La afirmación del Talmud*.) Con ello demostró su poder para aliviar los males espirituales (Lucas 5:24). Aun fuera de los Evangelios existen indicios históricos de la realidad

de su poder sobrenatural. (Véase la anécdota *La declaración de Cuadrato*.)

Aun sin ir a los días de su ministerio, la oración de fe en su nombre ha obrado muchas veces milagros de sanidad, aunque éstos no puedan ser regla absoluta porque tal clase de intervención divina, llevada a cabo de modo constante, si bien aumentaría grandemente el volumen de la fe, no la haría de la calidad que Dios desea (Juan 20:29) y quitaría la ocasión de manifestarse las virtudes heroicas: la paciencia, la confianza y el amor a toda prueba. Mas si no quita el dolor en todos los casos, quita *el aguijón del dolor* al descubriarnos el gran secreto que presiente nuestra conciencia, que Dios es amor y no consiente el mal de su grado, sino para que de ello resulte algún bien en favor nuestro para la eternidad. Esto quita la parte moral del dolor, lo dulcifica, lo hace amable.

2. Cristo, Consolador de los males morales

De ellos es Cristo el Médico por excelencia, ya que casi todos tienen su origen y causa en el pecado. Temor, remordimiento, ansiedad y los males originados por el odio y la envidia, todos tienen su causa en la transgresión de la voluntad divina. Quien vino a quitar el pecado vino a destruir todas sus consecuencias. La doctrina de la Redención es el remedio supremo para la conciencia. No hay motivos para afligirse por el pecado; no porque sea cosa

ligera, sino porque aunque es horrible ante Dios, ha sido expiado en la cruz del Calvario, donde el Consolador de los hombres sufrió el castigo para que nosotros pudiéramos tener el perdón y la paz. Esta doctrina da descanso incluso al alma más sumergida en el pecado, dejándola ligera y apta para toda buena obra. (Véase la anécdota *La conversión del bandido ruso*.)

3. Cristo, Consolador de la muerte

En este aspecto sí que es único Jesucristo. Nadie ha hablado de la muerte y del más allá en la forma que Él habló. Los diálogos de Platón sobre la inmortalidad del alma son un modelo de lógica y buen sentido, pero no hay en ellos el lenguaje firme y autoritario que sólo pudo usar el que vino del mundo de la inmortalidad. Ningún profeta, sabio ni filósofo se ha atrevido jamás a decir: «Yo soy la resurrección y la vida», «¿No queréis venir a Mí para que tengáis vida?», «En la casa de mi Padre muchas moradas hay». La esperanza de ultratumba que Cristo ofrece no es una penosa ascensión a través de innumerables reencarnaciones; una visión de avances y retrocesos casi sin fin, sino una mano poderosa que se extiende para librarnos de nuestra miseria moral y elevarnos a las más altas dignidades en los cielos. Esta esperanza hacía exclamar a Pablo: «Quisiera ser desatado y estar con Cristo» y era también la que ponía flores y mirto sobre las frentes de las doncellas

cristianas que iban a ser devoradas en los circos de Roma, cual si se tratara del día de su boda. Ella ha quitado el temor de la muerte a todo aquel que la posee. (Véase la anécdota *Poesía conmovedora*.)

4. Las condiciones para el consuelo divino

Notemos que para obtener tal descanso y privilegio es indispensable cumplir dos condiciones:

- Sentirse cargado y fatigado.
- Acudir directamente al Dador de descanso.

Quizás objetes no sentirte en las condiciones que reclama el Salvador; pero aunque no estés desesperado, mira, lector, al fondo de tu conciencia. «¿Eres feliz? ¿Tienes cumplidos todos tus deseos? ¿No sientes el más leve remordimiento ni temor? ¿Será eterno el bien que hoy disfrutas? Si no puedes responder de un modo afirmativo a todas estas preguntas, necesitas a Cristo. Realmente no hay hombre o mujer del todo feliz sin Él. Muchos que parecen felices no hacen sino tratar de olvidar que son desdichados. (Véase la anécdota *El preso y la concertina*.)

5. Las condiciones para la felicidad completa

Hay una reiteración extraña entre los versículos 28 y 29, pero ello es quizá la mejor prueba de la sabi-

duría divina de quien pronunció tan extraordinarias palabras.

El versículo 28 nos muestra el factor divino de nuestra felicidad, lo que Cristo hace por nosotros cuando acudimos a Él, y el 29 la parte nuestra. Nos dice que podemos ser más o menos felices, hallar más o menos descanso moral según cumplamos las enseñanzas del Salvador. Para ser enteramente felices cabe llenar dos condiciones:

1. Llevad mi yugo sobre vosotros

Hay quienes creen ser más felices aceptando la salvación sin el yugo; creer sin unirse visiblemente a Cristo y a su Iglesia. Mas es un gran error. Confesar a Cristo aumenta el gozo espiritual. Es un pobre y triste cristianismo el de aquellos que tratan de llevar escondida su fe.

Es casi una vergüenza que Cristo mismo tenga que defender su causa afirmando que su yugo es fácil. ¡Bien lo sabemos, querido Salvador! ¡Cuán poco exiges de los tuyos en esta época de gracia! Mas ¡cuánto te mereces! Bien debiéramos decirle: Aunque fuera mil veces más pesado tu yugo, lo llevaríamos gustosos, Señor, por amor de ti.

2.^a Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón.

Otros hay que aceptan fácilmente el yugo; algunos quizás irreflexivamente, pero se hallan poco dispuestos a aprender e imitar las virtudes del Sal-

vador. Pero la felicidad absoluta no es posible sin asemejar del todo nuestra vida a la de nuestro Maestro y Ejemplo. Podríamos ser muy felices en esperanza y muy poco en la realidad presente si vivimos alejados de las virtudes cristianas. Cristo quiere hacernos dichosos aquí y allá. ¡Cuánto más lo seríamos si supiéramos recibir las contrariedades y las ofensas con la mansedumbre y humildad del Salvador!

Así debe ser, de un modo real, no aparente; por esto añade «*humildes de corazón*». Bien sabía el Señor que mucha de la humildad de los que profesarían ser sus discípulos sería hipocresía. Tan sólo la humildad de corazón hace enteramente feliz al que la posee.

¿Quién no quiere ser feliz en la vida? No busquéis la dicha donde no está. Id a Cristo; recibidle por Salvador; confesad su Nombre aunque sea afrontando el oprobio; imitadle en sus virtudes morales, y vuestra dicha comenzará ahora para no terminar jamás.

ANÉCDOTAS

LA AFIRMACIÓN DEL TALMUD

El Talmud, escrito por los judíos enemigos de Cristo en los primeros siglos de nuestra Era, declara que Jesús de Nazaret obró milagros, curó cojos y mancos, dio vista

a ciegos y aun resucitó muertos, pero que fue por artes mágicas que había aprendido en Egipto. Para nosotros, hombres del siglo XX, que sabemos no existen artes mágicas capaces de efectuar tales maravillas, la confesión de sus enemigos es una de las pruebas que tenemos de que Jesucristo era realmente el Hijo de Dios.

LA DECLARACIÓN DE CUADRATO

Cuadrato, que escribió en la primera mitad del siglo II, nos ha dejado este testimonio: «Las obras de nuestro Salvador fueron siempre visibles, porque fueron reales; de esta clase son tanto los que sanó como los que resucitó, los cuales fueron vistos no sólo cuando fueron sanados y resucitados, sino después de su partida y por bastante tiempo después de ella, tanto que algunos de los que los conocieron han llegado hasta nuestro tiempo». (Eusebio, *Historia Eclesiástica*, Libro 4, cap. III.)

LA CONVERSIÓN DEL BANDIDO RUSO

Pablo Tichomiroff emigró con su familia a Siberia, donde sus padres murieron del cólera. Después de algunas experiencias penosas, se juntó a una cuadrilla de ladrones que le enseñaron a robar y matar. Un día asesinaron a dos hombres, robándoles entre otras cosas un Nuevo Testamento y un libro titulado *La voz de la fe*. Tichomiroff leyó aquella misma noche Romanos 3 y fue profundamente conmovido, viendo su retrato en aquellas palabras. En la primera página del N.T. halló este escrito: «15 de mayo de 1898, día de mi conversión al

Señor, de mi arrepentimiento y nuevo nacimiento. En este día Él perdonó mis pecados y me lavó con su sangre». Casi no durmió en toda la noche.

Al día siguiente, los bandidos discutieron sobre los libros, resolviendo por fin que fueran leídos en voz alta. Uno de los bandidos, llamado Solowjew, recordó palabras que había oído leer a su madre. Después de un mes de lectura, este compañero y Pablo resolvieron cesar en sus prácticas criminales, y cuando hablaron a sus compañeros de su propósito, otros cinco acordaron dejar su vida de pecado y entregarse a las autoridades.

El gobernador quedó atónito y empezó a leer con su esposa el libro que obró tan maravillosa transformación, resultando la conversión del gobernador.

Tichomiroff predicaba a los presos y el capellán de la Iglesia Griega pidió que fuese apartado de éstos. Entonces se dedicó a anunciar el Evangelio a sus guardianes. Un año después, los siete ladrones fueron condenados a diez años de trabajos forzados. El juicio fue una magnífica exposición del Evangelio, pues en sus declaraciones no cesaban de glorificar a Jesucristo. Fueron enviados a cárceles diversas y antes de separarse se comprometieron solemnemente a ser honestos delante de Dios, y testigos de Cristo dondequiera que fuesen enviados.

Tichomiroff y Solowjew fueron enviados más allá del lago Baikal. Después de dos años de estar allí fue observado que muchos presos turbulentos habían cambiado de conducta. Algunos años después fueron indultados con motivo de una fiesta nacional. Cuando se despidieron de ellos en el campo de concentración, todos lloraban. Volvieron a Rusia a pie, visitando muchos grupos de cre-

yentes por los pueblos donde pasaban. En una población donde predicaron, hubo un despertar espiritual y muchos se convirtieron. De vuelta a Sosnowka, su pueblo natal, el trabajo evangelístico de Pablo despertó la oposición de los sacerdotes rusos, por lo que fue apresado nuevamente, pero esta vez por causa de Cristo. Finalmente fue desterrado a Siberia, donde continuó su obra evangélica.

En la primera página del Nuevo Testamento robado, que fue la causa de su conversión, Pablo escribió:

«Perdóname por amor de Cristo, amado hermano. Yo te maté cuando yo mismo estaba muerto en mis pecados. El Señor me ha perdonado y me ha levantado a novedad de vida. Tu muerte prematura me llevó, no solamente a mí, sino a otros muchos pecadores y asesinos, a la vida eterna. Por esto doy gracias a Dios, Señor mío y tuyo. Amén».

Eran las palabras de arrepentimiento de un Pablo ruso a un desconocido Esteban ruso.

POESÍA CONMOVEDORA

La siguiente poesía fue hallada en el chaleco de un soldado norteamericano muerto en una de las batallas de la invasión de Francia:

Escucha, oh Dios, jamás yo pensé en Ti,
mas quiero saludarte, mi Señor.
Decíanme que Tú no existías;
necio de mí, así lo creí yo.

Jamás me fijé en tus grandes obras

y anoche, desde el cráter de un obús,
vi tu universo, hermoso, estrellado,
y comprendí haber sido engañado.

No sé, mi Dios, si me recibirás
si vengo a Ti, mas bien comprenderás,
Señor, qué extraño encuentro haber hallado
en este infierno tu luz tan admirable.

No he de decirte mucho, Padre mío;
sólo que me da gozo haberte conocido.
Al toque de alba, ¡Señor! habrá ofensiva,
mas ya no temo porque estás conmigo.

La señal, Dios mío, he de partir.
¡Cuánto lo siento, oh Dios! Y es la razón:
¡Era tan dulce hablar aquí contigo!
Mas me detengo, y quedo así te digo:

La lucha será hoy cruel, sangrienta;
quizás hoy mismo llamaré a tu puerta.
Aunque nunca fui, Señor, tu amigo,
¿no me permitirás venir conmigo?
Si he de acudir hoy mismo a tu puerta,
¿no la tendrás, Señor, para mí abierta?

Estoy aquí llorando. ¿No lo ves?
Llorando estoy, Dios mío, arrepentido.
Lloro de gozo al hablar contigo;
del gozo de sentirme ya tu amigo.

He de partir, ¡mi Dios! He de partir,
ni un solo instante me concede el deber.
Adiós, Señor, adiós o hasta bien presto.

¡Qué extraño que no temo ya la muerte!

¡TRAEDME UNA CONCERTINA!

Un joven condenado a muerte, al serle ofrecido pedir lo que quisiera en la última noche, como es costumbre, dijo: «Traedme una concertina». Y con ella estuvo tratando de distraer su pena hasta el mismo momento de llevarle al cadalso.

¿Le hacía más feliz la concertina al desventurado? Verdadera felicidad la habría obtenido con el indulto. Cristo quiere hacerte realmente feliz dándote el indulto de Dios. ¿No quieres recibirlo?

SERMÓN XXIV

CAMBIO DE FILAS

(1ª Crónicas 12:16-18)

La historia del traspaso a David de los primeros voluntarios de Saúl viene a ser una hermosa ilustración de las almas que desertan de las filas del Diablo para enrolarse en las de Cristo. Consideremos:

1. El ejército de Saúl

Tenía mucha semejanza con el del Enemigo de las almas.

a) *Era grande*. Cientos de miles de israelitas seguían a Saúl (1º Samuel 15:4), el único rey visible. A David, lejos y escondido, nadie le veía. Del mismo modo, las filas del Diablo son bien nutridas (Mateo 7:13). Las multitudes obedecen a su rey sin darse cuenta. ¿Por qué es tan numeroso este bando?

b) *Es un bando profano*, es decir, independiente de Dios y de sus leyes. El de Saúl lo demostró varias veces. Oficialmente era el ejército de Jehová, pero ni le buscaban ni le escuchaban. En la batalla contra Amalec se quedaron con el ganado y todo lo que les pareció. Era muy cómodo servir a un jefe que les

dejaba hacer lo que les daba la gana. ¿Y no es éste el género de vida de las gentes del mundo? Viven a su antojo sin consultar para nada la voluntad de Dios.

c) *Rebelde a Dios*. No sólo indiferentes, sino opuestos a sus mandamientos, a pesar de su formalismo religioso. Muchos sacrificios, pero mucha desobediencia (1º Samuel 15:22). Tal es la posición de los que hoy militan en las filas del Diablo. Aun cuando muchos se cubran con la máscara de la religiosidad, en el interior son rebeldes a Dios.

d) *Condenado a destrucción* (1º Samuel 28:18, 19). Su rebelión no podía quedar impune; Dios dictó sentencia contra Saúl y todos los suyos. Se cumplió en la batalla de Gilboa. Recuérdese la trágica muerte de Saúl (31:4). Pero aún es más trágico el destino que aguarda al Diablo y a las almas que le sirven (Apocalipsis 20:10, 15).

2. El ejército de David

Figura de los fieles de Cristo. Era:

a) *Pequeño*. Formado al principio sólo de sus criados; creció paulatinamente, pero siempre fueron pocos comparado con el de Saúl. ¿Y no ha sido así con los seguidores de Cristo? Pocos eran en los días de su ministerio y –aunque el número ha crecido– siempre ha sido y es minoría. Es muy estrecha la puerta para que entren las mayorías mundanas.

b) *Perseguido*. Huyendo de cueva en cueva, sufriendo desprecios y miserias por todas partes. Así

con los santos de Cristo. Testigos de ello son las catacumbas de Roma, los Alpes de Italia, los Cévennes de Francia y las montañas de Escocia. Aun hoy, en muchas partes, los fieles del Señor tienen que sufrir directa o indirectamente.

c) *Compuesto de necesitados y afligidos* (1º Samuel 22:2). Éstos buscaron mejora y consuelo en el servicio del virtuoso rey. Así con la mayoría del ejército de Cristo (1ª Corintos 1:26-28).

d) *Invencible*. Muchas veces se halló en apuros, pero siempre triunfó. Del mismo modo y aún más maravillosamente ha preservado el Señor a su Iglesia (Mateo 16:18). Ni Nerones, ni Dioclecianos ni las persecuciones de la Edad Media han podido destruir el testimonio del puro Evangelio de Cristo. Dios es el aliado y guardador de su Pueblo y aunque le permita a veces sufrir para mayor gloria, jamás lo deja perecer.

e) *Destinado a reinar*. Para esto había sido ungido David. Era promesa de Dios y debía cumplirse. Sabemos que así fue, con un reinado grande y espléndido. También Cristo será un día rey de este mundo y los suyos reinarán con Él (Lucas 12:32). ¡Cuánto más glorioso no será su reinado que el de David! Éste por un tiempo; el de Cristo por la eternidad.

¿Qué era mejor, permanecer con Saúl o estar con David? Considerando el fin que ha de venir, ¿qué es preferible, estar con el mundo o con Cristo? ¿En qué bando estamos? Todos por naturaleza nos hallamos en el primero.

Si queremos ser de Cristo es necesario:

3. El cambio de filas

No sería cosa fácil para esos guerreros. ¡Cuántas dudas antes de decidirse! ¿Será verdad que David reinará ¿Abandonaremos nuestra posición, bienestar y reputación para andar errantes por su causa? ¿Valdrá la pena?

¡Cuántas almas se encuentran en este caso! Desean acudir a Cristo! pero se preguntan: «¿Tendré que dejar mis amistades y mis diversiones? ¿Arriesgaré mi empleo? Y en todo caso, ¿será cierto lo del más allá?». Hasta cierto punto es natural la indecisión, pero, si se prolonga mucho, puede ser desastrosa. ¿Cuál habría sido el fin de aquellos si hubiesen ido deliberando hasta el día de Gilboa? Afortunadamente, se decidieron a tiempo. ¡Ojalá que así sea con toda alma! Notamos en ellos:

a) *Una convicción de fe* (v. 18): «Tu Dios te ayuda». Había una razón lógica para su fe. También la hay para nosotros. Tenemos muchos ejemplos de la fidelidad de Dios para los que ponen una entera y razonada confianza en Él. (Véase la anécdota *La vida de fe*.) Esto les hizo mirar al futuro: por fe vieron a David coronado y su propio ensalzamiento estando a su lado. Cada alma debe mirar al futuro eterno que viene tras esta vida. Lo que ahora tenemos por fe, será entonces realidad. Perdición para los que no son de Cristo, gloria para los que

aquí se unieron a Él. (Véase la anécdota *El rey errante*.)

b) *Una completa consagración*. «Tuyos somos, oh David, y contigo estamos» (versión moderna). ¡Qué emocionante encuentro! No eran palabras hipócritas; su conducta lo demostró. ¡Con cuánto mayor motivo debe decirlo el alma a Cristo! Somos suyos doblemente, como Creador y Redentor (1ª Corintios 6:19, 20). No podemos simpatizar tan sólo con su causa o unirnos a Él con una conversión fría, debemos consagrarnos totalmente.

4. La recompensa

David premió con creces su decisión. Ocuparon:

a) *Un lugar en el corazón del rey*. «Mi corazón será unido con vosotros» (v. 17). No sólo tendrán su gobierno, sino su afecto, que era mucho mejor. ¡Qué privilegio, ocupar un lugar en el corazón de un rey de la tierra! Pero mucho más es tenerlo en el corazón de Cristo. ¡Que nosotros seamos el objeto preferente de su amor infinito! Un lugar en su corazón nos asegura un lugar en su reino de felicidad eterna (Juan 17:24).

b) *Un puesto de honor en su servicio*. «Y los puso entre los capitanes de la cuadrilla» (v. 18). En el tiempo de la humillación y en el de gloria. Lo que fueron en el desierto lo fueron mucho más en el reino. ¿No debemos anhelar lo mismo nosotros, servirle en la tierra y en el cielo? No sólo redimidos, sino soldados;

si puede ser, entre los más distinguidos. Esto depende más de nuestra consagración que de cualquier otro don que poseamos, pues Él ensalzará a los fieles humildes. Pensemos que de lo que ahora seamos depende el grado de nuestra gloria eterna.

¿Cuál será la actitud de cada lector u oyente? Los que están aun sin Cristo, ¿no lo aceptarán como Rey y Salvador? ¿No se decidirán a hacer hoy mismo el cambio de filas? Los creyentes, ¿no haremos más firme y completa nuestra consagración a Él? ¿No le diremos «tuyos somos, Señor», usa nuestra vida para gloria tuya y vive más cerca de nuestra alma para que podamos cumplir tu voluntad?

ANÉCDOTAS

LA VIDA DE FE

Jorge Muller solía decir que había levantado sus orfanatos no sólo con el objeto de realizar obras benéficas, pues había muchas otras instituciones similares en Inglaterra, sino para demostrar a un mundo escéptico que hay un Dios en el Cielo que escucha la oración, lo mismo en nuestros tiempos que en los tiempos bíblicos.

EL REY ERRANTE

Cuando el rey Roberto Bruce de Escocia era perseguido, entró en un gran bosque y se acercó a una cabaña donde encontró una mujer, la cual le dijo:

—Todos los fugitivos son bienvenidos aquí por amor de uno.

—¿Y quién es este uno? —preguntó el rey.

—Es Roberto Bruce —contestó la buena mujer—. Él es el verdadero señor de Escocia y aunque le están buscando con perros y cuernos, yo espero verle como rey sobre todo el país.

—Puesto que usted le ama tanto —dijo el rey—, sepa que está ante usted; yo soy Roberto de Bruce.

—¡Usted! —exclamó la mujer—. ¿Y por qué está tan solo?

—Todos me han abandonado —respondió el rey.

—Pero desde ahora no será así —dijo la heroína, porque tengo diez robustos hijos y ellos serán sus sirvientes.

Y los diez juraron fidelidad al rey.

SERMÓN XXV

EL BUEN PASTOR

(Lucas 15:1-7)

De un modo admirable vemos ilustrado en esta parábola el amor de Cristo y su afán de salvar a los perdidos. Muy poco sabían los fariseos de la gracia de Dios cuando murmuraban contra Jesús, viéndole entre publicanos y pecadores. Su ceguera espiritual les hacía mirar con desprecio a estos hombres; pero Jesús ama, busca, se acerca y salva al perdido. El amor de Jesús no es un mero sentimiento; es un amor diligente y activo que despliega toda su energía para conducir al alma extraviada a la gloria de Dios.

1. El Pastor encuentra a faltar una oveja

Otro cualquiera no se hubiera apercebido poseyendo un número tan elevado; pero el buen pastor nota inmediatamente la falta. Todo su afecto está puesto en su rebaño, y lo que para otro hubiera sido una pérdida leve, para él es muy grave y sensible.

Así el Dios de Cielos y Tierra, que se complacía en la obra de sus manos y contemplaba con satisfacción los innumerables mundos por Él creados y a sus

felices habitantes, ha visto que uno le faltaba, porque se perdió por el pecado. Voces sin cuento le aclaman en los cielos, pero Él se ha apercebido de que la Tierra no glorifica ni obedece a su Hacedor. Los únicos seres que en este planeta podían darse cuenta de su posición y de sus deberes para con su Creador se han extraviado; se trazaron caminos más cómodos, yendo en pos de sus concupiscencias, que el de la ley de Dios escrita en sus conciencias y expresada en los diez mandamientos. El Gran Pastor se ha dado cuenta del horrible extravío. ¿Qué hará?

2. El Pastor en busca de la oveja

Las noventa y nueve que le quedan no calman su ansiedad por la perdida; es preciso recobrarla antes de que perezca. Ella por sí sola jamás volverá; es necesario arrostrarlo todo para ir en su auxilio.

a) *Va personalmente.* No envía criados asalariados para recobrarla, evitándose él duras molestias. Nadie como él la buscará. Así el eterno Verbo de Dios no delegó su misión en ángeles; prefiere tomar Él mismo carne humana.

b) *Va a pesar de las dificultades.* La noche, las asperezas del camino, los lobos y otros peligros no le arredran. En la noche del pecado y entre las espinas y abrojos de las miserias humanas, Jesús sufre, pero sigue adelante pensando en la triste suerte del extraviado.

c) *Va lleno de compasión.* No lleva un garrote en su mano para castigarla. Las aberraciones y extravíos de la oveja le cuestan muy caro, pero no cambian el tierno afecto que por ella siente. El pecado y la obstinación que Jesús nota en los pecadores no trocan su amor en odio. No ha venido a condenar, sino a salvar al mundo.

d) *Busca su oveja hasta encontrarla.* Aunque la oveja se alejó más y más, el pastor no cejará en su empeño hasta tenerla en sus brazos. (Véase la anécdota *La conversión de un caballero escocés.*) Esta es más o menos la experiencia de todos, al pensar en el tiempo anterior a nuestra conversión.

¡Ojalá fuese nuestro empeño buscar a otras almas con la misma perseverancia con que Cristo nos buscó! (Véase la anécdota *El empeño de Garibaldi.*)

3. El hallazgo de la oveja

Los esfuerzos del pastor no han sido vanos, pero no terminan en el hallazgo, pues la oveja se encuentra en una triste condición.

a) *Enredada* en la maleza del bosque, sin posibilidad de librarse. Tal es la situación del hombre alejado de Dios, enredado en el vicio y en el pecado que le sujetan fuertemente.

b) *Extenuada* por el constante vagar. De la misma manera el hombre se siente fatigado tras vagar en el mundo sin hallar lugar de descanso.

c) *Al borde del precipicio.* ¿No lo está toda alma? Inesperadamente la muerte puede poner fin a su extravío, sumiéndole en la perdición eterna.

4. La liberación de la oveja

Le faltó tiempo al pastor para acudir en su socorro cuando ésta respondió a su voz con un triste balido. Fue lo único que la oveja podía hacer. ¿No es éste también el caso de cada pecador? Clamar a Cristo por salvación, pedir su auxilio y dejarse salvar por Él es todo lo que le corresponde hacer. Los esfuerzos para librarse sólo empeoraban la situación de la descarriada metida en los zarzales, pero el pastor sabe librarla separando las espinas que la tienen sujeta. Así hace Cristo con el perdido. (Véase la anécdota *El borracho de nacimiento*.)

5. La amorosa conducción al redil

Este es el detalle más tierno del caso. El pastor no obliga a la descarriada a andar, arrastrándola con una cuerda atada al cuello, sino que la conduce sobre sus hombros como un tesoro. Es el hallazgo fructífero de muchos sufrimientos, que lo hacen más estimable. Cristo no nos ata con dura ley después de nuestra conversión, como tenía derecho a hacer, castigando severamente todas nuestras faltas. Él no quiere que nos ensuciemos otra vez en el pecado, sino que quiere librarnos de tropiezos en el camino

que conduce a la gloria. Para esto se ofrece Él mismo: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mateo 28:20). Siempre está dispuesto a ayudarnos y sobrellevarnos, si nos acogemos y unimos a Él. Somos «guardados» para una herencia también «guardada» (1ª Pedro 1:5). De otro modo, el Adversario, que anda alrededor como león rugiente» (5:8), no nos permitiría llegar al redil.

6. El parabién

Este es el último cuadro de la sublime escena. El pastor anuncia a sus amigos el hallazgo de su oveja. El Cielo es la casa de Cristo. Los ángeles contemplan la obra redentora con santa simpatía y se gozan por cada pecador arrepentido que vuelve al redil. Aunque al presente estamos formando parte de su grey en la Tierra, expuestos a muchos peligros, Jesús se ha adelantado a dar la buena nueva en los cielos, donde prepara lugar para nosotros. Nos considera como ya entrados en el redil. Esto es garantía de nuestra propia salvación (Efesios 2:3, 4).

Un día, millones de almas que se habían perdido como ovejas descarriadas, alabarán al Buen Pastor que las halló y salvó. ¿No quisieras estar tú también? ¿No quieres ser hallado por Cristo? Él te busca, te llama y se acerca a ti, quizá por este mismo mensaje. Confíate en sus brazos y serás salvo por la eternidad.

ANÉCDOTAS

LA CONVERSIÓN DE UN CABALLERO ESCOCÉS

Se preguntó a un caballero escocés cómo había encontrado a Cristo.

—Yo no lo hallé —fue su extraña respuesta—. Yo no hice más que resistirle y huir de Él; pero el Buen Pastor me halló a mí.

EL EMPEÑO DE GARIBALDI

Cuando acampaba Garibaldi con su ejército en las montañas de Italia, acudió un pobre pastor quejándose del extravío de una oveja. Garibaldi, movido a compasión, mandó a varios soldados que le ayudaran en su búsqueda, pero éstos volvieron declarando que había sido imposible hallarla. Garibaldi, que raramente admitía la palabra imposible, se levantó por la noche y fue en busca de la oveja extraviada. Por la mañana, sus ayudantes, al despertarle, viéronle salir de su tienda rendido de sueño, pero sonriente, llevando en sus brazos la perdida oveja.

EL BORRACHO DE NACIMIENTO

Se llamaba Juan, pero se le conocía con el apodo del título, porque sus padres habían sido tan borrachos como él. Se casó con una mujer que no merecía. Esto le llevaba a reflexionar haciendo propósitos de enmienda cada vez que estaba sereno, que era solamente las quincenas que pasaba en la cárcel. Un día entró en un salón del Ejército

de Salvación y oyó a los que daban testimonio de la liberación de sus pecados por la fe en Cristo.

Como impulsado por un resorte, se adelantó al banco de los penitentes y clamó a Cristo por perdón y liberación de su vicio. Docenas de veces había hecho tales propósitos llorando, pero al levantarse en esta ocasión, sintió que no era el mismo hombre. Desde entonces, el deseo de la bebida desapareció. Su trabajo de vendedor de periódicos le llevaba a visitar las tabernas y esto hacía temer a los oficiales del Ejército de Salvación, pero él les decía que todo lo podía por Cristo. Un día, después de incitarle mucho sus antiguos compañeros le arrojaron el licor en la cara, diciéndole: «Si no por dentro, por fuera». Pero él dio un hermoso ejemplo de humildad cristiana, limpiándose el rostro y pronunciando palabras de perdón. Cristo le había libertado de su genio tanto como de su borrachera.

¿Habría podido hacerlo nadie más que el Todopoderoso Salvador y Libertador de las almas?

SERMÓN XXVI
LOS CINCO SI CONDICIONALES
DE CRISTO
(Juan 8:30-59)

El castellano tiene dos palabras iguales (con la única diferenciación del acento), pero totalmente diferentes de significado. La palabra «sí» como adverbio afirmativo «sí», y «si», como conjunción condicional.

En el pasaje que nos sirve de tema, encontramos cinco «si» condicionales pronunciados por Jesús, que bien pueden ser comparados a los goznes de otras tantas puertas: Sobre ellos gira la actitud del alma y nuestra suerte eterna.

Todo trato humano se basa en esta conjunción condicional, el comercio, la amistad, el amor: «Si pagas», «si quieres», «si te casas». Así ocurre también en el terreno espiritual. ¿Es que Dios exige condiciones como cualquier contratante humano? Hasta cierto punto, no; ninguna exigió para tomar la iniciativa de nuestra salvación. Su amor se desbordó sin consultarnos, envió a Cristo espontáneamente, abrió las puertas de la Gracia, proveyó salvación... En esto consiste la soberanía de Dios; pero Él no

quiere obligarnos a pasar a la fuerza por el camino que su misericordia nos abrió para darnos acceso a la bienaventuranza eterna. En esta disputa de Jesús con los fariseos, nos presenta como cinco puertas, puestas una tras otra, por las cuales todo discípulo suyo tiene que pasar.

1. La puerta del discipulado (v. 31)

«Si permaneciereis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos.» Esta es la primera relación que se establece entre el alma y su Salvador. Cualquier persona que oye el Evangelio es un discípulo incipiente. A los cinco minutos ha aprendido algo de las verdades de Dios. Esta primera relación es indispensable para llegar a otras relaciones más elevadas: La de «amigos», «hijos», «redimidos», etc.; sin dejar la de discípulos, ya que la fe empieza, o viene, por el oír.

Sin embargo, de nada sirve oír con más o menos atención; ser discípulos una temporada, si no se cumple la condición que Cristo establece que mediante un solemne si condicional: «*Si permanecieréis en mis palabras, seréis verdaderamente mis discípulos*». *Permanecer* es una condición esencial. Muchos han sido discípulos por unos minutos o por meses; han recibido el mensaje con gozo, pero como la simiente caída entre pedregales, su fe ha sido temporal. Jesús declara en este pasaje que solamente los que permanecen vienen a ser *verdaderos discípulos*

modelados por el Maestro. Sin permanecer, nunca serás ni discípulo, ni hijo, ni redimido: El que no pasa totalmente la primera puerta, no pasará la segunda, ni la tercera. Veamos cuáles son éstas. (Véase la anécdota *Premios a la perseverancia en la adquisición de una lengua*.)

2. La puerta de la redención (vv. 34-36)

«Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.»

Jesús enseña en este pasaje que los hombres son por naturaleza hijos del diablo, esclavos del archienemigo de Dios, que con astucia introdujo el pecado en el mundo. Los esclavos del diablo suelen tener una cuerda más larga o más corta, y, según ésta, se sienten más o menos esclavos. Algunos viciosos se dan cuenta de su esclavitud a causa de los inmediatos y desastrosos resultados de su pecado (ejemplos de un jugador, un borracho, un drogadicto, etc.). Otros, que no lo sienten tanto, lo son, sin embargo, igualmente. De los tales eran aquellos judíos con los cuales Jesús discutía: «Simiente de Abraham somos y jamás fuimos esclavos de nadie», exclaman. Esto no era verdad más que en el orgullo de sus corazones, ya que políticamente eran súbditos de Roma; pero Jesús se refiere a otra clase de servidumbre. Por esto les dice: «Todo aquel que hace pecado, es siervo de pecado». Es una cuerda invisible, pero muy fuerte. Aquellos descendientes de Abraham que se

creían libres, estaban en ese mismo momento sugestionados por el diablo y eran instrumentos de aquel Ser maligno que estaba empeñado en hacer desaparecer al Hijo de Dios de sobre la faz de la tierra. Del mismo modo que movió a Herodes a matarle y que pretendió hacer arrojar a Jesús de las almenas del Templo, estaba incitando ahora a estos judíos fanáticos, que terminaron apedreándole (v. 59). ¡A ver si no eran esclavos! Sólo tenían un medio para librarse de esta maligna sugestión del enemigo: Ser libertados por el Hijo de Dios, que era el mismo a quien odiaban; el único que tenía poder. La infusión del Espíritu en sus almas les quitaría el deseo intenso del pecado, o les permitiría descubrir al enemigo. Sabemos que Satanás tienta también a los creyentes, pero con una diferencia: el hijo del diablo no ve la cuerda, puede pecar sin remordimiento; el creyente, sí. Por eso se nos dice: «Resistid al diablo, y de vosotros huirá».

Este poder nos es impartido por la obra redentora de Cristo. Los que reciben a Cristo como su Salvador están al amparo de su sacrificio expiatorio, como los primogénitos de Israel se hallaban amparados por la señal de la sangre en el dintel de la puerta, a fin de que el destructor no les tocara. Por esto leemos en el Apocalipsis 12:11: «Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte». Hay un poder especial en la sangre de Cristo. La mención de la obra expiatoria del Hijo

de Dios es algo que el diablo no puede sufrir. Existen ejemplos tangibles en el caso de personas psíquicamente afectadas por el enemigo. (Véase el libro del Dr. Kurt E. Koch *Ocultismo y cura de almas*, págs. 265-270 y *El Diccionario del Diablo*, págs. 135 a 158.) Pero la mayor liberación es en el terreno espiritual. La sangre de Cristo da seguridad.

3. La puerta del amor a Cristo (vv. 41, 42)

«Si vuestro Padre fuera Dios, ciertamente me amaríais», dice Jesús. Los judíos tenían una opinión extrañamente errónea acerca de la generación. Un principio verdadero, establecido en el Decálogo y confirmado hoy día por la ciencia eugenésica, de que los hijos reciben las consecuencias de los padres, les llevó al extremo de pensar que sólo eran criaturas de Dios los nacidos de un matrimonio legítimo, y que los nacidos de fornicación son hijos del diablo, atribuyendo a este enemigo de Dios un poder creativo que no tiene. Ciertamente no es así. Dios ha dado leyes fijas a la naturaleza, la cual se mueve según reglas mecánicas, sin interesarse en motivos morales. El hijo de ramera no tiene culpa alguna de ello, y es igual criatura de Dios que cualquier otro. Pero, al oírse llamar hijos del diablo, respondieron airadamente que ellos eran nacidos de buenas familias, y como consecuencia, tenían derecho a considerarse hijos de Dios. Pero Jesús les demuestra que el ser hijo de Dios no depende de ninguna generación

natural, sino de un proceso espiritual. Todos somos criaturas de Dios, pero tan sólo criaturas; son hechos hijos de Dios por adopción solamente aquellos que reciben la redención que Cristo vino a realizar (Juan 1:12).

Ahora bien, el que es hecho hijo de Dios, coheredero con Cristo, no puede menos que amar a este hermano mayor que dio su vida por nosotros después de humillarse haciéndose como uno de nosotros. De ahí el argumento de Cristo: «Si fuerais hijos de Dios, ciertamente me amaríais, porque yo salí de Él». El amor a Cristo revela nuestra verdadera relación con Dios. Es la piedra de toque de nuestra religión. Todas las religiones humanas fallan en este punto; desde los primeros herejes gnósticos, hasta los modernos espiritistas, teósofos, testigos de Jehová, etc. ¿Hallará satisfacción un padre en las adulaciones de un siervo que abofetee a su hijo? (Véase la anécdota *El rey Teodosio y el patriarca de Constantinopla*.)

En efecto, si Cristo no es Dios manifestado en carne, ¿qué mérito tendría su sacrificio? Solamente creyendo que en Él y por Él fueron creadas todas las cosas, podemos apreciar la inmensidad de su amor. (Véase la anécdota *El judío de Barcelona y los mártires de Hitler*.) Ciertamente hay quienes han sufrido por diversas causas, y una de ellas por amor de Cristo, posiblemente más que lo que Cristo mismo sufrió. Pero estos mártires no eran sino criaturas humanas, sujetas de por sí al dolor y a la muerte, en mejores

o peores circunstancias. Jesús, en cambio, podía ascender al cielo desde la cruz, porque era Hijo de Dios desde la Eternidad. El judío de Barcelona veía en Jesús solamente un hijo de María, de la tribu de Judá. Pero Pablo, guiado por las Escrituras, veía en Él al Mesías divino de Isaías 7, Emmanuel; y todos los apóstoles lo comprendieron y creyeron por propia experiencia. La confesión de Pedro. De ahí la profundidad de su amor y porque Pedro podría decirle un día: «Tú sabes todas las cosas (porque eres Dios) y sabes que te amo».

Si Cristo viniera aquí, ¿qué le diríamos? ¿Sabe Él que le amamos como Hijo de Dios que murió por nosotros? ¿Que reconocemos la inmensidad de su sacrificio voluntario, y por esto le apreciamos con un amor que no tiene igual? Si es así, este amor complace al Padre. Jesús decía: «Pedid, y no os digo que yo rogaré al Padre, porque el mismo Padre os ama por cuanto vosotros me amasteis». Los judíos pretendían amar a Dios y no a Cristo, y continúan en esta actitud, pero Jesús les dice: «Si fueseis de Dios, y amaseis tanto a Dios como pretendéis, y prestareis atención a su Palabra, veríais en ella quién soy yo».

Por el contrario, sois hijos del diablo porque él inspira estos pensamientos de odio a mi persona y de rechazamiento de mi amor hacia vosotros. Esto marca toda la diferencia. Por tanto, la gran pregunta aun hoy día es: ¿De quién somos hijos? Si no has recibido a Cristo, lo eres moralmente del diablo, aunque físicamente seas una criatura de Dios. No

importa que tengas cierta simpatía a Cristo. Es necesario que estés unido a Él por los lazos de un amor profundo habiéndole recibido como Salvador. Entonces serás, no un amigo, sino un hijo, si has pasado por esta puerta del verdadero y profundo amor a Cristo basado en el conocimiento y aceptación de su obra redentora.

4. La puerta de las obras (v. 39)

Esta próxima puerta es consecuencia natural de haber pasado por las anteriores y también gira sobre un «si» condicional, en esta disputa con los judíos: «Si fueseis hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais», les dice Jesús. Pablo presenta a Abraham como modelo de fe, y a Santiago como modelo de obras. Ambos tienen razón.

Dios le dijo a Abraham: Tú me amas mucho, pues bien, dame tu hijo, tu único hijo, a ver si es verdad. Y Abraham no dijo «Sí, Señor, te amo mucho», pero empezó a dar vueltas sobre su cama de pieles de oveja y dejó que el Sol se levantara, y el campamento se pusiera en movimiento, y las ovejas balaran y los criados anduvieran por en medio, y su esposa interviniera y lo estorbara todo... Se levantó muy de mañana, despertó silenciosamente a su hijo y a dos criados y se marchó a cumplir la voluntad de Dios, por dura que fuera.

Apliquemos el ejemplo: ¿Diremos al Señor: Yo te amo mucho, pero me quedo en casa mientras mis

hermanos te adoran, soy un hijo tuyo y te quiero mucho, pero cierro mi bolsillo para tu obra...?

Abraham hizo obras que demostraron su amor: Dio a Melquisedec el diezmo de todo, porque era sacerdote del Dios alto, del Dios primitivo que las gentes habían olvidado y luchaba con la idolatría cananita. No dijo: «Señor, a ti te quiero mucho, porque eres mi Dios y me has bendecido, pero a Lot que lo parta un rayo, porque es un egoísta y un ingrato», sino que le dio a escoger el llano, y corrió en su auxilio en momentos de apuro... Por esto Jesús dice: «Si fuereis hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais... Nosotros no lo somos por la carne, pero lo somos por la fe» (Gálatas 3:13 y 29). ¿Hacemos las obras de Abraham? Aún más: ¿somos hijos de Dios? Jesús dijo: «Sed, pues, vosotros perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto». La puerta de las obras es tan indispensable como la de la fe. ¡Ay del que confía en una fe sin obras, su fe es una fe muerta... No podrá salvarle; oirá el «No te conozco de donde seas»!

5. La puerta de la glorificación (vv. 54, 55)

Jesús menciona una última puerta. Un último «si» condicional: El de la *glorificación*. «Si yo me glorifico a mí mismo soy como vosotros.» Los judíos se glorificaban a sí mismos con espíritu farisaico; y lo que ellos hacían, pensaban que lo hacía Jesús; pero había una inmensa diferencia: sus milagros. Las

obras que yo hago ellas dan testimonio de mí. Un Jesús judío, simple hijo de María, no podía hacer milagros. Por esto dice: «Mi Padre es el que me glorifica, y si dijere que no, que no soy el Hijo de Dios, para complaceros, para no escandalizaros, sería mentiroso». Pero observad el final del texto: «Y guardo su palabra». Aun siendo Dios, por haberse humillado a la condición de hombre, había una condición que Él mismo tenía que observar: Cumplir la voluntad de Dios.

Era como si Dios le hubiese dicho: «Eres el divino Verbo, pero en la tierra darás ejemplo de obediencia, nunca harás las cosas por ti mismo. Por esto podía decir: «La voluntad de mi Padre hago siempre». «Aunque era Hijo por lo que padeció, aprendió la obediencia», dice la carta a los Hebreos.

Y en ello nos es ejemplo a nosotros. ¿Buscamos nuestra propia gloria, o la gloria de Dios, en nuestra vida y en nuestro servicio cristiano? Las cosas que hacemos, ¿para qué las hacemos? Si venimos al templo, si cantamos, si oramos, si damos para la obra, ¿cuál es el verdadero y principal propósito? ¿Es Dios tan sólo, o nosotros mismos?

Si glorificamos a Dios con sincero corazón, Él nos glorificará, como hizo con su divino Hijo, de quien se dice: «Por cuanto se humilló a lo sumo, le dio un nombre que es sobre todo nombre». Si es Dios el motivo supremo de nuestras vidas, habremos cumplido el ideal de nuestra vida cristiana imitando a Aquel que vivió tan sólo para glorificar a Dios, y que

es nuestro supremo modelo. «Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará.» Con una honra naturalmente menor derivada de la suya; pero sabemos que su glorificación será la nuestra.

Conclusión

Así será si hemos pasado, o pasemos, por cada una de estas cinco puertas:

- *La del discipulado*, aprendiendo de Cristo, no por una temporada, sino permaneciendo en Él y con Él.

- *La de la redención*, siendo libertados del yugo del pecado por una fe sincera en su sacrificio.

- *Por la del amor*, sintiendo un afecto por Cristo superior a todo otro afecto o amor humano.

- *Por la de las obras*, no fiando imprudentemente nuestra salvación en ser hijos de cristianos, como esos judíos que se gloriaban de ser hijos de Abraham, ni en una mera profesión de fe —ya que la fe sin obras es muerta—, sino cumpliendo aquellas cosas que agradan a Dios.

- *La de la glorificación*, viviendo una vida de verdadera consagración a Dios para que Él pueda glorificarnos, como glorificó a su divino Hijo, nuestro Modelo; Aquel que supo decir: «La voluntad de mi Padre hago siempre», y pudo oír desde las alturas aquella voz que una vez fue oída en el Jordán, pero que ha de resonar un día en las alturas, aplicada a ti y a mí, si hemos sido discípulos e imitadores suyos:

«Estos son mis hijos amados, aceptos y unidos al Verbo, mi Unigénito por la fe y el amor. Por tanto, ellos son amados de Dios».

Entonces será nuestra glorificación, si hemos cumplido sus cinco condiciones, como discípulos, redimidos, amantes, obreros activos e imitadores de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

ANÉCDOTAS

EL REY TEODOSIO

Y EL PATRIARCA DE CONSTANTINOPLA

Hallándose el emperador Teodosio muy inclinado al arrianismo, le fue solicitada audiencia por el Patriarca de Constantinopla, campeón de la antigua fe en la completa y eterna divinidad de Cristo.

En esos días el monarca acostumbrada hacer sentar en sus audiencias públicas al príncipe heredero para que se entrenase en los asuntos y problemas de gobierno. Al entrar el Patriarca en la sala regia hizo una profunda reverencia al emperador, pero apartándose de la acostumbrada etiqueta, no hizo ningún caso del príncipe.

—¿Cómo os atrevéis...? exclamó indignado el soberano, señalando la silla del heredero.

—No os indignéis, majestad —respondió el patriarca—. Todos mis respetos son para el príncipe; mas deseaba haceros sentir cuál será la actitud del Soberano de todas las cosas hacia los que menosprecian al Unigénito, que es el resplandor de su gloria y la misma imagen de su sustancia.

EL JUDÍO DE BARCELONA Y LOS MÁRTIRES DE HITLER

Discutiendo con un judío de Barcelona sobre el mesianismo de Cristo, me dijo:

—No sé por qué los cristianos dan tanta importancia a Jesucristo, cuando millones de otros judíos han sufrido agonías peores y más prolongadas en los campos de concentración de Hitler, y nadie se ocupa de ellos.

Al instante traté de hacerle ver que aquellos eran infelices, dignos del mayor aprecio y lástima; pero eran simples hombres, que no podían hacer nada más que sufrir; no tenían ningún poder para librarse de manos de sus esbirros; pero Cristo había mostrado tener todo el poder; no lo negó cuando fue juzgado por el Sanedrín, y, sin embargo, se sometió a la burla que provocaron sus palabras y a los terribles sufrimientos de su pasión y muerte, sólo para poder redimirnos.

SERMÓN XXVII
CIUDADES DE REFUGIO
(Deuteronomio 19:1-10;
Job 11:3-20)

La prudente disposición legislativa de ciudades de refugio en la ley mosaica puede ser considerada como una parábola de la salvación en el A.T. Respondía, ciertamente, a una necesidad gubernamental de la época. La costumbre del «vengador de la sangre» se hallaba establecida desde los tiempos patriarcales, cuando la justicia se administraba familiarmente. El pariente más próximo de un accidentado o asesinado recibía alabanzas o censuras de su clan, según su celo en vengar al muerto. No era posible suprimir tal costumbre de golpe. Sin embargo, tan primitivo método de justicia se prestaba a toda clase de errores, pues no daba lugar a la verificación de los hechos. El vengador obraba por mera suposición o sospecha. En tales circunstancias, Dios tuvo a bien poner un remedio circunstancial: Seis ciudades levíticas, repartidas por todo el país, servirían de refugio; no para proteger a los criminales, sino para dar tiempo a la acción de la justicia, sustrayendo al presunto asesino de manos del vengador.

El mismo relato bíblico nos presenta un caso bien posible. El de dos leñadores que salen juntos a su trabajo, y uno de ellos tiene la desgracia de que su hacha se le escape de la mano o del mango y vaya a caer con mala fortuna sobre la cabeza de su compañero. El involuntario homicida tiene dos caminos: Reconocerse culpable y correr a la ciudad de Refugio, o bien hacerse el desentendido, alejándose del lugar, aunque este último recurso sería siempre el peor. Habría indicios de su aparente crimen, quizás alguien les habría visto salir juntos al campo.

El vengador se levanta en su busca. El homicida se apercibe, corre en busca del camino que lleva a la ciudad de Refugio; el vengador le persigue. Ambos corren con todas sus fuerzas. Jadeante el primero, ¿podrá llegar a tiempo? Cada vez que vuelve la cabeza, ve al vengador más cerca; pero ya se vislumbra la ciudad en lontananza. Hace un esfuerzo supremo para mantener una distancia con su adversario, que se acorta por momentos; pero por fin, agotando al máximo su potencia, hace un esfuerzo sobrehumano y logra traspasar la puerta, la cual el centinela cierra rápidamente tras él. El vengador, furioso, arroja el hacha intentando alcanzarle en el último momento, pero ésta queda clavada en la gruesa puerta. Está a salvo.

¿Qué enseñanzas podemos sacar del presente ejemplo?

1. Todos hemos pecado por imprudencia

Hay personas perversas de corazón, pero la inmensa mayoría no son malas deliberadamente. La naturaleza, el medio ambiente, el tentador, son causantes de nuestro pecado. Pero ¿no somos culpables? Sí; si no deliberadamente, por imprudencia, por debilidad, por dar oído al tentador. (Véase la anécdota *El brahman y el misionero*.) Por ello estamos expuestos a la condenación, Dios no tiene la obligación de admitir en el cielo almas manchadas por el pecado (Romanos 3:10). Si no hemos cometido homicidios materiales, somos culpables de muchos homicidios morales. «El que aborrece a su hermano es homicida», exclama Juan (1ª Juan 3:15).

2. Debemos reconocernos pecadores

Ante un juez omnipotente y omnisciente como Dios, es el único camino a tomar. ¿Quién le engañará? El fariseo pensó que podía deslumbrar a Dios con la exposición de sus virtudes; pero el publicano sacó mejor partido confesando humildemente su culpa. (Véase la anécdota *El galeote y el príncipe*.)

3. Debemos buscar refugio

Reconocer y lamentar el hecho imprudente no bastaba. El vengador llegaría mientras el homicida involuntario estuviera lamentando, y lo más proba-

ble en aquellos tiempos es que no se atuviera a razones. Afortunadamente había un remedio: correr a la ciudad de Refugio. Así es con el pecador.

El refugio del alma es Cristo (Isaías 32:2 y Mateo 11:28). Acudir por fe al Señor; confesar el pecado; aplicar la obra de Cristo a nuestra alma invocando sus promesas, es el mejor camino a tomar. Dios ha puesto este Refugio compadeciéndose de nuestra ignorancia (Hechos 17:30). No hay recurso para los ángeles rebeldes, pero sí para los hombres.

Pero es vano el refugio si no acudimos a él. Obsérvese que no dice que Dios, teniendo en cuenta nuestra ignorancia, lo pasará todo por alto, sino que «denuncia a todos los hombres en todos los lugares, que se arrepientan». Jesús mismo en la cruz reconocía la parte involuntaria de sus perseguidores («no saben lo que hacen»). Dios escuchó la petición de su divino Hijo, pero fue necesario que los interesados corrieran al refugio el día de Pentecostés (Hechos 2:37-41).

4. Antes de que llegue el vengador

Se ha dicho que la muerte es el enviado de Dios para traer a las almas a su hogar celestial. Esto es cierto, desde luego, para los cristianos; pero para los inconversos la muerte es el mensajero del diablo; el vengador del pecado, que nos persigue al paso del tiempo, y ha de alcanzarnos con toda seguridad. Es una gran imprudencia esperarle fuera de Cristo; es-

pecialmente cuando el recurso de su salvación nos es conocido.

Muchos se aprestan a decir: El vengador está lejos; todavía soy joven. Por cierto que esto fuese, todos sabemos que el vengador puede salirnos tras la esquina, en forma de ataque cardíaco, cáncer, accidente, etc. Si eres joven, da gracias a Dios porque tienes una vida para servir al Señor, y menos probabilidades de llegar tarde, como sucede a menudo con los que empiezan a correr, o sea, a pensar en Dios y su salvación, en el lecho de muerte. (Véase la anécdota *El joven que perdió el tren.*)

5. Debemos correr por el verdadero camino

«Hay camino que al hombre parece derecho, mas su fin son caminos de muerte» (Proverbios 16:25). No basta correr por cualquier camino, sino hay que buscar el verdadero. Muchos se cansan en vano corriendo por caminos errados (ilústrese con algún caso de fakires de la India o santones mahometanos). Aun en nuestros países nominalmente cristianos, hay muchos que corren por sendas extraviadas, confiando en sus propios méritos o en recursos supersticiosos.

Solamente en Cristo hay satisfacción completa para el alma que huye del pecado.

6. Debemos permanecer en Cristo

Una vez convertidos, el enemigo queda afuera de la ciudad de Refugio acechando a los salvados. Pedro lo compara a un león rugiente. Es cierto que Cristo ha prometido guardarnos y dice: «Mis ovejas nadie las arrebatará de mi mano». Pero no podemos abusar de tal declaración. También Cristo conocía la promesa de las Escrituras para con el «hombre justo», el Mesías: «A sus ángeles mandará que te guarden», sin embargo, no cometió Él la imprudencia de arrojarle desde las almenas del templo. Al abandonar el refugio nos exponemos a que el enemigo nos haga perder, si no la misma salvación, sí mucho del premio que Dios quisiera darnos; y aun podemos quedar indiferentes del todo. (Véase la anécdota *Le costó su alma*.) Sigamos a Cristo de cerca, mantengámonos unidos a Él por la fe y el amor. Entonces nos sentiremos y estaremos seguros.

7. Debemos procurar que los postes del camino sean claros para los demás

Nos es necesario recordar que no somos los únicos pecadores por los cuales Cristo murió. Deber nuestro es facilitar la salvación a otros. Isaías 35:8 es una preciosa promesa para el Milenio; pero, entre tanto, los caminos que llevan a la salvación pueden estar muy mal cuidados. Cuando la gente yerra, juzgando equivocadamente el valor de la religión,

¿no será la culpa muchas veces de los mismos cristianos? Como estaba ordenado a los israelitas en cuanto a las ciudades de refugio, debemos nosotros indicar claramente el camino de la salvación a los pecadores, con nuestras palabras y con nuestro ejemplo. El mundo está lleno de pecadores errantes que no buscan la salvación, o van por caminos equivocados. Vivamos para ellos. Alcemos la bandera de la salvación. Traigámoslos a Cristo.

ANÉCDOTAS

EL BRAMAN Y EL MISIONERO

Cierto brahman se acercó a un misionero que estaba predicando al aire libre y le opuso la objeción:

Si el diablo es quien nos tienta a pecar, nosotros no somos responsables. Dios debía de castigar al diablo y no a nosotros.

El misionero le contestó:

—¿Ve usted aquellos hombres que están descargando mercancías de una barca en la orilla del río? Si yo le entrego un revólver y le doy el mal consejo de asesinarles y robar su mercancía, ¿a quién castigarán los jueces, a usted o a mí?

—A ambos —respondió el objetante sin titubear—. A usted por haberme aconsejado y facilitado el crimen, y a mí por criminal.

—Exactamente del mismo modo procederá Dios en su justo juicio. Los pecadores serán castigados, pero el dia-

blo y sus agentes, los demonios, no saldrán bien librados de su mala actuación durante siglos en este mundo.

EL GALEOTE Y EL PRÍNCIPE

Un príncipe francés, con motivo de una visita que hizo al arsenal de Marsella, decidió dar libertad a uno de los delincuentes allí condenados a remar en las galeras. Con el fin de investigar quién sería el más digno de tal merced interrogó a varios de los prisioneros, los cuales se defendieron de sus culpas, alegando que otras personas que les querían mal testificaron contra ellos injustamente. Por fin llegó a un condenado modesto y humilde, quien confesó su culpa sin paliativos de ninguna clase. El príncipe, admirado por su sinceridad y humildad, dirigiéndose al jefe de la fortaleza, dijo irónicamente:

—No podemos consentir que tanta gente buena esté en contacto con este hombre tan malo. Que sea éste el que reciba el indulto.

DEMASIADO TARDE

Cierto joven llegó desaforado a la estación en el instante en que el último coche del tren pasaba por delante de sus ojos.

—¡Qué lástima! —dijo con un grito que hizo girarse al jefe de estación—. Después de haber corrido con todas mis fuerzas...; ya no podía correr más...

—Lo comprendo, joven —sentenció el jefe—, pero me temo que empezó usted a correr un poquito demasiado tarde.

LE COSTÓ SU ALMA

Paseando dos ministros del Evangelio por las afueras de cierta población, llegaron a una hermosa finca donde había una magnífica casa rodeada de un bien cuidado huerto que pertenecía a un antiguo miembro de la iglesia.

—¿Cuánto le costaría esta finca a su propietario? —preguntó el visitante al pastor local.

—No lo sé, en cuanto a dinero —respondió el interpellado—, pero me temo mucho que le ha costado su alma. En otros tiempos el propietario de este terreno era un miembro entusiasta de la iglesia, asistiendo a todos los cultos; pero desde que empezó a enriquecerse, y después de adquirir esta propiedad, ha estado tan absorto en su cuidado, que no le hemos visto más por la iglesia, y parece haberse vuelto totalmente indiferente por las cosas de Dios. Aunque él dijo que la había adquirido a precio de ganga, me temo que pagó por ella un precio demasiado alto: el de su propia alma.

SERMÓN XXVIII
TARJETA
DE IDENTIDAD CELESTIAL
(Apocalipsis 2:17)

Apelando a las costumbres de su pueblo y de su época, Nuestro Señor Jesucristo usó curiosas figuras al dirigirse a los hombres y expresarles su propósito de salvación.

Durante su ministerio terrenal le vemos presentar las figuras del yugo, del agua, del pan, del sembrador, del hijo pródigo, etc. Antes de entrar en la era de la gracia, que es también la de la prueba de la fe, en su revelación al apóstol Juan, en Patmos, usa también, de un modo más breve, curiosas figuras: la del alfabeto (1:8), la del templo (3:12), de la puerta (3:20), etc. Sin duda, la más curiosa de todas es la de la *piedrecita blanca* (2:17) que muchos habrán leído más de una vez preguntándose: ¿Qué significa? ¿Por qué usa el Señor tan extraño ejemplo?

1. La «tessera hospitalis»

Se nos dice que los romanos tenían una curiosa costumbre. Cuando dos personas entablaban una

profunda amistad, hospedándose uno en el hogar del otro, si el hospedador quería al despedirse de su hospedado sellar su amistad de un modo perenne, tomaba una tablita de mármol cuadrada, en la cual hacía una incisión con un buril de acero, y con el mismo escribía en una parte, el nombre de la persona hospedada y en la otra el suyo propio. Inmediatamente, la piedra era partida con un golpe seco y la mitad de la piedra que contenía el nombre del hospedador era entregada al hospedado, y la parte que contenía el nombre de aquél, quedaba en posesión de éste.

Si después de muchos años uno de los dos quería reanudar la amistad, si necesitaba algún favor del otro, tomando la piedrecita de mármol que contenía el nombre de su amigo se dirigía al hogar de aquél; y fuera que éste sobreviviera, pero los años hubiesen cambiado sus mutuos semblantes, la piedrecita blanca servía de pieza de identificación para hacerle recordar sus promesas; o fuese que hubiera fallecido el dador, los parientes tenían el deber de respetar la señal de amistad que la *tessera hospitalis* significaba. Un criado buscaba la otra mitad en el archivo pétreo de la casa, y si era encontrada la parte coincidente, podía contar con la benevolencia del viejo amigo o de sus deudos.

Nosotros vivimos en otros tiempos, y tenemos otros medios más prácticos de identificación, pero «Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y por los siglos», y lo que explicó a las gentes de su siglo con figuras

y ejemplos prácticos de su época, nos lo dijo también a nosotros.

Observemos, pues, las principales enseñanzas de este curioso ejemplo.

2. Las condiciones del receptor

La piedrecita blanca no se daba a cualquiera, sino a la persona que se hacía acreedora a este privilegio y con la que se quería establecer una íntima amistad. En el caso espiritual, el Señor dice: «*Al que venciere, le daré una piedrecita blanca*».

Muchas veces nos es presentado el Evangelio como un don gratuito de Dios, libre, de pura gracia, y otras, quizás, a renglón seguido, se habla de ello como una recompensa o resultado de gran esfuerzo. Por ejemplo, en 21:6 y 7 de Apocalipsis.

¿Cómo aunar las declaraciones de ambos textos?

Tenemos una ilustración en el caso de David y el pozo de Belén en 11:16-19 de 1º Crónicas. El agua era ciertamente gratuita, brotaba generosamente dentro del pozo y estaba al alcance de cualquiera, pero lo difícil, en aquel caso, era llegar hasta allí. Se necesitaba ser un valiente, un héroe en tales circunstancias. Muchas veces, a través de los siglos, se ha cumplido el dicho del Señor: «En el Reino de los cielos se hace fuerza, y los valientes lo arrebatan». En nuestra nación nuestros antepasados necesitaron ser valientes para acercarse a la fuente. (Véase *Cosecha española*, un nuevo libro de

los orígenes de la obra evangélica en Galicia, España).

Incluso en los países políticamente libres, es difícil hoy día ser cristiano, sobre todo vivir en cristiano... Hay que pelear cada día con amigos bienintencionados que tratan de distraernos y apartarnos del camino estrecho, o con el propio corazón, el yo complaciente y egoísta de cada uno. Hay miles de pequeñas y grandes victorias que ganar. Pero ciertamente vale la pena ganarlas. Observad los privilegios de la significativa figura.

3. El nombre nuevo del Dador

En el capítulo 19:13 de este misterio libro de «La Revelación», Jesús se aparece a Juan con su nombre antiguo; el que presintió Filón y Juan enfatiza en el primer capítulo de su evangelio, «El Verbo de Dios». Esto es, la manifestación visible de la divinidad invisible (Juan 1:18).

Hay una misteriosa frase bíblica en Miqueas 5:2 que nos abre un insondable horizonte respecto a este nombre y a la persona de Cristo antes de su encarnación. Después de anunciar su nacimiento en Belén de Judea, dice el profeta: «Cuyas salidas son desde la eternidad, desde los días de los siglos» (los días del Olam, según el original hebreo). ¿Qué significan tales «salidas» del niño que había de nacer en Belén?

La interpretación teológica tradicional de este pasaje era aplicándolo a las teofanías o revelaciones

del Omnipotente a Adán, Abraham, Jacob, Moisés, etc.; pero me parece desproporcionado el lenguaje de Miqueas para referirse tan sólo a estos tres o cuatro casos bíblicos. ¿Por qué no pensar en un desdoblamiento, quizá múltiple, del Verbo Divino en un ser visible, para revelarse (como Teofanía, naturalmente) a otras razas del Universo representadas en los dichos de Jesús por los noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento? En tales «salidas» actuó como Verbo de Dios, revelador del Ser invisible (Juan 1:18). Pero la salida del Verbo divino a este minúsculo, pero hermoso «planeta azul» del sistema solar, que celebraron los ángeles en la noche de Navidad, es una manifestación totalmente diferente. No una teofanía, sino una encarnación, una real y positiva identificación del Verbo con una raza caída para restaurarla, para redimirla, para salvarla de la ruina del pecado y elevarla a altísimos destinos, y ello da lugar a un nuevo nombre para el divino Verbo. ¿Cuál? El glorioso nombre de Salvador (Filipenses 2:9).

Este nombre nuevo, honorable, y glorioso, de nuestro Redentor, ha de estar grabado sobre la piedrecita blanca que nos representa, es decir, sobre nuestro corazón. ¿Lo está? ¿Podemos decir, como la bendita virgen, «Mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador»?

Y nuestro nombre debe de estar allá arriba, en la otra parte de la emblemática «piedrecita blanca».

«Gozaos de que vuestros nombres están escritos en el Libro de la Vida», dijo Jesús.

¿Está nuestro nombre allí?

4. El secreto del nuevo nombre

«Un nombre nuevo... que nadie puede entender sino aquel que lo posee», sigue diciendo nuestro texto.

El nombre grabado con el estilete en la *tessera hospitalis* no significaba nada, nada decía a un extraño, pero para su dueño significaba gratos recuerdos y esperanzas halagüeñas de favores disfrutados y prometidos.

Así es con los cristianos. «El mundo no nos conoce porque no le conoce a Él.» Para Juan, el nombre de Jesús significaba todo, era un apóstol del Señor con un porvenir eterno gloriosísimo. Para el soldado, o soldados, que le guardaban en Patmos, Juan era un pobre viejo que había caído en desagrado de las autoridades romanas; pero él conocía las promesas de Cristo y podía expresarlas con el elocuente lenguaje de 1ª Juan 3:1-3.

Esta es la maravillosa seguridad de cada cristiano. (Véase la anécdota *El colporteur Félix Vacas y el general Aguilera*.)

5. La adaptación de las dos partes

La piedrecita blanca, que es una figura de nosotros mismos, se adaptaba a su otra mitad, porque era

rota, no aserrada. ¿Y nosotros nos adaptamos al Señor Jesús? ¿Tenemos una identidad moral con Él que nos haga aptos para el cielo, es decir, para convivir en su gloriosa compañía, y la de santos ángeles por los siglos eternos? ¿Nos hemos adaptado a su carácter? ¿Nos parecemos a Él? (Véase la anécdota *Vive cerca de mi casa.*) ¿Se adapta de tal modo nuestro carácter al de Cristo que podríamos ser así confundidos con Él? Todo el mundo quiere ir al cielo, pero pocos se esfuerzan en adaptarse para el cielo. Afortunadamente, el Evangelio que predicamos tiene este poder transformador innegable, reconocido aún por sus enemigos. (Los salvajes de la Tierra de Fuego y otros ejemplos de la *Enciclopedia de Anécdotas*, págs. 183-194, sección VIII; *Vida cristiana: Transformación por la conversión.*) El discipulado cristiano es una adaptación de nuestro carácter al de Aquel a quien lo debemos todo (2ª Corintios 3:18). También esto requiere una lucha.

6. Los privilegios del celestial secreto

Dios tiene siempre altos e insondables motivos para todos sus actos, porque su mente infinita abarca el pasado, el presente y el porvenir. ¿Quién hubiera dicho, cuando empezó a crear la materia prima del mundo lo que en este ínfimo pero bello planeta tenía que desarrollarse? ¿Y quién podrá decir, cuando Dios llama a un cristiano, quizás una simple y humilde piedra espiritual de su iglesia, los propósitos

que tiene para aquel ser individual en los insondables siglos de la eternidad? Las parábolas de las minas y de los talentos nos dan alguna leve visión de ello, pero todos comprendemos que será algo más grande y glorioso de lo que desde aquí podemos imaginarnos. ¿Estaremos preparados para ocupar el lugar que tiene dispuesto para nosotros?

Aparte de tales parábolas, hay frases del Salvador que nos dan mucho que pensar, como la de Lucas 16:10, 11: «Lo poco», en este significativo pasaje, es lo deleznable, lo pasajero; «lo mucho» es lo definitivo, lo eterno. Sin embargo, esta es la hora de la prueba, para convertir «lo poco» «en mucho», ya que nunca más pasaremos por circunstancias de vida semejantes a las presentes. (Véase la anécdota *Cosas que no podremos hacer en el cielo.*)

Por esto somos amonestados por el mismo Señor, refiriéndose al tiempo de su segunda venida, con las palabras: «Orad, velando en todo tiempo, para que seáis tenidos por dignos de evitar las cosas que han de venir y estar de pie ante el Hijo del Hombre» (Lucas 21:36). Esto significa que podamos decirle como Pedro: «Señor, tú sabes todas las cosas»..., sabes que te amé, que no negué tu nombre; a pesar de todas mis debilidades y flaquezas, tú sabes que he tenido un corazón sincero para ti. Haz de mí lo que quieras y como quieras para servirte ahora, como traté de hacerlo, a pesar de todo y contra todo, en mi tiempo de prueba sobre la tierra. Amén.

ANÉCDOTAS

EL COLPORTOR FÉLIX VACAS Y EL GENERAL AGUILERA

En tiempos del rey Alfonso XIII de España se hizo popular en las guerras de África el nombre del general Aguilera.

Cierto día, un hombre bajito, bizco, y humildemente vestido, se hallaba a la puerta de un cuartel en Ciudad Real tratando de vender ejemplares de la Sagrada Escritura a los soldados que descansaban, tomando el sol, durante el período de guardia. Era el bien conocido colportor Félix Vacas, el hombre que llevaba en su cuerpo las marcas de Cristo, por algunas palizas que había recibido de parte de fanáticos enemigos del cristianismo evangélico. De repente, el valiente colportor se halló sin auditorio por haberse dado la voz de «a formar». Instantes después bajaba de un lujoso automóvil un caballero vestido de paisano, quien viendo al colportor recoger apresuradamente su mercancía, se acercó a interrogarle. El humilde servidor de Dios continuó su trabajo, murmurando alguna excusa; ante el temor del sargento y, sobre todo, del oficial de guardia que, firmes en sus puestos barruntaban verse atrapados en algún compromiso, según fuera el carácter de los libros. Como el colportor se apresurara a terminar su faena con la cabeza inclinada, el caballero le gritó:

—¡Míreme a la cara, hombre, y póngase firme! ¿Sabe usted con quién está hablando?

—No, señor —respondió el aludido.

—Con el general Aguilera.

—Perdone usted, general, no le había reconocido vestido así de paisano.

De repente, le acudió al colportor una de esas ideas chispeantes, propias de su carácter andaluz y de su firme fe cristiana. Levantando la cabeza y estirándose sobre la punta de los pies, exclamó:

—Y usted, mi general, ¿sabe con quién está hablando?

Los ojos de los oficiales chispeaban de enojo y los de la tropa de hilarante curiosidad, cuando oyeron al pobre buhonero decir:

—Con el hijo de un Rey, señor general, con un hijo de Dios. Vea cómo lo dice aquí —y abriendo rápidamente un N.T. le mostró Juan 1:12, iniciando una plática evangelizante que el general escuchó benévolamente por unos momentos, y sonriendo entró en el cuartel.

VIVE CERCA DE MI CASA

Cierta niña china entró en una sala de escuela dominical mientras la instructora estaba describiendo la persona del Señor Jesucristo, ponderando sus virtudes, su amabilidad, su amor a los niños, a los desvalidos y a los enfermos. Mientras la profesora estaba hablando vio a la niña que con el dedito en alto mostraba, inquieta, deseos de hablar. La instructora interrumpió su disertación y dirigiéndose a la recién llegada la invitó a hablar. Ante el asombro de todos, la niña dijo:

—Este señor de quien usted está hablando, le conozco. Vive cerca de mi casa.

Muchos niños no pudieron contener su risa, sabiendo que la maestra estaba hablándoles del Señor Jesús que está en el Cielo. Pero la niña, sin inmutarse, continuó refiriendo lo que ella había visto de un misionero que vivía a poca distancia de su casa.

EL OFICIAL DE LA REINA VICTORIA

En relación con el anterior mensaje, recuerdo el incidente de un oficial que dijo a la reina Victoria, en una recepción que tuvo lugar en el palacio real de Su Majestad Británica, que estaba ansioso de que se declarara alguna guerra en la cual pudiera mostrar su amor y lealtad a su soberana y a la patria. Al leer esta anécdota me he preguntado si algún día en la eternidad, llevados por nuestra lealtad y creciente admiración por nuestro adorado Redentor, no nos diremos: «¡Quién pudiera vivir de nuevo en un mundo de pecadores para poder hacer, por amor a nuestro Rey, cosas difíciles, cosas heroicas y abnegadas, las cuales hoy descuidamos!»

COSAS QUE NO PODREMOS HACER EN EL CIELO

Me impresionó cuando era joven, y lo he referido suscitadamente muchas veces a vía de ilustración, un sermón que oí en Nimes del predicador ciego Mr. Jalaguier, sobre este tema.

El predicador mencionó tres cosas que no podremos hacer en el cielo:

1. Predicar salvación a pecadores perdidos, pues no los habrá en aquel bendito lugar.

2. Dar de lo nuestro a Dios, pues viviremos en santa comunidad celestial donde no habrá tuyo ni mío.

3. Enfatizaba la tercera cosa como la más fácil, la más a mano para todos, pero la más difícil. Algo que todos podemos hacer aquí, pero que no habrá oportunidad alguna de practicar allá: amar y perdonar a nuestros ofensores, porque todos allí seremos perfectos.

Estas tres cosas debemos esforzarnos en realizar aquí, ya que nunca más tendremos oportunidad de ponerlas en práctica. Es aquí donde tenemos ocasión de mostrar al Señor el valor y eficacia de nuestra fe, en circunstancias que no volverán a producirse en los siglos de la eternidad.

SERMÓN XXIX
LA PARÁBOLA DEL ARADO
(Lucas 10:17-24;
Mateo 11:25-30)

1. El motivo de la gran invitación

La conocida frase de Jesús, «Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar», tiene un precioso marco. Parece que fue pronunciada yendo de campo, a juzgar por el primer versículo del próximo capítulo. Comparando este pasaje con su paralelo de Lucas 10, podemos percatarnos del interesante momento psicológico que dio lugar a la «gran invitación». Era aquel día en que habían regresado los 70 con gozo declarando que habían hecho milagros, y el evangelista nos dice que Jesús se alegró en espíritu y les dijo: «No os gocéis de esto, sino de que vuestros nombres están escritos allá arriba. Venían llenos de entusiasmo por lo poco que habían visto del poder de Dios realizando milagros; pero Jesús, que veía más allá, se sentía mas gozoso que ellos. Cuando el niño a quien su padre ha destinado para ser ingeniero bate palmas por haberle salido bien una cuenta de sumar, el padre

pensará: «¡Bendita inocencia! ¡Si supieras los cálculos algebraicos con los cuales resolverás algún día grandes problemas técnicos!».

Por esto, al echar una mirada al profundo misterio de su encarnación y verse a sí mismo como el puente entre el Todopoderoso autor del Universo y sus humildes discípulos, se siente movido a exclamar: «¡Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra que has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a los pequeños». Dicho en otras palabras, entre este pobre mundo de seres mortales, pequeños e ignorantes, y el Ser infinito, hay un abismo insondable; no podéis conocer el misterio de Dios; tampoco podéis conocerme a Mí en mi carácter divino; sólo veis el lado humano de mi persona; sólo el Padre me conoce, Él sí me ve en mi verdadero carácter de Dios-Hombre...

Pero aunque vosotros no podéis conocer a Dios, y a mí me conocéis imperfectamente, yo soy como el puente, el lazo de unión entre vuestra fe y la Divinidad insondable. Y aquello que los sabios y filósofos no pueden alcanzar con sus más complicadas y sutiles disquisiciones, yo lo puedo revelar y lo revelaré a los humildes, a los sencillos, a los que por Mí se acerquen a Dios. Y lo que para los sabios es un misterio impenetrable, será una realidad sencilla y evidente para los pobres en espíritu que no me desdeñan.

Por consiguiente, lo natural, lo lógico, lo prudente, es que esta humanidad ignorante, necesitada,

incapaz de penetrar en los misterios del ser, aterro-
rizada y afligida por la incógnita de la muerte, acuda
a Mí, venga a Mí, no tiene otro camino ni otro medio
de conocer a Dios... Y entonces exclama aquellas
palabras que nadie se habría atrevido a pronunciar,
que serían locura en cualquier boca humana: «Venid
a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, que
yo os haré descansar».

Es como decir:

- Venid a Mí, huyendo de vuestra miseria y
flaqueza, y hallaréis ayuda y fortaleza.

- Uníos a Mí, hacedme el compañero de vuestra
vida, y hallaréis descanso y felicidad.

- Aprended de Mí, o sea, imitadme, y llegaréis
a ser tan santos, tan perfectos, que nada os inmutará
ni os perturbará; hallaréis una fuente de paz y sa-
tisfacción interior: el reposo permanente.

Podríamos llamar a estos tres aspectos de la
invitación del Salvador: *descanso, trabajo y habilidad*.
Tres dones o privilegios paradójicos.

2. El descanso que Jesús da

Se ha llamado con razón a nuestro mundo un
mundo de fatigas; del cuerpo y del alma. La fatiga
del cuerpo no es la peor cuando el alma está descan-
sada, es decir, reposada y tranquila.

Nos dice la ciencia que llevamos auestas de
1.200 a 1.800 kilos por metro cuadrado, que es el
peso de la atmósfera según la altura en que nos

hallemos. Para un ángel este planeta es como un mundo de galeotes aprisionados por las leyes físicas. No podemos sino levantarnos a unos pocos metros, a menos de utilizar potentes y ruidosos motores; pero es mucho peor el peso de nuestra carga moral. Cada hombre y mujer lleva sobre sí, quien más quien menos, una terrible carga de pecado, de errores y equivocaciones.

¿Quién no ha tenido que decir alguna vez: ¡si lo hubiera sabido!, ¡si lo hubiera pensado!? ¿Podía haberlo hecho mejor? Y mirando bien al fondo de nuestras equivocaciones siempre encontramos una raíz de pecado: un egoísmo, un rencor, un sentimiento carnal. Pero ya está hecho y tenemos que marchar con nuestras cargas. (Véase la anécdota *Las mujeres de Zululandia*.)

Pero Cristo ha venido a quitar la carga del pecado (Juan 1:29; Lucas 24:46, 47). Cuando se quita el pecado se alivian muchas cargas. (Ejemplos del borracho, el jugador, el licencioso.) Para todos, Jesús tiene el remedio, el perdón y una vida nueva. (Véase anécdota *El trapero de Tortosa*.)

¡Qué bien lo expresó el poeta cristiano, autor del conocido himno que dice:

*A Cristo mis pecados
Declino por entero;
Pues Él es el Cordero
Sin mácula de Dios.
Tomándolos por suyos.*

*De todos Él se encarga,
Y de la horrible carga
Liberta al pecador.*

3. El compañerismo que ofrece

Pero Jesús no sólo quiere ser un Salvador, sino un compañero. Sería poco que nos quitara la carga del pecado y nos dejara solos, andar por nuestros caminos otra vez a nuestro antojo, haciendo la voluntad de la carne. Esto sería la ruina de nuestra vida espiritual; nuestro empobrecimiento en el Cielo, si no la pérdida de su misma salvación. Sin embargo, esto es lo que quisieran algunos, que les perdonara tres o cuatro veces en la vida, cuando se hallan demasiado cargados, y..., por supuesto, a la hora de la muerte.

Pero éste no es el plan del Salvador; por esto se da en este texto la gran paradoja, que a renglón seguido de la promesa de descanso viene la invitación a tomar su yugo. Son las paradojas del Salvador. ¡Descanso llevando un yugo!

Observamos que:

1) *El yugo une.*

Ata la voluntad de una bestia a la otra, haciéndolas ir juntas.

2) *Es un instrumento de restricción a la par que de auxilio.*

Es un principio universal que toda fuerza, para ser útil, tiene que ser restringida. El alambre de cobre es un yugo para los electrones que corren a lo largo del mismo. Las vías del tren lo son para el convoy, obligándolo a ir en la dirección precisa. El volante de dirección del automóvil, obligando las ruedas delanteras, son un yugo para el veloz y potente motor; y no digamos nada de los frenos, que hacen gemir las ruedas en el momento en que la velocidad es más atractiva. Nada en la tierra es útil hasta que es restringido y reducido a obedecer y servir a alguna voluntad inteligente: Las fuerzas de la Naturaleza, la voluntad de Dios mediante aquello que llamamos leyes naturales; las fuerzas creadas por el hombre, por los mecanismos que las controlan.

Así es en el mundo moral: el descanso, la paz y el bienestar no se encuentran sino en la restricción de nuestra libertad en favor de la Verdad y del Bien; en otros términos, en favor de la voluntad de Dios revelada.

El hijo pródigo no halló descanso hasta que sometió de nuevo aquella libertad que tanto le ilusionaba, a la voluntad del padre. Nunca podemos tener paz con nosotros mismos hasta que la hallamos sometiéndonos a las restricciones de Dios, aceptando el yugo de Cristo.

Se ha dicho que el yugo de Cristo tiene tres anillos. Uno para el pensar, otro para el hablar y otro para el hacer, o proceder.

a) *Unidos a Cristo en el pensar.* A muchos les gusta llamarse librepensadores, y la palabra es buena cuando expresa la virilidad de romper las trabas intelectuales forjadas por los hombres... La humanidad no podía avanzar cuando el pensamiento humano se encontraba atado a las argollas de la Santa Inquisición, y hombres como Galileo tenían que someter las evidencias de la ciencia a los señores inquisidores. Está bien que la humanidad rompa estos yugos y declare libre la enseñanza y la investigación.

Pero, ¡cuidado, hombres, cuidado!, que hay esferas en las que el pensamiento humano se pierde. Si rompemos el yugo de las enseñanzas de Cristo quedaremos desorientados. Si Cristo dijo que hay castigo para el pecado más allá de la muerte, que hay resurrección, digamos: «No lo entiendo, no sé cómo puede ser, pero Cristo lo dijo y tengo que aceptarlo». Nadie puede detener la imaginación, pero se ha llamado a la imaginación la loca de la casa... Debemos recordar a esta loca que aunque le damos un poco de cuerda para que nos ayude a descubrir cosas en este maravilloso mundo de Dios, no se la damos para que nos lleve en dirección opuesta a Cristo.

b) *Unidos a Cristo para el hablar.* Jesús pone corcel a la boca con aquella solemne sentencia: «De toda palabra ociosa que los hombres dijeren de ella darán cuenta en el día del juicio» (Mateo 12:36). Es una de aquellas frases de Jesús que nos es difícil comprender o aceptar. Pero debemos decir: Él lo sabe mejor.

Jesús pone freno a las palabras cuando dice: «Sea vuestro hablar sí, sí, no, no». Condenando la mentira. Los hombres muy sabios y muy santos miden el alcance de sus palabras, recordando que «en las muchas palabras no falta pecado» (Proverbios 10-19).

c) *Unidos a Cristo en el obrar*. Pablo decía: «Y todo lo que hacéis, hacedlo todo a la gloria de Dios...» «Vivo no ya yo, mas Cristo vive en mí.» (Véase la anécdota *El convertido de Tarragona*.) No debemos empeñarnos en hacer obrar a Cristo las cosas que Él no quisiera, ya que somos instrumentos suyos y él vive por su Espíritu en nosotros. No empeñarnos en llevarle donde Él no quisiera ir.

Nuestro tiempo es suyo. No deberíamos intentar leer un libro sin poder decir al Señor: «Vamos a ver si encontramos algo bueno en este volumen, algo que a mí me sea útil, que te complazca a ti».

Nuestro dinero también es suyo. Debemos decirle como Jacob: «Si gano, Señor; si me bendices, ganaremos los dos». Estamos unidos a Cristo en todas nuestras actividades; y le corresponde su parte. No podemos estafársela.

3) *El yugo es un gran auxiliar para la carga*.

(Véase la anécdota *Para no volver a ser pobre*.) No es comparable lo que pesa con la ayuda que da. En el terreno espiritual podemos decir que vale la pena andar estrechamente unidos con Cristo por el gran auxilio que en Él hallamos en la vida (ejemplo del padre que lleva la mayor parte de la carga, permitiendo a su hijito poner la mano sobre la cesta).

Cuando andamos cerca de Cristo cargas terribles resultan ligeras. (Véase la anécdota *La enferma crónica de Nimes*.) Feliz el cristiano que puede decir:

*A Cristo mis pesares,
Confío y mis dolores;
Mi llanto y sinsabores,
Mis dudas y temor.
A tales sufrimiento
Me ofrece lenitivo;
Y toma compasivo
Su parte en mi aflicción.*

4) *El yugo es un instrumento de cooperación.*

Es un gran privilegio sentirse cooperador con Cristo. ¡Con qué satisfacción decía Pablo: «Somos coadjutores de Cristo»! Estamos arando el campo del mundo con nuestro testimonio. Cada predicador es un sembrador desde el púlpito, pero poca cosecha habría si no fuera por el trabajo y testimonio personal de cada creyente que rotura el campo virgen, despertando el primer interés en los amigos.

Para ello debemos aprovechar cualquier oportunidad que se nos abre. En cualquier esfera a la que se nos introduce. Debemos estar alerta que sea un medio para dar testimonio de la luz espiritual que ha puesto en nosotros, no un simple medio de glorificarnos a nosotros mismos, olvidando que somos de Cristo y estamos unidos a Él.

Sería un error no entrar por las puertas que Él nos abre, por recelos sectarios o doctrinales; por un

exceso de temor a lo que decíamos antes, de no llevar a Jesús donde Él no quisiera ir; pero que seamos lo que somos en cualquier lugar. Pablo, en el Areópago, no dijo: No, esta cátedra ya ha sido ocupada por oradores epicúreos y estoicos, sería rebajar la dignidad del Evangelio, me quedo en la plaza con los pobres y los ignorantes. Al Areópago no voy porque Jesús ha escogido lo vil del mundo y lo menospreciado.

Esto es lo que dirían algunos predicadores fanáticos de nuestro siglo, pero el secreto en muchos casos, no diré en todos, es que estos predicadores tan escrupulosos no son capaces; no tienen cultura ni habilidad para entrar en tales esferas, y entonces los escrúpulos sectarios son una buena excusa para quedarse en casa, para no escribir, para no hacer, para cultivar la indolencia y la pereza. Pablo no era así. Pero observad que no predica ciencia o sociología en el Areópago, sino un claro mensaje del Evangelio con el lenguaje de los sabios.

El gran apóstol era lo bastante humilde para llevar a Cristo a la plaza, a las sinagogas, al lado del río con las mujeres, pero si un día se le abría la oportunidad de dar testimonio en el Paraninfo más famoso del mundo, allí va.

¡Y cómo habla, con qué diplomacia! No dice más supersticiosos como la antigua versión de Valera, sino «extremadamente religiosos», como claramente expresa la frase griega *Deisidamone sterous úmas theoro*. A los traductores de la Edad Media les pareció

que esta cortesía no correspondía a la condenación de la idolatría que hace después; pero lo cortés no quita lo valiente. El resultado de este proceder fue Dionisio, Dámaris y otros. Nunca olvidemos que somos cooperadores con Cristo dondequiera que nos hallemos, con los altos o con los bajos, con los grandes o con los humildes... No nos secularicemos con el fin de agradar y hacernos más populares. Recordemos que estamos unidos con Cristo y no podemos desprendernos de Él. (Véase la anécdota *Tuvo que cambiar de opinión.*)

5) *El yugo figura de la iglesia local.*

«Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos», dijo nuestro Señor. Por consiguiente, la actitud que asumimos con la iglesia es evidencia de la que tenemos con Cristo (1ª Juan 4:20). Se necesita un grado de piedad superior para tener una hora de comunión con Dios solo. Por esto necesitas el yugo de la Iglesia que te une a tus hermanos y al Señor.

4. La habilidad que nos proporciona

Hemos dicho que Cristo nos ofrece descanso, compañerismo y habilidad. En otras palabras, se nos presenta como Salvador, compañero y maestro. Observemos brevemente este último punto. Después de haber dicho «Venid a Mí y os haré descansar», continúa: «Aprended de Mí y hallaréis descanso.»

¿Es una repetición inútil? De ningún modo, indica que no es sólo andando, o sea, siendo nominalmente cristianos, que recibiremos sus beneficios y sus dones, sino aprendiendo de Él. Un acertado refrán dice: «Dime con quién andas y te diré quién eres». Si andamos en la compañía de Jesús, ¿no debiéramos asemejar nuestro carácter al de Cristo?

Notad dos cualidades superiores en esta frase: una de actitud (manso) y otra de carácter (humilde de corazón). Alguien puede ser manso en ciertos momentos, pero humilde de corazón indica mansedumbre constante. La mansedumbre no es falta de energía. Jesús era muy enérgico, como lo demostró con los mercaderes del templo, pero no había en su corazón rencor ni odio, ni siquiera para aquellos a quienes fustigaba. Lo demuestra en su oración en la cruz. Allí se hallaban los escribas y fariseos. Cuando no hay rencor, uno puede soportar las malas interpretaciones, los insultos y las ofensas sin alterarse, pero la mansedumbre debe tener como asiento la humildad de corazón. Hay personas que por su cultura no se alteran, pero tampoco son capaces de humillarse, no perdonan, no piensan que pueden haberse equivocado. Su mansedumbre es humildad aparente; una lección aprendida en la escuela de la etiqueta. Esto es orgullo entronizado y barnizado con una capa de humildad.

Por esto Jesús insiste: Si tenéis que andar a mi lado como discípulos míos, aprended de Mí, que soy manso y humilde *de corazón*; es decir, humilde,

en el fondo, hasta el punto de saber vencer el mal con el bien.

Hacer esto cuesta, se necesita verdadera habilidad y vivir muy cerca del Maestro.

—Pero aprender es intentar. Prueba de imitar a Cristo una vez y otra. Si la primera vez no eres capaz, o lo haces mal, repítelo en la próxima oportunidad; no te desanimes. Dile: «yo quiero aprender de ti, estoy unido a ti por la fe, marchó contigo, ayúdame a hacer las cosas como Tú las harías, quiero marchar a tu paso».

Haciéndolo así, no solamente tendrás gran descanso en tu alma, sino que al fin se cumplirá la preciosa promesa: «Si alguno me sirve, sígame, y allí donde yo estuviere, allí estará también mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará».

ANÉCDOTAS

LAS MUJERES DE ZULULANDIA

Ciertos pasajeros se extrañaron al observar que las mujeres de Zululandia iban por agua y hasta a labrar sus campos llevando un gran bulto atado a sus espaldas. Al preguntarles la razón de ello dijeron que en el bulto llevaban los utensilios de cocina y cosas más preciosas de su hogar, pues el hábito del robo es tan general en el país, que no había seguridad alguna en dejarlos en sus humildes cabañas. Todas ellas tenían que hacer el mismo sacrificio por la falta de confianza de unas a otras. ¡Qué

insensatez!, decimos. Pero ¿qué diremos de las naciones que sostienen pesadísimas cargas financieras en armamentos por no fiarse unas de otras? ¡Ciertamente el pecado hace la vida penosa a la humanidad entera! Y el adelanto moderno no ha hecho a los hombres más sabios de corazón que los salvajes zulús...!

EL TRAPERO DE TORTOSA

Visitando la iglesia de Villanueva y Geltrú tuve ocasión de saludar a un creyente que me dijo tener solamente dos años de convertido. Al preguntarle cómo conoció a Cristo me explicó que siendo trapero en Tortosa encontró en una partida de papel viejo dos libros evangélicos, los cuales recogió y leyó con avidez, despertando su curiosidad por las doctrinas que había leído. Por años no tuvo ningún otro contacto con evangélicos.

La capilla de Villanueva está situada en lugar donde había al lado mismo, desde hacía mucho tiempo, una casa de prostitución, a la que el hombre concurrió. Desde allí oyó los cánticos de la iglesia y preguntó qué era aquello. Al decirle que se trataba de un culto evangélico, recordando las cosas que había leído en los viejos libros, se dirigió inmediatamente a la capilla, constatando que, efectivamente, allí se anunciaba la misma doctrina que tanto había llamado su atención años atrás. Cuando salió se dijo a sí mismo.

—Aquí está la felicidad y la certeza que durante años he venido buscando.

«Continué asistiendo —me dijo— hasta que encontré a Cristo y ahora bendigo a Dios que quiso encaminarme por torcidas veredas al camino recto de Jesucristo.»

PARA NO VOLVER A SER POBRE

Carlos Pache fue un joven arruinado que se había quedado sin empleo y sin un centavo. Un día se detuvo en la calle para escuchar un culto del Ejército de Salvación. Ante la bandeja de las ofrendas, dijo a la joven oficiala que le invitaba a ofrendar que no tenía ni un centavo. Entonces ella sacó un dólar de su propio bolsillo y le dijo:

—Tome esto, pero cámbielo inmediatamente y ponga 10 centavos en la bandeja de las ofrendas, y de aquí en adelante cuide de dar siempre a Dios la décima parte de todo lo que Él ponga en su mano. Guarde esto como regla sagrada toda su vida, y nunca volverá a ser un hombre arruinado.

A los pocos días el joven encontró un empleo y recordando el consejo de la muchacha, empezó a dar el diezmo. Algún tiempo después entró a tener parte en el negocio. Poco a poco se hizo millonario y su nombre es conocido en Inglaterra como el del filántropo que dio a Dios mucho más que el diezmo, edificando hospitales y ayudando en muchas formas a llevar adelante la obra de Dios.

LA ENFERMA CRÓNICA DE NIMES

Es uno de los recuerdos de mi más temprana juventud, hace 50 años, el cual he presentado muchas veces como ilustración. La persona más feliz que he conocido en mi vida fue en Nimes, cuando iba a recibir instrucciones del doctor Rubén Dubarry, exdiscípulo de Spurgeon, sobre mis estudios para el ministerio cristiano.

En cada viaje, me invitaban a visitar a la señorita Soussine y no tenían que rogármelo. Era ésta una joven de unos 35 años que padecía de asma, y durante años no pudo levantarse de la cama. Incluso por las noches tenía que dormir sentada, apoyada sobre almohadones. Sin embargo, su rostro estaba adornado por una celestial sonrisa. Si le hablábamos de sus dolencias pronto cambiaba de tema, dirigiéndolo a las cosas espirituales. Siempre tenía palabras del Señor en sus labios y escuchaba con tanto interés y gozo todo lo que tenía referencia a la piedad y a la obra de Dios, que salíamos siempre de aquella habitación de enferma con la impresión de haber estado en la compañía de un ser del mundo superior.

TUVO QUE CAMBIAR DE OPINIÓN

Durante una serie de cultos especiales que celebramos en Barcelona para los judíos, se interesó y asistió con cierta frecuencia un comerciante judío quien me escribió invitándome a acudir a su comercio para hablar conmigo. Cuál sería mi desilusión cuando me dijo:

—Son muy interesantes las conferencias que usted está dando sobre el pueblo judío, su historia, sus persecuciones y el actual levantamiento de Israel; pero quisiera darle un consejo. Usted sacará de los judíos todo lo que quiera, pues hay algunos inmensamente ricos y generosos —y empezó a contarme detalles de su generosidad para con la sinagoga y sus instituciones—, pero por lo mucho que aprecio sus conferencias, quisiera darle un consejo: que deje usted de mencionar a Cristo. Esta es la condición esencial para ser apreciado por nuestra gente.

—Usted no ha comprendido el objeto de nuestras conferencias —le dije—. No deje usted de asistir a las dos últimas que faltan y lo comprenderá.

El hombre asistió, efectivamente, y al final de ellas me dijo:

—Ahora veo por qué no puede usted dejar de mencionar a Cristo. Si es verdad todo lo que dice, hay grandes motivos para hablar de Él y ponerle en el primer lugar en sus mensajes.

SERMÓN XXX

JOSÉ, FIGURA DE CRISTO

(Salmo 105:1-23)

La historia de José es, sin ninguna duda, la narración histórica más amplia y admirable del A.T. El Espíritu Santo trajo los acontecimientos para el bien de José y de su pueblo, pero el mismo pudo hacer de modo que fuera un tipo del futuro Mesías. Es admirable esta semejanza, sabiendo que ocurrió casi 2.000 años antes. Ello puede ser considerado una prueba tanto de la inspiración de la Biblia como de la divinidad de Cristo.

Observemos catorce semejanzas entre este personaje histórico de la edad patriarcal y nuestro Señor Jesucristo.

1. Amado de su Padre

Véase Génesis 37:3-8. Así también Cristo. Dios tiene millones de millones de hijos por creación, pero ninguno es la imagen perfecta de Dios como lo es el Verbo (Colosenses 1:15). Los ángeles son puros y santos, pero Cristo es divino.

2. Fue a buscar a los hermanos perdidos

Léase Génesis 37:15. Así Cristo vino en busca de los que Él misericordiosamente llama hermanos (Hebreos 10:7 y Lucas 9:10). ¡Cuánto amor rebosa de estos pasajes!

3. Fue aborrecido de sus hermanos

Aquellos por cuyo bien sufría, le odiaron hasta matarle (Génesis 37:4 y 5. Compárese con Juan 1:12 y 15:25). ¡Cuánta ingratitud! Puede ilustrarse con «El error del cazador alpino».

4. Odiados por anunciar su grandeza futura

Era la pura verdad, que un día tuvo que ser reconocida (Génesis 35:9), pero prevaleció la incredulidad por parte de los que les veían en su estado humilde (Mateo 26:64).

5. Ambos fueron vendidos

(Compárese Génesis 37:23-28 con Mateo 26:15). ¿Para qué en el caso de Cristo? Parece una insensatez de parte de sus enemigos, pues podían prenderle fácilmente sin tal recurso.

Jesús mismo se lo reprocha. Hay dos razones: Una humana y astuta: «Para que no se haga alboroto en el pueblo»; y otra divina y confirmadora de la fe:

«Para que se cumpliera la Escritura». Ciertamente estaba profetizado que debería sufrir el dolor de la traición, era una parte de su tragedia moral. ¡Cuánto dolor moral sufriría José! ¡Por treinta piezas miserables, se diría, cuando en casa hay millares! Compárese con el dolor de Jesús para con Judas. ¿De qué le ha de servir al desgraciado? Era la dolorosa reacción del Salvador que le hace exclamar: «Más le valdría al tal hombre no haber nacido». ¿Será éste el doloroso sentir de Cristo acerca de ti? Tendrá que condenarte, amándote incluso, si hoy rechazas su salvación.

6. Ambos fueron tentados para poder compadecerse de los que son tentados

José, a los quince años, antes de ser vendido, ignoraba lo que era la tentación, y por ello podía juzgar muy severamente a sus hermanos por las debilidades carnales, que extrañamente tenemos narradas en Génesis 34 y 38. Pero pudo sentir la malicia de Satán y lo atractivo del pecado, al pasar por la tentación, de la que salió triunfante. Así Cristo, como Dios, conocía la teoría de las tentaciones humanas; pero quiso pasarlas personalmente. Ahora es un Salvador apto para comprender y perdonar a los arrepentidos.

7. Ambos fueron condenados injustamente y no se defendieron

¿Cómo es que José no se defendió de aquella vil calumnia? ¿Pensaba que sería inútil porque Potifar creería más a su adúltera esposa que a un esclavo forastero? Es posible, pero bastante raro, pues el instinto de defensa está en el corazón y en la boca de todo acusado injustamente. Lo más probable es que prefiriese sufrir antes que traer desconcierto en el hogar y en el corazón de su señor que tan bien le había tratado. Pero hay otra razón oculta: Sufrió callando porque debía parecerse al Cordero de Dios, de quien era tipo. Cristo prefirió sufrir para evitarnos la desgracia del infierno. Es muy difícil sufrir callando. Si alguien lo duda que haga la prueba, pero Cristo lo hizo por nosotros. No quiso inspirar compasión a sus verdugos, ni trató de infundirles temor para que le atormentaran menos, sino que prefirió agotar la copa de maldición porque era necesario por amor de nosotros. (Véase la anécdota *La niña hugonote en el sermón.*) El amor la hizo aguantar

8. Ambos fueron reconocidos justos por los ejecutores de su injusta sentencia

José, por el carcelero; Cristo, por Pilato y el centurión.

9. Anunciaron mensajes de vida y de muerte a otros encarcelados durante el tiempo de su humillación

Compárese la interpretación del sueño del cope-ro y el panadero con Isaías 61:1. La profecía había llamado a la muerte de Cristo encarcelamiento (Isaías 53:8). Ciertamente, una existencia como la de los seres humanos, con el fin inevitable de la muerte, había de parecer un encarcelamiento a los celestiales, que veían a Cristo, el Verbo Divino, en semejante condición.

10. Ambos fueron extraordinariamente exaltados

Compárese Génesis 41:44-49 con Filipenses 2:8-11. El premio de su humillación fue mayor gloria. La importancia de este mundo en el Universo no es por ser la quinta estrella del sistema planetario del sol, o la más adelantada del sistema en cuanto a desarrollo geofísico y posibilidades para la vida, sino porque fue el escenario de la encarnación y muerte redentora del Verbo unigénito de Dios. Nótese la expresión del versículo 10: *Arriba en la tierra y debajo de la tierra*. Los antiguos pensaban que el interior de la tierra era habitación de espíritus de los fallecidos: pero nosotros sabemos que el Universo estelar está por arriba y por debajo. La expresión *Toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor* es extraordinaria.

Hoy todavía existen muchas lenguas que no le reconocen ni le confiesan. ¿Lo reconoces tú? Es mucho mejor reconocerlo ahora y confesarlo ahora, que tener que hacerlo entonces por la fuerza.

11. Proveen a la necesidad de los suyos

Cristo quiso hacerse hermano nuestro según la carne (Hebreos 2:10-13) para poder salvarnos, más que del hambre física, de la condenación eterna. (Hebreos 2:14, 15). Cristo nos ha salvado del hambre espiritual que está padeciendo el mundo por su culpa, ya que «no con sólo pan vivirá el hombre» (Lucas 4:4). Cristo nos trajo abundante Palabra de Dios mediante la cual nuestra alma recibe vida.

12. Ambos perdonan generosamente a los culpables

¡Cuán emotivo es el relato de Génesis 45! ¿Y qué diremos del Evangelio desde que Jesús empezó su ministerio con el mensaje de Marcos 1:14-15?

13. Ambos prueban a sus hermanos, antes de ensalzarlos

Es muy sabio el procedimiento, por más que nos duele. Lo reconocemos en el caso de José porque podemos ver el plan terminado, pero así será igualmente con nosotros. Notemos los objetivos de la prueba:

a) *Quiso hacerles sentir su pecado.* Asegurarse de que lo reconocían y estaban arrepentidos. ¿No es esto lo que hace hoy nuestro Señor? (Véase Marcos 1:15; Lucas 13:5.) Dios no puede perdonar a un corazón no arrepentido (Véase la anécdota *Cómo perdió el perdón.*)

b) *Quiso probar y desarrollar su amor al Padre por medio de pruebas muy ingeniosas.* Al pedirles a Benjamín y al pretender retenerlo, cuando les oía murmurar en su lengua: «El pobre padre, ¿qué dirá? ¿Qué aflicción le causaremos?», José se regocijaba. El discurso de Judá, con motivo de la copa hallada en el costal de Benjamín, le dejó convencido y conmovido, por esto les perdonó y ensalzó. Cristo nos prueba también. Cuando oye a las personas decir: «Primero morir que ofender a Dios», ve que su victoria moral es completa en tal alma; puede entonces glorificarla.

c) *Quiso probar su codicia al devolverles el dinero.* «El amor al dinero es la raíz de todos los males.» Dios nos prueba también para ver si somos buenos mayordomos. Quiere saber si le robamos o le devolvemos con amor lo que nos da y de derecho le pertenece (Malaquías 3:9 y 10).

d) *Finalmente les prueba en lo que se refiere a su amor fraternal.* En el banquete, aumentando la parte de Benjamín; luego poniendo la copa en su costal. Aun después de haberse manifestado a ellos, teme en cuanto a la medida de su fraternidad. «*Ni riñáis por el camino*», les dice. Sabía quizá que ésta era su

costumbre cuando andaban juntos. Cristo nos hace la misma recomendación en Juan 15:17, como hermanos suyos, amados, que vamos al cielo, pues sabe que aun hay peligro de que riñamos en el camino por innumerables fruslerías.

13. José trajo a sus hermanos al país de su gloria

Compárese con Juan 14:1-3 y 17:24. Para esto tuvieron que decidirse a dejar su antigua tierra y emprender como peregrinos el viaje hacia Egipto. Antes ya lo eran viviendo en tiendas, pero ahora sabían a dónde iban y lo que les esperaba, porque su precursor había pasado delante en los días de su humillación y ahora era poderoso.

¿No es este exactamente nuestro caso? ¡Gloria a Dios! Aunque el país de la muerte nos es desconocido, no lo es el Señor de la muerte (Apocalipsis 1:18), sino que es nuestro Amigo, nuestro Hermano y nuestro amante Salvador.

ANÉCDOTAS

LA NIÑA HUGONOTE EN EL SERÓN

Durante la persecución de los hugonotes en Francia, cuando estaba prohibida la emigración desde dicho país, una niña hugonote fue confiada a unos parientes que tenían libertad para viajar, con el fin de que la llevaran

a Inglaterra. Con tal objeto, la niña fue metida dentro de un serón, como si se tratara de una mercancía vulgar. Al pasar el registro en la frontera los soldados franceses, para evitarse el abrir todos los bultos, los pincharon con sus espadas. Aterrorizados los portadores de la comprometida mercancía vieron cómo la espada se clavaba en el serón que contenía la niña, temiendo, no sólo por la vida de la niña, sino también que ésta les comprometiera con un grito. Cuando apresuradamente se alejaron del lugar de la inspección y abrieron el serón, pudieron ver que la niña había sido herida en el muslo, penetrando la espada varios centímetros dentro de la carne.

—¿Cómo fue que no gritaste? —le dijeron.

—El amor me hizo aguantar —declaró la niña—. El amor a vosotros, a mis padres y al Señor Jesús.

CÓMO PERDIÓ EL PERDÓN

Se cuenta de cierto hombre que había sido condenado a muerte, a quien un amigo influyente visitó personalmente en la cárcel, pues eran antiguos conocidos, llevándole una carta de indulto, que pudo obtener del gobernador de su Estado con grandes esfuerzos.

Sin embargo, deseando asegurarse de la disposición en que se hallaba el reo para merecer su generosa oferta, le preguntó:

—Si fueras indultado y te vieras libre, ¿qué harías?

El hombre, mirando a su amigo con una expresión de odio, exclamó:

—Lo primero que haría sería ir a asesinar al juez que me condenó, y a Mr. X que declaró en mi contra en el juicio.

Apenado el amigo por esta respuesta, habló poco más con él y al salir de la cárcel rompió el indulto que llevaba en su bolsillo. El hombre se había hecho a sí mismo indigno del perdón. Así sucede con muchos pecadores endurecidos por el pecado.

ÍNDICE DE ASUNTOS Y TEXTUAL

I. Navidad y Año Nuevo

- La gran noticia (Lucas 2:10-11)
- Pobre siendo rico (2 Corintios 8:9)
- Cosas diarias (Salmo 88:9)
- La vida es un viaje (Hebreos 11:1-19)

II. Semana Santa y Pascua

- Las siete palabras de Jesús (Lucas 23:34, etc.)
- ¿Qué, pues, haré de Jesús? (Mateo 27-22)
- La resurrección del Señor (1 Corintios 15:1-22)
- El camino de la fe (Lucas 24:13-40)

III. Matrimonio

- Felicidad en el matrimonio (Génesis 2:15-24)
- Significado del amor (1ª Corintios 13:4-8)
- La esposa de Isaac, figura de la Iglesia (Génesis 24:34-38; Efesios 5:22)

IV. Retiros pastorales y convenciones

- El motor del ministerio cristiano (2ª Corintios 5:14)
- La verdadera grandeza (Lucas 1:13-17)
- Discípulos de Cristo (Lucas 14:26-35)
- El señorío de Cristo (Juan 21)

V. Vacaciones

- El reposo de los santos (Hebreos 3:12-14)
- Aspiraciones cumplidas (Jeremías 29:11)

VI. Fiesta de la raza

El gran descubrimiento del apóstol Juan (Juan 3:1-4)

VII. Memoriales y entierros

La victoria del cristiano (1ª Corintios 15:50-57)

El cántico triunfal del luchador (2ª Timoteo 4:6-8)

Los dos paraísos (Génesis 2:8-18 Apocalipsis 21:
1-22:6)

VIII. Evangelización

La existencia y valor del alma (Salmo 8:4)

La invitación sin igual (Mateo 11:28-30)

Cambio de filas (1 Crónicas 12:16-18)

El buen pastor (Lucas 15:1-7)

Los cinco «si» condicionales de Cristo (Juan 8:30-59)

Ciudades de refugio (Deuteronomio 19:1-10)

IX. Devocionales

Tarjeta de identidad celestial (Apocalipsis 2:17).

La parábola del arado (Mateo 11:25-30)

José, figura de Cristo (Salmo 105:1-23)